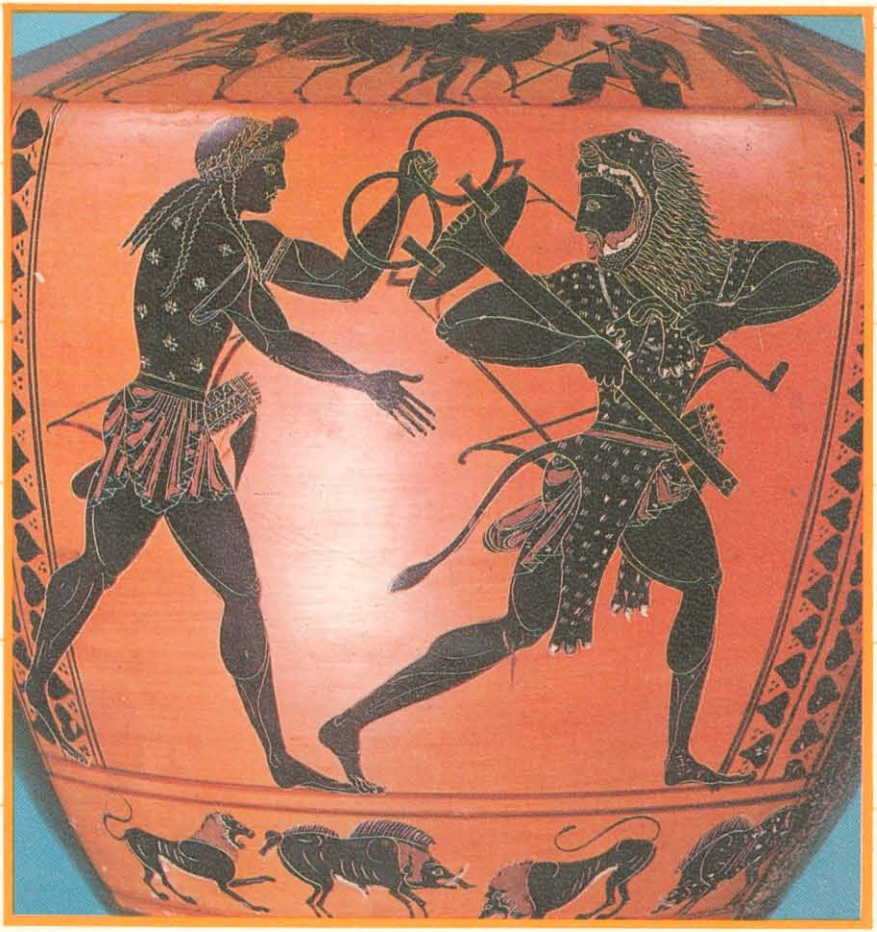
THOMAS CARLYLE

Los héroes



Thomas Carlyle

Los héroes

sarpe

Título original: On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History.
Traducción: Pedro Umbert.
© Aguilar, S. A. de Ediciones.
© Por la presente edición: SARPE, 1985.
Pedro Teixeira, 8. 28020 Madrid.
Traducción cedida por Aguilar, S. A., de Ediciones.

Depósito legal: M-6264-1985.
ISBN: 84-7291-767-3 (tomo 9.°).
ISBN: 84-7291-736-6 (obra completa).
Impreso en España-Printed in Spain.
Imprime: Gráficas Futura.

En portada: *Vaso griego con hazañas de Hércules, detalle (Madrid, Museo Arqueológico).*

Thomas Carlyle

Thomas Carlyle nació en Ecclefecham, pueblecito del condado de Dumfries, en Escocia, el 4 de diciembre de 1795. Hijo de labradores acomodados, le destinaron a la carrera eclesiástica, y, al efecto, estudió teología, literatura, jurisprudencia y lenguas modernas en la Universidad de Edimburgo. Aunque la índole de su carácter le inclinaba a las abstracciones de la idealidad, estudió, no obstante, con notable aprovechamiento las matemáticas, hasta el punto de aceptar años más tarde, y obligado por la necesidad, una plaza de profesor de esta asignatura en un colegio del condado de Fife. Coincidió esto, seguramente, con la declaración que hizo a sus padres de su falta de vocación para entrar en las órdenes, prefiriendo consagrarse a las letras. «La prensa y la literatura —decía— son la única Iglesia militante de los tiempos modernos. ¿Por ventura el literato no es un predicador que difunde las ideas sin circunscripción de tiempos ni de lugares, sino continuamente, por todas partes y entre todos los hombres?»

Consecuente con estas ideas, se lanzó a toda vela por la corriente literaria, empezando a escribir en la «Edinburgh Cyclopaedia» y en la «New Edinburgh Review» artículos sobre Montesquieu, Montaigne, Nelson, los dos Pitt, etc. También tradujo del francés el libro *Elementos de geometría y trigonometría,* de Legendre (1824); estudió la lengua y la literatura alemanas, y se dedicó luego asiduamente a la traducción completa de las obras de Schiller, que ofreció vanamente a todos los editores londinenses. «London Magazine» publicó su primer libro importante: una *Vida y obra de Schiller,* de estilo clásico, donde empieza a revelarse ya la personalidad del Carlyle maduro. El autor, entusiasmado con la literatura y la filosofía alemanas, que tanto habían de influir en su pensamiento y en su estilo, fue uno de los primeros escritores ingleses que fomentó en su país la difusión de la cultura germánica en su época de mayor esplendor. Trabó conocimiento y amistad con varios escritores alemanes, y es interesantísima su corresponden-

cia epistolar con Goethe, quien, sin duda, fue uno de los primeros grandes escritores que se fijaron en el joven Carlyle, escribiendo la introducción a la traducción alemana de la obra citada. No dejó Carlyle de escribir durante toda su vida acerca de la cultura alemana: en 1827 publicó en «La Revista de Edimburgo» un ensayo sobre Richter; «Foreing Quarterly» y «Fraser's Magazine» publicaron, en esos mismos años, una traducción antológica de narradores alemanes (Tieck, Hoffman, Richter, Goethe, etc.) y varios ensayos sobre Goethe, Novalis y otros. En 1826 se casó con Johanna Welsh, mujer inteligente, aunque de carácter difícil. Los recién casados se fueron a vivir a un refugio campestre en Craigenputtock. El carácter intransigente y atrabiliario de su esposa chocaba a menudo con la irritabilidad y carácter nervioso del escritor. Pero se amaban profundamente, y en el fondo se comprendían. Cuando en 1861 contrajo ella una enfermedad mental, que estuvo a punto de hacerle perder la razón, Carlyle la cuidó con ejemplar paciencia y afecto. Después de muerta, la honró en sus emocionantes *Recuerdos,* publicados hacia el fin de su vida. Suponiendo que la soledad de Craigenputtock influía perniciosamente en el carácter de Johanna, muy acostumbrada a vivir en sociedad, Carlyle se trasladó con ella a Londres en 1883. Pero aquellas relaciones conyugales siguieron siendo siempre una constante alternancia de horas serenas y terribles peleas matrimoniales.

La plena expresión de su originalísimo talento fue conquistada por Carlyle al escribir su famosa *Filosofía de los trajes,* que incluía el ensayo titulado *Sartor Resartus (El sastre remendado),* sin duda alguna una obra fundamental en la cultura humana del siglo XIX y una de las más importantes de todos los siglos.

Sus dotes de historiador ilustre, unidas a las de original pensador y escritor genial, se asociaron brillantemente para producir en 1834 otra obra inmortal: su *Revolución francesa.*

Carlyle escribió mucho en periódicos y revistas. También dio varios ciclos de conferencias. El más famoso es justamente éste acerca de *Los héroes.* Otra de sus mejores obras es *La historia de Federico II de Prusia* (1858-1865), que le acreditó como un gran historiador; gracias al valor científico de sus estudios, unido a sus magníficas cualidades literarias, pudo rivalizar, y según algunos

superar, con su ilustre contemporáneo Macaulay. Carlyle se preocupó también por cuestiones sociales y la suerte del obrero, y se adelantó a muchas ideas actuales en obras como las tituladas *Chartism* (1840) y *Pasado y presente* (1843).

La Universidad de Edimburgo le eligió por gran mayoría Lord Rector en 1865, y cinco años más tarde, durante la guerra franco-prusiana, el autor de *La Revolución francesa* abrazó con estusiasmo el partido de Alemania. «The Times» y otros periódicos ingleses publicaron artículos suyos en torno a este tema que, coleccionados luego, vieron la luz en forma de libro, bajo el título: *Cartas sobre la guerra entre Alemania y Francia* (1871).

La muerte de su esposa, acaecida poco después, le afectó tanto, que, a partir de entonces, puede considerarse terminada su vida de escritor. Su vida humana se prolongó hasta el día 5 de febrero de 1881.

La gloria de Carlyle, mientras vivió y, sobre todo, después de muerto, ha sido inmensa y merecida. Su enorme influencia como escritor puede resumirse diciendo que en Inglaterra no volvió a escribirse después de él como antes se escribía. Su descendencia intelectual se halla entre los nombres más ilustres del último tercio del siglo XIX y comienzos del XX. Y aun sus más enconados enemigos y detractores, como sucede siempre, no han podido substraerse a su poderoso y benéfico influjo.

«Los héroes»

Esta obra consagró la fama europea de Carlyle. Se trata de seis conferencias que abundan en puntos de vista originalísimos; unas veces asombran con un diseño vigoroso, otras con un cuadro completo, rico en contrastes de claroscuro, o bien con aquellas destemplanzas y ocurrencias suyas que confunden y marean. No hay cuestión que no aborde en este libro: la religión, la política, la literatura, palancas que mueven las grandes fuerzas sociales. El héroe legendario (Odín) es analizado por él con extraordinaria sagacidad, en lo que de real pudo tener, a través de las nieblas de la tradición y de las brumas de Dinamarca; en el profeta (Mahoma), describe con intuición maravillosa la influencia ejercida por aquel hijo semibárbaro del desierto entre las tribus fanáticas y sensuales de Arabia; en el poeta (Dante

y Shakespeare) estudia con profunda sensibilidad y raro acierto la personalidad del escritor florentino y, con cierta exageración nacionalista, la del inmortal dramaturgo inglés; en el sacerdote (Lutero y Knox) palpita el drama religioso de la Edad Media, en que Europa sacudió sus ligaduras mortales al grito del monje alemán; en el escritor (Johnson, Rousseau, Burns) observa las tres personalidades distintas en que se encarna el héroe literario, la del mantenedor de lo caduco, el vidente del porvenir y el idealista; en el rey (Cromwell y Napoleón) se esfuerza en justificar la política solapada y la ambición tiránica del protector de Inglaterra, ambición y política que él considera desde un punto de vista especial, juzgándolas nobles manifestaciones de un espíritu a quien acusó de hipócrita la Historia, y en cambio critica con frases despectivas el desenfrenado apetito de gloria y el endiosamiento de un «pigmeo», Napoleón Bonaparte.

Dos grandes ideas resaltan, sin embargo, de este estudio: la sociedad está sujeta a eterna metamorfosis; los héroes son los agentes de esa transformación, cambio o transfiguración, que el ser social, cuerpo y alma, experimenta en el curso del tiempo. Carlyle define tres civilizaciones sucesivas e históricas, dejando aparte, en las profundidades de los siglos, la bruma de la prehistoria. Esas tres grandes civilizaciones de la Europa histórica las designa con los nombres de Antigüedad y Paganismo, Cristianismo y Edad Media, y Tiempos Modernos, tres épocas que contienen dos transiciones; asistimos a la segunda, la cual forzosamente habrá de ser muy larga, teniendo en cuenta el millar de años que necesitó la disolución lenta del mundo pagano para dar paso a la elaboración, lenta también, del cristianismo. Es cierto que los grandes descubrimientos modernos nos comunican a los fenómenos sociales aceleraciones que desconoció la Antigüedad. Así, esos cambios perpetuos no los juzga Carlyle estéril metamorfosis, ni recesión ni decadencia, sino fases grandiosas de una ascensión que irresistiblemente prosigue a través de nuestros dolores y de nuestros placeres, de nuestras dudas y de nuestras esperanzas.

Con respecto al estilo de Carlyle, raramente se ha manifestado, como en este libro, la verdad que expresó Buffon: el estilo es el hombre mismo. El estilo de Carlyle es él; le retrata de pies a

cabeza. Sus ideas, sus entusiasmos y paradojas no podían expresarse en otro estilo. No hay en él la menor contradicción entre fondo y forma, entre alma y expresión. Sus párrafos desiguales, entrecortados por paréntesis y digresiones, con sus ritmos entusiásticos, con sus frases amplias y agitadas, o rápidas y seguras; con el retorno, repetidísimo, de unas pocas ideas centrales, de unas mismas frases o palabras, refleja su carácter sombrío, atormentado, contradictorio y a menudo obsesivo. Sus juegos de puntuación, la abundancia de palabras que empiezan con mayúscula, sus frecuentes subrayados tienen por objeto llamar la atención sobre los temas principales hacia los cuales, como centro de atracción, todas las ideas, todas las frases y palabras se polarizan. Esto ha sido interpretado como defectos, como si Carlyle no supiese escribir y pulir su estilo, o como si buscase la manera de sorprender y mixtificar a sus lectores. El pensamiento mismo de Carlyle es, desde luego, más musical que discursivo y reflexivo; siente, más que ve, fulguraciones de intuiciones grandiosas, inexpresables en palabras. Porque el significado corriente de las palabras no le basta; el hirviente sentido de lo que él quiere expresar no cabe en ellas; se desborda, se vierte de ellas como un metal deslumbrante, en ebullición, del cristal que lo contiene.

Los héroes, de Odín a Napoleón

Los antecedentes

En la Alta Edad Media, dos grandes pueblos amenazaron a Occidente: normandos —o vikingos— y musulmanes. Con respecto a los primeros, los cronistas latinos les dieron el nombre de *nordmanni*, es decir, hombres del Norte, pero los historiadores modernos les llaman también vikingos, del antiguo noruego *vikingr*, pirata.

De la península escandinava habían salido cimbrios y teutones, vándalos y godos, hérulos y burgundios, que sucesivamente invadieron el Imperio romano. En la segunda mitad del siglo III d. C., los hérulos aparecieron en las costas del mar de Azov, en Galia y España; hacia el año 520, una expedición danesa fue aplastada en las costas de Frisia, y en el 574 eran vencidos daneses, sajones y jutos, también en Frisia, por el duque de Austrasia. Pero en el siglo IX tomó tal amplitud la expansión guerrera y pacífica de los pueblos escandinavos, que haría olvidar las alusiones esporádicas que de sus rapiñas venían haciendo los cronistas.

Con respecto a los musulmanes, árabes convertidos a la fe de Mahoma, hay que decir que habían tenido pocos contactos con el mundo grecolatino antes del siglo VII. Tan sólo los instalados al Norte, cerca de Siria, habían tenido contacto con las civilizaciones griega y aramea, y más tarde con la romana, la bizantina y la persa. La península arábiga había estado más aislada de estos centros políticos y culturales. Habitada por los beduinos, pastores nómadas con una organización social muy primitiva, divididos en tribus enfrentadas entre sí, formarán una unidad sólida sólo gracias a las doctrinas de Mahoma.

Por su parte, la Italia de Dante estaba dividida entre güelfos y gibelinos, que apoyaban unos al Papa y los otros al Emperador en la lucha entre Papado e Imperio. Esto provocará enfrentamientos armados constantes entre ambos bandos, siendo el propio Dante víctima de ellos. Esta lucha prosigue en el siglo XV, en tiempos de Lutero, que, contrariamente a Dante, se sirve de la rivalidad

entre el Papa y los príncipes alemanes para obtener el apoyo de éstos a su Reforma religiosa.

Con respecto a la Inglaterra de finales del siglo XVI, en la que viven Knox y Shakespeare, sufre también problemas religiosos. En efecto, reina María Tudor, también llamada María la Católica, que desarrolla una política exterior de alianza con España y una política interior de persecución a los protestantes. Knox será víctima de ella. Los antecedentes deben buscarse en la ruptura del rey Eduardo VIII con el Papa, que no aceptaba la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón. Un siglo más tarde, en la Inglaterra de Oliver Cromwell, los problemas son más bien de tipo político: Carlos I y sus ministros Strafford y Laud, defensores a ultranza del absolutismo monárquico, exasperan al pueblo con sus tremendos impuestos y su desprecio evidente a la institución parlamentaria, ya existente en Gran Bretaña. El gesto de un noble, que se negó públicamente a pagar impuestos no autorizados regularmente por el Parlamento, suscitará una oleada de apoyo entusiasta. Y otro siglo más tarde, ya hecha la revolución por Oliver Cromwell, la monarquía parlamentaria británica, en la que viven Johnson y Burns, está dominada por el primer ministro *whig* Robert Walpole, que recurre a todos los medios de presión y corrupción de que puede disponer para sobornar a los diputados y gobernar a favor de la oligarquía financiera, que le apoya.

Frente a ella, la Francia del siglo XVIII, en que viven Rousseau y Napoleón, es la época esplendorosa del Absolutismo, del *Ancien Régime*, criticado o adulado por la Ilustración, y que será finalmente aniquilado por la Revolución francesa, hecha a finales de siglo gracias a las ideas difundidas por hombres como Rousseau, y al valor y decisión de hombres como Napoleón.

Los hechos

En poco más de un siglo, el IX, los normandos se hacen dueños de gran parte de Inglaterra e Irlanda; en nombre de Odín, se asientan en la Galia, después de haber saqueado ampliamente el país; recorren las costas de la península Ibérica y, pasando el Mediterráneo, vuelven a atacar la Galia, ahora por el golfo de Lyon; por el Atlántico norte,

se extienden hasta la lejana Islandia, llegando incluso a América; dominan el Báltico y, tras superar la dureza de la estepa rusa, consiguen llegar a Constantinopla.

La actividad económica principal de la Arabia del siglo VI, en que vive Mahoma, son las caravanas, el comercio con las zonas vecinas. El propio Mahoma se dedicará a ello hasta que se case con Jadicha. Estas caravanas transportan perfumes, inciensos, metales preciosos, ricas maderas, aceite, trigo. La Meca era el principal mercado y depósito de las caravanas que cruzaban Arabia. Mahoma la convertirá, por eso, en el centro religioso de los musulmanes, uniendo las tribus caravaneras, antes politeístas, en una fe y unos ideales comunes, con una estructura política unida y un centro religioso único para todos sus fieles.

Con respecto a la Italia de Dante, continúa en vida de Dante la lucha entre el Papa y el Emperador. Ambas instituciones se lanzan por esos años a una publicística trepidante en defensa de sus respectivos puntos de vista. Nadie parece darse cuenta de que el porvenir impondrá una solución: la afirmación de las nacionalidades, tan alejada del imperialismo guibelino como de la teocracia guelfa. Tanto Dante Alighieri como Martín Lutero serán, en este sentido, nacionalistas *ante litteram.*

Por su parte, la Inglaterra de Shakespeare y Knox vive la «Era Isabelina». Muerta María Tudor, le sucede Isabel I, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, la cual responde inmediatamente a las esperanzas en ella depositadas por los protestantes franceses y holandeses. Así, la política exterior británica cambia totalmente: de ser aliada de España, Inglaterra se convertirá en la pesadilla de Felipe II. Un siglo más tarde, el absolutismo monárquico recibe un golpe mortal en este país, asestado por Cromwell, el cual organiza un ejército regular disciplinado y valiente para defender al Parlamento frente a los absolutistas. Así, vencido en Naseby, el rey Carlos I será ajusticiado y se proclamará la soberanía popular y el sufragio universal en Inglaterra. Ya en el siglo XVIII, en época de Johnson y Burns, dos partidos políticos dominan la vida parlamentaria inglesa: los *tories*, o conservadores, representantes de los grandes propietarios de tierras y de la nobleza; y los *whigs*, o liberales, representantes de la nueva clase ascendente británica,

la burguesía comercial-capitalista. La figura del monarca resulta ya puramente institucional, podría decirse que decorativa.

Por el contrario, la Francia de Rousseau y Napoleón está en plena efervescencia por conseguir un régimen similar al inglés. En la segunda mitad del siglo XVIII las ideas de los enciclopedistas hablan ya de los derechos del hombre, tanto como individuo como en condición de ciudadano de un Estado. Estas ideas serán llevadas a la práctica en 1789, al abolir los herederos del espíritu de Rousseau (entre ellos Napoleón) un régimen absolutista e instaurar una república del pueblo, gobernada y administrada por él.

Las consecuencias

A finales del siglo IX, los normandos dominan Escocia, Irlanda, Islandia, Checoslovaquia y amplias zonas de Inglaterra y Francia. Pronto crearán grandes reinos en el norte de Europa, génesis de los actuales reinos escandinavos. Los cristianos de estas tierras están desunidos y no consiguen hacerles frente. Sin embargo, una vez establecidos en sus nuevos territorios, el contacto con los indígenas llevará a estos feroces guerreros a la sedentarización y, finalmente, a la conversión al cristianismo.

Con respecto a Arabia, muerto Mahoma, le sucede el califa Abu Bakr, padre de la última esposa del profeta, Aixa. Abu Bakr someterá a las tribus árabes desunidas y marchará hacia Siria y Persia. Comienza así la expansión islámica, que llevará a los musulmanes a conquistar el Próximo Oriente, el norte de Africa, casi toda la península Ibérica, parte del Africa subsahariana, la península Balcánica e incluso el corazón de Asia.

Por su parte, la Italia de Dante dará paso, en el siglo XIV, a la Italia comunal, dominada por los nacionalismos locales. En efecto, la pujanza de las ciudades italianas, facilitada por la expansión europea en el siglo XIII, recibirá un fuerte impulso a consecuencia de los choques entre las tres grandes fuerzas hostiles: el Imperio, el Papado y el feudalismo. Lo mismo ocurrirá en la Alemania de después de Lutero. Pero, si es incuestionable que el florecimiento de los nacionalismos locales implica la atomización de un país, elementos culturales —una lengua y una literatura comunes, en el caso de Dante; una reforma religiosa que da inicio a una nueva

Iglesia, en el caso de Lutero— pueden mantener cohesionado, y de hecho lo harán, a un colectivo desunido sólo de derecho.

Con respecto a la Inglaterra de Shakespeare y Knox, a la muerte de estos dos hombres ilustres su país se ha convertido en una gran potencia, con una de las mejores flotas del mundo, un territorio unido bajo la férrea voluntad y personalidad de Isabel y posesiones coloniales en el Nuevo Mundo. A la muerte de Cromwell, Inglaterra ha mejorado todavía más su posición en el mundo: su flota es ahora la primera del planeta en cantidad y calidad, su organización política es más libre y avanzada que la del resto de Occidente, todavía dominado por el Antiguo Régimen, y en su expansión colonial ha desplazado a Portugal y España como principales potencias coloniales, y se enfrenta ahora a Holanda y Francia por el monopolio comercial con América, Asia y Africa. A finales del siglo XVIII, muertos Burns y Johnson, Gran Bretaña se prepara a dominar el mundo: hecha la revolución industrial, su pujanza económica incita al país a buscar nuevos mercados en los cinco continentes. Será la consolidación del Imperio Británico, quizá el más extenso de la historia de la humanidad.

Frente a ella, Francia vive, a la muerte de Rousseau, momentos de conflictos internos: la rivalidad anglo-francesa a lo largo del siglo XVIII ha privado a Francia de sus posesiones indias y americanas; la Revolución francesa y la posterior toma del poder por parte de Napoleón agudizarán dicha rivalidad, que terminará en una nueva derrota francesa y en el exilio napoleónico en Santa Elena. Pero, a lo largo del siglo XIX, Francia recuperará su antiguo esplendor, y en una sucesión ininterrumpida de repúblicas, monarquías e imperios, recuperará rápidamente su rango de gran potencia, en un mundo dominado por el capitalismo y la expansión imperialista por todos los continentes.

Fechas clave

500 Los daneses, adoradores de Odín, habitan las islas de Dinamarca, Ascania y, posteriormente, Jutlandia. La expansión de este pueblo se inicia como consecuencia de la superpoblación de sus áreas originarias y del descontento ante la situación político-económica tras la formación de grandes señoríos territoriales, lo que incita a muchos reyezuelos y a sus guerreros a emigrar en sus nuevas naves *(gokstad, oseberg)* con quilla reforzada y mástil para vela, que sustituye a la vieja embarcación de remos tradicional *(nydam, kvalsund)*.

575 Nace Mahoma en La Meca. Pertenece a la importante familia de Hasim, de la tribu mudarí de Qurays, y es hijo de Abd Allah, muerto en Medina. A los seis años pierde a su madre, Amina, y es recogido por su abuelo Abd-al-Muttalib y más tarde por su tío, Abu Talib, cuyo hijo Alí es su compañero de juegos.

587 Mahoma marcha en caravana con Abu Talib. En Bosrá ve al monje cristiano Bahira, que reconoce en él el signo de la profecía. Se hace pastor, y pronto entra al servicio de la rica Jadicha, pariente lejana suya, cuyas caravanas de camellos conduce por algún tiempo atravesando Arabia.

600 Los reyes esviones, o dinastía de los Inglings, extienden su hegemonía desde el área de Upsala hasta la totalidad del territorio sueco. Mahoma se casa con Jadicha, encontrando en ella una fiel colaboradora. El matrimonio le libera económicamente, lo que le permite consagrarse a la meditación. Sus viajes con caravanas por Arabia, hasta Siria y Palestina, le han puesto en contacto con judíos y cristianos, cuyas doctrinas religiosas han sobreexcitado su inquietud religiosa.

610 Mahoma comienza su predicación. Convencido de que es necesario renovar la enseñanza de la verdadera fe monoteísta, como resultado de una serie de visiones y relaciones, predica a los miembros de su tribu la necesidad de creer en un único dios: Alá, el gran padre de todos los musulmanes.

622 La doctrina mahometana, monoteísta, espiritual y ascética, choca con el fetichismo y materialismo de los mercaderes de La Meca. El ambiente hostil obliga a Mahoma a emigrar a Yatrib el 15 de junio. Esta fecha marca el inicio de la Hégira, punto de partida de la cronología musulmana.

625 Con los adeptos que le acompañaron de La Meca y los convertidos en Yatrib, Mahoma forma su primera comunidad, de la que él es a la vez jefe político y religioso. Sus enfrentamientos con La Meca son cada vez más violentos.

630 Mahoma consigue regresar a La Meca. Suprime el culto idolátrico en la ciudad y el santuario de La Kaaba queda transformado en un centro de piedad islámica. La nueva religión arraiga en toda la península arábiga.

632 Muerte de Mahoma en Medina. Su sucesor, el califa Abu Bakr, padre de Aixa, última esposa del profeta, somete las tribus árabes separadas y marcha hacia Siria y Persia. Empieza la expansión islámica por los territorios cercanos.

650 Los reyes esviones dominan, junto con los gotlandeses, la cuenca del Báltico (Finlandia, Curlandia, Prusia oriental). En el siglo VIII es ya este mar un «lago sueco», cerrado al comercio frisón y dominado totalmente por los vikingos.

790-840 Saqueos e invasiones normandas a lo largo de las costas celtas: Lindisfarne, Jarrow, Monkwearmouth, Skye, Iona. A partir del 799 realizan incursiones al litoral frisosajón, obligando a Carlomagno a establecer permanente vigilancia costera. Son características las acciones alternadas: ataques durante la primavera, para retornar al punto de partida en invierno. Tras la muerte de Luis el Piadoso, sin embargo, emprenden las expediciones con potentes ejércitos y establecen campamentos permanentes en las desembocaduras de los ríos, donde invernan.

840-862 Los vikingos daneses saquean anualmente las ciudades francas cercanas a las desembocaduras de los ríos, y emprenden expediciones de pillaje a Asturias, Portugal, Baleares, Provenza y Toscana. Someten también los condados de Northumberland y Anglia oriental.

866-874 Los vikingos daneses comienzan la conquista metódica de Inglaterra desde las bases de Londres y

Thanet. Los noruegos ocupan las islas Shetland, Orcadas, Feroes, Hébridas e Irlanda. A raíz de la unificación del país por el rey Harold, muchos de sus súbditos abandonan el reino y se establecen en Islandia, que constituye así una colonia vikinga.

980-1000 Nuevos ataques vikingos a Inglaterra, dirigidos por reyes daneses. Los noruegos descubren Groenlandia y una franja septentrional de América (Vinland), que no llegan a colonizar, logrando penetrar en la región de Novgorod. Al final del período tiene lugar la cristianización de los vikingos y, simultáneamente, su paso al sedentarismo.

1265 Nace Dante Alighieri en Florencia. Pertenece a una familia de la burguesía güelfa. De su niñez y adolescencia se tienen muy pocas noticias.

1274 Muere su madre; mientras, estudia en su ciudad natal, siendo discípulo de Brunetto Latini. Entre sus amigos íntimos figura el futuro gran poeta Cavalcanti. Ve por primera vez a una joven llamada Beatriz, un año menor que él, a la que amará platónicamente durante toda su vida.

1294 Termina *La vita nuova*, especie de diario íntimo en verso y prosa inspirado en su amor a Beatriz. Alterna sus estudios universitarios en Bolonia con una vida disipada. Hacia el año 1290 muere Beatriz. Poco después se casa con otra joven florentina, Gemma di Manetto Donati.

1295-1296 Dante empieza a tomar parte en la vida de Florencia: es miembro del Consejo del Pueblo y más tarde del Consejo de los Ciento.

1300-1303 Designado embajador en Roma para tratar la paz con el papa Bonifacio VIII, éste le retiene junto a sí, hasta que, aliado con Carlos de Valois, consigue el triunfo güelfo en Florencia. Sus diferencias políticas obligan a Dante Alighieri al exilio.

1306-1315 Empieza la vida errante de Dante: recorre el norte de Italia, visitando las ciudades de Verona, Padua, Rimini, Lucca, Ravena.

1321 Dante Alighieri muere en la ciudad de Ravena el 14 de septiembre, al regreso de un viaje a Venecia.

1483 Martín Lutero nace en Turingia. De familia campesina acomodada, se ve muy influenciado por su madre, mujer de sanas costumbres, pero muy supersticiosa.

1497-1505 Estudia Lutero en Magdeburgo, Eisenach y Erfurt. Contra los deseos paternos de que estudiase Leyes, se licencia en Letras, para ingresar posteriormente en el convento de los agustinos de Erfurt.

1507-1516 Ordenado sacerdote, se doctora en teología y enseña filosofía, teología y exégesis bíblica. Enviado por su orden en misiones de confianza a Roma, desempeñará aquí el cargo de vicario general de los agustinos alemanes. El reformador escocés John Knox nace en Haddington.

1517 Lutero se opone a la «venta de indulgencias». El 31 de octubre fija en las puertas de la iglesia de Wittenberg sus 95 tesis redactadas en latín, que serán el comienzo de la Reforma. Para defender su posición predica incansablemente, publica numerosos escritos y discute con los teólogos.

1520 Lutero quema en la plaza pública de Wittenberg la bula papal en que se le invita a retractarse de sus ideas, y publica «los tres grandes escritos reformadores», base de las iglesias luteranas: *Manifiesto a la nobleza cristiana de Alemania, La cautividad de Babilonia* y *De la libertad del cristianismo.*

1546 Tras viajar incesantemente por Alemania predicando sus teorías y buscando adhesiones, sobre todo entre la realeza y la nobleza alemana, Lutero muere en su ciudad natal. Ordenado sacerdote, John Knox se suma a la Reforma y predica las nuevas ideas en las ciudades de Berwick y Newcastle.

1554-1559 Al subir al poder María Tudor, Knox huye a Ginebra, donde traduce al inglés la llamada «Biblia de Ginebra». En 1559 vuelve a su patria, difundiendo la reforma luterana y contribuyendo al establecimiento del presbiterianismo en Escocia y al derrocamiento de María Estuardo.

1564 William Shakespeare nace en Stratford on Avon. De familia acomodada, es muy poco lo que se sabe de sus años de infancia y adolescencia.

1582 Shakespeare se casa con Ann Hathaway y se traslada a Londres, donde trabaja como actor de teatro.

1594 Shakespeare consigue sus primeros éxitos como dramaturgo. Compone *Venus y Adonis* y *La violación de Lucrecia*. Es actor, autor y pronto accionista de la compañía de los Lord Chamberlain's Men, que actúa en el teatro del Globo.

1599 Oliver Cromwell nace en Huntington. El fervor puritano del ambiente en que se educa le marca profundamente.

1613 Se incendia el teatro del Globo. Shakespeare ha escrito ya sus mejores obras. El escritor, famoso y rico, se retira a Stratford, donde lleva una vida apacible y desahogada. Poco después de redactar su testamento, muere el 26 de abril y es enterrado en la iglesia de Stratford on Avon.

1640 Elegido diputado del Parlamento, Cromwell apoya enérgicamente al partido puritano en su lucha contra el rey y la iglesia anglicana tradicional.

1642-1645 Estalla la guerra civil inglesa. Su talento militar se evidencia inmediatamente: al mando de un ejército valiente y disciplinado, vence al partido realista.

1649-1654 Se suprime la Cámara de los lores en el Parlamento británico y se condena a muerte al rey. Cromwell se convierte así en amo de las islas. Somete a los rebeldes de Irlanda y Escocia e instaura el régimen de la Commonwealth. Deseoso de aliarse con todas las potencias protestantes, se ve, sin embargo, arrastrado a una guerra contra las Provincias Unidas. Mientras tanto, los desórdenes parlamentarios mueven a Cromwell a disolverlo y a promulgar una nueva Constitución, que consolida la dictadura militar de un rey sin corona.

1658 Agotado por una vida demasiado activa, Oliver Cromwell muere en Londres, en el mes de septiembre, tras designar como sucesor a su hijo Richard Cromwell.

1709 Samuel Johnson, lexicógrafo, crítico y poeta británico, nace en Lichfeld. Debido a la falta de medios económicos, se ve obligado a abandonar sus estudios en la Universidad de Oxford y dedicarse a la enseñanza.

1712 Jean-Jacques Rousseau nace en Ginebra, en el seno de una familia hugonote. Al nacer queda huérfano de madre, y es educado por el pastor Lambercier.

1737-1755 Samuel Johnson se traslada a Londres, donde se da a conocer por sus artículos periodísticos

en «The Rambler», «The Adventurer» y «The Idler», y por obras como *Londres, La vanidad de los deseos humanos, Vida de Savage* y, sobre todo, un *Diccionario de la lengua inglesa* en dos volúmenes. Rousseau viaja a París e Italia, alcanzando la fama en los salones parisinos con su *Discurso sobre las ciencias y las artes.*

1759-1762 El poeta escocés Robert Burns nace en Alloway. Hijo de campesinos, recibe una educación muy superficial, pero pronto se inclina por la poesía. Rousseau trabaja en tres de sus mejores obras: las tituladas *La nueva Heloísa, El contrato social* y *Emilio o la educación.*

1769 Nace Napoleón Bonaparte en Ajaccio. Estudia en el colegio de Autún y en la escuela militar de Brienne. Termina sus estudios en París, y es nombrado teniente de un regimiento de artillería de la capital francesa.

1782-1789 Samuel Johnson publica su última obra, *Vidas de poetas*, en diez volúmenes, donde demuestra una gran sagacidad crítica. Muere en Londres poco después. Rousseau escribe sus *Confesiones* y *Meditaciones de un paseante solitario.* Muere súbitamente en casa del marqués Girardin, su último protector, en Ermenonville. Robert Burns se casa con Jean Armour y publica *Poemas escritos principalmente en dialecto escocés.* Al estallar la Revolución francesa, Napoleón Bonaparte muestra simpatías por los jacobinos.

1793-1798 Robert Burns se traslada a Dumfries, donde sigue componiendo baladas escocesas. Pero sus excesos en el trabajo, la bebida y los placeres minan su salud, muriendo tras sufrir un grave ataque de fiebre reumática. Napoleón se traslada a Provenza. Colabora con las tropas revolucionarias en la conquista de Tolón, en la campaña de Italia y en la de Egipto. Vuelto a Francia, donde el Directorio agonizaba, da un golpe de Estado e instaura una férrea dictadura militar.

1799-1804 Napoleón es elegido Primer Cónsul mediante plebiscito para un período de diez años. Para dar una apariencia democrática a la dictadura militar, se elabora una Constitución. Se reorganiza la administración, la justicia, la economía y la educación. Una nueva campaña en Italia logra la difícil victoria de Marengo: Austria cede otra porción de sus terri-

torios italianos. Se firma un Concordato con la Iglesia, poniéndola al servicio del gobierno. Napoleón Bonaparte es proclamado Cónsul Vitalicio y, más tarde, Emperador.

1805-1815 El ejército napoleónico invade Alemania. Derrota austríaca en Ulm. Batallas de Trafalgar y Austerlitz. Paz de Tilsit: Rusia se une al bloqueo continental. Guerra de Independencia española. Campaña de Rusia. Tras la catástrofe del ejército napoleónico y su posterior retirada, Prusia se incorpora a la resistencia, aliándose con Austria. Napoleón tiene que retirarse más allá del Rhin. Las tropas aliadas liberan Alemania, Holanda y el norte de Italia, llegando hasta París. Napoleón es encarcelado en la isla de Elba, pero consigue escapar y regresar a Francia, donde vuelve a tomar el poder. Batalla decisiva de Waterloo, en la que queda aniquilado el poder militar francés. Segunda entrada de las fuerzas aliadas en París. Se firma la paz, que pone fin al fugaz Imperio napoleónico.

1821 Bajo protección inglesa, Napoleón es desterrado a la isla de Santa Elena, donde muere el 5 de mayo.

Bibliografía

De Carlyle

Héroes, Los. Madrid, Aguilar, 1946.
Primitivos reyes de Noruega, Los. Espasa Calpe, 1957.
Recuerdos. Madrid, Espasa Calpe, 1963.
Sartor Resartus. Madrid, Fundamentos, 1976.
Trabaja y confía. Madrid, Sintes, 1963.
Vida de Schiller. Madrid, Espasa Calpe,

Sobre los héroes

ANDRAE, T., *Mahoma,* Madrid, Alianza, 1966.
BOSWELL, J., *La vida del doctor Samuel Johnson,* Madrid, Espasa Calpe, 1956.
CREMA, E., *Dante, 1265-1321,* Caracas, Universidad, 1966.
DERMENGHEN, E., *Mahoma y la tradición islámica,* Madrid, Aguilar, 1963.
DERMENGHEN, E., *Vida de Mahoma,* Barcelona, Agustín Núñez, 1942.
DOTOR, S., *Dante,* Madrid, Compañía Bibliográfica, 1964.
DUBY, G., y MANDROU, R., *Historia de la civilización francesa,* México, Fondo de Cultura Económica, 1966.
GABRIELI, F., *Mahoma,* Madrid, Guadarrama, 1967.
GALKINE, I., y ZOUBOK, L., *La revolución burguesa del siglo XVII en Inglaterra,* México, Grijalbo, 1964.
GALLARATI SCOTTI, T., *Vida de Dante,* Barcelona, Montaner y Simón, 1964.
GARCIA VILLOSLADA, R., *Raíces históricas del luteranismo,* Madrid, Editorial Católica, 1969.
GARCIA VILLOSLADA, R., *Martín Lutero,* 2 vols., Madrid, Editorial Católica,

GAUDEFROY, M., *Mahoma*, Barcelona, Montaner y Simón, 1962.
GAUTIEZ, P., *Dante. Su vida y su obra*, Buenos Aires, Antonio Zamora, 1965.
GODECHOT, J., *Las revoluciones, 1770-1799*, Barcelona, Labor, 1969.
GREINER, A., *Lutero*, Barcelona, Aymá, 1968.
HALLIDAY, F. E., *Shakespeare*, Barcelona, Destino, 1964.
HAMPSON, N., *Historia social de la revolución francesa*, Madrid, Alianza, 1970.
HATZFELD, H., y otros, *Dante en su centenario*, Madrid, Taurus, 1965.
HOBSBAWM, E., *Las revoluciones burguesas*, Madrid, Guadarrama, 1964.
IRVING, W., *La vida de Mahoma*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945.
KRABBE, L., *Histoire de Danemark*, París, Gallimard, 1950.
LABROUSSE, E., *La sociedad del siglo XVIII ante la revolución francesa*, Barcelona, Destino, 1958.
LARSEN, K., *A history of Norway*, Princeton, University Press, 1948.
LEFEBVRE, G., *La revolución francesa y el Imperio, 1787-1815*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967.
LESKO, B., *En busca del pensamiento de Martín Lutero*, Buenos Aires, La Reforma, 1965.
LOCKYER, R., *La guerra civil, 1640-1649*, Santiago de Chile, Pomaire, 1962.
LORTZ, J., *Historia de la Reforma*, Madrid, Taurus, 1964.
MANFRED, A., y SMIRNOV, R., *La revolución francesa y el imperio de Napoleón*, México, Grijalbo, 1969.
MAUROIS, A., *Historia de Francia*, Barcelona, Surco, 1956.
MAUROIS, A., *Napoleón*, Barcelona, Destino, 1965.
MAY, G., *Rousseau par lui-même*, París, Editions du Seuil, 1961.
MOMIGLIANO, E., *Cromwell, Lord Protector de Inglaterra*, Barcelona, Iberia, 1941.
MONTALBAN, F., *Los orígenes de la reforma protestante*, Madrid, Razón y Fe, 1942.

MONTANELLI, I., *Dante y su siglo*, Barcelona, Plaza y Janés, 1965.
MUSSET, L., *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana*, Barcelona, Labor, 1968.
MUSSET, L., *Les peuples escandinaves au Moyen Age*, París, P.U.F., 1951.
NICOLLE, P., *Historia de Inglaterra*, Barcelona, Salvat, 1953.
PEÑUELA, J. M., *Mahoma, su carácter y su personalidad*, Madrid, Imprenta de Aguirre y Cía., 1946.
PETERSON, A., *Oliverio Cromwell, su vida y su carácter*, Barcelona, Montaner y Simón, 1901.
PIRENNE, J., *Conflicto entre el autoritarismo y el liberalismo en los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Exito, 1967.
PIRENNE, J., *La revolución francesa*, Barcelona, Exito, 1967.
SEGUR, CH., *La derrota de Napoleón en Rusia*, Madrid, Círculo de Amigos de la Historia, 1969.
SMITH, C. M., *Les expéditions des Normands*, París, A. Colin, 1941.
SMYTH, A. P., *Scandinavian kings in the British Isles, 850-880*, Oxford University Press, 1977.
SOBOUL, A., *Compendio de la historia de la revolución francesa*, Madrid, Tecnos, 1966.
STENTON, F. M., *Anglo-Saxon England*, Oxford University Press, 1947.
SVANSTROM y PALMSTIERNA, C. F., *Histoire de Suède*, París, P.U.F., 1944.
THIERS, A., *La revolución francesa*, Barcelona, Petronio, 1969.
THORN, J., *Historia de Inglaterra*, Santiago de Chile, Pomaire, 1964.
VIEJO, R., *Lutero en España y la América española*, Burgos, Aldecoa, 1956.
WAIN, J., *El mundo vivo de Shakespeare*, Madrid, Alianza, 1968.
WALSH, A., *Scandinavian relations with Ireland during the Viking period*, Dublín, O'Neill Press, 1922.
WATT, W. M., *Mahoma, profeta y hombre de Estado*, Barcelona, Labor, 1967.

CONFERENCIA PRIMERA

EL HEROE CONSIDERADO COMO DIVINIDAD

ODIN.—PAGANISMO

Londres, 5 de mayo de 1840

Nos proponemos la tarea de discurrir acerca de los grandes hombres: su manera de resolver los asuntos de este mundo, de qué modo formáronse en la historia del mismo, qué idea tuvieron de ellos los demás hombres, cuáles fueron las obras que llevaron a cabo. Hablaremos, pues, de los héroes, del papel que les tocó representar y del éxito que obtuvieron, de aquello que denomino culto del héroe, y de lo heroico en los humanos asuntos.

La grandeza de este propósito salta a la vista y merece mayor y más concienzudo estudio del que acaso podamos consagrarle, porque el objeto es en verdad grande e ilimitado, inmenso como pueda serlo la universal Historia.

A mi modo de ver, la Historia universal, lo realizado por el hombre aquí abajo, es, en el fondo, la historia de los grandes hombres que entre nosotros laboraron. Modelaron la vida general grandes capitanes, ejemplos vivos y creadores en vasto sentido de cuanto la masa humana procuró alcanzar o llevar a cabo: todo lo que cumplido vemos y atrae nuestra atención es el resultado material y externo, la realización práctica, la forma corpórea, el pensamiento materializado de los grandes hombres que nos enviaron. Su historia, para decirlo claro, es el alma de la historia del mundo entero. Desconfío de poder tratar semejante asunto con la debida justicia.

Considérese como quiera, consuela pensar que la compañía de los grandes hombres siempre es provechosa. No es posible fijar la consideración de un grande hombre, aunque lo hagamos de un modo imperfecto, sin que de ello beneficie nuestra alma. El grande hombre es foco de vívida luz, manantial en cuya margen nos extasiamos, claridad que disipó las sombras del mundo, no a modo de lámpara refulgente,

sino como luminaria natural, resplandeciendo como don celeste; es una cascada fúlgida abundante en íntima y nativa originalidad, nobleza, virilidad, egoísmo, a cuyo contacto no hay alma que deje de sentirse en su elemento.

Sea como fuere, seguro estoy de que no vacilaréis en acompañarme para unirnos por breve rato con tan noble compañía. Escogidos en las más apartadas épocas y regiones, difiriendo por completo en sus formas externas, trataremos de seis clases de héroes, y si los consideramos fielmente, esclarecerán muchos puntos de gran interés para nosotros.

De examinarlos como corresponde, es indudable que penetraríamos hasta la propia esencia de la mundanal Historia. ¡Qué dicha la mía si lograse poneros de manifiesto la recta significación del egoísmo; la divina relación —bien puedo llamarla así— que une siempre todo grande hombre a otros hombres; y así, de esta suerte, no agotar, sino romper algo más que la superficie del terreno!

Aventúrome, pues, y manos a la obra.

Dícese, y creo que está siempre bien dicho, que la religión de un hombre es el hecho de más importancia que con él pueda referirse. Y lo que se dice de un hombre, cabe decirlo de una nación. No quiero por religión dar a entender el credo eclesiástico que profesa ni lo que considera artículos de fe, sosteniéndolos con hechos o palabras; no es esto precisamente, ni en muchos casos guarda con ello relación ninguna. Observamos a muchos hombres de todo género de creencias alcanzar prestigio o desprestigio bajo la forma de todas o de cualquiera de ellas. A esto no le llamo yo religión, no lo es para mí semejante profesión o aserto, ni es frecuentemente otra cosa que el aserto y profesión que parte de lo exterior del hombre, de su parte argumentativa, si a tanto llega. Pero lo que un hombre cree prácticamente (y a menudo bástale, aun sin declarárselo a sí mismo, ni mucho menos a los demás), lo que siente de corazón y tiene por concerniente a sus relaciones vitales con el universo misterioso, y su deber o destino en él, y que, sea como fuere, para él es lo primordial y determina fundamentalmente todo lo demás, ésa es la *religión* de ese hombre, o acaso su mero escepticismo y no *religión:* la manera como está y en que él se siente estar espiritualmente relacionado con el mundo invisible, o con lo que no es mundo. Y ahora digo: si sabéis explicarme lo que esto significa, me revelaréis de un modo bastante considerable lo que es el hombre y qué clase de cosas hará. Así, lo primero que preguntaré, de un hombre o de una nación, es qué religión profesaron.

¿Fue paganismo, politeísmo, mera representación sensual del misterio de la vida, y como espíritu evidente del mismo la fuerza de la materia? ¿Acaso fue el cristianismo, la creencia en un invisible, no solamente como ser real, sino como la realidad única; el Tiempo con su cortejo de mínimos instantes descansando en la eternidad; el idólatra imperio de la fuerza suplantado por la más noble supremacía de la santidad? ¿Fue el escepticismo, la afanosa incertidumbre que despertó el afán de investigar

si existía un mundo invisible, un misterio de la vida, ilusión engañosa de los sentidos, o acaso la incredulidad y por remate la negación categórica?

La respuesta a estas preguntas nos dará la clave de la historia del hombre o de la nación. Los pensamientos surgidos en su mente dieron origen a las acciones por ellos realizadas: lo espiritual e invisible determinó en ellos lo presente y lo externo, y su mayor hecho fue su religión.

Concretándonos a los límites que nos hemos propuesto en estas Conferencias, trataremos tan sólo de la fase religiosa de la cuestión, conocida la cual, lo conoceremos todo. Escogeremos como primer héroe de nuestra serie a Odín, figura principal de la mitología escandinava, emblema para nosotros de un importantísimo orden de cosas. Contemplemos breves momentos a ese héroe como divinidad, la primordial, la más antigua forma del heroísmo.

La extraña forma de aquel paganismo es casi inconcebible para nosotros y en nuestra época. Una inextricable balumba de engañosas perspectivas y falsedades cubre el ancho campo de la vida amontonando en él absurdos, y nos llena de asombro cuando no de incredulidad, porque a la verdad no es fácil imaginar que hombre alguno dotado de sano juicio, pudiera jamás creer y vivir serenamente en medio de tan extravagantes doctrinas. Que hayan existido hombres capaces de adorar a uno de sus semejantes como a Dios mismo, y no sólo a un semejante suyo, sino a un leño, a una piedra, a toda clase de objetos, animados e inanimados, y que de semejante caos de alucinaciones entresacasen, para satisfacción propia, una teoría del universo, todo esto nos parece hoy increíble fábula, y, sin embargo, que el hecho tuvo lugar, no puede ser más claro y evidente.

En este laberinto de insensateces y torpezas agitáronse hombres como nosotros, y, aunque pueda parecernos extraño, vivieron contentos y satisfechos entre semejantes irreverencias. Detengámonos con silenciosa tristeza ante los abismos y tinieblas que interior y exteriormente rodean al hombre, a la vez que nos regocijaremos desde las alturas contemplando más espléndidos horizontes creados por sus propios esfuerzos y energías: todo esto encontraremos en el hombre, en todos los hombres, en nosotros mismos.

Filósofos hay especulativos que resuelven de plano, de un modo especial y conciso, cuanto se refiere a las religiones paganas, y no vacilan en calificar de imposturas sacerdotales y garrulería cuanto sirve para dominar y extraviar la credulidad de los pueblos. Pero nosotros opinamos que ningún hombre en su cabal juicio creyó jamás semejante cosa, ni procuró imponer tales creencias a ningún semejante suyo en el pleno goce de sus naturales facultades. Deber nuestro será protestar con frecuencia contra esa hipótesis relativa a la Historia y a los humanos hechos, y, por lo que a nosotros toca, desde ahora elevamos nuestra protesta contra esas suposiciones referentes al paganismo y a todos los

ismos a través de los cuales esforzóse el hombre por abrirse paso y alcanzar un puesto donde vivir cómodamente.

En todos hubo una verdad; de no ser así, nunca los hubiera sostenido el hombre. Cierto que la impostura y la charlatanería abundan de un modo lamentable, sobre todo en las religiones, y en grado temible hasta lo superlativo en aquellas que alcanzaron las últimas fases de su decadencia; pero nunca el charlatanismo pudo influir en la generación de tal estado de cosas, ni pudo robustecerlas ni darles vida; al contrario, más bien fue la causa y el precursor de su muerte.

No lo echemos en olvido: la hipótesis del charlatanismo engendrando la fe, aun suponiendo que pudiese lograrlo entre los salvajes, es, como teoría, la más desdichada que conozco. Jamás la impostura ni el charlatanismo dieron vida a nada, sino que llevaron gérmenes de muerte a todo. Si no abandonamos de una vez para siempre toda hipótesis de locuacidad inconexa, considerándolas como perniciosas dolencias corruptoras del espíritu, nunca alcanzaremos verdadero conocimiento de las cosas del mundo; nuestro deber y el deber exclusivo de todo hijo de Adán es arrojarlas de nuestra mente y de nuestras costumbres.

Por naturaleza es enemigo el hombre de la mentira. Hasta en el propio Gran Lamismo [1] observo yo como una especie de verdad oculta; léase, si no, la relación imparcial, aunque algo escéptica, que de su embajada a aquel país hace Mr. Turner, y júzguese en consecuencia. Aquellas pobres gentes del Tibet creen que Dios envía siempre a cada generación una encarnación de sí mismo. En el fondo, esto viene a ser como una creencia en una especie de Papa; una creencia de que existe un hombre superlativamente grande; de que a ese hombre es posible descubrirle, y, una vez descubierto, se le debe ilimitada obediencia.

Esta es la verdad del Gran Lamismo; no hay otro error sino el de pensar que pueda descubrirse a aquel *hombre superlativo.* Los sacerdotes tibetanos tienen medios peculiares de averiguar cuál será ese hombre eminente, capaz de dominar de un modo supremo a todos los demás. Esos métodos, no obstante, son inadmisibles, por lo malos; pero ¿acaso son peores que nuestros métodos, o será peor ese sistema que el de juzgarle siempre el primogénito de cierta genealogía?

Difícil es hallar métodos para determinadas cosas. Comenzaremos a comprender la religión pagana cuando nos hagamos cargo de que para sus devotos hubo tiempo en que fue seria y formalmente verdadera. Puede admitirse sin ningún género de duda que existieron creyentes en el paganismo, hombres de recto criterio y común sentido, hombres como nosotros; y admitamos también que, en su lugar, habríamos nosotros creído lo mismo. Preguntamos ahora qué pudo ser el paganismo.

Teorías más respetables atribuyen estas cosas a la alegoría. Fue —dicen los autores de ellas— un croquis borroso, una alegoría artificiosa,

[1] Religión del Gran Lama.

personificación y forma visible de lo que aquellos espíritus poéticos conocieron, sintieron y creyeron del universo, lo cual concuerda, en sentir de los teorizantes, con una ley primaria de la humana naturaleza, existente aún en todas partes, y se reduce a que lo que un hombre siente dentro de sí mismo de un modo intenso, no sosiega hasta que lo arroja fuera de sí por medio de la palabra, representándolo en forma visible y natural, como si le concediese vida y realidad histórica.

Ahora bien: es indudable que existe semejante ley, y es una de las más profundamente arraigadas en la humana naturaleza, y es positivo también que esa ley influyó fundamentalmente en tales asuntos. La hipótesis que atribuye el paganismo, ya en todo o en gran parte, a este agente, júzgola algo más respetable, pero no me es posible calificarla todavía como verdadera hipótesis. ¡Pensad ahora si nos convendría tomar por norte de nuestra vida una alegoría o una ficción poética! Otra cosa más grave exigiríamos. Importante y gravísimo es tener que subsistir, y no es cosa de juego tener que dejar la existencia. Jamás tomó a broma el hombre semejante asunto; el problema de vivir fue siempre para él formidable, y, bajo todos los aspectos, realidad durísima.

Respecto a esta materia están, pues, aquellos teóricos de la alegoría camino de la verdad, pero no la han alcanzado todavía. La religión pagana es, indudablemente, una alegoría, un símbolo de cuanto los hombres sintieron y conocieron respecto al universo. Todas las religiones son símbolos de aquel propio símbolo, de las opiniones y sentimientos humanos, sujetas, por lo mismo, a las alteraciones y transformaciones que en su marcha produce el tiempo. Opino, por tanto, que es una perversión y aun inversión de términos poner de frente como origen y causa motora lo que en rigor no es sino resultado y término.

Nunca experimentó el hombre imperiosa necesidad de crear bellas alegorías o perfectos símbolos poéticos, pero sí lo que debía creer y conocer relativo a ese universo, qué rumbos había de emprender, qué había de temer o esperar, y hacer o dejar de hacer en la misteriosa peregrinación de la existencia.

El *Pilgrim's progress* es una alegoría hermosa, seria, justa; pero júzguese si la de Bunyan[1] pudo preceder en modo alguno a la fe que simboliza. Esta fe tenía que existir allí indispensablemente, y a la vez había de mantenerla, creyéndola, todo el mundo. La alegoría pudo entonces, pese a su importancia y seriedad, convertirse en sombra aparatosa, fugaz entretenimiento de la mente, en vez del hecho solemne y certeza científica que poéticamente trata de simbolizar.

Producto, no productora de la certidumbre fue siempre la alegoría, y esto, no ya sólo refiriéndonos a Bunyan, sino en todos respectos en lo

[1] John Bunyan (1628-1688). Esta célebre alegoría, el *Viaje del peregrino*, la principal de sus obras, es entre los protestantes, a lo que se dice, lo que la *Imitación* entre los católicos.

que dice al paganismo, aún nos falta investigar la certidumbre científica de su procedencia, causante verdadera de ese inextricable cúmulo de alegorías, errores y confusiones, y averiguar, además, qué representaba genuinamente su modo de existencia.

Fenómeno tan embrollado sería pueril y aun temerario pretender explicarlo en este lugar: oscuro, como todo lo pagano, asemeja más bien un espejismo que verdadero terreno firme. Si lo fue un día, actualmente no es ya realidad para nosotros, y en esto persistimos y nos esforzamos, procurando hacerlo penetrar en la inteligencia de todos y afirmando que no lo engendró ningún sueño poético, y menos aún el engaño y la impostura.

Los hombres nunca creyeron en vanos cantares ni aventuraron jamás la vida de su alma a cambio de alegorías. En todos tiempos, y especialmente en los primitivos y en los difíciles, poseyeron natural instinto para desenmascarar impostores y detestarlos. Miremos si dejando a un lado ambas teorías y escuchando con verdadera atención el confuso y lejano rumor de los tiempos gentílicos, podemos adquirir, cuando menos, la certeza de que en lo íntimo de todas ellas no existió mentira ni distracción voluntarias, sino que, habida cuenta de su pobre condición, fueron genuinamente verdaderas y racionales a su manera.

Recordad el cuento de Platón, de un hombre que hasta la edad madura crióse en oscura caverna, y a quien repentinamente sacaron al aire libre para que contemplase el nacimiento del astro del día. ¡Qué admiración, qué asombro, qué arrobamiento el suyo al contemplar lo que nosotros presenciamos indiferentemente todos los días! Con la espontaneidad del niño y la grave reflexión del hombre, enardeceríase su corazón a la vista del soberano luminar, y, conmovido por la sorpresa, su espíritu prosternaríase a adorarle como a una deidad.

Esa infantil grandeza debió de ser la de los pueblos primitivos. El primer pensador gentil entre los pueblos incultos, el primer hombre que comenzó a pensar, fue precisamente el hombre-niño de Platón, franco, con la sencillez de la infancia, pero con la inteligencia y el vigor del adulto. Ignoraba aún el nombre de la Naturaleza; no había todavía comprendido por la virtud de su nombre la inmensa variedad de perspectivas, rumores, sonidos, movimientos y formas que colectivamente apellidamos Naturaleza, universo, infinito.

Así, para el hombre primitivo, mezcla de rudeza y sentimiento, todo era nuevo, sin velos de fórmulas ni de nombres. Irradiando en todo su esplendor, hermosa, inexplicable, solemne, la Naturaleza era para aquel hombre lo que siempre fue para el pensador y el profeta: algo sobrenatural y ajeno al orden común de las cosas. La floreciente tierra, sobre base de granito; los montes, los árboles, los ríos, las cascadas, la voz sonora de los torrentes y el profundo acento de los dilatados y revueltos mares; la inmensidad azul flotante sobre nuestras cabezas; los vientos que la recorren, ya con la apacibilidad del céfiro, ya con la incontrastable furia del aquilón; la negra nube que se forma y condensa

en sí misma para arrojar fuego, granizo, lluvia, ¿qué es? Jamás lo sabremos a ciencia cierta. No hay inteligencia capaz, por muy grande y superior que sea, de sacarnos de ese laberinto de dificultades. Tal vez a causa de nuestra frivolidad, de nuestra absoluta carencia de penetración, de nuestra falta completa de carácter, de alteza y dignidad de pensamientos, dejamos de maravillarnos de nada; endurecidos, desdeñando toda iniciativa y aspiración generosa, acaso formaremos con tradiciones y ecos de varios sonidos un revoltillo de palabras llamando «electricidad» al fuego de la negra nube que genera el trueno, y discurriremos erudita y científicamente acerca de ello, y aun procuraremos producir el mismo efecto echando mano del cristal y de la seda; pero ¿qué es todo ello? ¿Qué cosa lo produjo? ¿Cuál es su procedencia? ¿Adónde se dirige?

La ciencia ha trabajado mucho en favor nuestro; pero es muy mezquina la que pretendiese ocultarnos la grande, la profunda y sagrada infinidad de la *Nesciencia*, donde nunca logrará penetrar el humano espíritu y donde la ciencia, a manera de leve telilla, flota superficialmente. Con todas nuestras ciencias, el mundo continúa siendo un milagro inescrutable, mágico, maravillosísimo, y, para quien quiera meditar en ello, un arcano formidable.

Ese grande arcano del tiempo, aunque otro no hubiese; esa cosa ilimitada, silenciosa, infatigable, que denominamos tiempo, rodando, lanzándose rápido, callado como las mareas de los océanos que avanzan abarcándolo todo y sobre las cuales nosotros y el universo entero flotamos como exhalaciones, como apariciones fugaces dotadas de un breve instante de vida, esto será siempre un milagro capaz de sellar nuestros labios, llenándonos de terror. ¿Qué conocimiento podía tener de ese universo el hombre primitivo? ¿Ni qué sabemos nosotros de él actualmente? Sabemos sólo que es una fuerza, un complejo conjunto de fuerzas multiplicadas hasta lo infinito, una fuerza que no reside en nosotros. Fuerza, por todas partes fuerza, y, en el centro de todo, nosotros mismos, fuerza misteriosa también.

La hoja caída, pudriéndose en el polvo, ¿quién la destruye sino la fuerza aniquiladora? Para el pensador ateo, dado que semejante pensador pueda existir, necesariamente debe de ser esto uno de los más estupendos milagros. Este inconmensurable torbellino de fuerzas dentro del cual nos agitamos, torbellino constante, como la eternidad antiguo y como la inmensidad insondable, ¿qué es? Para los pueblos religiosos, la Creación, la obra de un Dios Todopoderoso. La ciencia del ateo nos ofrece en ininteligible jerga sus nomenclaturas y experiencias científicas, cual si se tratase de un cuerpo muerto o de cosa más insignificante todavía, capaz de llenar con ella frascos de Leyden para expenderlos en las droguerías; pero siempre en el sentido natural del hombre, al hacer uso de él concienzudamente, lo proclamó cuerpo viviente, divino e inexplicable, ante cuya presencia, nuestra actitud más propia, después de tanto saber y de tantos descubrimientos, es la de prosternarse con

devoción profunda, humillando el espíritu, y, mejor que con palabras, silenciosamente rendirle culto.

El poeta o el profeta en los tiempos que corremos necesita enseñarnos el modo de desechar, de despojarnos de todas esas envolturas irreverentes, de esas nomenclaturas y científicas vulgaridades; esto lo hizo por sí misma el alma antigua, no contaminada por semejante fárrago. El mundo, divino hoy solamente para los escasos hombres dignos de contemplarlo, era divino entonces para cuantos querían volver hacia él los ojos, mirarle cara a cara y alta la frente.

«Todo era Dios o semejante a Dios»: así lo cree todavía Juan Pablo, ese coloso para quien no existen vulgaridades que desconocía el mundo entonces. Canope, alumbrando el desierto con los destellos azuleodiamantinos de su disco (aquel singular resplandor azulado, semejante a un espíritu, mucho más refulgente de lo que nunca podremos presenciar aquí nosotros), penetró seguramente en el corazón del errante ismaelita, a quien guiaba a través del árido desierto. Para su alma salvaje, pletórica de sentimientos e incapaz de expresarlos, la estrella Canope debió de parecerle un ojo misterioso que le observaba desde las insondables profundidades de la eternidad, revelándose con particular predilección el secreto de sus esplendores. ¿Comprenderemos ahora cómo aquellos hombres rindieron culto a Canope y llegaron a ser lo que llamamos sabeos, adoradores de los astros?

Este es, a mi entender, el secreto de todas las formas del paganismo. El culto no es más que admiración trascendental, en la que no hay establecido límite ni medida. Para aquellos hombres primitivos, cuanto existía, cuanto miraban en torno suyo, era emblema de alguna divinidad invisible.

Consideremos ahora qué había de verdad en esto. No ya en el fulgurar de los astros, sino en la más insignificante hierbecilla, ¿no vemos por ventura a Dios si nos aplicamos a descubrirle con la luz de la inteligencia? Verdad que el culto no lo practicamos ahora de esta suerte; pero ¿dejamos de considerar meritorio, prueba de lo que llamamos natural poético, reconocer que todo objeto encierra en sí una belleza divina y viene a ser como un mirador desde el cual podemos extasiarnos en la contemplación del Infinito? Al que sabe discernir la hermosura de lo creado, llamámosle poeta, pintor, genio y lo admiramos sinceramente, y aquellos pobres sabeos hicieron, a su manera, lo que el poeta y el artista. Pero sea el que fuere el modo como lo llevaran a cabo, su mérito es mucho más digno de aprecio si lo comparamos con lo que hizo la estupidez de otros seres, el camello y el caballo, por ejemplo: nada absolutamente.

Así, pues, si toda la infinita variedad de objetos en que nuestra atención se fija, nos parecen emblemas del Altísimo, con mayor razón que a otra cosa alguna corresponderá al hombre tal emblema. Acaso habréis oído el célebre dicho de San Juan Crisóstomo referente al Shekinah o Arca de la Alianza, revelación visible de Dios entre los

hebreos: «¡El hombre es el verdadero Shekinah!» Sí, el hombre, y no hay que tomar esto como palabra vacía, sino verdadera en cuanto alcanza y significa.

La esencia de nuestro ser, el misterio que llamamos Yo, ¿con qué palabras podremos describirlo? Es un hálito celeste: el Ser Altísimo superior a todos, se revela en el hombre. Nuestro cuerpo, nuestras facultades, la misma vida, ¿no proclaman acaso que no son sino la envoltura y semejanza de aquella cosa innominada?

«Sólo hay un templo en el universo—dice Novalis—, y ese templo es el cuerpo del hombre. Nada tan santo como esa forma sublime. Inclinarse ante el hombre implica una reverencia hecha a esta revelación en la carne. Al poner la mano sobre un ser humano tocamos al cielo.»

Podrá esto parecer un juego de palabras, pero no lo es: antes, si bien lo meditamos, observaremos en ello un hecho científico, la expresión de la actual verdad de la cosa, expresada del mejor modo que nos es posible. El milagro de los milagros, el grande e inescrutable misterio de Dios, somos nosotros. No nos es dable comprenderlo, ni sabemos cómo hablar de él; pero que así es verdaderamente, está en nuestra voluntad sentirlo y saberlo.

Tiempo hubo en que estas verdades sintiéronse mejor que ahora. Las generaciones jóvenes, con la frescura y lozanía de la infancia y la seriedad profunda de la edad adulta, no creyendo haber agotado todo lo del cielo y de la tierra por haberle aplicado nomenclaturas científicas, y contemplándolas y admirándolas directamente, sintieron y reconocieron mejor lo que de Dios había en el hombre y en la Naturaleza. Pudieron con pleno sentido adorar a ésta y en ella al hombre, sobre todo. Culto, admiración ilimitada, como antes dijimos, esto hicieron en el uso completo de sus facultades y con la mayor sinceridad de sus corazones.

El culto de los héroes considérolo como el gran elemento modificador en el viejo sistema de raciocinar. Lo que llamamos intrincado embrollo del paganismo debió su origen a diversas causas: cualquier admiración, una adoración cualquiera a un astro, a un objeto natural, era un hilo, la fibra de una raíz; pero el culto del heroísmo es de todas la raíz más profunda, la raíz madre, que nutrió a todas las demás en gran parte, y gracias a la cual adquirieron desarrollo.

Si el culto de una estrella pudo tener su significado y su aplicación, ¡con cuánta más razón no podrá explicarse el culto de un héroe! Este culto es la admiración trascendental hacia un grande hombre. ¡Y habrá cosa más admirable, decimos, en el fondo que un grande hombre! No abriga el corazón humano sentimiento más noble que ese sentimiento de admiración que sentimos hacia aquel que ocupa más alto lugar que nosotros. En todos y cada uno de los momentos de la vida del hombre, es influencia vivificante de ella. Sirve de base a la religión, y no sólo a la pagana, sino a otras más elevadas y verdaderas; no existe ninguna que en ella no se fundamente.

Ese culto, esa rendida y profunda admiración a lo heroico; esa

ardiente e ilimitada sumisión hacia otra más alta, más noble y más divina forma humana, ¿no es por ventura el mismo germen del cristianismo? El más grande de todos los héroes es Uno que aquí no nombramos. Meditemos en sagrado silencio acerca de tan sagrada materia, y veremos cómo es el último resultado y suma perfección de un principio permanente y constante en la humana historia.

Y ahora, abordando temas menos oscuros, ¿acaso toda lealtad no tiene asimismo afinidades con la propia fe religiosa? La fe es lealtad que se guarda a algún inspirado Maestro, a un héroe espiritual. ¿Y qué significa, propiamente hablando, la lealtad, el alimento vital de todas las sociedades, sino la efluencia [1] al culto de los héroes, la admiración sumisa por lo realmente grande?

La sociedad está fundada sobre el culto a los héroes. Todas las dignidades y jerarquías en que descansa la asociación humana son lo que podríamos llamar una heroearquía, esto es, un gobierno de héroes. Duque significa *dux, ductor,* el que conduce; *rex,* el que gobierna; *king* es *konning, kanning,* nombre que sabe o puede. La sociedad, en todas partes, es a modo de una representación, no insoportablemente errónea, un culto graduado a los héroes; reverencia y obediencia que tributamos a hombres verdaderamente grandes y sapientes. Todos estos dignatarios sociales son como billetes de banco; todos representan oro, si bien, por desgracia, los hay falsos siempre. Podríamos pasar o disimular el curso de algunos falsos, y, si conviene, de muchos; pero no si todos, o casi todos, lo fuesen. No; porque entonces ocurrirían revoluciones, gritos demócratas de libertad e igualdad, y quién sabe qué más.

Cuando los billetes que representan las jerarquías no responden al valor que significan y se detiene su curso, los pueblos comienzan a lanzar clamores desesperados, y lloran gritando que no hay oro, que no lo hubo nunca, y que todo eran vanos oropeles y falsificaciones. El «oro» del culto a los héroes es, no obstante, como lo fue siempre, y en todas partes, el grito universal, y no cesará hasta que se extinga la vida del hombre.

No ignoro que hoy el culto a los héroes, a eso que yo denomino con estas palabras, parece haber desaparecido y aun cesado de vivir. Por razones que será conveniente inquirir, la nuestra es una edad que niega, a lo que parece, la existencia de los grandes hombres, y ni siquiera aspira a que los haya. Poned en consideración de los actuales críticos a un grande hombre, a fray Martín Lutero, pongo por caso, y comenzarán en seguida a tomarlo por su cuenta, por lo que llaman darla de ella; y no hay miedo de que reverencien su memoria, sino que se burlarán de sus actos, y en fin de cuentas, sacarán en limpio que el grande hombre fue un ente insignificante. Esto es obra del tiempo, aducirán; el tiempo le ensalzó; el

[1] *Efluencia* es voz exótica castellanizada por los físicos, y significa emanación de corpúsculos irradiados por varios cuerpos eléctricos, rayos de materia luminosa que destellan las superficies electrizadas.

tiempo lo hizo todo; él apenas si hizo nada; nosotros (¡oh modestos aristarcos!) también lo hubiéramos hecho. ¡Triste esfuerzo el del tiempo para llamar al hombre! Tiempos hemos conocido que llamaron a voces a sus grandes hombres, y éstos no parecieron: no existía el grande hombre; no lo había enviado la Providencia. Pese a todos sus lamentos y clamores, el tiempo hubo de caer en la eternidad entre confusión y ruinas, porque no pareció el grande hombre cuando ardientemente le llamaba.

Pensándolo bien, darémonos cuenta de que jamás le hubiera sido necesario a tiempo alguno desaparecer entre ruinas y confusiones, de haber encontrado a un hombre lo suficientemente grande, bueno y sabio: la sabiduría, para discernir con buen conocimiento de causa lo que requería el tiempo, y el arresto, para conducirlo por acertados caminos a la victoria: éstos son factores de salvación de todos tiempos.

Pero yo comparo los tiempos vulgares y de languidez de los espíritus, con sus incredulidades, sus perplejidades, sus angustias, sus vacilaciones; circunstancias deprimentes que los derrumban en la impotencia para llegar a su final ruina caídos en mayores y aún peores zozobras. Los comparo a montones de seco combustible, a cuerpos muertos, corruptos, que esperan del rayo del cielo que al descender los abrase.

El hombre grande, con su libre fuerza y guiado directamente por la propia mano del Supremo Ser, es el rayo verdadero; su voz es palabra redentora en que pueden creer todos. Al son de su vigoroso acento, enciéndese el hacinado y corrupto combustible, todo es conflagración en torno suyo..., ¡y luego dicen que los secos leños amontonados fueron la causa! Verdad que les hacía falta el rayo, ¡pero atraerle...!

¡Cuán corta vista la de esos críticos que propalan y creen que los leños son el origen del fuego! No hay prueba más triste de la pequeñez de un hombre que su carencia de fe en los grandes hombres. No hay síntoma más desconsolador en una generación, que su general ceguera para la luz espiritual y profesando tan sólo fe hacia escombros amontonados. Es el postrer límite de la incredulidad. En todas las épocas de la Historia veremos que el hombre verdaderamente grande es el salvador indispensable de su época, el rayo sin cuya chispa jamás hubiera ardido el combustible. La Historia del mundo, lo hemos dicho ya, es la biografía de los grandes hombres.

Cuando está de su parte hácenlo esos infelices críticos para que cunda la incredulidad y el universal marasmo de los espíritus; por fortuna, no siempre lo consiguen por completo. En todos los tiempos le fue posible a un hombre elevarse a suficiente altura para conocer y discernir que semejantes doctrinas reducíanse a extravagantes e insidiosas lucubraciones. Y lo más notable es que jamás pudieron desarraigar del corazón del hombre cierta peculiar e innata reverencia hacia los grandes hombres, genuina admiración, lealtad, adoración, si bien empañada y pervertida.

En tanto dure el hombre, durará el culto a los héroes. En pleno siglo

XVIII rinde Boswell culto a Johnson. El francés escéptico rinde culto a Voltaire en el último acto de la vida del filósofo, matándole como si dijéramos a fuerza de agasajos y ovaciones: «ahogándole en un lecho de rosas». Siempre me pareció curioso esto de Voltaire. Y en verdad que si el cristianismo constituye por su culto el más elevado ejemplo de heroísmo, francamente podremos decir que el volterianismo constituye el más ínfimo.

Ese hombre, cuya vida llegó a considerarse como la de un Anticristo, ofrécesenos ahora bajo un aspecto nuevo del todo, y, notable contraste, jamás pueblo alguno mostró menos propensiones a la admiración ni a la veneración que los franceses de la época del filósofo de Ferney. La rechifla[1] constituía todo su ser; no encontraba cabida en él la adoración. Pero el *patriarca de Ferney*[2] llega a París, y ante aquel anciano de ochenta y cuatro años, enfermo, decrépito, los franceses sienten que es también un héroe, que invirtió su vida combatiendo y oponiéndose al error y a la injusticia, defendiendo y libertando a los Calas, desenmascarando hipócritas colocados en altos puestos y, en una palabra, aunque con su peculiar y extraña manera, peleando bravamente.

Sintieron, además, sus contemporáneos, que si el *persiflage* es algo especial y en cierto modo grande, jamás existió en el mundo *persifleur* que pudiera comparársele. El mordaz satírico es el ideal visible de cada uno de ellos en particular; lo que ellos necesitaban y aspiraban a ser: el más francés de todos los franceses. Propiamente hablando, Voltaire es un dios, un dios hecho a imagen y semejanza suya.

Así, todo el mundo, desde la reina María Antonieta hasta el guarda de la puerta de Saint-Denis, ¿no reverencian todos a su ídolo? Hasta los príncipes se disfrazan de mozos de café para verle y honrarle. Aun el mismo director de postas ordena al postillón, jurando como un condenado, que marche a galope, porque quien va dentro es monsieur De Voltaire. En París, su carruaje parece el núcleo de una gran cometa, cuya cola llena calles enteras. Las señoras arrancan vellones del abrigo de pieles con que se cubre y los guardan como sagrada reliquia. Cuanto grande, noble, hermoso vivía en Francia, sentía que había allí otro hombre más grande, más hermoso y más noble que todos ellos.

Desde el escandinavo Odín hasta el inglés Samuel Johnson; desde el divino fundador del cristianismo hasta el valetudinario jefe de los enciclopedistas, en todos tiempos y lugares fue el héroe materia de devoción y continuará siéndolo siempre. Todos rendimos culto a los grandes hombres; los amamos, los veneramos, nos prosternamos sumisos ante ellos. ¿Acaso podríamos hacerlo honradamente ante otra

---

[1] *Persiflage* dice en francés el original.

[2] Los admiradores de Voltaire, que acudían de todos los puntos de Europa a visitarle en el retiro donde pasó los veinte últimos años de su vida, llamaban así a Voltaire.

cosa alguna? No hay en el corazón del hombre sentimiento ni latido más sagrado ni más noble.

Gran consuelo es para mí pensar que no existe lógica ni sofística argumentación, trivialidad, frivolidad, insinceridad, ni influencias nocivas de ninguna clase, capaces de destruir esos notables e ingénitos sentimientos de lealtad y de veneración que atesora el hombre. Es evidente que los tiempos escépticos tienen que llegar a ser en breve plazo tiempos de revolución, de derrocamiento, de decadencia, descomposición y lamentable ruina. Estoy por afirmar que en estos desdichados tiempos que alcanzamos me parece observar en esa indestructibilidad de la adoración, la veneración y el culto de todo lo grande, heroico y noble, la indestructible roca diamantina cabe la cual no es posible que desciendan los restos destrozados de los naufragios revolucionarios. Hasta allí, no más adelante, podrán llegar las ruinas de cuanto vemos derrumbándose en torno nuestro en esta época revolucionaria.

Piedra angular e indestructible, pueden ya los hombres edificar de nuevo sobre ella. De uno o de otro modo, el hombre venera a los héroes; todos reverenciamos y experimentamos la necesidad de reverenciar a los grandes hombres: esto es a mi ver emblema de la viviente roca irguiéndose entre toda clase de ruinas; el único punto estable de nuestra moderna historia revolucionaria: sin él, todo es un mar sin fondo y sin orillas.

Cubiertas de otro ropaje viejo y obsoleto[1], preséntanse a mí estas verdades, pero con idéntico espíritu en el paganismo de los antiguos pueblos. La Naturaleza es divina aún, reveladora de las obras de Dios; todavía es digno de veneración el héroe, y para darlo a conocer y enaltecerlo es por lo que, bajo formas incipientes y restringidas, lucharon del mejor modo que supieron todas las religiones.

Creo que, para los aquí congregados, será el paganismo escandinavo más interesante que otro alguno, entre varias razones, por ser el más reciente. En aquellas regiones europeas continuó hasta el siglo XI, de modo que ochocientos años atrás los noruegos adoraban a Odín. Es interesante asimismo porque fue el credo de nuestros padres, de aquellos hombres cuya sangre circula aún por nuestras venas y a los cuales indudablemente nos parecemos en muchas cosas. Y no deja de ser extraño caso que ellos creyesen aquello y que nosotros creamos de tan distinto modo.

Estudiemos, pues, un poco, y por numerosas razones, esta creencia nórdica. No nos faltan medios; tenemos bastantes a nuestra disposición. Además, tienen esas mitologías escandinavas otro punto muy interesante: la preservación de que gozaron.

En la apartada isla de Islandia, producto, al decir de los geólogos, del

[1] Del latín *obsoletus*, esto es, anticuado, que ya no está en uso. Es palabra que respetamos porque la usa el autor.

fuego vomitado de los abismos del mar; en aquella tierra desierta, estéril y cubierta de lava, azotada la mayor parte del año por negras tempestades, e iluminada, en el breve verano que en ella impera, por un rayo de salvaje hermosura; en aquella naturaleza que se desenvuelve en formas piramidales de hórrido aspecto en medio del Océano Glacial, con sus torbellinos de nieve, sus terribles simas volcánicas, sus rugientes surtidores de hirvientes aguas, sus pozos de ardiente azufre, entre la desolación y los estragos del fuego y del hielo, allí, donde menos cabía esperarlo, escribiéronse los recuerdos de cuanto vamos a narrar.

En las riberas de esta tierra de desolación y ruinas hay una zona de terreno cubierta de verde vegetación que se utiliza para pastos, y por este medio, de la ganadería y con los productos del mar, sostiénese el hombre. Parece, además, que los habitantes de esta isla debieron de ser amantes de la poesía, de expresar con imágenes musicales adornadas de galas poéticas los profundos pensamientos que no podía menos de inspirarles aquel horrible al par que espléndido panorama. De no haber arrojado el mar de su seno isla tan singular y de no haberla descubierto los noruegos, hubiérase perdido mucho, porque Islandia fue madre de muy grandes poetas.

Soemundo, sacerdote cristiano, uno de los primeros que hubo allí y que acaso conservaba aún cierto resto de pasión por el paganismo, coleccionó varios antiguos cantos paganos, que ya se volvían obsoletos. Casi todos eran poemas de carácter mítico, profético o religioso. A esto llaman los críticos del Norte el *elder* o *edda* poético. La palabra *edda*, créese que significa *abuela*.

Snorro Sturleson, caballero islandés, gran personaje que se distinguió por muchos conceptos, educado por un descendiente del bardo Soemundo, se encargó, transcurrido un siglo, de ordenar, entre otros libros por él escritos, una especie de sinopsis de toda la Mitología, comentada y adicionada con nuevos fragmentos de versos transmitidos de padres a hijos. Esta obra es el edda prosaico o nuevo, escrita realmente con grande ingenuidad, natural talento y lo que podríamos llamar arte inconsciente; obra que denota excepcional perspicacia y que todavía se lee con agrado. Con estos libros y otros numerosos sagas [1], islandeses en su mayor parte, y los comentarios, islandeses o no, y que todavía encuentran actualmente entusiastas en las regiones nórdicas, será posible arrojar directamente alguna luz sobre la materia, y ver las antiguas creencias escandinavas cara a cara, como vulgarmente se dice. No nos acordemos de que es una religión falsa; considerémosla tan sólo como el sistema y modo de pensar de aquellos ascendientes nuestros, y tratemos de simpatizar con ella en algún modo.

En la personificación de las obras visibles de la Naturaleza, encuentro yo la principal característica de esa vieja mitología escandinava,

[1] Las leyendas poéticas contenidas en los eddas.

entusiástico e ingenuo reconocimiento de las operaciones y cambios realizados en la naturaleza física, considerados como cosa estupendamente milagrosa y divina. Lo que enseñamos ahora como ciencia, admirábanlo ellos con asombro, y se prosternaban haciéndolo objeto de culto y de religión.

Los misteriosos y hostiles poderes de la Naturaleza, imagínanlos Joetuns, gigantes, seres de carácter demoníaco, hirsutos, monstruosos. Las tempestades del mar, el hielo, el fuego, son Joetuns. Los poderes benignos, como el sol, el calor estival, son dioses. Entre estos dos bandos está dividido el imperio del universo: mortalmente antagónicos, viven perennemente separados. Los dioses moran en las regiones superiores, en Asgard, el jardín de los Asen o divinidades; Joetun, imperio remoto, comarca oscura, caótica, es la patria de los Joetuns.

Si consideramos todo esto en sus fundamentos, nos parecerá curioso y nada vano ni frívolo. El poder del fuego, de las llamas, por ejemplo, designado por nosotros con cierta trivialidad química, que borra, por razón de su misma vulgaridad, la idea de asombroso prodigio que en él, como en las demás cosas reside, personifícase para los antiguos habitantes de aquel país boreal, en Loke, demonio sutilísimo de la casta Joetun. Los salvajes de las islas de los Ladrones (según refieren diversos viajeros hispanos) creían asimismo que el fuego, nunca visto antes por ellos, era algún diablo o deidad que mordía ferozmente al tocarle y que se alimentaba de leños secos. Por mi parte, afirmo que no hay química posible, a no ser que acuda la estultez en auxilio suyo, capaz de hacernos desechar la idea de que el fuego es una maravilla.

Según el antiguo vidente escandinavo, Frost es una especie de Joetun horrorosamente velludo; el gigante Thrym o Rime, voz casi anticuada entre nosotros, pero todavía corriente en Escocia, donde equivale a escarcha, no era entonces, como hoy, una cosa química y muerta, sino un demonio, un Joetun viviente. Rime llevaba por la noche sus caballos a sus cavernas, y les peinaba las crines; luego, esos caballos trocábanse en nubes de granizo y vientos de escarcha. Sus vacas, es decir, no las suyas, sino las de un pariente suyo, el gigante Hymir, son *icebergs*, montes de hielo. Hymir contempla las rocas con su ojo diabólico, y a su terrible mirada se hienden resquebrajadas.

No se consideraba tampoco entonces al trueno como mera electricidad resinosa; era el dios Donner[1] Thor, deidad benigna de los risueños días del estío. Con el trueno manifestaba su ira; las negras aglomeraciones de nubes eran el ceño de su enojo; el rayo, la destructora maza lanzada por el brazo de Thor; su carro, al rodar por las cumbres de los altos montes, es el estruendo; encendido de cólera, sopla sobre sus rojas barbas, y aquello es el chasquido de la tempestad retumbando antes de que el trueno estalle. Balder, el dios Blanco, justo, hermoso, benéfico (los

[1] Trueno.

primeros cristianos encontráronle gran semejanza con Cristo), es el sol: ¡la cosa más hermosa entre todas las visibles, gloriosa, divina, pese a la Astronomía y a todos los calendarios!

Pero acaso el dios más maravilloso que jamás hayamos visto, es aquel de quien Grimm, el etimologista germano, encuentra indicios: el dios Wünsch o Wish, la deidad que, como su nombre indica [1], podría darnos cuanto deseáramos. ¿No es ésta la más sincera y al mismo tiempo la más ruda voz del humano espíritu, el más grosero ideal que jamás pudo forjarse el hombre y que aún se nos presenta en las más recientes formas de nuestra cultura espiritual? Sin embargo, que el dios Wish no es el verdadero Dios, consideraciones más altas deben enseñárnoslo.

De los demás dioses o Joetuns, mencionaré sólo, y eso por amor a la etimología, al dios Aegir, peligroso Joetun que simboliza las tormentas del mar. Ahora mismo, según he averiguado, cuando los barqueros de Nottingham ven que las aguas de nuestro río Trent alcanzan una altura desusada y descienden después formando remolinos y peligrosas corrientes, dan voces de alerta gritando: «¡Cuidado, que viene el Eager!» ¡Oh, qué rareza la de esa palabra, que sobrevive como la cima de un mundo sumergido!

Los más viejos barqueros de Nottingham fueron férvidos creyentes en el dios Aegir. Verdad que nuestra sangre inglesa es en gran parte escandinava, o, para decirlo mejor, no hay diferencia fundamental ni distinción alguna entre el danés, noruego y sajón, a no ser en grado muy superficial, como, por ejemplo, si dijéramos cristianos y gentiles, o cosa por el estilo. Pero entre todos prevalece en la isla entera el elemento danés, debido a las incesantes invasiones ocurridas por aquella parte. La mayor proporción corresponde, por tanto, a toda la costa oriental, y particularmente a las comarcas del Norte. En toda la extensión del Humber, en toda Escocia, el lenguaje del vulgo es todavía singularmente islándico; sus germanismos conservan aún peculiares matices nórdicos. Como normandos, son también hombres del Norte.

De Odín, dios principal, hablaremos luego. Tengamos presente, en primer lugar, cuanto hasta aquí se ha referido, esto es, la esencia del paganismo escandinavo o de otro paganismo cualquiera; reconocimiento de las fuerzas del mundo físico, como agentes personales, maravillosos, divinos; como dioses y demonios, inconcebibles para nuestra mente. Es el pensamiento infantil del hombre, que con religioso respeto se abre sobre este universo, pasmoso siempre.

A mi modo de ver, hay en este sistema norso algo genuino, grande, varonil en grado sumo. Amplia sencillez y rusticidad distínguenlo señaladamente de la graciosa liviandad del viejo paganismo griego. Es el pensamiento genuino y profundo de severos espíritus, que, a pesar de su rudeza, expansionábanse con sinceridad religiosa a las influencias de

[1] *Wish*, deseo, desear

todos los objetos que los rodeaban, practicando un razonado examen de todas las cosas, frente a frente, corazón contra corazón, primera característica de todo buen pensamiento en cualquier época. Aquí se nos presenta, no una liviandad graciosa, un semideporte, como en el paganismo helénico, sino un natural sencillo y franco, una natural franqueza sobre un gran fondo de verdad. Es singular, después de contemplar tantas y tan magníficas estatuas del bellísimo Apolo y después de oír tan sonrientes y graciosas fábulas, echarse a discurrir sobre los dioses boreales, concienzudamente ocupados en preparar y fermentar cerveza para celebrar banquetes en honor de Aegir, el Gigante del mar (el See Joetun): despachando a Thor al país de los Joetuns en busca del caldero místico; a Thor, que tras muchas aventuras, regresa con el caldero monstruoso calado a guisa de sombrero y tocándole los talones las asas de la descomunal vasija.

Gigantescas fuerzas, desmedida grandeza, formidables masas huecas en estado caótico caracterizan toda esta mitología. Esas fuerzas colosales, sin rumbo fijo, abandonadas del todo a sí mismas, agítanse en el vacío con locas sacudidas. Considerad qué idea pueden tener de la Creación en este sistema. Muerto el gigante Imer, en la conflagración del Fuego con el Hielo, desaparecido aquel coloso amasado con bochornoso viento, determinaron los dioses, tras muchas confusiones y fatigas, construir un mundo con la masa de su cuerpo. Hicieron con la sangre el mar; con su carne, la tierra; las rocas, con sus huesos; de sus cejas salió el palacio Asgard, que tomaron los dioses por morada; de su cráneo, la celeste e inmensa bóveda azul, y lo sesos convirtiéronse en nubes. ¡Terrible faena la de amontonar Osas sobre Peliones! ¡Pensamiento salvaje, indomable, gigantesco, enorme, que más tarde y en sazón oportuna trocóse en robusta y doméstica grandeza; ya no gigantesca, sino más bien divina, con el vigor de cien Briareos, en los Shakespeares y los Goethes! Espiritual y corporalmente hablando, estos hombres son nuestros progenitores.

Compláceme también su manera de representar el árbol Igdrásil. En el símil de un árbol representan toda la vida. Igdrásil, árbol de la existencia, hunde sus raíces en lo más profundo del reino de Hela o de la Muerte; su tronco llega al cielo, y bajo sus ramas cobija todo el universo; por eso le llaman el árbol de la existencia.

A sus pies, y en el reino de la muerte, siéntanse tres normas o hados —el pasado, el presente, el porvenir—, los cuales riegan con el agua del pozo sagrado las raíces del árbol inmenso. Sus ramas, sin hojas ni flores, desprendidas ya —acontecimientos, calamidades realizadas y sufridas, catástrofes— se extienden en todos tiempos por todos los países. Cada hoja es un biografía; cada fibra, una acción; cada flor, una palabra. En sus ramas está la historia de todas las naciones. Los rumores del viento, al agitarlo, son los de la humana existencia, sucediéndose desde tiempos de que no se guarda memoria. En medio de su ramaje tiene principio el aliento de la pasión humana con sordo y profundo susurro, que crece

hasta volverse ensordecedor; y azotado por los huracanes, ruge el torbellino en su cuerpo como la voz de los dioses todos: tal es Igdrásil, el árbol de la vida, lo pasado, lo presente, lo por venir; lo que se hizo, lo que está haciéndose, lo que habrá de hacerse, la conjugación del verbo hacer hasta lo infinito.

Teniendo presente la confusión en que se revuelven los humanos sucesos, cada uno de por sí en comunión inextricable con todos, y considerando que la palabra que hoy os dirijo está tomada, no sólo de Ulfilas el mesogodo, sino de todos los hombres, desde que el hombre supo hacer uso de la palabra, no hallo símil más real y verdadero que el de este árbol grandioso, hermosísimo...: «la *Máquina* del universo»; ¡oh, qué contraste!

Por lo demás, es singular la opinión que de la Naturaleza tenían los antiguos escandinavos, opinión muy apartada y bastante distinta de la que tenemos nosotros. Explicar minuciosamente de qué procedía, nadie podría ni querría verse obligado a hacerlo. Puede conjeturarse que provino de las imaginaciones de aquellos hombres, y sobre todo, de la fantasía del primer hijo del septentrión que gozó de la original facultad de idear; de su primer hombre de genio, que diríamos nosotros. innumerables seres racionales pasaron por este universo poseídos de intensa y muda admiración, al modo que es capaz de sentirla el bruto, o llenos de vago e inquiridor asombro, tal como solamente los hombres pueden sentirlo, hasta que apareció el gran pensador, el ente original, el vidente que supo dar cuerpo y voz al pensamiento, despertando con su aliento poderoso las capacidades latentes de los demás para el noble ejercicio de elaborar ideas.

No de otro modo aconteció siempre con el pensador, con el héroe espiritual. Los demás hombres contemporáneos suyos estaban a punto de verter los pensamientos que él propaga; deseábanlo ansiosamente; la imaginación colectiva despierta y se levanta, por decirlo así, de un fatigoso y encantado sueño, y se coloca en torno de la gigante idea.

Todo es gozo y alegría entonces para la Humanidad, que ve surgir ante sí la luz de la mañana vencedora de las nocturnas sombras; y, en verdad, ¿no representa acaso aquel despertar la resurrección a la vida desde los senos de la muerte, del no ser al ser?

Para honra nuestra, rendimos aún culto a esos hombres llamándoles vates, genios y otros nombres que vienen a significar lo mismo; mas para aquellos seres primitivos, el pensador, el vidente, el genio, eran magos verdaderos que llevaban a cabo para el bien común portentosos milagros; eran profetas, y, más que profetas, verdaderos dioses.

Una vez evocado a la vida, no se aduerme ya más el pensamiento; se desenvuelve, se dilata, se trueca en sistema, y creciendo, creciendo, hombre tras hombre, generación tras generación, no se detiene sino hasta alcanzar la altura correspondiente al férvido impulso que lo creara. Luego, ganada va la más elevada cima, empieza, no pudiendo crecer

más, su decadencia, y muere necesariamente para hacer lugar a otro sistema.

Para el pueblo escandinavo, ese hombre extraordinario fue Odín, dios principal suyo: un gran maestro, un capitán de cuerpo entero, un héroe de valía inconmensurable, que despierta hasta lo infinito la admiración, la cual, trascendiendo los naturales límites, conviértese en culto religioso. Odín posee la facultad de dar vida y cuerpo al pensamiento, y goza de otros muchos poderes igualmente prodigiosos. Así, el noble y rudo corazón del hijo del Norte no podía menos de manifestarle ilimitada gratitud. ¿Por ventura no descubrió el héroe, y lo descifró a su pueblo, el enigma-esfinge del universo?

¿No les aseguró en él su propio destino? El les explicó qué misión es la suya aquí abajo y lo que pueden esperar terminada la existencia. Gracias a él, ésta, menos áspera, transcurrió entre melodías; él fue el primero en dar a la vida; así, puede decirse que el origen de la mitología nórdica está en Odín, en la personalidad de Odín, fuese éste u otro el nombre que llevase el primer pensador escandinavo mientras vivió entre los hombres.

Una vez promulgada, su idea del universo engendra en las demás imaginaciones otras ideas análogas: crece, crece siempre, en tanto subsiste la fe que le dio vida. Está escrita en todos los corazones, pero invisiblemente, como con tinta simpática. Al eco de su voz se agita y muéstrase visible para todos. Y no sólo esto: ¿por ventura la aparición de un pensador en la Humanidad no es el mayor acontecimiento que puedan registrar los anales de todos los tiempos?

No hay que olvidar tampoco una cosa que explicará tal vez la confusión de esos eddas nórticos, los cuales constituyen un sistema de pensamiento coherente, sino la adición sucesiva de varios. Cuanto nos han transmitido referente a esta creencia nórtica conservada en el edda, con igualdad de tiempos y circunstancias respectivamente, como asunto pintado en un mismo lienzo, de ningún modo se nos presenta así en la realidad, sino más bien bajo toda clase de formas y de distancias y, desde que nació la primera creencia, a través de sucesivas generaciones.

Todos los pensadores escandinavos, desde el primero al último, contribuyeron a fundar este sistema: su perenne adición y renovación de pensamientos es obra combinada y sucesiva de todos. Cuál fue su historia, qué cambios experimentó al pasar de una a otra forma y con el contingente de ideas aportado por unos tras otros pensadores hasta alcanzar su actual estado en el edda, nunca, de hoy en adelante, podrá saberlo nadie.

Los Concilios de Trebisonda, de Trento, los Atanasios, Dantes y Luteros, han desaparecido en la lobreguez de la noche sin dejar rastro. No sabremos sino que hubo aquella historia. Dondequiera surgió un pensador, allí en lo que imaginó, existió una contribución, una revolución, un cambio. Y la mayor de todas las revoluciones, la realizada por el propio hombre Odín, ¿no desapareció también, como todas las

demás, para nosotros? ¿Cuál fue la historia del mismo Odín? Raro y singular sería imaginarla. Ese Odín, con sus vestidos toscos, su barba inculta y fieros ojos, con su lenguaje tan rudo como sus maneras, fue un hombre como nosotros, con nuestras facciones, con nuestros miembros; experimentó nuestros pesares, nuestras alegrías; fue intrínsecamente lo que nosotros somos, y, no obstante, realizó aquella magna obra. Esta, en gran parte, ha perecido, y apenas si del trabajador queda el nombre. Wednesday[1] dirán mañana los hombres... Odin's day!, miércoles, día de Odín, consagrado a Odín, el héroe cuya historia no existe, ni hay documentos por los que pudiera trazarse, ni conjeturas que sirviesen de orientación.

Verdad que Snorro, en su Heimskringla, escribe con mucho sosiego y con estilo más que llano, conciso, que Odín fue un príncipe heroico, de allá de las orillas del mar Negro, al cual la estrechez del terreno obligó a buscar otra patria, y salió en busca de ella con numerosa muchedumbre de su pueblo y aun con sus doce pares. De que todo esto ocurrió tal como él lo narra, y que Odín sacó a estos assen (asiáticos) fuera de Asia y por derecho de conquista los estableció en las comarcas septentrionales de Europa, inventó las letras, la poesía y muchas otras cosas, llegando más tarde a ser venerado por aquellos mismos escandinavos como dios principal suyo junto con sus doce pares convertidos en sus hijos y aun en dioses como él mismo, de todo esto Snorro no duda un instante.

Saxo Gramático, un normando muy curioso y diligente de la propia época, es menos escrupuloso aún que Snorro, y no vacila en atribuir individualmente a cada mito un suceso histórico, ya en Dinamarca, ya en otra parte cualquiera.

Algunos siglos después, Torfaeo, hombre muy sagaz y docto, les fija, por medio del cómputo, una fecha por él determinada. «Odín —dice— vino a Europa unos setenta años antes de Jesucristo.» Como cosa fundada en meras incertidumbres y completamente insostenible en la actualidad, poco debe preocuparnos, y, por tanto, no merece seria refutación. ¡Setenta años antes de Jesucristo! La época de Odín, sus aventuras, su historia sublunar, su figura y otras circunstancias desaparecieron para siempre en la noche de incomputables siglos.

El anticuario alemán Grimm se atreve aún a decir que semejante héroe no ha existido, y lo prueba por medio de la etimología. La palabra *Wuotan*, forma original de Odín, extendida, como su divinidad principal, por todas las naciones de origen teutónico, coincide, según el sabio alemán, con la frase latina *wadere*, con la inglesa *wade* y con otras por el estilo, y significa primariamente «movimiento», «origen de movimiento», «poderío»; y es nombre más propio y adecuado de la alta divinidad, que de ser humano alguno. «Esta palabra significa —añade Grimm— "dios" entre los antiguos sajones, germanos y todas las naciones

[1] Miércoles.

teutónicas; los adjetivos de ella derivados corresponden todos a "divino", "supremo" o algo perteneciente al dios principal.»

Es probable que Grimm acierte. En materias etimológicas debémosle acatamiento. No olvidemos que *Wuotan* significa *wading*, fuerza de movimiento. Por lo demás, ¿qué se opone a que sea el nombre de un hombre heroico e implique, además, acción motora, tan bien como el de un dios? En lo que toca a adjetivos y palabras derivadas de ellos, ¿acaso no introdujeron los españoles, en su admiración universal por Lope de Vega, la costumbre de decir: «una flor de Lope», «una dama de Lope», si la flor o la dama eran extraordinariamente hermosas? De haber esto durado, sería en España un adjetivo también significando una cosa divina, semejante a un dios.

Adam Smith, en su *Ensayo sobre el lenguaje*, cree que todos los adjetivos, sea cual fuere su clase, formáronse precisamente de ese modo; cosas notables por lo verde de su color adquirieron el nombre apelativo «vèrde», y luego, a otra cosa notable por la misma cualidad, a un árbol, por ejemplo, se le llamó «árbol-verde», ni más ni menos que decimos «un coche de vapor», «un carruaje de cuatro caballos», etc.

Al decir de Smith, todos los adjetivos primitivos se formaron de esta manera; en su principio fueron todos sustantivos, representativos de cosas. Así, por afición a etimologías de cierto género, no podemos ni debemos borrar a tontas y a locas un hombre de la Historia. Con toda seguridad existió un primer maestro, un capitán; tuvo existencia un Odín, un Odín palpable a los sentidos, un héroe real, de carne y sangre, no un adjetivo. La voz de la tradición, de la Historia o el eco de ella, está acorde con lo que nos enseña el pensamiento para cerciorarnos de esta verdad.

¿Pero de qué modo llegó a considerarse a Odín como un dios principal? Nadie querrá a buen seguro dogmatizar sobre esta pregunta. Dijimos que la admiración de los pueblos, o su respeto, no conoció límites; no se conocía aún entonces escala alguna con que medir el entusiasmo. Concebid un amor generoso de vuestro propio corazón hacia algún ser extraordinario, dilatándose hasta rebasar todos los límites, invadiendo el vasto campo del pensamiento hasta desbordar de él. Si Odín —teniendo en cuenta que todas las almas grandes están, aunque no se expliquen cómo, sujetas a las misteriosas corrientes de la visión, a los arranques e inspiraciones altamente poderosas del aliento divino, con lo que se convierten en un enigma, en una especie de terror y asombro de sí mismas— pudo sospechar que también residía en él algo divino, algún soplo de la poderosa influencia de *Wuotan*, «movimiento», poder y divinidad supremos de quien, en sus místicos arrobos y éxtasis, la Naturaleza entera venía a representar como una imagen ígnea y terrorífica; si llegó a imaginar que también en él podía residir algún efluvio de *Wuotan*, no por esto queramos significar que fuese necesariamente falso, sino que podía, cuando más, estar equivocado al decir lo que en su fuero interno consideraba indubitablemente cierto.

Toda alma grande, toda alma genuinamente sincera, se desconoce, se ignora a sí misma; combatida de encontrados efectos, ignorante de su ser, remóntase a las más sublimes alturas, y se despeña a los abismos más profundos; pero de todas las cosas, la menos posible para ella es la de conocerse, de medirse a sí misma.

La consideración de los demás respecto a ella, y lo que ella de sí misma conjetura, son dos factores que reaccionan poderosamente sobre sí mismos, procurando no traspasar los oportunos límites.

Con la admiración y reverente amor de todos los hombres, con su alma indómita, henchida de nobles afectos, de ardoroso entusiasmo, rodeada de caóticas tinieblas, y girando en raudos torbellinos, iluminada por fulgores de relámpagos como luces de gloria, y apareciéndosele de repente toda la belleza de la Creación, sin que nadie antes que él hubiese podido contemplar semejante espectáculo, ¿qué pensáis que un hombre en circunstancias tales imaginaría ser? *¿Wuotan...?* Todos responderíais: «¡Wuotan!»

Pues considerad lo que sólo el tiempo puede hacer en semejantes casos; de qué modo un hombre, grande en vida, se agiganta cuando muerto. ¡No hay cámara oscura que amplíe más que la tradición! ¡Qué manera de aumentar una cosa en la humana mente cuando el amor, la veneración y cuanto apasiona el pecho humano contribuyen a enardecerla, agigantarla, conservarla a través de los tiempos y a pesar del tiempo mismo!

¡Cuán difícil abrirse paso en medio de las tinieblas de los siglos, de aquellos siglos de ignorancia, de confusión y de barbarie; sin fechas, sin documentos, sin libros, ni mármoles de Arundel; encontrando sólo aquí o allá algún monumento mudo, algún rocoso y solitario túmulo...! Transcurridos treinta o cuarenta años, careciendo de libros y de documentos, cualquier grande hombre se convertiría en un «mito», muertos los contemporáneos que los conocieron y trataron. ¿Qué no sucederá en trescientos, en tres mil años?

Pero meterse à teorizar sobre semejantes materias, aprovecha poquísi-mo, porque rechazan la intrusión del diagrama y del teorema, y son completamente extrañas y residen fuera de la jurisdición de la lógica. Bástanos discernir a inconmensurables distancias vislumbres de verdaderos resplandores, que, aunque débiles, iluminen la parte central de la gigante imagen en la cámara oscura, a fin de que comprendamos que en su noche no fue todo desorden ni locura, sino algo macizo y sustancioso.

Encendida en el grande y tenebroso vórtice del espíritu nórtico, que vive anhelante de bañarse en esplendores, esta luz llegará a extenderse, alumbrará con expansión maravillosa variedad de formas y colores, irradiando hasta lo infinito; pero no depende tanto de ella su propagación, como del espíritu nacional que la recibe. Los colores y las irisaciones de su luz tendrán que ser necesariamente los del prisma que los refracta.

¡Digno de que lo reflexionemos es el caso de no existir hecho que por

tal se reconozca, que no lo haya modelado la naturaleza del hombre! Puede afirmarse que todo ser verdaderamente digno de ese nombre, al dirigir la palabra a sus semajentes, debió siempre y en todos tiempos de manifestarles lo que él consideraba un *hecho*, una semejanza real de la Naturaleza. Pero la manera de que esta apariencia, semejanza o hecho se modelase a sí mismo —pues un hecho vino a ser realmente— obtúvose gracias a la modificación de las mismas leyes del pensamiento, profundas, sutiles, universales, constantes y activas siempre.

Para todo hombre, el mundo de la Naturaleza es su propia fantasía; la imagen de este mundo es la imagen múltiple de sus mismos ensueños. ¡Quién sabe a qué sutilezas de las leyes del espíritu deben su forma las fábulas paganas! El número doce, el más divisible de todos los números, pues, lo es por dos, por tres, por cuatro, por seis; número, en fin, señalado entre todos, fue el más idóneo para determinar los *signos del Zodíaco*, el número de los hijos de Odín y de otros innumerables números doce. Todo vago indicio, fuese del número que quisiera, tendía siempre a resolverse en el número doce, y así con todo lo demás, sin percatarse del procedimiento y sin la menor idea de crear alegorías.

Pero la sutil mirada de aquellas primeras edades esforzábase en discernir las secretas relaciones de las cosas, y mostrábase dispuesta a seguirlas y obedecerlas. Schiller veía en el cinturón de Afrodita una imperecedera verdad estética respecto a la naturaleza de toda hermosura; pero a la vez se abstiene de indicar que los viejos mitológicos griegos tuviesen la más leve intención de discutir acerca de la filosofía de la crítica.

Abandonemos, con todo, estas regiones, cuyos límites están fuera de nuestro alcance. No es tan fácil concebir, como a primera vista parece, la realidad de Odín. Hay ciertamente en ello mucho error y falsedad, inverosímiles fábulas, estudiadas alegorías... Nosotros mismos nos resistimos a creer que nuestros padres hubiesen nunca dado fe a tales cosas.

Los caracteres rúnicos de Odín son parte en alto grado significativa del que los inventara. Los runos y los milagros de magia que llevó a cabo por mediación de aquéllos, tienen grande importancia en la tradición. Esos caracteres rúnicos constituyen el alfabeto escandinavo; supongamos que fuese Odín el inventor de las letras, lo mismo que de la magia, entre sus contemporáneos. ¿Habrá hecho el hombre invención más grande que la de dar vida al invisible pensamiento que en su mente bulle por medio de caracteres escritos? Es una especie de segunda habla, milagrosa casi tanto como la primera. Recordemos el asombro e incredulidad del inca peruano Atabalipa; de qué manera hizo que el soldado encargado de su custodia rasguñase en la uña de su pulgar, en nombre de Dios, para probar por este medio la posibilidad de tal milagro, consultando a otro soldado. Si Odín instruyó a su gente en el uso de las letras, sin valerse de otra magia pudo perfectamente realizar milagros.

Para las gentes nórticas tiene la escritura rúnica cierto aire de originalidad; no es el alfabeto fenicio, sino el alfabeto escandinavo, natural de Escandinavia. Snorro añade que Odín inventó también la poseía, la música del humano lenguaje, del propio modo que el signo rúnico que le da cuerpo y vida.

Trasladémonos a la infancia de las naciones, a los primeros albores de nuestra Europa, cuando a los esplendorosos rayos del naciente sol todo se ofrece fresco y lozano; cuando nuestro continente comienza a sentir las primeras palpitaciones del pensamiento, latidos de la verdadera existencia, y observaremos, al modo que la esperanza y el asombro irradian con excelsitud infinita en el pensamiento de un niño, estremecer con igual asombro y esperanza los corazones de esos hombres robustos, de esos vigorosos retoños de la Naturaleza.

No vemos aquí tan sólo un indómito capitán, un combatiente que discierne con mirada penetrante y dominadora lo que la necesidad lè aconseja hacer y lo ejecuta resueltamente, con la energía del león; vemos al poeta, más bien dicho, al profeta, al gran pensador, religioso e inventor a la vez, como entendemos al que presagia futuros sucesos, como siempre ocurrió con el verdadero gran hombre.

Un héroe lo es en todos sentidos y maneras, y, antes que todo, en el corazón y en el alma. Odín sentiría vivamente algo que decir en su corazón, pero decirlo a su manera, ruda, semiarticulada. Su gran corazón, abierto y dispuesto a recibir la imagen e impresiones del universo infinito, lo mismo que las de la vida mortal del hombre en esta baja esfera, desearía por medio de la palabra descargarse del peso inmenso que le abrumaba. Un héroe así, rudo y singular a su modo, debió de estar dotado de grandes prendas, de corazón nobilísimo y de excelsa sabiduría. Pues si nosotros admiramos todavía a ese hombre más que a ningún otro, ¿qué no harían aquellas indomables almas nórticas, llamadas por él a la vida del pensamiento? Sin nombres aún para calificarle, era para ellos el noble, lo más noble: un héroe, un profeta, dios, *Wuotan:* el grande entre los grandes.

El pensamiento, sea cual fuera la forma en que se le exprese, es pensamiento. Intrínsecamente, a lo que conjeturo, Odín debió de ser del mismo género y contextura que la especie más grande de los hombres. Un pensamiento inmenso residía en lo más profundo de su corazón indomable. Las rudas y toscas palabras por él articuladas ¿dejan de sér como una raíz rudimentaria de las mismas palabras inglesas usadas por nosotros? Como luz encendida, disipó él las tinieblas de aquellos elementos y trabajó para abrirse paso a través de ellas con el resplandor de su inteligencia, y con ruda, noble y natural franqueza, única clase de luz que nos resta todavía; y fue un héroe que, por fuerza, tenía que brillar en los senos de aquella oscuridad, pues traía la misión de esclarecerlos, tarea en que todos nosotros estamos empeñados todavía.

Imaginémosle como el tipo genuino del hombre nórtico; el más

hermoso teutón que pudo producir aquella raza. Movidos de atracción simpática, abriéronse y colocáronse en torno suyo aquellos rudos corazones nórticos, y concluyeron por rendirle culto. Es como la raíz de otras muchas grandes cosas; su fruto crece desde las más remotas y oscuras épocas de la Historia, y crecerá por todo el vasto campo de la vida teutónica. Nuestro propio *wednesday* (miércoles), como he dicho ya, ¿no continúa significando todavía *Odin's day* (día de Odín) *Wednesbury, Wansborouth, Wanstead, Wandsworth?* Odín creció y se extendió también por Inglaterra, y éstas son asimismo astillas de la raíz de aquel árbol. Era el dios-jefe de todos los pueblos teutónicos, norma y ejemplar modelo suyo; así admiraron y rindieron culto a su ejemplar modelo del hombre nórtico; ¡ésa fue toda la fortuna que alcanzó en el mundo!

Así, pues, si Odín, como hombre, ha desaparecido totalmente, quédanos su sombra gigante, proyectada sobre la historia de su pueblo. Y una vez admitida su calidad de dios, explicarémonos perfectamente que todo el plan, sistema, idea, o como quiera llamársele, que de la Naturaleza se formaron los escandinavos, fuesen lo que quisieren sus anteriores creencias, comenzara a desenvolverse ahora de un modo totalmente distinto, y en este último sentido crecería y aumentaría en adelante.

Cuanto descubrió y enseñó Odín por medio de sus runos y de sus rimas creyólo de veras el pueblo teutónico en masa, e hizo cuanto pudo de su parte por mantenerlo y propagarlo. Su modo de pensar fue el modo de pensar general. Y, bajo nuevas condiciones, continúa siendo aún ésta la historia de todo gran pensador. En inciertos y colosales perfiles, asemejando la agrandada sombra de una cámara oscura, proyectada hacia arriba desde los profundos antros de pretéritas edades, y envolviendo dentro de su ancha zona todo el hemisferio septentrional, ¿no representa, acaso, toda esa mitología escandinava las facciones y aun la propia fisonomía de Odín? La gigantesca imagen de *su* natural figura, legible o no, allí extendióse, se confundió y redújose al estado en que hoy la conocemos. Ningún grande hombre pasa en vano por la tierra; el pensamiento siempre es pensamiento. La Historia del mundo no es sino una biografía de sus grandes hombres.

En esta primitiva forma del heroísmo hay para mí algo patético, y en verdad lo es la llegada de un héroe entre sus semejantes, sin aparato, sin artificio alguno: todo ingenuidad, todo sentimiento, todo corazón. Sea su forma la que fuere, es uno de los sentimientos más nobles, tan duradero como el hombre mismo. Si fuese posible ofreceros, bajo una forma o apariencia cualquiera, lo que me preocupa y siento profundamente en mi interior, referente a la cuestión que estamos tratando, os diría que ese sentimiento constituye el elemento vital de nuestra dignidad humana, el alma de la historia del hombre en este mundo, y constituiría parte principalísima de esta conferencia. ¡Ya no llamamos dioses a nuestros grandes hombres, ni los admiramos incondicionalmente, no! Pero si careciésemos de grandes hombres y no los admirásemos

ilimitadamente, esta conducta nuestra constituiría por sí sola uno de los signos más deplorables.

Ese pobre culto escandinavo del heroísmo, esa manera de contemplar y de interpretar el universo, a la que el pueblo nórtico ajustaba rigurosamente su conducta, tiene para nosotros indestructible mérito. Es una manera tosca, casi infantil, de ver y reconocer las cualidades divinas de la Naturaleza y del hombre; es, más que tosca, rudísima; pero está llena de sentimiento, de fuerza, de vigor gigantesco, pronosticando lo que será con el tiempo. Verdad un tiempo, no lo es ya. No parece sino que oigamos la voz semiahogada de las desaparecidas generaciones de nuestros ascendientes, que, desde el fondo de los siglos, nos llaman a nosotros sus hijos, en cuyas venas corre todavía la sangre de ellos, y nos dicen: «Esto fue todo lo que pudimos y supimos hacer del mundo; ésta es toda la noción que logramos adquirir del gran misterio del universo y de la vida. No la miréis con desdén. Vosotros os habéis elevado a un punto de mira mucho más alto, más vasto, más libre; pero, aunque más cerca de ella que nosotros, estáis también distantes de la cumbre. Nuestra noción, a pesar de lo mucho que la habéis ampliado, no es sino una idea parcial, imperfecta; una cuestión que ningún hombre, con el tiempo, fuera del tiempo, ni en tiempo alguno, podrá emprender ni resolver nunca.» Tras millares de años, de civilizaciones sucediéndose unas a otras, encontrámonos luchando sin descanso y esforzándonos con tal incesante lucha por llegar a comprender una parte infinitesimal del arcano; pero, como «cosa infinita» y, naturalmente, superior al hombre, está fuera de su alcance.

Como la de todas las mitologías paganas, la esencia de la escandinava viene a ser para nosotros una confesión, un reconocimiento de las divinas cualidades de la Naturaleza, una comunión sincera, íntima, del hombre con las misteriosas potestades invisibles, aunque visibles a los ojos del hombre, presentes en torno suyo, activas siempre, agitando el mundo.

Vense en la mitología escandinava expuestas todas estas cosas, con tal color de verdad, con tal grado de sinceridad, que en vano trataríamos de hallarlas parecidas en ninguna otra mitología. La sinceridad es la gran característica de todo este sistema; sinceridad, a mi modo de ver, muy superior a todas las gracias del arte helénico, de cuya exquisitez carece en absoluto. Pero la sinceridad vale más que todos los encantos de la belleza. Esos viejos nórticos escrutaban con todas las potencias de su alma, muy despiertos los ojos, los arcanos de la Naturaleza. Raza honrada, tenaz, infantil y varonil a la vez, era toda ella corazón y sentimiento.

Esta manera de observar y escudriñar la Naturaleza constituye el principal elemento del paganismo. El reconocimiento del hombre y de su deber moral, aunque existiera entre los paganos de un modo imperfecto, constituye, como si dijéramos, el elemento exclusivo y principal en otras formas de religiones más puras. En este particular existe verdaderamente

una gran línea divisoria, que señala una época superior en la historia de las humanas creencias, esto es, una divisoria inmensa en el desenvolvimiento religioso del género humano. El hombre se pone primero en contacto con la Naturaleza y sus potestades, fuerzas o secretas influencias, y las admira y venera; pero no llega a discernir sino transcurridos muchos siglos que todo poder debe necesariamente ser moral, y que la gran cuestión se reduce para él a distinguir entre el bien y el mal, entre lo que «debes» y lo que «no debes» hacer.

Respecto a esas fabulosas disquisiciones del edda, séame permitido volver a indicar que lo más probable es que pertenezcan a fecha mucho más reciente. Considero también fuera de duda que, para los antiguos nórticos, vendrían a ser comparativamente, comenzando por la primera, un pasatiempo poético. Pero ya vimos que ni las descripciones poéticas, ni las alegorías, constituyen la fe religiosa; necesariamente, la fe debe de existir primero; luego vendrá la alegoría, bajo diversas formas, a servirle de cortejo, a la manera que la materia constituye el cuerpo del espíritu. Puede establecerse, sin temor de equivocación, que la fe de los antiguos nórticos, ni más ni menos que otras muchas, fue esencialmente activa, en tanto permaneció reducida al estado de silencio, sin tener, a la verdad mucho que decir de sí misma, ni sirviéndose de la palabra, y menos aún del canto.

Entre las nebulosas vulgaridades del edda, en medio de aquel farragoso cúmulo de asertos y tradiciones, envueltas en sus mitologías musicales, todo lo que un hombre podría racional y prácticamente creer se reduciría más o menos a lo de las valquirias y el palacio de Odín, al Destino inflexible y a que la cosa más necesaria para el hombre es el valor. Las valquirias son las que eligen los muertos en el campo de batalla; un destino inexorable, a quien no es posible aplacar, señala quiénes han de perecer. Esto era ley fundamental para el creyente nórtico, y continúa siéndolo en todo tiempo y lugar para los hombres que abrigan ideas entusiastas, para los reformadores y poseídos del espíritu de conquista: Mahomas, Luteros, Napoleones.

Estos sentimientos, indomables, están arraigadísimos en el corazón de semejantes hombres, y se ven duramente sometidos a ellos, ignorando la fuerza que les impele. ¡Oh las valquirias! Después que esas tétricas divinidades conducían las almas de los héroes a la morada celestial de Odín, las de los cobardes, las de los viles y de los esclavos eran arrojadas a los reinos de Hela, divinidad de la muerte. A esto reducíase, en mi sentir, todo el símbolo de las creencias nórticas. El corazón decíales a aquellos guerreros que era necesario ser valientes; que si la cobardía inficionaba su espíritu, Odín les retiraría su favor, los despreciaría, los arrojaría de su presencia. ¿No hay en esto algo que merece llamar poderosamente la atención?

Existe un deber sempiterno, constante en nuestros tiempos, como en los pasados, como en todas las épocas: el deber de ser valientes. Valor es cosa que tiene precio, que se estima, que se ensalza. El primer deber del

hombre es, y debe ser siempre, el de dominar, el de subyugar el temor. Presa de los lazos del temor, no podremos jamás obrar libremente ni de modo alguno. Bajo el influjo del miedo, las acciones todas del hombre lo son del esclavo, no verdaderas, sino aparentes; son falsos sus más íntimos pensamientos; piensa y continuará pensando como un esclavo, como un cobarde, mientras no logre verse libre del temor, mientras no le haga morder el polvo.

El símbolo de Odín, si podemos lisonjearnos de haber interpretado bien su espíritu, es hoy, en nuestros días, lo que en su origen fue entre la familia nórtica: ¡la consagración del valor! Un hombre, lo que por hombre entendemos, debe, por fuerza, ser valiente; necesita avanzar, marchar adelante, y en todas ocasiones, por comprometidas que sean, portarse como se portan los hombres, confiando, sobre todas las cosas, sin vacilaciones, en lo que los poderes superiores tienen decretado, desterrando para siempre de los corazones hasta la sombra del terror. La victoria más o menos completa que alcancemos sobre ese vestiglo determinará el grado que nos corresponda ocupar entre los hombres.

No hay duda que el valor de los antiguos escandinavos era del género más salvaje. Cuenta Snorro que consideraban gran vergüenza y una de las mayores desdichas y miserias la de no morir en el campo de batalla. Cuando creían que iba a sobrevenirles la muerte natural, solían inferirse heridas en la propia carne para que Odín los recibiese con los honores de guerreros muertos en combate. Los reyes ancianos y próximos a dejar la vida mandaban que se les trasladase a una nave dispuesta para lanzarse mar adentro, a toda vela y ardiendo a fuego lento, a fin de que, una vez abandonada a merced de las olas, el incendio la envolviera en sus llamaradas y sepultase dignamente de aquel modo al anciano héroe, dándole a la vez por tumba el firmamento y el océano.

En verdad, que era valor sanguinario y salvaje; pero, dentro de su especie, mejor cien veces que carecer de él. ¡Qué indomable y salvaje energía en los antiguos monarcas del mar! Imagínolos silenciosos, apretados los labios, desafiando al mar embravecido y a sus monstruos, a todos los hombres y a todas las cosas, ignorantes de su ardimiento, verdaderos progenitores de nuestros Blakes y de nuestros Nelson. No hubo ningún Homero que cantase a esos nórticos, reyes del mar; y, no obstante, ¿qué es Agamenón al lado suyo? Casi nada; y cosa de poco provecho para el mundo si con alguno de ellos le comparamos con Hrolf de Normandía, indómito monarca del mar, tiene ahora, en este momento que os hablo, una parte en el gobierno de nuestra vieja nación británica.

Ni las salvajes expediciones piráticas ni el batallar feroz dejaron de tener, en el curso de tantas generaciones, su respectiva importancia. El objeto se contraía a saber quién era el más fuerte de todos, quién había de obtener el supremo mando. Entre algunos de aquellos soberanos, los había que llevaban el título de Leñador, Desbrozador de selvas. Esto encierra gran significación, y nos permite suponer que muchos de ellos, a la vez que guerreros, serían leñadores, desbrozadores de montes y selvas,

aunque los skaldas sólo les dan el calificativo de guerreros, induciendo con esto a error a no pocos críticos, porque ¿cuál es la nación que vivió jamás sólo de peleas? Cabe suponer que un bravo combatiente fuese a la vez gran desbrozador de malezas, un trabajador activo, un mejorador de todo género de trabajo, ya que el valor verdadero, muy distinto de la ferocidad, es base de toda virtud y esfuerzo legítimo y eficaz contra la tenebrosa fuerza bruta de la Naturaleza, en medio de dilatados bosques, de incultas e inextricables selvas. El valor llega a domar y a domesticarlo todo en beneficio y servicio nuestro; ¿no ha hecho, por su parte, la Humanidad cuanto en su mano estuvo para enaltercerlo y llevarlo a los últimos confines de la tierra? ¡Ojalá ese valor no nos abandone nunca!

Que el mismo Odín, el Odín hombre, con voz y corazón de héroe, y como inspirado del cielo, encomiase a su pueblo la infinita importancia del valor y el modo de alcanzar la inmortalidad por ese medio; que su pueblo, inspirado en los mismos sentimientos, creyese sus palabras como inspiraciones del mismo cielo, y a él, por tal causa, le considerasen y venerasen como a una divinidad, en todo esto quiero ver yo la primitiva simiente de la religión nórtica, de la que con el tiempo derivarían y cobrarían desarrollo toda clase de mitologías, prácticas simbólicas, alegorías, especulaciones, cantos y sagas. Pero ¡qué grandioso desarrollo! Primero fue un débil destello, que desacumuló las espesas tinieblas de la antigüedad nórtica; pero en aquellas profundas opacidades, no lo olvidéis, palpitaba la vida, y en ella se reconcentraba el pensamiento ardiente, si bien inculto e inarticulado, de todo el pueblo nórtico, cuyo espíritu, impaciente por manifestarse, por abrirse camino, adelantaba en continuo en maravillosa progresión ascendente. Crece la viviente doctrina; crece ni más ni menos que la indiana higuera. La primera semilla es lo esencial; árbol ya, la rama que tocará el suelo arraigará vigorosa, se transformará en árbol a su vez, y así las demás, en progresión infinita, se convertirán en inmensas selvas, producto de una sola semilla. Así, toda la religión nórtica, ¿no fue, acaso, en cierto modo, lo que llamamos la gigante sombra proyectada por Odín hombre?

Hay, entre los críticos, quien encuentra alguna afinidad entre ciertos mitos nórticos, como, por ejemplo, los de la Creación y otros, y los mitos indostánicos. Adumbla, la vaca que lame la escarcha que cubre las rocas, tiene cierto sabor oriental. ¡Una vaca de la ardiente India transportada a las regiones boreales! No hay la menor sombra de duda, y, más que probable, es cierto, que todas estas cosas deben de tener parentesco con las más remotas comarcas, con las más primitivas edades.

No muere, se transforma el pensamiento. El primer hombre que en nuestro planeta comenzó a pensar fue el primer autor original entre todos sus contemporáneos, y así el segundo y el tercero; y no es esto sólo, sino que todo verdadero pensador es actualmente a manera de un Odín, que instruye a los demás hombres en su manera de pensar, y extiende así una sombra de sí mismo, una semejanza suya sobre gran parte de la Historia del mundo.

Lo que hace referencia al carácter poético o al mérito de esa mitología septentrional no es cosa que nos interese mucho, ni juzgo que valga la pena de desperdiciar tiempo en analizarlo más o menos profundamente. Quedan algunas profecías que no dejan de ser singulares, como el Voeluspa, en el Elder Edda, canto enfático, hiperbólico, sibilino, todo ello como apéndice al argumento principal.

Los skaldas de los últimos tiempos no parece se entretuviesen y tratasen el asunto con las debidas consideraciones; sus cantos son cuanto nos queda respecto de esta materia. Supongo que en siglos posteriores continuarían cantando y simbolizando, a la manera que pintan nuestros modernos artistas cuando el corazón no toma interés ni parte alguna en la materia que debería servir de objeto a su inspiración.

Gray, en su fragmento sobre la antigüedad nórtica, no nos da luz alguna, ni tampoco Pope, en su estudio de Homero. No debemos representárnosla como una morada sombría, encerrada entre negros y fríos mármoles, envuelta en silencio y horror, como Gray la describe, sino ruda, desapacible, como los montes boreales; triste, como los desiertos irlandeses; pero en la que no falta llaneza; si bien tosca, no exenta de sinceridad, y aun con ciertos vislumbres de buen humor y ruidosa jovialidad, que alegran el sombrío espectáculo de la agreste Naturaleza.

Aquellos viejos corazones nórticos gustaban poco de sublimidades teatrales, y ni tiempo les quedaba siquiera para temblar. Ensánchaseme el corazón al imaginar aquella peculiar y robusta ingenuidad suya, aquella rectitud de concepción, cuando Thor, presa de verdadero furor, frunce el adusto ceño, aprieta su martillo hasta que blanquean las articulaciones de su mano. ¡Y cuántos hermosos rasgos de verdadera compasión! Balder, el «dios blanco», el hermoso y benigno Balder, la divinidad representativa del sol, se muere. Revuelven la Naturaleza entera buscando un remedio, pero el dios está muerto ya. Frigga, su madre, envía a Hermoder a que le busque o le vea. Este cabalga por espacio de nueve días y de nueve noches, atravesando oscuros y profundos valles, en medio de laberintos de tristeza. Llega, por fin, al Puente de Techo de Oro. El guarda le dice: «Sí; por aquí pasó Balder; pero la mansión de los muertos está allá abajo, lejos, muy lejos, hacia el Norte.» Hermoder continúa cabalgando; atraviesa la puerta del Infierno, la puerta de Hela; ve a Balder y habla con él; pero no pueden entregárselo. ¡Ah, inexorable Hela! Ni por Odín ni por dios alguno quiere entregarlo; allí debe permanecer el hermoso, el benigno Balder. Su mujer se resigna a juntarse con él, a morir con él. Permanecerán allí eternamente. El envía su anillo a Odín; su mujer, Nanna, manda a Friga su dedal, como recuerdo.

¡El valor es también fuente de misericordia, de verdad, de cuanto grande, noble y bueno hay en el hombre. El humilde pero robusto vigor del corazón nórtico nos seduce y nos sorprende. «¿Acaso no es un rasgo de verdadera fortaleza —exclama Uhland, en su hermoso estudio sobre

Thor— que los antiguos nórticos viesen un afectuoso amigo en el dios Thunger?»

No les asusta el trueno; reconocen su necesidad para templar los rigores del verano; así, el verano ama y necesita el trueno. El corazón del viejo nórtico tiene predilección especial por Thor; distráenle los golpes de su maza, Thor es el calor estival, el dios del trabajo sosegado, y, a la vez, la deidad del trueno. Thor es el amigo del campesino; su escudero y compañero fiel Thialfi representa la labor manual. El mismo Thor se ocupa en toda clase de trabajos; no desdeña ninguno, por rudo o difícil que sea. Algunas veces se mete por el país de los gigantes y lucha a muerte con los monstruosos vestigios del hielo y del caos; los subyuga, los estrecha, los maltrata. ¿No hay en todo esto algo casi olímpico?

Como antes dijimos, Thor fue al país de los Joetuns en busca del caldero de Hymir, para que pudiesen los dioses hacer cerveza Cubierta de escarcha la blanca barba, el terrible y formidable gigante Hymir entra derribando y quebrantando peñas con solo su mirada. Después de horrorosa refriega, Thor consigue arrancarle el enorme recipiente y se lo lleva, hundiendo en él la cabeza, en tanto las asas le machacaban implacablemente los talones.

Los skaldas nórticos tienen particular predilección por Thor. Hymir es aquel de quien se dijo que eran montañas de hielo su ganado. ¡Genios colosales, a quienes sólo faltó la cultura para haber sido Shakespeares, Dantes, Goethes! Ahora ya, ese viejo monumento nórtico acabó para nosotros. Thor, el dios del trueno, se ha convertido en Jack, el matador de gigantes; pero el espíritu que le levantó está aquí todavía. ¡Cuán extrañamente crecen las cosas, y cómo mueren y no mueren! Todavía existen vástagos de ese árbol universal de las creencias nórticas, cuya genealogía no sería difícil investigar. Ese pobre Jack de nuestras amas de cría, el de las botas-relámpago, milagrosa capa y tajante espada, es uno de ellos. Hinde Etin, y más aún Rojo Etin de Irlanda, ambos de las baladas escocesas, provienen de Norselandia; evidentemente, Etin es un Joetun. Aun el mismo Hamlet shakespeariano es, a no dudarlo, un vástago de este mismo árbol. Hamlet (Amleth) es, en realidad, un personaje fabuloso, y la muerte de su padre, envenenado durante el sueño, por medio de un filtro, en el oído, y lo demás de la tragedia, no es sino un mito nórtico. El viejo Saxo, siguiendo su costumbre, le dio origen en Dinamarca; y Shakespeare hizo con la leyenda lo que todos sabemos. ¡Aquel vástago, sea por accidente, sea por virtud de su naturaleza, no hay duda que ha crecido mucho!

Encierran todos esos viejos cantos nórticos gran fondo de verdad; pero verdad íntima, constante, con un sello de imponente grandeza, privativa tan sólo de aquello que ensalza la tradición al través de los siglos. Y esa grandeza no la constituyen las colosales proporciones del cuerpo, sino las cualidades sublimes del alma en su estado primitivo de sencilla rudeza. Hay en esos viejos corazones tal grado de sublime y silenciosa melancolía, tal fuego en su mirada, que parece arrancar de las

más profundas circunvoluciones del cerebro y escrutar los más íntimos arcanos del espíritu. Diríase que esos viejos nórticos vieron y conocieron lo que la meditación enseñó a los hombres en todas las edades, esto es, que este mundo, bien considerado, no es más que una engañosa perspectiva, un fenómeno sin realidad, sólo apariencia. Todas las almas profundas vieron esto; el mitólogo oriental y el filósofo alemán; Shakespeare, lo mismo que todos los demás pensadores, sin distinción de patria ni de época.

We are such stuff as dreams are of![1]

Una de las expediciones que Thor hizo a Utgard (el jardín exterior, punto céntrico y patria de los gigantes Joetuns) es notable a este respecto. Acompañábanle Thialfi y Loke. Tras varias aventuras, llegaron a la tierra de los gigantes, y una vez en ella, vagaron por dilatadas llanuras, por incultos lugares desiertos, atravesando montes y derribando peñas. Al oscurecer percibieron una casa, y como la puerta, constituida por todo un lienzo de la vivienda, estuviese abierta, metiéronse dentro y hallaron un gran salón completamente desamueblado, sin más que las paredes y sin persona alguna. Instaláronse allí; pero al cabo de un rato, y cuando más profundo era el silencio de la noche, alarmáronse oyendo insólitos ruidos. Thor enarboló su maza y se plantó, dispuesto a descargarla, tras el umbral de la puerta. Loke y Thialfi, presas del mayor terror, corrieron de aquí para allá, buscando en la destartalada estancia un rincón donde embutirse, y, por fin, se refugiaron en uno. Pero Thor no tuvo necesidad de entrar en pelea, porque al llegar la mañana se descubrió que los ruidos extraños de la pasada noche no eran sino los ronquidos de un gigante enorme, aunque pacífico, el gigante Skrymir, que dormía allí mismo. Lo que habían tomado por casa no era más que el guante del gigantón, que yacía a su lado; la puerta descomunal era la muñeca, y el rincón en que los compañeros de Thor se escondieron, el dedo pulgar; el gigante no tenía más dedo que éste. ¡Vaya, cómo sería de rústico y primitivo el guante!

Skrymir les llevó todo el día en su equipaje; pero Thor, a quien infundían invencibles recelos las maneras del gigante, determinó acabar con él por la noche, cuando durmiese. Alzó la maza, y descargó tan tremendo golpe en el rostro de Skrymir, que hubiera hendido una peña. Pero el gigante apenas si salió de su sueño para frotarse la mejilla, diciendo: «¿Ha caído alguna hoja?» Mas no bien volvió a quedarse dormido, Thor descargóle otro golpe más descomunal que el anterior, y el gigante, semidespertando de nuevo, volvió a preguntar: «¿Ha caído algún grano de arena?» El tercer golpe que descargó Thor (supongo que

[1] «Nuestra esencia es aquella de que se hacen los sueños» (Shakespeare: *La tempestad*).

le blanquearían los nudillos) fue con ambas manos, y pareció dejar huella en el rostro de Skrymir, el cual cesó de roncar, exclamando: «¿Hay gorriones en este árbol? ¿Qué me han tirado a la cara?»

Por la puerta de Utgard —una puerta cuya altura era tal, que había que estirar el cuello y echar atrás la cabeza para verle el techo—, por esta puerta prosiguió Skrymir su camino. Invitaron y admitieron a Thor y sus dos compañeros a presenciar y tomar parte en los juegos que se celebraban. A Thor le presentaron un cuerno para que bebiese, diciéndole que, entre ellos, era común vaciarlo de un sorbo. Por tres veces intentó Thor valientemente realizar la empresa, pero sin lograrlo.

—Sois una pobre y débil criatura —le dijeron—; ni siquiera podréis levantar este gato que aquí veis.

A pesar de su fuerza sobrenatural, y por pequeña que pareciese la hazaña, Thor apenas si pudo alzar un poco el espinazo del animal, y a duras penas una pata.

—¡Vaya! ¿Y tú crees ser un hombre? —le dijeron a coro las gentes de Utgard—. Ahí está una vieja que desea luchar contigo.

Avergonzado de veras, se arrojó Thor sobre la vieja, pero le fue imposible derribarla.

Al salir de Utgard, el principal de los Joetuns los acompañó cortésmente un buen trecho, y dirigiéndose a Thor, le dijo:

—Al fin has quedado vencido; pero no te avergüence tu derrota, porque todo fue ilusión de tus sentidos. El cuerno que probaste agotar de un sorbo era el mismo mar, y, sin embargo, lograste que menguase: pero ¿quién podría beber lo insondable? El gato que probaste levantar del suelo era la *Midgard-snake*, la gran serpiente del mundo, la cual, con la cola en la boca, ciñe y conserva la Creación entera; si la hubieras tumbado, todo hubiera sido confusión y ruinas. Por lo que hace a la vieja, ésa era el Tiempo, la Vejez, la Duración; ¿quién es capaz de luchar con el Tiempo? Ni el hombre ni los dioses; el Tiempo es más fuerte que todos. Y tocante a los tres golpes de tu maza, mira estos tres valles: ¡los abrieron tus tres martillazos!

Thor volvió el rostro y miró atentamente a quien le hablaba; el Joetun era el mismo Skrymir. Al decir de varios críticos escandinavos, era la Tierra deforme en su edad de piedra, y aquel guante enorme, alguna de sus cavernas.

Skrymir desapareció; entre tanto, Utgard y sus puertas escondiéronse en las nubes, y cuando Thor las quiso derribar con su maza desaparecieron también; sólo a lo lejos se oía la voz burlona de Skrymir, diciendo: «¡Será mejor que no volváis a tierra de gigantes!»

Como vamos viendo, esto pertenece al período alegórico y jocoserio, no al profético ni enteramente devoto; pero aun considerándole en su aspecto mítico, ¿podrá ocultársenos que contiene oro de ley, oro legítimo, sacado directamente del antiguo filón nórtico? Metal es éste más verdadero y más recién salido del yunque de Mimo, que el de otros muchos elaborados. ¡Se ve en el gigante Skrymir tan pantagruelesco

humor! ¡Y hay tanta alegría sobre un fondo gris y triste! Parecen los colores del iris sobre un fondo de negras nubes tempestuosas. Sólo los pechos esforzados son capaces de sentir y comprender todo esto. Es el humor punzante y terrible de nuestro original y viejo Ben Jonson; circula por las venas de todos nosotros, y, bajo otras formas muy distintas, me parece como que distingo ciertos ecos y rumores del mismo, a lo lejos, entre los bosques y desiertos americanos.

Otra concepción en extremo notable es la del Ragnaroek, esto es, el ocaso de los dioses. Está en el canto *Voelspa,* idea profética muy vieja, al parecer. Los dioses y los Joetuns, las fuerzas divinas y las fuerzas brutas y caóticas, tras larga lucha y parcial victoria, lograda por los primeros, se empeñan por fin en un duelo a muerte, Thor y la Serpiente del Mundo, fuerza contra fuerza, mutuamente extintiva. La ruina y el estrago, desvanecidas las luchas crepusculares, envuelve la Creación entera. El viejo Universo, con sus dioses. desapareció, pero su muerte no es definitiva. Tiene que venir otro nuevo cielo y nueva tierra; un Ser Supremo más alto y otra justicia más divina han de volver a reinar entre los hombres. Notadlo: esta ley escrita en lo más íntimo del humano pensamiento la habían descifrado ya, con su tosco estilo, aquellos viejos y diligentes pensadores, quienes se dieron cuenta de que, aunque todo muere, y aun mueren los mismos dioses, no obstante, toda muerte no es más que la del Fénix, renaciendo a otra vida mucho más grande e infinitamente mejor. Esa es la ley fundamental de la existencia para todos los seres producto del tiempo y que viven en este lugar de esperanza. Todos los grandes pensadores vieron esto mismo, y ojalá continúen viéndolo siempre.

Echemos ahora, en relación con cuanto hemos dicho, una mirada a la última aparición de Thor, para poner punto final a la cuestión que debatimos. Atendiendo a las demás fábulas, opino que ésta es de las más recientes, y como una triste protesta contra los progresos del cristianismo, sostenida con carácter de censura y como vituperio contra las nuevas creencias por algún conservador gentil de la época. Censúrase acerbamente al rey Olaf por su excesivo celo en la introducción y propagación del cristianismo, y no hay duda que más hubiéramos censurado nosotros por el exceso contrario. Verdad que tan vehemente celo le costó la vida, pues murió en una batalla contra sus rebeldes vasallos, allá por los años de 1033, en Stickelstad, no lejos de Drontheim, donde está la principal catedral del Norte, de fundación remotísima, y dedicada como piadoso recuerdo a la memoria de San Olao.

El mito que se refiere a Thor se reduce a lo siguiente: el rey Olaf, el reformador monarca cristiano, se da a la vela con su escolta a lo largo de las costas de Noruega, y desembarca en todos los puertos y ensenadas, administrando justicia o ejerciendo otros actos de su soberanía. Cierta vez, al dejar un puerto, viose entrar en el barco un extranjero de imponente mirada y grave aspecto, de arrogante y robusta figura. Interróganle los cortesanos, y sorprendidos de la profundidad de sus

respuestas, lleváⁿlo a presencia del rey. La conversación del extranjero, según van navegando a lo largo de las hermosas y pintorescas costas, no es menos sorprendente en presencia del rey que en la de sus cortesanos, y pasado algún tiempo comienza a hablar con Olaf en estos o parecidos términos:

—Sí, Olaf; todo es aquí hermoso, y a la luz del sol se presenta todo mucho más verde y fructífero; es una mansión digna de un rey. Grandes trabajos hubo de pasar Thor, muchas y terribles batallas tuvo que lidiar con los Joetuns antes de convertirla en lo que hoy es: una mansión digna de un rey. Ahora, Olaf, no os preocupa otro pensamiento que el de acabar con Thor. ¡Pero, rey Olaf, tened cuidado! —añadió el singular personaje, frunciendo el áspero ceño.

Cuando volvieron los ojos para verle, había desaparecido ya. Y ésta fue la última aparición de Thor en la escena del mundo.

¿Veis ahora de qué manera puede surgir la fábula, sin que nadie falte precisamente a la verdad? De esa manera se han presentado todos los dioses entre los hombres; así, en tiempo de Píndaro, vieron a Neptuno en los juegos Nemeos. ¿Quién fue Neptuno sino un extranjero de grave y noble aspecto, digno de ser visto?

En estos últimos acentos del paganismo hay algo patético y aun trágico. Thor desapareció para no volver. Del mismo modo pasan las cosas más altas. Todo lo que en este mundo ha sido, todas las cosas que existen hoy, todas las que existirán mañana, tienen que perecer de igual manera. ¡No nos queda sino darles un postrer adiós!

La religión nórtica, ruda, sincera, grave, que produce austera impresión en el ánimo, consagración del valor (así la definimos), bastóles a aquellos bravos y antiguos nórticos. La consagración del valor no es cosa efímera. Por nuestra parte, la consideramos como buena, y como tal continuaremos considerándola hasta que el tiempo determine. No juzgamos tampoco indiferente conocer algo del viejo paganismo de nuestros padres. Inconscientemente, y en combinación con otras cosas más elevadas, todavía no se ha apartado de nuestra alma aquella fe de nuestros antiguos ascendientes. Conociéndola a fondo, nos ponemos en relación más íntima y más clara con lo pasado, con nuestras propias y anteriores adquisiciones. Porque, vuelvo a repetirlo, todo lo pasado implica la posesión de lo presente; lo pasado siempre tuvo algo de *verdadero;* y constituye un dominio precioso. En época y lugar diferentes, siempre fue alguna distinta fase de nuestra común naturaleza humana, que, desarrollándose, se ha manifestado a sí misma. Lo *verdadero* actual es la *suma* de todas ellas; ninguna constituye por sí sola lo que fue desenvolviéndose de la humana naturaleza y manifestándose hasta estos momentos. Y deben conocerse todas para no interpretarlas mal.

—¿A cuál de estas tres religiones os adherís especialmente? —pregunta Meister a su maestro.

—A todas tres —responde éste—; a todas tres, porque, en virtud de su unión, constituyen virtualmente la religión verdadera.

CONFERENCIA SEGUNDA

EL HEROE COMO PROFETA

MAHOMA.—EL ISLAM

Viernes, 8 de mayo de 1840.

Dejando los primitivos tiempos del paganismo entre los escandinavos, adelantémonos y coloquémonos entre gentes muy distinas y costumbres y religión muy diferentes. Discurriremos del mahometismo entre los árabes. ¡Qué cambio tan radical, qué gran progreso el que señalamos aquí, concernientes a la condición universal y pensamientos humanos!

Ya no se considera entre los hombres como un dios al héroe, sino como un inspirado del cielo, como un profeta. Esta es la segunda fase del culto a los héroes: la primera desapareció sin esperanza de que vuelva nunca. En la Historia del mundo jamás volverá a presentarse hombre alguno, por grande que sea, a quien sus semejantes tornen a venerar y le rindan culto como a una divinidad. No sólo esto, sino que aún puede preguntarse: ¿existió jamás, en el mundo, hombre alguno o asociación de hombres que real y verdaderamente llegase a creer que el hombre a quien vieron y trataron fuese un dios, y mucho menos, el Hacedor de cielo y tierra? Juzgo que no; comúnmente, ese hombre era alguno que creían haber visto, y de quien apenas guardaban memoria. Pero ya nunca más volverá a suceder esto. ¡No aparecerá ya, en ningún tiempo, hombre alguno a quien se reconozca como dios, y muchos menos se le venere como tal!

Error craso y grosero fue el de considerar al hombre extraordinario como una divinidad. No obstante, séanos lícito decir que en todas épocas fue difícil saber *lo que es*, la manera de reeibirla y la relación y cuenta que debía darse de él. Rasgo de los más significativos en la historia de cualquier época es la manera de recibir y agasajar a sus grandes hombres. En el genuino instinto humano, siempre hubo algo divino. ¿Habrán de considerarle como a un dios, como a un profeta, o por quién o por qué habrán de tomarle y cómo le habrán de recibir?

He aquí la grande y eterna cuestión; por la manera de resolverla

podremos, como a través de los cristales de una cúpula, penetrar en el corazón mismo, y ver y conocer a fondo el estado y condición espiritual de aquellos hombres y de su época. En el fondo, el grande hombre siempre es el mismo, y del propio modo que sale de manos de la Naturaleza, Odín, Lutero, Samuel Johnson, Roberto Burns son, como iremos viendo, originalmente, de la misma condición; sólo difieren en las diversas formas que revistieron y en la manera que sus contemporáneos los recibieron y consideraron. Admíranos el culto tributado a Odín: caer postrado en deliquios de amor y asombro a la presencia del grande hombre; reverenciarle, no sólo como a un habitante de las mansiones celestes, sino rendirle culto como a un verdadero dios, esto nos parece muy poco correcto. ¿Pero lo es más, por ventura, en otro sentido, y bien contrario, por cierto, nuestra manera de recibir a un hombre como Roberto Burns? El don más precioso que puede el cielo otorgar a la tierra, un hombre de genio, como se le llama, el alma de un hombre que Dios nos envía como mensajera suya, esto solemos mirarlo como cosa de juego, como un brillante y efímero fuego de artificios que seduce un rato nuestra vista, y luego miramos indiferentes cómo el viento esparce sus cenizas.

Mas penetremos en el fondo del asunto. A Burns, vate rústico, pero lleno de fuego e inspiración divina, podía calificársele de fenómeno mucho más repugnante, y que presagia asimismo imperfecciones mucho más tristes en los procedimientos del humano linaje, que los mismos que atañen al método escandinavo. No parece bien que el hombre se entregue a las extravagancias de un amor y de un culto insensatos; pero tampoco parece más recional el procedimiento contrario de recibir al hombre de genio con aquella especie de arrogancia estúpida, y no menos estúpido desdén, por lo estudiadamente fingido, sino por la resultante contraproducente para nosotros mismos; porque, vamos a ver, ¿qué idea podemos dar por este medio, por lo que afecta a nuestra inteligencia, a nuestra cultura intelectual y a nuestros sentimientos como hombres? El culto a los héroes es cosa que cambia de continuo; es diferente en todas las edades y difícil de desempeñar correctamente en todos los tiempos. Podría decirse con verdad que el gran trabajo, el gran estudio de toda época, sería concretarse al perfecto desempeño de tan importante cometido.

Escogemos a Mahoma, no como al más eminente de los profetas, sino como a uno de aquellos de quien puede hablarse con más franqueza y más libertad que de otro alguno. No es, ni remotamente, el más verdadero de los profetas; pero nosotros le consideraremos como tal profeta. Más aún: como no hay peligro de que ninguno de nosotros se convierta al islamismo, pienso decir de su profeta todo lo bueno que sepa de él, con recto espíritu de justicia, porque no hay otra manera de llegar a conocerle a fondo ni descubrir su secreto. Procuremos, pues, averiguar y comprender sus propósitos, sus ideas y su manera de pensar respecto del mundo. Lo que el mundo pensó y continúa pensando de él, podrá tener entonces más fácil contestación.

La hipótesis más corriente y más común que supone a Mahoma un

impostor, un intrigante, una falsedad viviente, y su religión como un conjunto informe de presunción, charlatanismo y necedades, comienza ya a ser insostenible para todo el mundo que reflexiona. Las mentiras que han ido amontonándose en torno de ese hombre por gentes no malintencionadas en otros respectos, sólo redundan en descrédito y vergüenza nuestra. Cuando Pococke quiso saber, preguntándoselo a Grocio [1], donde estaba la prueba del cuento de la paloma adiestrada en picotear las orejas de Mahoma, a fin de hacerle pasar por un ángel que le traía la inspiración, Grocio respondió que no había pruebas de tal cosa.

Tiempo es ya de acabar con tales insulseces. La palabra del profeta árabe es luz de vida de ciento ochenta millones de hombres hace mil doscientos años. Estos ciento ochenta millones de hombres son, como nosotros, hijos del mismo Dios. Un número mayor de criaturas, obra del mismo Dios, cree actualmente en la palabra de Mahoma más que en otra cualquiera, sea la que fuere. ¿Habremos de suponer, ni siquiera por un momento, que el árbol de cuyo fruto se alimentaron y la cuya sombra vivieron y murieron tantas criaturas del Altísimo por tan considerable número de siglos, fuese obra de un charlatán, de un impostor, y menos un artificio de un saltimbanqui espiritual? Por nuestra parte, estamos muy distantes de dar aquiescencia a tal suposición; más bien nos inclinamos a creer otra cualquier cosa, por estupenda que sea. ¿Qué juicio podremos formar, ni qué creer de un mundo donde tales cosas ocurren y prosperan hasta revestir la sanción secular?

Por desdicha, son muy de lamentar esas teorías. Si deseamos lograr alguna ciencia de la verdadera Creación de Dios, desechemos semejante cúmulo de vulgaridades. Producto de un siglo escéptico, señala una de las más desconsoladoras parálisis espirituales: la muerte del alma en vida del hombre; nunca, en ningún tiempo, llegó a promulgarse teoría más atea ni más entristecedora. ¡Un hombre falso fundar una religión! ¿Cómo es posible esto, si un hombre falso no es capaz de echar los cimientos de la más humilde choza? Si no conoce a perfección las propiedades del mortero lo mismo que las del barro, cocido o no, y de la propia suerte las de los demás ingredientes de que necesita para el ejercicio de su profesión, no será casa lo que levante, sino un informe montón de piedras. No será construcción para mantenerse firme mil doscientos años, ni capaz de albergar por tal número de siglos ciento ochenta millones de almas; por necesidad tiene que venir al suelo, pero de repente, por no conformarse en todo con el dictado de las leyes de la Naturaleza, ya que debemos necesariamente vivir conforme a sus leyes, en constante comunión con ella y con la verdad de las cosas que en ella se contienen, porque de otro modo no nos respondería cuando la interrogásemos. ¡No, en modo alguno! Las especiosidades son siempre especiosidades, puro engaño y mentira. Un Cagliostro, cien Cagliostros,

[1] Grocio, publicista y erudito holandés (1583-1645), autor del célebre *De jure belli et pacis*, donde echa los primeros fundamentos del derecho público moderno.

grandes y universales eminencias, viven y medran con su charlatanismo y simuladas apariencias de verdad, pero su vida es efímera; tras un día de esplendores, apenas si ven la luz el siguiente. Son la moneda, el billete falso; verdad que lo hacen pasar de sus inicuas manos, y que luego son otros quienes tienen que sufrir las amargas consecuencias de sus trapacerías. Pero llega por fin la hora en que, rotos todos los resortes que sostienen y afirman el orden moral del mundo, desplómase éste, y entonces ocurren las terribles catástrofes que la Historia registra, no sé si para enmienda o para confusión y vergüenza nuestra.

Todo grande hombre tiene precisamente que ser sincero, un verdadero hombre, porque de no ser así carecería de las condiciones indispensables, de la condición fundamental. Ni Mirabeau, ni Napoleón, ni Burns, ni Cromwell, ni hombre alguno capaz de realizar altos hechos, dejaron de convencerse de esta esencialísima verdad, y se preocuparon, ante todo, de ella. La sinceridad, repitámoslo constantemente, la sinceridad es profunda, íntima, que arranca del corazón, es característica del hombre capaz de heroicas empresas. Ya se supone que no tratamos de aquella sinceridad que a sí misma se proclama, no; ésa tiene escasa importancia, y es, cuando más, una exagerada opinión de nuestro propio mérito; una sinceridad consciente, jactanciosa, hueca. La del grande hombre es de muy distinta especie; no la conoce, no sabe él mismo lo que es, y opino que si de algo está seguro, es de su insinceridad más que de todo; ¿dónde si no está el hombre capaz de ajustar rigurosamente su conducta a la ley de verdad por sólo un día?

No; el grande hombre no se jacta de ser sincero; lejos de eso, ni siquiera se pregunta a sí mismo si lo es; podría decirse que no depende de él su sinceridad, y, en todo caso, a él no le es posible dejar de ser sincero. El grande hecho de la existencia es lo grande, lo importante, lo que más de cerca le interesa. Vaya dondequiera, esta pavorosa realidad le sigue por todas partes; es ley de su espíritu, y por eso él es grande antes que todo.

Digno de admiración, de asombro y aun de terror es para él este universo, tan real como la vida y como la muerte. Aunque todos los hombres olvidaran su verdad y caminaran entre vanos simulacros, a él le es imposible. En todos momentos y por todas partes la imagen de fuego le persigue, le abrasa con sus fulgores, le deslumbra. Considerad todo esto como definición principal del grande hombre y lo hallaréis aplicable a todos los hombres grandes y pequeños, como hechuras de Dios; pero no olvidemos que el grande hombre es imposible sin esa condición.

Este es el hombre que llamamos original: el que viene a nosotros como un mensajero con nuevas de lo infinito desconocido, de las tierras ignotas de la inmensidad. Llámesele como quiera, poeta, profeta, dios; todos, de un modo o de otro, sentimos que las palabras que sus labios profieren no son como las de los demás hombres. Proveniente de lo más profundo, de lo más íntimo de la realidad de las cosas, vive, precisamente tiene que vivir conforme a ellas, en directa y constante comunión con ese hecho, con esa realidad. No hay modo que se le oculten ninguna clase de rumores; si los sigue, se ve reducido a la más deplorable situación;

errante por el mundo, sin hogar, sin patria, sin luz que le guíe, si bien la realidad no se aparta de su presencia: el problema de la vida y de la muerte, inmanente ante sus ojos, incapaz de evitarle, le sigue a todas partes.

¿Dejarán, pues, de ser sus palabras una especie de revelación, que debemos llamar así a falta de otro nombre? Proviene del mismo corazón del mundo; es una parte de la primera realidad de las cosas. Dios ha hecho muchas revelaciones; pero ¿no es, por ventura, este hombre una de las más nuevas, de las más recientes de cuantas el Supremo Ser hizo hasta ahora? La inspiración del Altísimo, del Omnipotente, está con él; debemos escucharle antes que a ningún otro.

Así, no estamos dispuestos, ni mucho menos, a considerar a Mahoma hombre, como a un tramoyista de espectáculo o un ambicioso forjador de proyectos; no podemos concebirle así. Aunque rudo y no muy claro, fue su mensaje como voz que surge de los más profundos abismos de lo desconocido. No fueron las suyas palabras de mentira, ni sus obras falsas tampoco, ni especies fantásticas forjadas por la fantasía; más bien podrían llamarse fenómeno de fuego, pero fuego de vida procedente de las mismas entrañas de la Naturaleza para encender y renovar el mundo, porque así lo dispusiera el Supremo Imperante de tierra y cielos. Ni todas los faltas, ni todas las imperfecciones, ni siquiera todas las insinceridades que a Mahoma se atribuyen, por muy probadas que estuviesen, podrían conmover ni afectar siquiera, en lo más mínimo, este hecho fundamental y categórico.

Tenemos por costumbre detenernos sobre el artículo de faltas algo más de lo oportuno; por lo general, los detalles del argumento ocultan su fondo verdadero. ¿Y las faltas? Si nos fuese lícito decirlo, consignaríamos que la mayor de todas es no tener que acusarse de ninguna. Mejor que nadie, debieran saber esto los lectores de la Biblia. ¿A quién se apellida allí con el dictado de hombre conforme a los caminos del Todopoderoso? ¿Quién más pecador que David, el rey de los hebreos? ¿Quién cometió como él tal abundancia de pecados y aún de crímenes horrendos? Todo esto dio ocasión a que dijeran los incrédulos: «¿Es ése el hombre acepto por Dios, el hombre según el corazón de Dios Altísimo?» Poco trabajo nos costaría contradecir a los incrédulos con sus propios sarcasmos, pues la mofa, digámoslo claro, siempre fue cosa superficial.

¿Qué son faltas, qué se entiende por detalles exteriores de una vida si pasamos por alto los secretos remordimientos que la corroen, las luchas sangrientas que tiene que librar consigo mismo, frustadas con frecuencia, renovadas siempre y nunca fenecidas? «No está en el hombre dirigir sus pasos.» De todos los actos que realiza, ¿el arrepentimiento no es acaso el más divino?

El mayor pecado, repitámoslo, sería no tener que acusarse de ninguno. Eso es la muerte: un corazón consciente, delicado, divórciase de toda sinceridad, de lo real, de lo humilde. Verdad que es puro, pero está muerto, seco como las arenas del desierto. La historia y la vida del

Rey Profeta, conforme las escribió en sus salmos, parecen el emblema más verdadero que jamás pudo darse de las luchas y progreso moral de un hombre en la mansión terrena.

Las almas serias verán siempre en los salmos el batallar continuo de un alma profundamente sincera en busca de lo bueno y lo mejor. Pelea donde la lucha y toda clase de sacrificios se ven dolorosamente frustrados; el combatiente no pocas veces rendido, totalmente postrado, no columbra el fin del combate; con lágrimas de arrepentimiento y firme propósito de vencer, renuévalo una vez y otra.

¡Pobre naturaleza humana! ¿Acaso no fueron éstos siempre sus caminos, abundantes en tropiezos, que hacen frecuentes las caídas y sin término las desventuras? No le es dado elegir al hombre. En el borrascoso piélago de la existencia, verse condenado a perpetua lucha; ya caiga, ya se abisme, sangrándole el corazón, con lágrimas de verdadero arrepentimiento, ha de levantarse de nuevo, comenzar otra vez la lucha, mirando siempre adelante: ese es su destino. ¡Ah! ¿Pero coronará la victoria sus esfuerzos? Esa es otra cuestión. No hay que dar importancia alguna a los detalles cuando el espíritu del sujeto es verdadero: los detalles importan poco y nada nos enseñan. Ni aun los errores y faltas en que incurrió Mahoma los apreciamos con imparcial criterio. Semejante proceder a nada conduce, y supuesto que el autor del Corán tuvo un pensamiento, estudiemos desapasionadamente cuál fue y qué medios puso en práctica para ejecutarlo. Esta es, y no otra, la manera de llegar a conocer a Mahoma y hacerle cumplida y desinteresada justicia.

Los árabes, entre quienes nació el profeta, son verdaderamente un pueblo notable y lo es también su país, mansión adecuada para la raza. Montes elevadísimos formados por rocas inaccesibles; perspectivas salvajes; grandes y espantosos desiertos cuya tristeza interrumpen de tarde en tarde verdes y hermosísimos oasis cubiertos de odoríferas plantas balsámicas; palmas datileras y árboles de incienso, y el manantial cristalino brotando en la espesura. Cosideremos aquellas vastas soledades de arena, parecidas a un mar de ilimitados horizontes que os separan completamente de las moradas humanas. Allí os encontraréis absolutamente solos, sin más comunicación que la del universo; de día, un sol abrasador os calcina los huesos, y por la noche enciende la inmensidad sus innumerables ejércitos de estrellas.

Este país es propio de una raza de hombres resuelta y determinada y de corazones dispuestos a todo género de empresas. Hay en el carácter árabe cualidades extremas que no sólo no se excluyen, sino que armonizan admirablemente; obsévanse en él, al par de la versatilidad y clasticidad más sorprendentes, la meditación más profunda y el entusiasmo más extraordinario. Acostúmbrase llamar a los persas los franceses del Este: a los árabes podríamos llamarles los italianos del Oriente. Raza rica y noblemente favorecida, pueblo de sentimientos fuertes e indómitos, está a la vez dotado de poderosa voluntad para

reprimirlos, característica del genio y de las almas generosas y nobles. El agreste beduino recibe en su tienda al extranjero como a quien tiene derecho a cuanto hay en ella; aunque ese extranjero fuese su mayor enemigo, matará, para agasajarle, aun la cría de su yegua; le dará tres días de exquisita hospitalidad, manteniéndole a cuerpo de rey, y no le abandonará hasta dejarle en seguro camino, ni escaseará las advertencias que juzgue necesarias para que pueda evitar todo tropiezo; y luego, obedeciendo a una ley no menos sagrada, le matará si puede, lo mismo de palabra que de hecho.

No son, por lo general, gente locuaz, sino cuando hablan, no deponen su gravedad fácilmente. Su origen, como no se ignora, es judío; pero al terrible e insano fanatismo del pueblo hebreo saben agregarle y combinar cierta gracia y otras brillantes cualidades de que carecen absolutamente los semitas. En tiempos anteriores a Mahoma, solían celebrar certámenes poéticos. Por Sale sabemos que en Ocadh, población del sur de Arabia, se celebraban ferias anuales, terminadas las cuales concertaban los poetas y contendían por el premio: aquellas gentes incultas se solazaban escuchándolos.

Base de muchas o de todas las más altas y nobles prendas, poseen esos árabes una cualidad judaica: la religiosidad. De remotísimos tiempos observaban sus ejercicios religiosos conforme a las luces de su inteligencia. Como sabemos, adoraban las estrellas y otros muchos objetos naturales, juzgándolos símbolos e inmediatas manifestaciones del Supremo Hacedor de la Naturaleza. En esto, si andaban equivocados no erraban, sin embargo, del todo. En cierto sentido, todas las obras de Dios son símbolos suyos; y aun hoy mismo, como en todos tiempos, ¿no continuamos admitiendo y considerando como un mérito el reconocimiento de cierta poética belleza, como la llamamos, en todos los objetos naturales, sean cuales fueren? Por hacer esto mismo, ya hablándolo, ya cantándolo, se honra a un hombre con el dictado de poeta y se le profesa cierta especie de culto.

Los árabes tenían muchos profetas, maestros cada cual de sus respectivas tribus, conforme al talento que cada uno poseía. Y, en verdad, ¿no estamos nosotros, desde tiempos inmemoriales, en posición de la más noble prueba, visible y palpable para cualquiera, en lo tocante a la religiosidad y nobleza de espíritu que en los corazones de los rústicos habitantes de aquellos pueblos incultos y reflexivos se albergaban? Cuantos se consagran a los estudios bíblicos están contestes en que el libro de Job se escribió en esta región de la tierra. Aparte cuantas teorías puedan oponerse, tengo yo este libro por una de las cosas más grandes que produjo la pluma del hombre. Encierra esta obra tal grandiosidad, hay en ella corrientes de sentimiento tan profundas, contiene tal generosidad y universal nobleza, y es en todo tan diferente de las nobles sugestiones del patriotismo de nación y de secta, que estoy por no creer que semejante libro sea hebreo. ¡Oh libro magnífico, el más sublime ofrecido a los hombres! Es la primera, la más antigua manifestación del

sempiterno problema del destino del hombre y de las sendas que Dios le tiene reservadas recorrer en la tierra, y todo con tan atrevidas y tan ricas pinceladas, que lo grandioso como lo sencillo resulta igualmente sincero, lo mismo en su épica armonía como en la calma de la reconciliación.

Allí está el ojo vidente, el corazón inteligente y sosegado, verdadero en todos sentidos: luz y visión para todas las cosas, lo mismo materiales que espirituales. «El caballo cuya cerviz vestiste con la centella, ríe al verte blandir la lanza.» Jamás se escribió otro símil tan verdadero. Sublime tristeza, reconciliación sublime; la melodía coral más antigua, como si brotase del corazón del género humano en conjunto, tan grande, tan suave, tan serena como una noche de verano, como el mundo con sus mares y como océano reflejando el cielo estrellado. No hay, en mi opinión, ni en la Biblia ni fuera de ella, nada igual en mérito literario.

Uno de los más antiguos y universales objetos de veneración era para los árabes ilólatras la Piedra Negra, que aún se conserva en el templo llamado la Kaaba, en La Meca. Diodoro Sículo menciona este edificio de una manera que no deja lugar a dudas, y lo considera como uno de los más antiguos, más concurridos y más famosos templos de su época, esto es, medio siglo antes de nuestra era. Silvestre de Sacy dice que hay indicios de que la Piedra Negra sea un aerolito: ¡en este caso, alguien le vería caer del cielo! Hoy yace junto al pozo Zemiem: la Kaaba los cubre a entrambos.

En todas partes, es una fuente objeto de interés y de cariño, cuando se la ve brotar de las mismas entrañas de la tierra, y mucho más en países tan secos y abrasadores, donde se la considera como una de las primeras condiciones de la vida. El pozo Zemzem deriva su nombre del murmullo de las aguas: *zemzem*; créese que es la misma fuente encontrada por Agar con su hijo, Ismael, en el desierto: fuente y aerolito vienen siendo, con el templo lo que cobija, lugar sagrado hace miles de años. ¡Curioso templo ese de la Kaaba! Allí está, a estas horas, envuelta la Piedra, en el negro manto que el sultán anualmente le envía; «veintisiete codos de altura», con doble cerco de columnas y ringleras de lámparas festoneadas y ornamentos preciosos. «Las lámparas se encenderán esta noche para brillar bajo los fulgores de las estrellas.» Fragmento auténtico es éste de la más remota antigüedad. Es el Kablah de todos los muslimes; desde Delhi hasta el imperio de Marruecos, tórnanse hacia él cinco veces al día los ojos de innúmeros devotos, y es uno de los centros más notables en la morada de los hombres.

Aunque muy decadente ahora, fue La Meca una gran ciudad en otro tiempo. Su carácter de ciudad le proviene de la santidad atribuida a la Piedra y a la fuente de su Kaaba, lo mismo que de la peregrinación de todas las tribus árabes. No debe a la Naturaleza ventaja natural alguna en cuanto a ciudad; situada en una hondonada arenosa, distanciada del mar y rodeada de estériles montañas, tiene que importar todas sus provisiones; ni siquiera cuenta con los más elementales hornos de cocer pan.

La afluencia de peregrinos obligándola a habilitar alojamiento, y, como todo lugar de peregrimación, fue desde el principio importante centro de transacciones. Desde el primer día en que se reúnen los peregrinos, únense a ellos los mercaderes. Donde los hombres se congregan para un objeto, saben que pueden llevar a cabo otros que precisamente dependen de la circunstancia de hallarse juntos, y así llegó a ser La Meca el gran mercado de toda la Arabia, y, por ende, el emporio y general depósito de todo el comercio entre la India y los países de Occidente: Siria, Egipto y aun la misma Italia.

Hubo un tiempo en que su población no bajaba de cien mil almas, entre compradores, expendedores de los productos de Oriente y Occidente, e importadores de provisiones y cereales por cuenta propia. El gobierno consistía en una especie de república aristocrática, poco regular en sus funciones y saturada de teocracia. Diez hombres de una de las principales tribus, escogidos de un modo algo primitivo, eran gobernadores de La Meca y guardianes de la Kaaba.

En tiempos de Mahoma, la principal tribu era la de los Koreish, y a ésta pertenecía la familia del profeta. El resto de la nación, fraccionada y separada por desiertos, vivía bajo la misma forma de gobierno primitivo y patriarcal, fuese o no de uno o más individuos, pastores, trajineros, negociantes y aún ladrones, frecuentemente en güerra unos con otros, o todos a la vez, sin más vínculo de unión entre sí que la peregrinación a la Kaaba, donde se congregaban en un culto común todas las formas de la idolatría árabe; pero unidos, sobre todo, y principalmente, por los vínculos de la sangre y del lenguaje.

De este modo vivieron los árabes numerosos siglos, desconocidos del resto del mundo, como pueblo de eminentes cualidades, que aguardaba silenciosamente, sin sospecharlo siquiera, el día en que se daría a conocer a todos los pueblos de la tierra. Sus idolatrías estaban amenazadas de muerte; todo entre ellos revelaba confusión y decadencia, como si algo extraño y desconocido fermentase en los espíritus. En el decurso de los siglos habían llegado también hasta la Arabia confusos rumores de uno de los más extraordinarios sucesos jamás ocurridos en el mundo: la vida y muerte en el país de Judea de un Hombre divino, síntoma y causa a la vez de cambios y acontecimientos de incalculable trascendencia para todos los pueblos de la tierra. Tales nuevas, por su misma virtud, no podían menos de fermentar allí.

Entre esos árabes, tal como acabamos de describirlo, nació Mahoma, en el año 570 de nuestra era. Procedía, según se ha consignado, de la familia Hashem, de la tribu de los Koreis, y, por lo que se deduce, relacionado, aunque pobre, con las principales personas del país. Poco después de nacer perdió a su padre y a su madre, mujer de extraordinaria hermosura y de relevante mérito, con lo que el niño quedó a cargo de su abuelo, excelente anciano cuya edad pasaba de los ciento.

Abdallah, padre de Mahoma, como el menor de todos, había sido su hijo favorito. El buen viejo veía con sus cansados ojos aparecérsele en la

persona del niño al perdido Abdallah, y le amaba entrañablemente por ser todo lo que le quedaba de aquel llorado hijo. Solía decir que en toda la parentela no había cosa tan preciosa como aquel muchacho, cuyo cuidado recomendaba solícitamente a todos. A su muerte, cuando el niño contaba dos años, quedó a cargo de Abu Thaleb, el más viejo de los tíos y jefe de la familia. Según todas las apariencias, este hombre, justo y racional, fue quien educó a Mahoma con arreglo a las costumbres árabes.

A medida que iba creciendo, solía Mahoma acompañar a su tío en sus viajes y expediciones mercantiles; a los dieciocho años le siguió también a la guerra. Pero el más importante, acaso, de todos esos viajes es uno cuyo relato data de algunos años antes: un viaje a las ferias de Siria. Aquí, por vez primera, observamos al joven en contacto con un orden de cosas enteramente particular, entre un elemento de infinita importancia para él: la religión cristiana. No sé qué pensar de aquel Sergio, monje nestoriano, que les hospedó a él y a su tío; ni de lo que un fraile pudo enseñar a un muchacho: en esto del monje nestoriano es probable que haya mucha exageración. Mahoma tenía en aquel entonces catorce años, y no conocía más lengua que la materna; mucho de lo que pasaba en Siria debía de serle completamente extraño e ininteligible. Pero los ojos y la inteligencia del muchacho no dejaban de recibir y guardar impresiones, y lo que entonces eran para él confusos enigmas, destinados estaban a fermentar en su día y transformarse en arraigadísimas convicciones. Aquellos viajes a Siria fueron, indudablemente, el principio de los grandes y sucesivos acontecimientos en la vida del profeta.

Otra circunstancia no debe echarse en olvido: la de que Mahoma jamás tuvo escuela ni estudios de ninguna clase. Por aquel tiempo acababa de introducirse en Arabia el arte de la escritura, y es opinión general que Mahoma nunca supo escribir. La vida del desierto, rica en experiencias, fue toda su educación. Cosa muy digna de llamar la atención es, si bien lo consideramos, esta de no tener libros. Desde la oscura esfera en que se hallaba circunscrito, no era posible que supiese más, ni podía alcanzar más instrucción que la que sus propios ojos y pensamientos pudieran descubrir en los inmensos e ignotos espacios estelares. No podía alcanzar más instrucción que la que le ofrecía la vista de los objetos que interesaban su atención, o lo que por referencias ajenas oía contar en los áridos desiertos de su patria.

La sabiduría que en el mundo fuera y la que existía lejos de él, podía considerarlas como si no existieran ni jamás hubiesen existido. Ninguna de las grandes almas, ninguno de los grandes corazones, inmensos luminares que esclarecieron con vivísima luz tantos siglos y naciones, ninguno comunicó directamente con aquella grande alma, con aquel gran corazón. Allí permanecía solo, condenado a vegetar en la más profunda soledad del desierto, solo con la Naturaleza y con sus propios pensamientos.

Desde muy temprana edad llamaba ya la atención por su genio meditabundo: sus compañeros llamábanle El Amín, el creyente; un hombre todo verdad y fidelidad; verdadero en cuanto hacía, en cuanto hablaba y pensaba. Notábase también que, en todo lo que decía, daba siempre a entender algo. Más bien taciturno que expansivo, cuando nada tenía que decir permanecía silencioso, enemigo de hablar por hablar, pero oportuno, discreto, sincero cuando lo hacía y siempre con tendencia a dilucidar las cuestiones de que se trataba, única manera digna del discurso.

Durante toda su vida se le consideró y respetó como a hombre verdaderamente firme, fraternal, humano. Carácter grave y franco, era a la vez cordial, amable y aun jocoso y amigo de la risa de cuando en cuando: hombres hay cuya risa es tan falsa como todo lo demás de su persona, hombres que no saben ni pueden reír.

Hablábase de la hermosura de Mahoma, de su bella, sagaz y abierta fisonomía, de su tez morena sonrosada, de sus negros y brillantes ojos; y no sé por qué, me agrada aquella negra vena de su frente, que a impulsos del enojo hinchábasele siempre; paracido en esto a la vena en forma de herradura de *Redgauntlet*, el caballero de la roja manopla, de Walter Scott. Rasgo fisonómico era éste en la familia Hashem, pero mucho más pronunciado en Mahoma que en ningún otro. Hombre espontáneo, irascible, pero justo y de rectas intenciones, rebosaba talento, energía, luz, si bien con el sello de la incultura: pero aunque agreste y montaraz, abríase camino en las oscuridades del desierto.

La manera como se acomodó con la rica viuda Kadijah en calidad de mayordomo; cómo en virtud de este cargo, emprendió de nuevo sus interrumpidos viajes a Siria; la inteligencia y fidelidad con que administró los intereses de la viuda; de qué modo fué creciendo la gratitud y la consideración de ésta para con él, y la agradable y sucinta relación de su matrimonio; todo esto constituye un hermoso e interesantísimo episodio contado por los autores árabes.

Mahoma contaba entonces veinticinco años; Kadijah, cuarenta, pero se conservaba muy hermosa todavía. Ya casado, vivió con su bienhechora la vida más plácida y feliz que imaginarse pueda, no amando más que a ella sola, con inmenso cariño a la vez que con respetuoso afecto. Semejante género de vida, trivial acaso hasta la excepción y que duró hasta pasado el entusiasmo y la efervescencia de la juventud, habla poco en favor de la teoría «Impostura».

Cumplidos tenía ya los cuarenta años y aún no se le había oído hablar de ninguna misión especial celeste. Todas las irregularidades, reales o supuestas, se le atribuyen cuando pasaba ya de los cincuenta y la buena Kadijah dormía el sueño eterno. A lo que parece, toda su ambición hasta entonces habíase cifrado en vivir honradamente, y toda su fama consistía en la buena opinión que de él tenían sus convecinos. Sólo después de transcurridos los ardores de la mocedad y ya camino de la vejez, cuando el deseo de paz parece ser el objeto único de la

existencia, entonces, contradiciendo toda su vida anterior, comienza su carrera de ambición y se nos presenta de pronto, bajo el disfraz de un charlatán sin fortuna, ansiando conseguir lo que ya no podría gozar de ningún modo. Pero esto no nos satisface, ni puede en ningún modo satisfacernos.

¡Ah, no! Aquel hijo indómito del desierto, todo él se transparentaba en sus hermosos ojos negros; aquel espíritu franco, sociable, abrigaba otros pensamientos muy distintos de la ambición. Alma grande, amiga del silencio, de aquellas que piensan seriamente siempre en cuanto las preocupa; alma sincera por rescripto de la misma Naturaleza, mientras las demás no son más que fórmulas vivientes amparadas por el imperante rutinarismo, Mahoma no se paga de oropeles ni le imponen las prescripciones que consagra el uso: vedle solo, sin más amigo que sí mismo y frente a la realidad de las cosas. El gran arcano de la existencia está lacerándole continuamente el corazón y le deslumbra el alma con todo su esplendoroso cortejo de misterios y terrores. Ningún rumor, ninguna fórmula terrorífica pueden ocultarle este hecho inexplicable. *Adsum!*[1].

En semejante sinceridad, repitámoslo, hay algo divino; la palabra de esos hombres es como una voz que surge del corazón mismo de la Naturaleza. No escuchemos otra voz que ésa; cualquier otra con que pretendamos compararla, habrá de parecernos viento.

Ya de mozo, y durante sus viajes y peregrinaciones, atormentábanle el espíritu mil extraños pensamientos. ¿Qué soy yo? ¿Qué es esta cosa insondable donde vivo y que la Humanidad llama universo? ¿Qué es la vida? ¿Qué la muerte? ¿Qué deberé creer? ¿Qué convendría que hiciese? Las enhiestas rocas del monte Hara, las del Sinaí, los vastos y callados arenales nada contestaban. No contestaba tampoco la inmensidad con sus ejércitos de estrellas. ¡Silencio inmenso! A estas preguntas que tácitamente formula el alma del hombre, sólo puede contestar la inspiración divina.

La resolución de este problema debieran proponérsela todos los hombres, y nosotros también debemos tener empeño en resolverlo. Aquel hombre inculto conocía su *infinita* importancia, y comprendía que en comparación de ésta, todas las demás cosas no tenían importancia alguna. La respuesta no había que buscarla ni en la jerga argumentativa de las sectas griegas ni en las vagas tradiciones judaicas ni en la estúpida rutina de la idolatría árabe.

Un héroe, como he sostenido, tiene en primer término esta condición primordial que resolver y que bien pudiera llamarse el principio y el fin, el alfa y el omega, el espíritu de todo heroísmo: la de penetrar, a través de las cosas, en la esencia de las cosas mismas. El uso, la costumbre, la tradición, la fórmula, son cosas indudablemente muy respetables; pero...

[1] Aquí estoy.

dejada aparte esa respetabilidad, ¿hemos de considerar buenas o no esas cosas? Porque siempre, delante o detrás de ellas, hay algo con que deben corresponderse, cuya imagen han de reflejar, y cuando no llenan esta condición perentoria, por muy respetables que tales cosas sean, resultarán a la postre y sin término medio idolatrías, trozos de madera pintados con pretensión de figurar dioses, escándalo y abominación de toda alma recta e idólatra de la verdad.

Por muy cubiertas de oropel que estén, por custodiadas que se las tenga por los principales jefes de la tribu koraíta, las idolatrías no representan nada absolutamente para Mahoma. ¿Qué importa, ni qué bien reportará que Arabia, que el mundo entero permanezcan fieles a ese culto? La realidad, la gran realidad está allí, flameando sobre él, y allí también permanece él para contestarle o parecer miserablemente en la demanda. «¡Ahora o nunca, por toda la eternidad! —respóndele—. Necesitas hallar una respuesta.»

¡La ambición! ¿Qué podían representar para aquel hombre ni toda la Arabia, ni las coronas del griego Heraclio, ni las del persa Cosroes, ni las de toda la tierra? Nada le interesaba de cuanto hay en ella; sólo le enardecían los misterios del cielo y del abismo. ¿Dónde estarían, dentro de breves años, todas las soberanías del mundo? ¿Dependerá nuestra salvación acaso de ser jeque de La Meca o de la Arabia y de ostentar en la mano un palo dorado? No, decididamente. Abandonemos, pues, por nuestra parte esa hipótesis de la impostura como cosa no creíble y no solamente indigna de fe, sino ni siquiera tolerable, merecedora sólo de que olvidándola enteramente, jamás volvamos a ocuparnos de ella.

Acostumbraba retirarse Mahoma todos los años, durante el mes de Ramadán, a un lugar apartado y silencioso, según costumbre de los árabes, costumbre muy digna de loa y adecuada con el genio de nuestro héroe, que la consideraba, además de natural, utilísima. Consultando en el silencio de la montaña las inarticuladas voces de su propio corazón —costumbre en él muy natural—, hallábase Mahoma de edad ya de cuarenta años, y habiéndose retirado a una caverna del monte Hara, próximo a La Meca, para pasar el mes de Ramadán en oraciones y en la meditación de las grandes cuestiones que le preocupaban, dijo un día a su mujer Kadijah, la cual habíale aquel año acompañado con toda la servidumbre, que por especial e inexplicable gracia del cielo, había por fin descubierto cuanto anhelaba averiguar: que se habían disipado para él las tinieblas y ya no le atormentaban dudas, pues lo había visto todo. Todos los ídolos y fórmulas no eran nada más que miserables pedazos de leño; no había sino un solo Dios sobre todas las cosas; a El sólo había que volver los ojos y abandonar los ídolos; sólo Dios es grande, y nada hay grande sino El. El es la realidad; los ídolos de madera no son verdaderos. El solo es la verdad. El nos crió y nos sostiene todavía; nosotros y todas las demás cosas no somos sino sombra suya, envoltura transitoria que cubre el esplendor eterno. *¡Allah akbar!* —Dios es

grande—, y también Islam [1]. ¡Debemos someternos a Dios! Toda nuestra fuerza reside en la sumisa resignación a El sólo, proceda con nosotros como le plazca, lo mismo en éste que en el otro mundo. Lo que El nos envíe, aunque fuere la misma muerte o cosa peor todavía, no puede menos de ser una cosa buena, lo mejor; por tanto, debemos resignarnos a la santa voluntad de Dios.

«Si esto es Islam—dice Goethe—, ¿no vivimos todos nosotros en Islam?» Sí; todos: cuantos tenemos una vida moral vivimos en Islam. Siempre se consideró como asunto de la mayor sabiduría en un hombre, lo de someterse, no meramente a la ley de la necesidad —la necesidad nos hará someter—, sino saber, conocer y creer sin vacilación que las duras y severas pruebas ordenadas por la necesidad son lo más sabio, lo mejor, lo que precisamente hacía falta allí.

Añadía Mahomà que debía desechar la loca pretensión de escudriñar los divinos misterios de la Creación en el rincón mezquino de su corta inteligencia; bastábale saber que había verdaderamente, aunque profunda y harto lejos de sus alcances, una ley justa y de excelente espíritu; que su deber era conformarse humildemente a las prescripciones de esa ley universal, acatarla religiosamente en silencio y obedecerla sin ningún género de vacilaciones y sin argüirla.

Por mi parte, afirmo que continúa siendo ésta la única y verdadera moralidad que se conoce. El hombre virtuoso a quien la razón asiste debe tener la seguridad de la victoria, y es invencible porque se inspira en la grande y profunda ley del mundo, a despecho de la superficialidad de otras leyes cualesquiera, pasajeras semblanzas y cálculos sobre pérdidas y beneficios. El hombre será victorioso e invencible mientras siga cooperando a los fines de esa gran ley central, y a buen seguro que la primera oportunidad de cooperar o ponerse en contacto con ella es la de que conozca con toda su alma que es buena, ¡que ella y sólo ella es buena!

Ese es el espíritu, el alma del islamismo, y también del cristianismo, porque el Islam viene a ser una forma confusa del cristianismo, y a no haber existido éste, no habría aquél tenido vida. El cristianismo nos ordena también, ante todas cosas, resignarnos y conformarnos con la santa voluntad de Dios; que no debemos tomar consejo de la carne, ni nutrirnos de vanas cavilaciones, ni dar vida a quiméricos pesares y deseos; tener presente que nada sabemos, y que lo peor y lo más cruel que se ofrece a nuestra vista no es tal como aparece, y que todo cuanto nos sucede acá abajo debemos recibirlo como cosa enviada de Dios Altísimo, diciendo: «Esto es lo bueno y lo sabio; ¡loado sea Dios! ¡Sólo El es grande! Aunque me mate, he de creer y confiar en El.» Islam quiere decir la negación de uno mismo, la nonentidad total de nuestro yo. Esta es la más alta sabiduría que el cielo haya revelado a la tierra.

Aquella luz rasgó las tinieblas que envolvían el alma indómita del

[1] En idioma árabe, *içlam* significa *salvación.*

futuro profeta. Fue una confusión deslumbradora, terrenal y celeste, en aquellas mortales sombras; él la llamó revelación y ángel Gabriel; ¿quién de nosotros sabría cómo amarla ahora? La inspiración del Todopoderoso es la que nos da inteligencia. Saber conocer, penetrar la esencia de una cosa, es siempre un acto místico, y la mejor lógica no hará, al considerarlo, más que desbarrar, y nunca columbrará su fondo. ¿No dijo ya Novalis que la fe es la verdadera creadora de milagros? Natural era, pues, que el alma de Mahoma, poseída de verdad tan grande, llegada a él por revelación, llegase a considerarla como cosa de la mayor importancia y trascendencia. La Providencia, de una manera inexplicable, habíale honrado únicamente a él revelándosela y librándole de la muerte y de las tinieblas, razón por la cual creíase obligado a darla a conocer a todo el mundo. Así, Mahoma daba a entender con esto que era el profeta de Dios, y, a la verdad, no deja esto de ser significativo.

Podemos figurarnos cómo la buena Kadijah le escucharía llena de asombro, y cómo debió dudar antes de contestarle, por fin, que creía en la verdad de lo que él afirmaba, y también podemos imaginar la inmensa gratitud de Mahoma. De todas las atenciones que su mujer le había colmado, la mayor fue la de creer las palabras que ahora le dirigía.

«Es verdad —dice el mismo Novalis— que mi convicción gana infinitamente desde el punto y hora que otra alma llega a creer en ella; ése es un favor que no tiene precio.» Nunca olvidó el profeta a su buena Kadijah. Mucho tiempo después, Ayesha, su joven y favorita esposa, mujer que durante su larga vida fue estimada entre los muslimes por sus relevantes prendas, preguntábale cierto día: «¿No valgo yo más que Kadijah? Ella era viuda, vieja y había perdido todos sus hechizos; ¿no es verdad que me quieres más que quisiste a ella?» «¡No, por Alah! —respondió Mahoma—; no. Ella fue la primera en creerme cuando nadie me creía. En el mundo sólo tuve un amigo, y ese amigo fue Kadijah.» Seid, su esclavo, creyó también en él; éstos, con su primo Alí, el joven, hijo de Abu Thaleb, fueron sus primeros conversos.

Mahoma hablaba de su doctrina con todo el mundo; pero los más le miraban con indiferencia y aun con desprecio; creo que en tres años sólo pudo atraerse trece sectarios; por lo que se ve, no podía ser más pobre el progreso. Los estímulos para proseguir adelante eran los mismos que encuentra cualquier hombre en igualdad de circunstancias.

Transcurridos aquellos tres años con tan escasa fortuna, convidó a cuarenta de sus principales parientes a una fiesta, y allí, en medio del regocijo y de la expansión, les expuso cuáles eran sus pretensiones, que el abrigaba un pensamiento que deseaba dar a conocer a todos los hombres; que este pensamiento era una de las cosas más altas, más bien dicho, la única cosa; ¿quién de ellos quería secundarle en llevar adelante la empresa? Entre la general sorpresa y las dudas que asaltaron a todos, levantóse el joven Alí, mozo de dieciséis años, el cual, impacientado del silencio, que no rompía nadie, con vehemente y apasionado acento, dijo que él le seguiría.

La asamblea, en la que se hallaba Abu Thaleb, padre de Alí, no podía enemistarse con Mahoma, y, no obstante, al considerar a un hombre ya en plena madurez y sin noción alguna de letras, y a un muchacho de dieciséis años, hablando sobre asunto de tal importancia y contra el parecer y común sentir de todo el género humano, no pudieron menos de considerar la cosa, no ya temeraria, sino ridícula, y, finalmente, se separaron en medio de la risa general.

Pero el asunto, como lo probaron después los sucesos, no era cosa de risa, sino muy seria. Por lo que toca al joven Alí, no es posible dejar de mirarle con viva simpatía. Empieza por mostrársenos como alma noble y generosa, y en toda su conducta sucesiva abundan el afecto y la temeraria audacia. Caballeresco, al par que valiente como un león, todo rebosa en él gracia, afecto cariñoso, amor de verdad, digno por completo de las antiguas órdenes de la caballería cristiana. Murió asesinado en la mezquita de Bagdad, y era tal su generosidad, candor y confianzan en la buena fe de los demás, que poco antes de morir, decía: «Si la herida no es mortal, quiero que se perdone al asesino; pero si la herida es de muerte, quiero que se le mate en el mismo momento en que yo expire, a fin de comparecer ambos a la misma hora ante la presencia de Dios, para ver cuál de los dos era el verdadero culpable.»

Como era de esperar, Mahoma ofendía con sus predicaciones a los koraítas superintendentes de los ídolos. Uniéronsele uno o dos hombres de influencia; la cosa marchaba muy despacio, pero no dejaba de ganar camino. Es natural que sus innovaciones no parecieran bien a todo el mundo. «¿Quién es ese hombre —decían— que pretende ser más sabio que todos nosotros, que a todo el mundo censura, y nos tiene en el concepto, no sólo de infelices majaderos, sino en el de estúpidos adoradores de leños?»

Abu Thaleb, su buen tío, fue a hablarle. «¿No podrías callarte —le dijo—, y dejar todo eso, y, en todo caso, guardarlo para ti solo, sin alborotar a los demás ni enojar a la gente principal, exponiéndote tú y comprometiéndonos a todos, si continúas hablando como lo haces?» Mahoma contestóle: «Si el sol estuviese en mi mano derecha y la luna en mi mano izquierda, y me ordenasen callar, no obedecería.»

No; había cierta cosa en aquella verdad suya, que no era cosa de él, sino de la misma Naturaleza, del mismo orden que el sol y la luna u otra cosa cualquiera digna de las manos divinas. El tenía que hablar en tanto Dios poderoso se lo permitiese, a pesar del sol y de la luna, de los koraítas, de todos los hombres y de todas las cosas. Había de llevar a cabo y sin remisión su propósito. Así contestó Mahoma, prorrumpiendo en sollozos, porque veía la rectitud y buena intención de su tío Abu Thaleb, y comprendía asimismo que no era suave la tarea que se echaba sobre sus hombros, sino muy grande y muy pesada carga.

Y siguió hablando a cuantos querían escucharle, publicando su doctrina entre los peregrinos que llegaban a La Meca, ganando secuaces en todos lugares. Rodeábanle continuamente odios ocultos, contra-

dicciones y peligros manifiestos. Protegíale su poderosa parentela; pero más tarde, y por su propio consejo, tuvieron sus partidarios que abandonar La Meca y refugiarse en Abisinia, al otro lado del mar.

Los koraítas enojábanse cada vez más, armábanle asechanzas y juraban darle muerte con sus propias manos. Abu Thaleb había muerto ya, y también la buena Kadijah; así, la fortuna y las esperanzas de Mahoma eran por aquel tiempo muy desesperadas. Tenía que andar escondiéndose por las cavernas, huir, disfrazado, de una parte a otra, sin hogar y en continuo peligro la vida. Más de una vez pareció que todo había acabado para él; más de una vez tuvo la existencia pendiente de un cabello; ya por espantársele el caballo, o por cualquier otro accidente; varias veces estuvo en un tris que no acabaran Mahoma y su doctrina y no se volviera a hablar más de ellos; pero estaba en los designios de lo alto que había de suceder de otro modo.

En el año decimotercero de su misión, viendo a todos sus enemigos conjurados en contra suya; cuarenta juramentados, uno de cada tribu, en acecho para quitarle la vida, e imposible por más tiempo su permanencia en La Meca, Mahoma huyó al lugar llamado Jathreb entonces, donde se ganara algunos partidarios; a la ciudad llamada actualmente Medina o Medinat-al-Nabí, la ciudad del profeta, por esa circunstancia. Está situada a doscientas millas de distancia, en medio de rocas y desiertos, y en ella se refugió Mahoma, no sin grandes dificultades y con el humor que puede imaginarse, pero halló buena acogida.

Todo el Oriente data su Era desde esta fuga, llamada por ellos Héjira; el año I de esta Héjira corresponde al 622 de nuestra Era y al cincuenta y tres de la vida de Mahoma. Encontrábase, pues, el hombre en los linderos de la vejez; desaparecían de su alrededor, uno a uno, sus amigos; no podía el camino de la vida presentársele más desolado ni más lleno de peligros; fuera de la esperanza, que no abandonaba su corazón, la perspectiva aparente de las cosas no podía ser más desconsoladora.

Así sucede en iguales casos con todos los hombres. Hasta aquellos momentos, la intención de Mahoma había sido la de propagar su creencia sólo por medio de las armas de la persuasión y del discurso. Pero ahora, arrojado ignominiosamente de su patria, ya que la injusticia de los hombres se negó a prestar oídos a la palabra bajada de los mismos cielos a los hondos lamentos de su corazón, y ni aun quiso dejarle vivir si proseguía hablando, siquier lo hiciese pacíficamente, el indómito hijo del desierto resolvió defenderse, y defenderse como un hombre y como un árabe. Los koraítas así lo quieren, y así lo tendrán. No han querido prestar atención a voces que traían importantes nuevas, no sólo para ellos, sino para todos los hombres, sino que han procurado exterminarlas con el hierro, con la muerte, con todas las violencias; sean, pues, el hierro y la violencia quienes decidan. Diez años más vivió Mahoma; diez años de batallar sin descanso, de esfuerzos inauditos; el resultado de todos es sabido.

Acerca de la manera como Mahoma propagó su religión por medio

de la espada se ha escrito mucho. No hay duda que la propagación del cristianismo, por medio de la predicación y la convicción, fue mucho más noble y santa. Pero si hay que tomar esto como argumento de la verdad o falsedad de una religión, confesaremos que contiene un error capital. ¡La espada! ¿Dónde está la espada? Toda nueva opinión se encuentra en su principio precisamente en una *minoría formada por uno,* reside en la mente de un solo hombre. Entre todos los habitantes de la tierra, sólo un hombre la cree, y ese hombre está contra todos los hombres. De poco le servirá tomar una espada y tratar de propagarla por medio de ella. En primer lugar, falta conseguir el arma. Por regla general, una cosa se propaga por sí misma, como puede, por virtualidad propia. Ni en la misma religión cristiana dejó de hacerse uso de la espada cuando pudo ponérsela al servicio de ella. No convirtió Carlomagno a los sajones por medio de la predicación. Poco importa la espada; dejemos que una cosa luche en este mundo por sí misma, bien con el arma, o con la lengua, o con otro instrumento cualquiera de que pueda valerse. Dejaremos de predicar, hablar, escribir, pelear y hacer todos los esfuerzos imaginables con el pico y con las garras, y con todo cuanto encierre vida, en la seguridad de que, a la larga, nada se conquistará que no merezca ser conquistado. Aquello que es superior a la cosa misma no puede desplantarse, sino lo que es peor. La misma Naturaleza es árbitra en este gran duelo, y no puede cometer injusticia; lo que más profundamente arraigue en ella, lo que apellidamos lo único, lo verdaderamente genuino, eso, y nada más, arraigará finalmente.

Bueno será recordar aquí, sin embargo, con referencia a la vida y hechos de Mahoma, cuán buena y justa es la Naturaleza como árbitro y dispensadora de sus propias bondades. ¡Qué fondo de serenidad apacible, y cuánta grandeza y tolerancia hay en ella! Cogéis un grano de trigo y lo arrojáis al seno de la tierra; este grano se mezclará con toda clase de barreduras y desperdicios; no importa; la tierra recibe el grano en su bondadoso seno y le hace brotar; la broza y desperdicios que le envolvían absórbelos, y sólo el grano convierte en espiga y hace que madure; de la broza no se acuerda nadie. Así procede la Naturaleza en todas sus manifestaciones.

La Naturaleza es la realidad, no semblanza ni mentira; y, sin embargo, ¡cuán justa, grande y material a un tiempo es en su misma realidad! Sólo nos exige sinceridad de corazón; si nos mostramos sinceros, nos protegerá; si no, vendremos a ser la broza y desperdicios de la verdadera simiente. En todas las cosas que toma bajo su amparo hay siempre un espíritu de verdad y de realidad. ¡Ah! ¿Por ventura, no es ésta la historia de toda verdad altísima que haya venido o pueda venir al mundo? El *cuerpo* de todas ellas es imperfección, elemento de luz en una región tenebrosa, y llegan a nosotros envueltas en un cuerpo de pura lógica, en algún teorema del universo, puramente *científico,* que no *puede* ser completo, que no podrá menos de hallársele *incompleto* algún día, erróneo, y, por tanto, sujeto a muerte, y, no obstante, en todas afirmo

que hay un alma que nunca muere, que se renueva siempre bajo más nobles y más bellas formas, y, como el hombre mismo, goza de la inmortalidad.

Así procede la Naturaleza: nunca muere la esencia de la verdad. Que dicha esencia sea real y verdadera, una procedente de la misma inmensidad del universo, punto es éste que habrá de fallar la propia Naturaleza. Lo que llamamos puro o impuro no es para ella la cuestión final, no es la broza o desperdicio que hay en nosotros lo que inquiere, sino ver si hay algún trigo entre tanta paja. Pero ¿será puro? Podríamos decirles a muchos hombres; sí, vosotros sois puros, excesivamente puros; sois todo paja, y ningún trigo; sois hipótesis insinceras, puro formalismo; nunca estuvo en contacto con vosotros el gran corazón del universo, no; propiamente hablando, vosotros no sois ni puros ni impuros; sois nada; la Naturaleza no quiere nada con vosotros.

A la doctrina de Mahoma hémosla llamado una especie de cristianismo; y, en verdad, que, si consideramos el ardiente entusiasmo, el celo fanático e impetuoso con que se la creyó y puso en obra, diríamos que fue un cristianismo mucho mejor que el de aquellas miserables sectas de Siria, metidas siempre entre frívolas disputas, con su sempiterna garrulería sobre *Homoiousion* y *Homoousion;* llena de vanos ruidos la cabeza y vacío y muerto el corazón.

Examinando bien esta doctrina de Mahoma, comprendemos la verdad que encierra en su fondo de portentosos errores y falsedades; pero es lo verdadero, no lo falso, lo que hace que se crea en ella; por la verdad que contenía venció y se impuso. Fue como una especie bastarda de cristianismo, pero rebosando vida; no mera lógica, inanimada, estéril.

De entre aquellos escombros de árabes idolatrías, de teologías argumentadoras, de tradiciones, de sutilezas, de hipótesis de griegos y de judíos, con sus pesadas y ociosas cavilaciones, aquel hombre inculto, aquel hijo del desierto, de corazón sincero e indómito, grave como la muerte y verdadero como la vida, con su natural y vivísima perspicacia sacó y puso al descubierto el fondo que contenían. La idolatría no es nada; esos ídolos de madera, os lo aseguro, esos ídolos vuestros, nada pueden hacer por vosotros; son una pretensión impotente, blasfema, y os causarían horror y abominaríais de ellos si los conocierais. Dios es único; sólo El tiene poder. El nos dio vida; El puede quitárnosla o mantenérnosla: *Allah akbar!* Dios es grande. Su voluntad es lo mejor que puede conveniros; y aunque en algún modo fuese doloroso y duro para la carne y para la sangre, a la postre veréis que eso es lo mejor y más sabio; estáis obligados a recibirlo así en este mundo y en el otro; no podéis hacer otra cosa.

Ahora bien: si aquella gente idólatra y ruda creyó en aquella doctrina, e inspirados en ella sus fogosos corazones, resolvieron enaltecerla en la forma y manera que la iban recibiendo, podemos decir que valía perfectamente la pena de que se le concediese crédito. Y aun afirmo que en una u otra formas continuó siendo la única cosa digna de

ser creída por todos los hombres. Por mediación suya, conviértese el hombre en gran sacerdote del templo del mundo; vive en armonía con los derechos del Autor de este Universo; coopera en ellos, no los resiste vanamente; no conozco mejor definición del deber que esa de que venimos tratando. Cuanto es justo está comprendido en esta cooperación con la real tendencia del mundo; por este medio saldréis en bien, estáis bien allí y en la verdadera dirección. *Homoiusion, Homoousion!,* vana, frívola garrulería sofística; entonces, antes o después, en una ocasión cualquiera, se desvanecerá, como humo, o irá donde mejor le plaza, donde desee o le convenga; ésta es la *cosa* hacia la cual todo converge a dar razón y significación de ella, si algo tiene que significar. Si no lo consigue, no significa cosa alguna.

La cuestión de las cuestiones consiste, no en que las abstracciones y proposiciones sofísticas estén correcta o incorrectamente expresadas, sino en que los vivientes y concretos hijos de Adán se propongan esto de corazón y de todas veras. El Islam acabó con todas aquellas sectas vanas y gárrulas, y creo que tuvo razón en proceder así. Era aquélla una realidad surgida, una vez más, del gran corazón de la Naturaleza. Las idolatrías arábigas, las fórmulas siríacas, todo cuanto no era verdaderamente genuino, tenía que desaparecer por el fuego, combustible muerto en varios sentidos, para hacer lugar a esto, que era *fuego* verdadero.

En medio de aquella turbulenta época, de luchas y de contiendas interminables, fue cuando Mahoma dictó por intervalos, especialmente después de su fuga a la Meca, su libro sagrado, que ellos llaman Corán o Lectura, cosa para ser leída[1]. Esta es la obra que, tanto él como sus discípulos, miraban con tanta reverencia y estimación, hasta el punto de preguntar a todo el mundo: «¿No es esto un milagro?»

Los mahometanos miran el Corán con tal devoción, que muy pocos cristianos la tienen igual por la Biblia. Está admitido como regla y norma de toda ley y costumbre, lo mismo en las especulaciones intelectuales como en las demás prácticas de la vida. Es el mensaje enviado directamente del cielo, al cual la tierra entera debe ajustar su conducta, conformarse y obedecer; es lo que debe ser leído. Por esta ley fallan sus jueces; todos los muslimes están obligados a estudiarla y buscar en ella la luz de su vida. Mezquitas hay en donde se lee diariamente todo el libro, a cuyo fin treinta sacerdotes se relevan sucesivamente todos los días, hasta darle fin. Durante mil doscientos años, en todos los momentos, la voz del Corán ha repercutido en los oídos y en los corazones de inmensas muchedumbres. Sabemos de algunos doctores mahometanos que lo han leído ¡setenta mil veces!

Si nos diéramos a buscar discrepancias de gustos nacionales, aquí encontraríamos, a buen seguro, los mayores ejemplos sobre este mismo

[1] *Alcorán,* la lectura por excelencia.

tema. Nosotros también podemos leer el Corán; la traducción de Salé se considera como bastante fiel, y debo decir con toda franqueza que es una de las más aburridas lecturas que jamás hice; un baturrillo confuso, grosero, indigesto, fastidioso, plagado de repeticiones, embrollos y divagaciones interminables; en fin, un libro de lo más informe que darse pueda; el colmo de la estupidez. Es imposible que un europeo, a no ser que le obligue algún deber, pueda soportar la lectura del Corán desde el principio hasta el fin. Se lee a la manera que se pasan los ojos por el indigesto e ilegible fárrago de los archivos del Estado, con intento de hallar una u otra vislumbre que nos ponga de relieve algún rasgo característico, por el cual vengamos a conocer al hombre ilustre. Verdad es que el Corán fue trazándose bajo las circunstancias más desfavorables.

Los árabes ven en él más método que nosotros. Los discípulos de Mahoma le hallaron fragmentado, a la manera que estaba escrito cuando su primera promulgación; gran parte del libro dicen que se escribió sobre omóplatos de carnero amontonados dentro de un arca, publicándose después, sin orden ni concierto, respecto al tiempo y serie de materias. Lo único que se procuró, y eso no muy estrictamente todavía, fue, a lo que parece, colocar los capítulos más largos primero. Por este orden, el verdadero principio está colocado casi al fin, porque los fragmentos más antiguos eran los más cortos. De haberle ordenado según la serie histórica en que fue escrito, tal vez no hubiera salido tan mal. Dicen que, en gran parte, es rítmico; una especie de entonación selvática, que sólo en el original podrá apreciarse, porque en la traducción es natural creer que se haya perdido mucho esa particularidad esencial.

Pero, a pesar de todas las indulgencias imaginables, no es posible comprender cómo haya habido mortal capaz de creer que semejante libro se hubiese dictado desde el cielo, pues ni aun en la tierra se le hubiera podido dictar peor, ya que no sólo no es un libro bien escrito, sino que ni siquiera puede llamársele libro, no siendo más que una rapsodia desacorde, y tan mal pergeñada como jamás lo fue libro alguno. Esto en lo referente a discrepancias nacionales y libros modelo.

Por eso nos es forzoso decir que la manera como los árabes lo recibieron, comprendieron y amaron, no nos parece inteligible. Una vez a respetable distancia del Corán, el carácter esencial que le da vida comienza a destacarse y ofrecer gran relieve, en lo cual se encierra un mérito esencialmente distinto del mérito literario. Si un libro procede del corazón, buscará la manera de que le comprendan otros corazones; todo el arte y todo el ingenio del autor son de escasa importancia comparados con aquella condición esencial.

El carácter fundamental del Corán es, por tanto, su *genuinidad*, el ser un libro escrito *bona fide*. Prideaux y otros lo han representado como un puro tejido de juglerías, ensartado uno tras otro capítulos para excusar y cubrir los pecados sucesivos del autor, y por este medio promover su ambición y charlatanismo.

Opino que ha llegado el tiempo de acabar con esta gran vulgaridad.

No es que pretenda afirmar la constante sinceridad de Mahoma; ¿qué hombre es constantemente sincero? Pero sí confieso que no sé qué decir del crítico que en nuestra época le acuse de engaño preconcebido, de engaño consciente, en general, y, aún más, de vivir en un elemento de consciente engaño, que le hizo escribir el Corán a la manera que lo hubiera hecho un juglar o un falsario.

Todo hombre imparcial —no creemos equivocarnos— leerá el Corán de muy distinta manera, y lo considerará como producto del fermento ardoroso de un alma grande, aunque ruda e inculta, que ni aun leer sabe. Pero este alma es ferviente; llena de ardiente celo, hace vehementísimos esfuerzos para dar a conocer por medio de la palabra los pensamientos que la inquietan y que se agolpan en su mente, en confusión tumultuosa, y trabaja férvidamente para abrirles camino, y a causa de la misma abundancia, no le es posible expresar claramente nada. La idea en él dominante no puede amoldarla a forma alguna de composición, ni individualizarla, ni coordenarla en serie, ni comunicarle método, ilación ni coherencia; no es construible, es inamoldable. Aquella alma lanza los pensamientos informes que en ella se revuelven en caótico estado.

Antes hemos llamado «estúpido» al libro de que tratamos; sin embargo, la estupidez no es en modo alguno el carácter del libro de Mahoma, sino más bien la falta de cultura. El profeta no había estudiado el arte de hablar, ni en la premura de la continua refriega tuvo tiempo suficiente de madurar su pensamiento, ni mucho menos pudo darle cuerpo en adecuadas formas. El vehemente y angustioso anhelo del hombre que lucha por la vida en el fragor de las batallas, tal fue la disposición de ánimo en que se escribió ese libro. La prisa, la precipitación del momento, la grandeza misma de las ideas, el reducido caudal de voces de que disponía, todo parece conspirar para impedirle que descargue el peso de su alma por medio de la palabra escrita. Las sucesivas manifestaciones de un espíritu en tal disposición de temperamento, revestidas, además, con los accidentes y vicisitudes de veintitrés años de luchas y contiendas, expresado todo ello bien algunas veces y malísimamente otras; esto es el Corán.

Hay que considerar a Mahoma durante aquellos veintitrés años como la figura principal de un mundo entregado a discordia eterna. Batallas con los koraítas y con los gentiles; conflictos entre sus propias gentes, y transgresiones de su inquieto y turbulento corazón; todo esto manteníale en perpetua agitación y movimiento; su espíritu no volvió a gozar ya de las dulzuras del descanso. Podemos figurarnos cómo en las noches de insomnio forcejeaba el alma inquieta de aquel hombre en medio de tan encontradas corrientes, y cómo saldaría cualquier resplandor que las esclareciese, como luz emanada de los cielos; cualquier producto de su espíritu, de tal manera favorecido e indispensable para él en aquel momento, parecíale inspiración del mismo ángel Gabriel.

¿Falsario y juglar Mahoma? ¡Ah, no! Aquel grande y fogoso corazón, humeante como inmenso horno de bullentes pensamientos, no era un

corazón de juglar. Su vida era un hecho para él; el universo de Dios, un hecho y realidad pavorosos.

Sus faltas son muchas. Hijo de la madre Naturaleza, sin cultura ni civilización alguna, con mucho del beduino en su sangre, no debemos tomarle ni más ni menos que por lo que es; pero considerarle como un despreciable simulador, como un impostor hambriento, sin ojos ni corazón, representando por un plato de miserable pitanza los más irreverentes y escandalosos fraudes, falsario de documentos celestiales, constituyendo crimen de alta traición contra su Hacedor y contra sí mismo, ¡no!, no queremos ni podemos tomarle por semejante cosa.

El mérito principal del Corán constitúyelo, a nuestro parecer, la sinceridad en todos los sentidos; esto le ha hecho tan precioso y tan querido a los ojos del desierto. Después de todo, éste es el primero y el último mérito de un libro; en el fondo, la sinceridad es la única fuente y origen del verdadero mérito en todas sus manifestaciones. Descúbrese asimismo en el Corán, entre el inmenso fárrago de tradiciones, quejas, vituperios, querellas y jaculatorias, una vena de verdadera y directa intuición, de aquello que, a falta de otra cosa, bien pudiera llamarse poesía.

El cuerpo de este libro está compuesto de mera tradición, vehementes ex abruptos y entusiastas predicaciones extemporáneas. Continuamente anda a vueltas con las viejas consejas de los árabes; de qué manera un profeta, después de otro, el profeta Abraham, el profeta Hud, el profeta Moisés y otros, cristianos unos, reales o fabulosos otros, habían llegado a esta o aquella tribu, rememorándoles sus pecados, y el modo como los recibieron éstas, ni más ni menos que a él, Mahoma, habíanle recibido, cosa que no dejaba de ser un gran consuelo para él. Estas cosas las repite diez, acaso veinte veces, con pesada y fastidiosísima pertinacia, y nunca acaba de repetir lo mismo. No hay duda que nuestro bravo Samuel Johnson estudiaría y consignaría de análogo modo en su triste y solitaria buhardilla las biografías de nuestros poetas.

Estas son las grandes bellezas del Corán. Pero de cuando en cuando, y como surgiendo de en medio de tan confusa barahúnda, revélanos un rayo de luz, algo así como una vislumbre del verdadero pensamiento del vidente. Con la vista fija en el mundo, y con la penetración y el rudo vigor nativo de su espíritu, Mahoma sabe despertar en nuestros corazones los mismos sentimientos de las cosas que en el suyo hicieron dominio y natural asiento. Sus alabanzas a Alá, que algunos preconizan tanto, no tienen comparación alguna con las del hebreo, de donde, a lo que supongo, están esencialmente tomadas. Pero el alma, que con la rapidez del rayo penetra el corazón de las cosas y lee sus secretos, es para mí asunto del mayor interés y de la más alta importancia. Ese don exclusivo de la gran Naturaleza, que a todos lo concede graciosamente, y que entre tantos millares de almas sólo una sabe agradecerlo y estimarlo en lo que vale, esto es lo que llamo yo sinceridad de visión, la piedra reveladora de los quilates de un corazón sincero.

No pretende Mahoma realizar milagros. Con frecuencia contesta impacientemente: «Yo no hago milagros. Yo soy un predicador público, elegido para enseñar esta doctrina a todas las criaturas.» Sin embargo, desde mucho antes, había sido el mundo para él un grande y verdadero milagro. «Fijad los ojos en todo lo que os rodea —dice—. ¿No es excelsamente maravillosa toda esa grande obra de Alá? Si vuestros ojos fuesen capaces de comprenderla, ¿no verían en ella un verdadero milagro? Para vosotros hizo Dios esta tierra y ordenó en ella caminos; podéis vivir en ella y moveros de una parte a otra.» En las áridas regiones de la Arabia, las nubes son para Mahoma cosa muy maravillosa. «¿De dónde proceden —dice— las grandes nubes nacidas en los profundos senos de la altísima inmensidad? Allí están pendientes los enormes monstruos negros; desde allí arrojan sobre la muerta tierra torrentes de lluvia para volverla a la vida; brota la hierba y reverdecen las enhiestas y hojosas palmeras, enguirnaldadas con racimos de dátiles. ¿no es un milagro eso? Alá fue también quien crió vuestros ganados; mudas y serviciales criaturas truecan el pasto en leche; vuestras ropas, confeccionadas están de sus lanas, del vellón de tan útiles criaturas; colocadas en fila, vuelven a su redil al caer la tarde, y —añade— ¡son un honor para vosotros! También las naves (Mahoma habla frecuentemente de ellas), montes movedizos, tienden sus alas de lino y atraviesan las aguas a merced de los vientos que les manda el cielo; mas, de repente, páranse; retiróles Dios el viento, y yacen muertas, sin moverse. ¿Milagros? —exclama el profeta—, ¿qué milagros quisierais ver? ¿No sois un milagro vosotros mismos? Dios os hizo de un puñado de polvo. Hace poco erais pequeños; no hace muchos años, no existíais. Sois dueños de la hermosura, de la fuerza, del pensamiento, y os compadecéis mutuamente. Llegan la vejez y las canas; debilítanse vuestras fuerzas, caéis postrados, y ya nada sois. Digo que os compadecéis unos a otros, y me sorprende mucho esta sentencia. Alá pudo haberos hecho sin que mutuamente os compadecieseis, y ¿qué hubiera sucedido entonces?» Esto es un grande y original pensamiento; una intuición luminosa y de suprema fuerza, que penetra en el corazón y realidad de las cosas. Vestigios rudos de un genio poético, de cuanto bueno, superior y verdadero existe, todo se observa claramente en ese hombre. De imaginación poderosísima, aunque inculta; dotado de gran penetración, de un corazón excelente, fue un gigante del desierto, y hubiera sido lo que hubiese querido: poeta, rey, sacerdote, personificando en sí mismo todos los héroes.

A sus ojos, es evidente que este mundo es una cosa del todo milagrosa. Ve lo que, según otras veces hemos dicho, procuraron ver, de uno o de otro modo, todos los grandes pensadores, aun los mismos rudos escandinavos. Ve que el mundo material, al parecer, tan sólido, es, en el fondo y esencia, de su misma naturaleza. Es una visible y palpable manifestación del poder y presencia de Dios, una sombra interpuesta por él sobre el abismo del vacío infinito, y nada más. «Las montañas

—dice—, estas grandes montañas peñascosas, se disiparán también, como las nubes; se desvanecerán, lo mismo que ellas, en la inmensidad azul, y desaparecerán para siempre.»

Mahoma, según nos dice Sale, se representa la Tierra a la manera de los árabes, como una inmensa llanura o faja de terreno aplastada; las montañas no son más que contrapesos para sostenerla. Esas montañas desaparecerán, como las nubes, en el último día; la Tierra entera se revolverá y girará fuera de su centro, hasta naufragar totalmente, y, semejante al polvo y al vapor, se desvanecerá en el vacío. Alá le retira su mano y deja de existir. El imperio universal de Alá, la presencia en todas partes de un poder indefinible, de un esplendor y de un terror que no puede nombrarse, como de verdadera fuerza, esencia y realidad de todas las cosas, cualesquiera que fuesen éstas, siempre lo consideró aquel hombre una cosa incontrovertible, lo que modernamente se califica con los nombres de fuerzas de la Naturaleza, leyes de la Naturaleza, sin que para nada figure una cosa divina, ni aun como una cosa cualquiera, sino como una serie de cosas nada divinas casi, artículos propios de transacciones, buenos, todo lo más, para uso de navegantes.

No parece sino que estamos dispuestos, con nuestras ciencias y enciclopedias, a olvidarnos de Dios dentro de nuestros laboratorios. No debiéramos olvidarlo, porque una vez olvidado, no sé qué podríamos encontrar digno de recordación. Convertiríanse las más de las ciencias en letra muerta, en objetos secos, huecos, litigiosos, en erizados cardos otoñales. Sin Dios, la mejor de las ciencias apenas si es otra cosa que un leño muerto; no el árbol ni el bosque que da y reproduce siempre madera, entre otras muchas cosas. No le es posible al hombre conocer con verdad cosa alguna, a menos de conocer y rendir culto a lo que está muy por encima de todas las demás cosas; de otro modo, su ciencia no será más que pedantería; un cardo muerto; inútil hojarasca.

En nuestro sentir, se ha hablado y escrito mucho más de lo justo sobre el sensualismo de la religión de Mahoma. La indulgencia con que él miraba y parecía consentir ciertas cosas, criminales para nosotros, jamás fue verdadera ni aprobó que así se las mirase; las encontró establecidas y practicadas en Arabia, sin cortapisas de ningún género, desde tiempos inmemoriales. Lo que él hizo fue cercenar y restringir, combatiendo el hecho por todas partes.

Su religión no es de fácil práctica: rigurosos ayunos, abluciones, estrictas y complejas fórmulas, ejercicio de la oración cinco veces diarias y total abstinencia de vino. No debió, pues, su éxito a la laxitud de sus principios morales, ni por estos medios lograría jamás religión alguna alcanzar buenos resultados. Es calumniar al hombre decirle que sólo por medio de las comodidades, o la esperanza del placer, o de las recompensas, se le excita a las acciones heroicas; por el camino de las golosinas no se llega a ningún buen resultado, ni en este ni en el otro mundo. En el mortal más envilecido hay siempre alguna cosa noble. Hasta en el mercenario que se alquila para hacerse matar hay su honor

de soldado, distinto en verdad al honor del recluta, con su chelín e instrucción disciplinaria.

No a satisfacer sus viles instintos, sino a ejecutar y llevar a cabo nobles y generosas empresas, y aun a vindicarse a sí mismo bajo el altísimo firmamento de Dios, como criatura hecha a imagen de la divinidad, es a lo que aspira todo hijo de Adán, aunque indefinida y vagamente, en este mundo sublunar. Indicadle la manera de hacerlo, y aun el ganapán más torpe cobrará alientos y se volverá héroe. Quien diga que al hombre se le puede seducir con los halagos del placer, le calumnia. Las dificultades, la abnegación, el martirio, la muerte, son los únicos incentivos que influyen en el corazón humano. Encended la parte más íntima de su vida genial y obtendréis una llama que consumirá todas las consideraciones menos nobles. No la felicidad, sino algo más alto, le atrae, y esto se ve, con su pundonor, hasta en las gentes más frívolas. No lisonjeando los apetitos, sino despertando lo heroico que dormita en todos los corazones, es como gana toda religión sus prosélitos.

Dígase lo que se quiera de Mahoma, nadie podrá acusarle de haber sido un hombre sensual. Sería gran equivocación considerarle como un voluptuoso vulgar, sin otro anhelo que la satisfacción de groseros placeres. Su casa era de las más frugales: su dieta común, pan de cebada y agua; a veces pasaban meses sin que se encendiese fuego en su hogar. Recuérdase con justo orgullo que él mismo se cosía los zapatos y se remendaba la capa. Era un hombre pobre, un trabajador incesante, mal provisto y descuidado de cuanto el común de los hombres ambiciona. En modo alguno era un mal hombre, al contrario, y había en él algo mejor que el *prurito,* de cualquier género que fuese; de otra manera, aquellos árabes indómitos, peleando y acometiendo durante veintitrés años a sus órdenes, y siempre en íntimo contacto con su persona, no le hubieran respetado y reverenciado de la manera que lo hacían.

¡Qué gente tan montaraz y silvestre aquellos árabes! De cuando en cuando se sublevaban, y descargaban sus fieros corazones con sinceridad verdaderamente salvaje. A no estar dotado de un valor muy varonil, y de toda clase de excelsos méritos, ningún hombre hubiera podido mandar ni sujetar a aquella gente indómita. Llamábanle profeta, ¿y qué? Cara a cara estaba con ellos, desnudo, descubierto, no oculto ni rodeado de misterios, remendando su capa y sus zapatos; disponiendo, ordenando, aconsejando y peleando en medio de ellos. Tanían, pues, ocasión de haber visto con qué clase de hombre alternaban, llámese como se quiera. Ningún emperador, con todos sus armiños y resplandecientes joyas, fue jamás obedecido como lo era aquel hombre de capa remendada por sus manos, durante veintitrés años de rudo pelear y de verdaderas y reales experiencias. Sin las cualidades de un verdadero héroe, no hubieran sido posibles todas aquellas cosas.

Sus últimas palabras son una deprecación; interrumpidas jaculatorias de un corazón que lucha con esperanza vacilante por acercarse a su Criador. No puede decirse que su religión le hiciese *peor*; al contrario, le

hizo mejor, le hizo bueno, no malo. Recuérdanse de él muy nobles cosas: cuando perdió a su hija, da en su dialecto propio una respuesta tan sincera y equivalente en todas sus partes a la de los cristianos, que sorprende: «El Señor lo da, y el Señor se lo lleva; alabado sea el nombre del Señor.» Del mismo modo responde cuando la muerte de Seid, su emancipado y muy querido esclavo, segundo de los creyentes. Seid cayó en el combate de Tabûc, la primera de las refriegas de Mahoma con los griegos. Al saberlo, exclamó el profeta: «Bien está; Seid se ha ido a su Señor; todo va bien para Seid.» Sin embargo, la hija del antiguo esclavo le encontró llorando sobre el cuerpo de su padre. ¡Un viejo, cargado de canas, llorando! «¿Qué veo?», *dijo la joven.* «*Ves a un amigo llorando sobre el cuerpo de su amigo.*»

Por última vez, dos días antes de su muerte, fue a la Mezquita y preguntó si había allí alguien a quien hubiese dañado. «Si es así, cargen mis espaldas con los latigazos.» Cuando preguntó si había alguien a quien le debiese alguna cosa, contestó una voz: «Si, a mí; tres dracmas prestadas en tal ocasión.» Mahoma ordenó que se le pagasen. «Mejor está la vergüenza ahora que en el día del Juicio.» Recordad el «¡No, por Alá!», cuando pretendía que olvidase a su buena Kadijah; rasgos de tal naturaleza nos muestran al hombre realmente ingenuo, al verdadero hermano de todos, hoy visible en presencia nuestra a través de doce siglos, al Hijo verdadero de nuestra Madre común.

Mahoma nos agrada, además, por su carácter, ajeno a toda falsa devoción. Hijo independiente del Desierto, no pretende ser lo que no es. No veis en él la vana y ostentosa pompa del orgullo, ni tampoco falsas apariencias de humildad. Allí lo veis como verdaderamente es: con los zapatos y la capa remendados por sus propias manos; hablando lisa y llanamente con toda clase de reyes de Persia y de emperadores griegos, enseñándoles lo que, por deber, están obligados a realizar; por lo que a él toca, sabe bastante bien aquello «del respeto que a ti se debe».

En una guerra a muerte con los beduinos, no debieron faltar episodios sangrientos y crueles; pero tampoco escasean los actos de generosa compasión y noble misericordia. Mahoma no se excusa de lo uno, ni alardea de lo otro; obra con libérrimo corazón, conforme a las exigencias del momento y las circunstancias de tiempo y lugar. No es hombre de falaz y melosa palabra. Cuando la ocasión lo exige, muéstrase feroz, sin dejar de ser ingenuo; aborrece los paliativos.

Con frecuencia menciona la acción de Tabûc; muchos de sus hombres se negaron a seguir adelante en aquella ocasión, alegando el calor excesivo, ser tiempo de cosecha y otras cosas por el estilo; nunca pudo olvidarlo: «¡Vuestra cosecha! ¡Vuestra cosecha es cosa de un día! ¿Qué será de vuestras cosechas durante toda la eternidad? ¿El calor? Sí; verdad es que hace calor; pero más lo habrá en el infierno.»

Algunas veces se le ocurre algún rudo sarcasmo. Dice a los incrédulos: «¡En el Gran Día tendréis la justa medida de vuestras obras; se pesarán, y no tendréis motivo de queja respecto al peso!» En todo

asunto fija la cuestión sobre sus bases naturales; la ve; su corazón, sorprendido, enmudece, a veces, por la misma grandeza del pensamiento. «Ciertamente —dice—, esta palabra, en el Corán, equivale por sí sola, muchas veces, a una sentencia.» Es cierto.

No hay que buscar en Mahoma *dilettantismo* de ningún género; para él, todo es cuestión de salvación y de reprobación, de tiempo y de eternidad, de vida o muerte. El *dilettantismo*, la especulación, la hipótesis, la investigación de la verdad a lo *amateur*, jugando y coqueteando con ella, es el más deplorable de los pecados, la raíz de todos los pecados imaginables. Consiste esto en no haber estado nunca ni el alma ni el corazón del hombre *abiertos* a la verdad, y en haber vivido en vana ostentación y puro engaño. Un hombre así no sólo profiere y produce falsedades, sino que todo él *es* una falsedad. El principio moral y racional, luz de los cielos desprendida de la frente de la misma Inteligencia Divina, yace hundido y oscurecido en él, en quieta parálisis; la vida reducida a la muerte.

Las mismas falsedades de Mahoma son más verdaderas que sus propias verdades. Es el hombre insincero, puro barniz, boca de miel, respetable en ciertos tiempos y lugares; inofensivo, nada inconveniente dice a nadie; es irreprochable del todo, puro, limpio, ni más ni menos que el ácido carbónico: el veneno y la muerte.

No juzgaremos ni ensalzaremos los principios morales de Mahoma como si fuesen siempre lo superior y más refinado; pero sí diremos que existe siempre en ellos una tendencia al bien y son fiel expresión y sentimiento de un corazón que aspira a todo lo grande, bueno, verdadero y justo. No encontraréis en ellos, es cierto, los sublimes preceptos del cristianismo, ni el perdón y olvido de los agravios, ni volver la mejilla al que abofeteó la otra. Proclama la venganza, pero con medida, no con exceso, ni saliendo de lo justo.

El Islam, por otra parte, como toda creencia grande y perfectamente imbuida de la esencia del hombre, es un perfecto nivelador de todos. El alma de un creyente está por encima de todas las dignidades de la tierra; conforme al Islam, todos los hombres son iguales. Mahoma no insiste sobre la conveniencia de dar limosna, sino en la necesidad, en el deber de hacerlo; señala por la ley la cuota que os toca repartir, y el riesgo que corréis descuidándolo. La décima parte de la renta anual de un hombre, sea la que fuere, es propiedad del pobre, del afligido, del que necesita auxilio y consejos. Todo esto es magnífico; es la voz natural de la Humanidad, de la compasión, de la equidad, surgida del corazón de aquel hijo inculto de la Naturaleza.

El paraíso de Mahoma es sensual, lo mismo que su infierno; en uno y otro hay, en verdad, mucho que repugna y ofende nuestros sentimientos espirituales. Pero no hay que olvidar que los árabes ya tenían las cosas arregladas así y que los cambios que introdujo Mahoma fueron en sentido suavizador. No son obra suya las peores sensualidades, sino de los doctores que le siguieron. Realmente, hay muy poco escrito en el

Corán sobre las alegrías y goces del Paraíso; se insinúan y se insiste poco en ello. No se olvida de consignar que aun los mayores placeres y alegrías serán allí espirituales; la pura presencia del Altísimo superará infinitamente las demás felicidades: «Vuestro saludo —dice— será paz *Salam;* La paz sea contigo, la cosa que todas las almas racionales anhelan y buscan vanamente aquí abajo como el único don digno. del Cielo. Sentado en sitiales, unos frente a otros, todos los viejos odios desaparecerán de vuestros corazones. ¡Todos los antiguos rencores! Os amaréis franca y abiertamente unos a otros; para todos y cada uno de vosotros, y en presencia de vuestros mismos hermanos, habrá cielo bastante.»

Uno de los capítulos más delicados, y sobre el cual habría mucho que decir, es, en mi opinión, el referente al paraíso sensual y la sensualidad de Mahoma. No es conveniente tratar ni discutir semejante cosa en este lugar. Permitidme, no obstante, tan sólo un par de observaciones: lo demás lo dejaré a vuestra ingenuidad. Una de estas observaciones nos la sugiere Goethe, y es una insinuación casual, que, como suya, merece que se la tenga en cuenta. En los *Viajes de Meister,* en una de sus descripciones, el héroe se encuentra con una sociedad de hombres de muy extraños modales y procedimientos; uno de ellos era éste: «Exigimos —dice el Superior— que cada una de nuestras gentes se limite a seguir una sola dirección: a ir directamente contra su propio deseo en un solo objeto, y obligarse a hacer lo que le repugna, permitiéndole la más amplia libertad en todos los demás caminos.» Creo ver en esto una grande exactitud. No está el mal en gozar de aquellas cosas de por sí agradables, sino en dejarse dominar por ellas, entregándoles a perpetua esclavitud nuestro ser moral; ahí está el daño. Probemos ante todo nuestro dominio absoluto sobre nuestros hábitos y costumbres, de que, en caso necesario, podremos desprendernos y arrojarlos lejos; ésta es una excelente ley. El mes de Ramadán, para el muslime, muy riguroso en la religión de Mahoma y en la propia vida del mismo, tiende a demostrar este aserto, si no por la premeditación, o propósito determinado de reformas morales de su parte, a lo menos por cierto sano y varonil instinto, excelente para el caso.

Pero hay algo más que decir sobre el cielo y el infierno mahometanos. Por groseros y materiales que sean, descúbrese en ellos el emblema de una verdad sempiterna, que no se tiene muy presente en otras partes. Aquel paraíso sensual e indecoroso, aquel llameante y hórrido infierno, aquel tremendo y espantoso Día del Juicio, que no se aparta un instante de sus ojos, ¿qué es todo esto, sino la rùda sombra, en la tosca imaginación del beduino, de aquel grande hecho, de aquella inmensa realidad espiritual? Comienzo es de hechos que nadie debería desconocer, dejar de sentir o tener presentes: la naturaleza infinita del deber. Que en el mundo, las acciones del hombre tienen para él importancia infinita; que nunca mueren ni acaban; que el hombre, con su corta vida, se remonta y toca al cielo, y desciende y se abisma en los infiernos, y en el

espacio de unos doce lustros mantiene, poseído de asombro y terror, una eternidad oculta en el más profundo de los misterios; todo esto pasó encendido con ígneos caracteres por el alma de aquel hombre indomable. Allí está escrito, como entre fuego y relámpagos, inexplicable, tremendo, sin separarse nunca de su vista. Con enérgicos arranques, con feroz y salvaje sinceridad, incapaz de expresarse, balbuciente, articula trabajosamente, y tras grandes esfuerzos, su pensamiento, y lo envuelve, por fin, en ese cielo y en ese infierno.

Pero, envuelto de la manera que se quiera, él es la primera de todas las verdades, venerable bajo cualquier forma y envoltura.

¿Cuál es el objeto primordial del hombre en este mundo sublunar? Mahoma contesta categóricamente a esta pregunta, y de un modo capaz de abochornar a muchos. No tomará, un Bentham o un Paley, la noción de lo justo y de lo injusto, ni calculará la ganancia ni la pérdida por el resultado del placer en uno y otro caso; ni os preguntará después de los sumandos y sustraendos, con aire de triunfo: ¿Qué tal? No prepondera considerablemente, después de todo, la noción de lo justo? No; no es mejor hacer lo uno que lo otro; lo uno es a lo otro, como la vida es a la muerte, como el cielo es al infierno. De ninguna manera debe hacerse lo uno, ni dejar de llevar a cabo lo otro, por ningún concepto. No habréis de medirlos, porque son inconmensurables; para el hombre, lo uno es la muerte eterna, y la vida eterna lo otro.

La utilidad benthamista es la virtud por la regla de tres, por la partida de ganancias y pérdidas, reduciendo la creación divina a una inanimada máquina de vapor: el alma infinita y celestial del hombre, a una balanza que de igual modo sirve para pesar el heno y los cardos, como inclina el fiel al depositar en ella la carga de dolores y placeres. Si me preguntasen cuál de ambas soluciones da la idea más falsa y mezquina del hombre y de sus destinos en este Universo, contestaría: ¡No es, por cierto, la de Mahoma!

Puede decirse en términos generales que la religión de Mahoma es una especie de cristianismo; que, considerada en conjunto, contiene un verdadero elemento de la espiritualidad más elevada, elemento visible para todos los ojos, pese a sus imperfecciones. El dios escandinavo Wish (Deseo), el dios de todos los hombres rudos —de lo que este dios representa—, fue convertido por Mahoma en un cielo que simboliza la consagración del deber, y que únicamente puede alcanzarse por la fe y las buenas obras, por los actos valientes y por lo que hay aún más valeroso: la paciencia divina. Es casi el paganismo escandinavo, con la adición de un elemento verdaderamente celestial.

No lo llaméis falso; no miréis tan sólo la falsedad, sino la verdad que encierra. Por espacio de mil doscientos años, es religión y luz de vida de una quinta parte del género humano. Y es una religión que, sobre todo, se la ha *creído* con toda sinceridad.

Efectivamente: los árabes creen su religión y procuran ajustar su conducta a los preceptos que ella les impone. Desde los primitivos

tiempos del cristianismo, ningún cristiano, prescindiendo tal vez de los puritanos ingleses en la época moderna, se mantuvo al lado de su fe como el musulmán en la suya, creyéndola de todo corazón y desafiando con ella el tiempo y la eternidad.

Esta noche, al dar el centinela su «¿Quién vive?», en las calles de El Cairo, le responderá el transeúnte: «No hay más Dios que Dios.» *Allah akbar!* Islam resuena en todas las almas durante la existencia entera de esos millones de seres atezados. Misioneros fervientes, predican su fe entre los malayos, los negros papúas y demás idólatras, procurando destruir lo malo, no lo bueno o mejor que tengan en sus creencias.

La Arabia surgió a la vida por la fe de Mahoma: vino a ser para ella como una resurrección de las tinieblas a la luz. Un pueblo de pastores enteramente desconocido, vagando por sus desiertos desde tiempos inmemoriales, atiende la voz de un profeta, la voz de un héroe, y cree en ella. Ese pueblo desconocido llega después a llamar la atención del mundo entero; iguala y se impone a los demás poderes, aun los más altos; pasa un siglo y veis la Arabia en Granada, de una parte, y de otra, en Delhi, resplandeciendo con la aureola del genio y con los brillantes atributos del valor. Durante muchos siglos es la Arabia la primera entre todas las naciones. Redentora y grande es la fe.

La historia de una nación, desde el momento que tiene fe, empieza a ser fructuosa, grande; vigoriza las almas. Mahoma, su siglo; aquellos árabes contemporáneos suyos, ¿no se nos presentan como una centella cayendo en medio de oscuros y desiertos arenales, desconocidos de todos? Y, sin embargo, observad; la arena se convierte en pólvora explosiva, inflámase, y su reguero alcanza el cielo y alumbra desde Delhi hasta Granada.

Dejad, pues, que diga: todo grande hombre es como un relámpago del cielo. Los demás le esperan como combustible, que él enciende y convierte en llamas.

CONFERENCIA TERCERA

EL HEROE COMO POETA

DANTE.—SHAKESPEARE

Martes, 12 de mayo de 1840.

El héroe, como divinidad, como profeta, es producto del tiempo viejo y no volverá a reproducirse. Nuestros progresos en las ciencias no admiten ya aquella rudeza de concepción. Necesitaríase una sociedad enteramente exenta de toda noción científica para que los hombres, en su amor por lo maravilloso, considerasen nuevamente a un semejante suyo como a un dios, o para creer que hablase por inspiración divina.

La divinidad y el profeta pertenecen a lo pasado. Consideremos ahora a nuestro héroe con el carácter de poeta, título no tan ambicioso y menos controvertible también: un carácter que nunca muere. La figura heroica del poeta pertenece a todas las edades; todas lo poseen, tanto las antiguas como las modernas, y lo mismo que la antigüedad lo produjo, seguirán produciéndolo todos los tiempos, siempre y cuando a la Naturaleza le plazca.

Cuando está conforme un alma heroica, sea cual fuere la época en que aparezca, esta alma se presentará necesariamente con la investidura de poeta.

Héroe, profeta, poeta; nombres distintos, en tiempos y lugares diferentes, solemos dar a los grandes hombres, según las aptitudes que en ellos observamos y la esfera en que se movieron y desplegaron su inteligencia. Podríamos también aplicarles otros muchos nombres. Sin embargo, observaremos de nuevo, como hecho importante y digno de que se le conozca, que la diferente *esfera* constituye el grande origen de semejante distinción. El héroe puede ser poeta, profeta, rey, sacerdote, cuanto queráis, según el pueblo y gente entre quienes nació y crióse.

Confieso que no tengo idea de ningún hombre verdaderamente grande que no pudiese ser cuanto puede ser un hombre. El poeta que no sirviese sino para estar sentado, componiendo estrofas, jamás haría un

verso que como tal pudiese conceptuarse; ni serviría para cantar las hazañas del guerrero heroico a menos de no ser un guerrero heroico *también*. Imaginamos que en él existen el político, el pensador, el legislador, el filósofo; en uno u otro sentido, él habría sido, es, todo esto. Así, no puedo comprender cómo un Mirabeau, aquel hombre de corazón grande y fogoso, que atesoraba torrentes de pasiones, no escribiera versos, poemas, tragedias, para conmover y arrastrar tras de sí todos los corazones; el Destino y su manera de ser debieron llevarle por ese camino.

El grande y fundamental carácter del grande hombre es el de ser grande. Palabras hay en Napoleón que son otras tantas batallas de Austerlitz. Los generales de Luis XIV son a la vez una especie de hombres poéticos; las cosas que dice Turena son tan sagaces y geniales como las sentencias de Samuel Johnson. Gran corazón, ojo perspicaz y escrutador: aquí está todo. Ningún hombre, sea quien sea y la que fuere su carrera o profesión, podrá alcanzar nada sin estas condiciones. Petrarca y Boccaccio desempeñaron misiones diplomáticas, al parecer, con bastante habilidad, y es cosa fácil de comprender en semejantes hombres; ¡cosas más difíciles y menos agradables habían llevado antes a cabo! Burns, poeta privilegiado, ¿hubiera sido más que Mirabeau? ¿Y Shakespeare? ¿Qué dificultad hubiera podido serlo para Shakespeare?

Hay aptitudes naturales, indudablemente: la Naturaleza no funde a todos los grandes hombres, ni más ni menos que a todos los demás, en el mismo molde. Verdaderamente son variedades de aptitud; pero lo son infinito más de las circunstancias, y a éstas se las considera en general muy influyentes, como ocurre entre la gente popular con el aprendizaje de un oficio; tomáis a uno cualquiera de esos hombres de capacidad desconocida e indefinida aún, pero dispuesto para toda clase de industrias y profesiones, y hacéis de él un herrero, un carpintero, un albañil, lo que queráis; mas de ahí en adelante, por regla general, ese hombre no será otra cosa toda su vida. Y si, como ya de ello se quejaba Addison, veis algunas veces a un hombre con las canillas no más gruesas que un huso, doblándosele bajo el peso de enorme carga, y a dos pasos de allí, un sastre robusto como un Sansón, cosiendo sus trapos con fina aguja; ¿se dirá que uno y otro caso tuviéronse en cuenta la idoneidad y aptitudes naturales?

¿A qué oficio ponemos, pues, al grande hombre? Dado el héroe, ¿qué haremos con él? ¿Conquistador, rey, filósofo, poeta? Problema es éste de difícil solución entre él y el mundo. El lo estudiará a la vez que sus leyes; ahí está para que las estudiemos todos. Lo que sobre tan importante materia consienta y disponga el mundo es, como ya dijimos, el hecho de la mayor importancia y de su exclusiva incumbencia.

Poeta y profeta difieren notablemente en la idea vaga e indeterminada que de semejantes nombres nos formamos actualmente. En algunas lenguas antiguas son sinónimas ambas voces: *vate* significa a la vez poeta y profeta, y, ciertamente, en todos tiempos, poeta y profeta tienen en su

significación grandes afinidades. Fundamentalmente son todavía lo mismo, y con especialidad en este punto importantísimo, esto es, que bajo una u otra forma, ambos penetraron el sagrado misterio del universo, lo que llama Goethe «el secreto manifiesto». ¿Cuál es el gran secreto?, pregúntase uno. «El secreto manifiesto»; manifiesto a todo el mundo y visto de muy pocos o de ninguno; aquel misterio divino que está por todas partes, en todos los seres; «la divina idea del universo, lo que está, como arguye Fichte, en el fondo de la apariencia; aquello de que toda apariencia, desde la estrellada bóveda hasta la humilde hierbecilla campestre; pero con especialidad, la apariencia del hombre y su trabajo es la *vestimenta*, la incorporación por la que se presenta visible a nuestros ojos.

Divino misterio es éste, que persiste en todos los tiempos y lugares, si bien en los más de ellos pasa inadvertido ante nuestros ojos.

El universo, definible siempre en todas lenguas y dialectos, como el pensamiento de Dios hecho forma, considerámoslo como un lugar común, como un cuerpo trivial, inerte, cosa muerta, que, según el satirista, algún amueblador hubiese arreglado. Nada bueno sacaremos con hablar ahora largamente de este asunto; pero seríamos objeto digno de compasión si lo desconociésemos o dejásemos de vivir alguna vez bajo la impresión que su magnitud debe causarnos. Sí; verdaderamente seríamos objeto de la más deplorable conmiseración. ¡Qué triste desengaño de la vida si debiésemos vivir de otra manera!

Y ahora decimos: aunque se haya olvidado este divino misterio, el *vate*, profeta o poeta, penetró dentro de él; es un hombre enviado para dárnoslo a conocer con impresión más vigorosa. Ese es su mensaje; su deber consiste en revelarnos ese sagrado misterio, en presencia del cual, más que nadie, vive él continuamente. En tanto otros lo olvidan, él lo ve y lo conoce; puede decirse que se le ha obligado a conocerlo, a vivir en él sin previo consentimiento, ligado a él precisamente.

No hay en esto chisme ni conseja alguna, sino intuición y fe directas; ese hombre no podía menos; no era posible que dejase de ser sincero. Viva el que quiera en la apariencia de las cosas; para ese hombre es una necesidad de su naturaleza vivir en la propia realidad de los hechos, en íntima y estrecha comunicación con el universo, aunque los demás hombres le consideren como una especie de juguete. Ante todo y en virtud de su sinceridad, es un *vate*. Así, el profeta y el poeta, copartícipes del secreto manifiesto, no son sino uno.

Con referencia al significado de estas voces, digamos otra vez: el *vate* profeta apoderóse por su lado moral del misterio sagrado, como el bien y el mal, el deber y la prohibición; el *vate* poeta, del lado que llaman estético los alemanes, como lo bello, lo hermoso, etc. Podemos llamar al uno revelador de lo que debemos hacer, y al otro, de lo que debemos amar. Ambas jurisdicciones se compenetran y no pueden separarse. El profeta tiene también fija la vista en lo que debemos amar; de no ser así, ¿cómo distinguiría lo que debemos hacer? La voz más grande que jamás

resonó en el mundo, decía también; «Mirad los lirios del campo: ni trabajan ni hilan, y, no obstante, Salomón, en toda su gloria, nunca pudo ataviarse con la hermosura de uno de ellos.» Observación es ésta que nos descubre los arcanos más profundos de la belleza. Los lirios del campo, vestidos más preciosamente que los mismos príncipes de la tierra; los lirios nacidos en humildes surcos, son a modo de un ojo hermosísimo que os mira desde lo más hondo del mar inmenso de la belleza. ¿Cómo la tierra, tosca y desapacible, pudiera hacer estas cosas, si su esencia, desapacible y tosca como es y se presenta, no fuese en lo íntimo manantial purísimo de hermosura? Una frase de Goethe, que ha llamado la atención de muchos, puede, desde este punto de vista, tener su significado. «La hermosura —dice— está por encima de lo bueno; en la hermosura está incluido lo bueno.» Ya en otra parte dijimos que lo hermoso verdadero difiere de lo falso, como «el cielo difiere de Vauxhall». Y basta, por lo que se refiere a la distinción e identidad de poeta y profeta.

Lo propio que en los antiguos, hay en los tiempos modernos algunos poetas a quienes se considera como perfectos, y respecto de los cuales parecería un acto de traición atribuirles el menor defecto. Esto es justo, y merece tenerse en cuenta; pero si bien se considera, no es más que una ilusión. Es evidente que, en el fondo, no existe poeta perfecto. En todos nuestros corazones existe una vena de poesía; no hay hombre enteramente formado de poesía. Cuando leemos bien un poema, somos todos poetas. La imaginación, caldeada por influjo de la lectura del «Infierno», en *La Divina Comedia*, ¿no tiene una facultad parecida a la de Dante, exceptuando la intensidad? Nadie, sino Shakespeare, pudo prestar cuerpo y vida, tomándolos de Saxo Gramático, al cuento de *Hamlet;* pero cada cual, quién mejor, quién peor, puede idear uno a su manera.

No necesitamos gastar tiempo en definiciones; donde no hay específica diferencia, como en lo redondo y lo cuadradro, toda definición ha de ser necesariamente más o menos arbitraria. El hombre cuyo sentido poético se desarrolle de modo que llame la atención de sus contemporáneos será calificado por éstos de poeta. Los poetas famosos, y también aquellos a quienes debemos considerar perfectos, los confirman los críticos de igual manera. Aquel que se levante por encima del nivel general de los poetas vendrá a ser para este y el otro crítico un poeta universal, y así procede que sea; no obstante, la distinción es, y debe ser, arbitraria. Todos los poetas, todos los hombres tienen algún contacto con lo universal; ningún hombre está enteramente formado de ese elemento. A la mayoría de los poetas, pronto se los olvida: ni aun para los nobilísimos Shakespeare y Homero será eterna la memoria: ¡se acabará también para ellos algún día!

Diréis, no obstante, que debe existir una diferencia entre la verdadera poesía y el lenguaje, oración o discurso no poéticos; ¿cuál es esta diferencia? Mucho se ha escrito respecto a esto, particularmente por los modernos, críticos alemanes, muchos de ellos poco inteligibles sin previo

estudio. Por ejemplo, dicen que en el poeta reside una infinibilidad; que comunica una *Unendlihkeit*, cierto carácter de infinibilidad a cuanto trata. Aunque esto es poco preciso, mayormente tratándose de un asunto tan vago, merece, no obstante, tenerse en cuenta; meditándolo bien, puede sacársele gradualmente algún sentido. Yo lo encuentro, y bastante notable, en la vieja distinción vulgar de la poesía cuando es metro, verso, música, un canto. Por nuestra parte, si nos apremiasen para dar una definición, daríamos ésta más bien que cualquier otra: si vuestra descripción es auténticamente musical, no sólo en la palabra, sino en el corazón, en la sustancia, en sus pensamientos y articulaciones, en su concepción entera, entonces será poética, pero nunca de otro modo. Musical: ¡cuánto significa esta palabra! Un pensamiento musical es un pensamiento articulado por una inteligencia que supo penetrar hasta en lo más íntimo de las cosas y poner al descubierto lo más recóndito de sus misterios, esto es, la *melodía* oculta en ellas, la coherente e interna armonía que es su alma, por lo que existe y tiene razón de ser en el mundo. Diríase que todas las cosas profundas, que encierran oscuridad y misterio, son espíritu de melodía, naturalmente convertido en canto: el sentido de esta voz penetra muy hondo. ¿Dónde está el que lógicamente discurseando logrará expresar el poder que la música ejerce sobre nosotros, la influencia de esa especie de lengua inarticulada, a la que no se le halla fondo, que nos lleva a la presencia de lo infinito y permite que le miremos cara a cara, si bien por brevísimos instantes?

Toda habla, aun la del más vulgar dialecto, tiene algo de canturía: no hay pueblo, aldea ni lugar en el mundo que no tenga su peculiar acento: el ritmo musical con que la gente de tal o cual comarca canta lo que tiene que deciros. El acento es una especie de canturía; no hay hombre que no tenga el suyo propio, aunque todos de por sí observen sólo el de los demás.

Observad también cómo todo lenguaje apasionado es musical por sí mismo, con armonía más delicada que la del mero acento: aun dominado por la ira, el lenguaje de un hombre se convierte en canto. Todo lo oscuro y misterioso viene a ser como un canto lejano y desconocido. En cierta manera, parece la esencia misma de nuestra alma, ¡como si todo lo demás fuese tan sólo la corteza, la envoltura, nuestro primitivo elemento, no solamente el nuestro, sino el de todas las cosas!

Los griegos idearon armonías de las esferas; era el sentimiento que tenían de la interna estructura de la Naturaleza; de que el alma de todas sus voces eran perfectas notas musicales. Llamemos, pues, a la poesía pensamiento musical. El poeta es el que piensa de esa manera. En el fondo gira todavía sobre el poder intelectual; el poeta lo es más o menos, según su alcance de visión y también según su sinceridad. Penetrad profundamente en el interior de las cosas y las veréis y penetraréis musicalmente: el corazón de la Naturaleza comprende todas las armonías, toda la poesía y el poder del ritmo: mirad cómo podréis llegar hasta él.

El *vate* poeta, con su melodioso apocalipsis de la Naturaleza, parece ocupar muy pobre lugar entre nosotros, en comparación con el *vate* profeta; así, poco es nuestro respeto hacia su persona y las funciones de su magisterio. El héroe, considerado como divinidad, como profeta y después sólo como poeta, ¿no os parece que esto implica apreciar al grande hombre a modo de decadencia gradual y paulatina época tras época? Al principio, recibímosle como a un dios; después, como a un profeta, y ahora, un escalón más abajo, su divina y maravillosa palabra obtiene de nosotros el reconocimiento de poeta, de hermoso versificador, de hombre de genio o cosa por el estilo. Pero aunque así parezca, estoy persuadido de que intrínsecamente no es tal. Si bien lo consideramos, quizá resulte que existe todavía en el hombre la misma grande y peculiar admiración por el don heroico o como quiera que os plazca llamarle y que nunca, en tiempo alguno, tuvo existencia.

Si ahora no consideramos al grande hombre literalmente como a una divinidad, puede decirse que es porque nuestras nociones de Dios, de la suprema e inasequible fuente de esplendor, sabiduría y heroísmo elévanse siempre a mayor altura, sin que por eso disminuyan el respeto y reverencia por esas cualidades manifestadas en nuestros semejantes. Conviene que reflexionemos sobre esto. El *dilettantismo* escéptico, vergüenza y execración de nuestra época, males que no han de durar siempre, hace lamentables estragos en todas partes, pero especialmente en esta de la humana especulación. Nuestra veneración y reverencia hacia los grandes hombres, con todas las contrariedades que las empequeñecen, se ofrecen a nuestra vista bajo desgraciadísimas formas, reconocibles apenas. Cuando no la realidad, venérase la ficción, la apariencia y la ostentación de los grandes hombres; la mayor parte niega rotundamente la realidad de que existan tales grandes hombres, y, por tanto, que sea cierta la veneración tributada a los mismos.

Semejante creencia no puede ser más fatal y desastrosa; si se le diese crédito, habría razón para desesperar literalmente de la Humanidad y de toda noble empresa humana. No obstante, ahí tenéis, por ejemplo, a Napoleón: ¡un teniente de artillería de la isla de Córcega! Esa es toda su representación. Pues bien: ¿Acaso no se le obedeció, veneró, reverenció y aun idolatró como jamás lo fueron todas las tiaras y diademas de la tierra, personificadas y en conjunto? ¿Acaso no hemos visto grandes y hermosas duquesas y aun mozos de posada congregados en torno del rústico escocés, del poeta Burns? Palpitaba en cada uno de ellos un sentimiento extraño, de curiosidad, por no haber visto ni oído jamás a un hombre semejante, como si pensasen: «¡Ahí está un hombre!»

En lo secreto del corazón de tales gentes se nos revela también ese sentimiento de veneración; y aunque no haya verdera manera de patentizarlo ahora, ese rústico, con sus oscuras cejas, con el fulgor de sus ojos y la magia de sus palabras moviendo a risa y llanto a la vez, adquiere a nuestros ojos una dignidad que deja inmensamente atrás a todas las dignidades. ¿No lo creéis así? Pues bien: si por misericordia divina

pudiésemos librarnos y arrojar lejos de nosotros, como es indudable que ocurrirá algún día (y plegue a Dios que no sea lejano) esa grillera importuna, insustancial y chillona en todas sus formas y variedades, a la que se ha dado en llamar *dilettantismo,* escepticismo, frivolidad; si la creencia en la apariencia y exterioridad de las cosas pudiésemos reemplazarla por una verdadera fe en las cosas reales y no en sus simulacros, de manera que a un hombre le fuese dado obrar a impulsos de lo uno y contase lo demás como no existente, ¡que sentimiento más vivo y espontáneo no experimentaría entonces por la persona de ese Burns!

No sólo esto; ¿por ventura no tenemos en esas edades, tales como son, dos simples poetas, no diré clasificados, pero sí poco menos que beatificados? Shakespeare y Dante son santos de la poesía; y realmente, si bien lo meditamos, podemos decir que su *canonización* ha sido obra de los pueblos. Abriéndose paso a través de perversas obstrucciones, Dante y Shakespeare son dos entes singularísimos. Separados uno de otro, viven en una especie de real y majestuosa soledad sin segundo, investidos, por el sentimiento general de los pueblos, de una especie de trascendentalismo y rodeados de la aureola de la perfección absoluta. Sin que haya tenido que intervenir en ella el poder del Papa ni influencia alguna de la tierra para lograrlo, están canonizados; tan grande es, a pesar de la corrupción actual de nuestros prosaicos tiempos, nuestra indestructible reverencia por el heroísmo.

Discurramos, pues, un poco sobre ambos poetas, Dante y Shakespeare; lo escaso que se nos ocurrirá sobre el héroe como poeta, tomará por sí mismo la forma más adecuada de comprensión.

Aunque con menguado criterio, se han escrito numerosos volúmenes sobre Dante y su libro, sólo por vía de comentario. Puede decirse que su biografía está irremediablemente perdida para nosotros. Hombre de poca importancia, desterrado de su patria, errando de una a otra parte, sin vivienda fija, con el peso de todas sus tristezas escrito en la frente, llamó poco la atención, y casi nadie se compadeció de sus dolores. Las escasas noticias que de él había desaparecieron en el espacio de tiempo que de él nos separa. Lo único que nos queda de su vida, prescindiendo de los comentarios, es su libro. ¡El libro y, quizá, podría añadirse aquel retrato atribuido al pincel de Giotto, retrato que al mirarlo no podéis menos de creerlo genuino, sea de quien fuere!

Aquel semblante es para mí altamente conmovedor, acaso el más conmovedor que conozco. Solitario, como surgiendo del vacío, ceñida por sencillo laurel la frente que refleja los dolores y pesares que nunca mueren y la esperanza del triunfo, que no muere tampoco, ésta es la historia de Dante. Creo que es uno de los rostros más lúgubres que jamás se pintaron de la realidad, conmovedora a la vez que trágica. Hay en aquella faz, como fundamento, la dulzura, el cariño, la afectuosa docilidad infantil, pero todo esto como congelado en una contradicción discordante: abnegación, aislamiento y el dolor del orgullo desesperado.

Aquella alma, tan dulcemente etérea, tiene un mirar severo, torvo, punzante, como si saliese de duras cárceles de hielo. Al mismo tiempo, su dolor, silencioso, es despreciativo y altanero; pliega su labio soberano desdén provocado por el objeto que le roe el corazón y al que mira como cosa despreciable e insignificante, como si aquel a quien tortura y martiriza fuese superior a todo dolor. Aquella cara es la de los que viven en eterna protesta y batalla con el mundo: de los que mueren, pero sin rendirse: es trasunto del amor trocado en indignación, indignación implacable, lenta, callada, como pudiera serlo la de un dios. En la mirada veis también pintados la sorpresa y el asombro, como si inquiriese: «¿Por qué se amasó así el mundo?» Este es Dante: así oímos el acento de aquella voz, al través del silencio de diez siglos, entonando su místico e insondable canto.

Lo poco que sabemos de la vida de Dante corresponde perfectamente con este retrato y con su obra magna. Nació en Florencia, de familia distinguida, en 1265. Su educación fue de lo superior de aquellos tiempos; mucha teología escolástica, lógica aristotélica y algo de clásicos latinos, conocimientos no despreciables en su época; y es de presumir que Dante, con su natural inteligente y serio, aprendería cuanto había que aprender y mejor que nadie. Inteligencia clara, cultivada por el asiduo estudio, penetración sutilísima, excelente fruto de sus lecturas, todo se lo debe a los doctores escolásticos.

Conoce perfectamente bien lo que tiene al alcance de la mano; pero en aquel tiempo, sin libros impresos, sin comercio ni trato con las gentes, no podía apreciar bien lo que estaba distante: la pequeña y clara luz, brillantísima para todo lo inmediato, quiébrase y se transforma en un singular *claroscuro* que ilumina débilmente lo lejano.

Estos fueron los conocimientos que adquirió Dante en las escuelas. En la vida pasó por todos los destinos de costumbre; hizo dos campañas como soldado al servicio de Florencia; desempeñó cargos diplomáticos, y a los treinta y cinco años, por sus talentos y servicios, llegó a ser uno de los principales magistrados de Florencia. Cuando muchacho, se encontró con cierta Beatriz Portenari, preciosa niña de su propia edad y alcurnia, y desde entonces crecieron a la vista uno del otro, no sin cierta mutua inclinación amorosa.

Conocida es la batalla y apasionada relación que el poeta hace de ese hermoso episodio de su vida; de cómo llegaron a separarse y contrajo ella matrimonio, muriendo al poco tiempo. Beatriz es una de las más interesantes figuras en el poema de Dante, y es seguro que influyó mucho en los acontecimientos de su vida. Muerta ella, el poeta contrajo matrimonio, pero no parece que en aquel estado fuese tan feliz como era de desear, sino muy al contrario. Es de imaginar que aquel hombre severo, riguroso, de carácter susceptible e irritable, no era de los que nacieron para ser dichosos.

Pero no nos querellemos de las miserias e infortunios de Dante. Si todo hubiera sucedido a gusto y medida de sus deseos, hubiera llegado a

prior, podestá o como queráis llamarlo, de Florencia, queridísimo de sus conciudadanos, y el mundo hubiera carecido de una de las más grandiosas palabras jamás habladas o cantadas. Habría tenido Florencia otro señor corregidor feliz y satisfecho; y los diez siglos silenciosos hubieran continuado mudos, y los otros diez siglos oyentes (porque serán diez y más aún) no hubieran llegado jamás a oír *La Divina Comedia.* No nos quejemos, pues. A Dante le estaba reservado mucho más noble destino, y él, luchando como un hombre que conducen al suplicio de muerte, no tenía más remedio que cumplirlo. ¡Dejarle elegir su felicidad! ¿Sabía por acaso Dante, ni más ni menos que nosotros, lo que es ser realmente dichoso o desgraciado?

Durante el priorato de Dante, las discordias de güelfos y gibelinos —Bianchi Neri— llegaron a tal extremo, que el poeta, cuyo partido pareciera el más fuerte hasta entonces, se vio inesperadamente, desde la cima del poder, condenado al destierro y a llevar en adelante una vida de peregrinación y dolores. Vió confiscada su hacienda, y tuvo el vehemente sentimiento de que cuanto con él se hacía era injusto, nefando a los ojos de Dios y de los hombres. Cuanto estuvo en su mano lo hizo para que se le restableciese en su antiguo estado, valiéndose al efecto aun de la sorpresa a mano armada, pero en vano; únicamente consiguió empeorar su situación.

En los Archivos de Florencia existe todavía, si no me engaño, un documento público sentenciando a Dante a ser quemado vivo donde quiera que se le prenda. «Quemado vivo», así se dice que está escrito: ¡qué curioso documento cívico! Otro documento curioso también, pero muchos años posterior al citado, es una carta de Dante a los magistrados florentinos contestando otra de éstos, concebida en términos más suaves, y en la que se le indicaba que podría volver a la patria a condición de una apología y una multa. Su respuesta es concluyente y severa: «Si no se me concede volver sin declararme a mí mismo delincuente, no volveré jamás»: *nunquam revertar.*

No había ya en la tierra patria ni hogar para Dante. Comienza su vida azarosa, errante, que le obliga a exclamar con amarga expresión: «¡Cuán duro es el camino!» (*Come e duro calle!*) Los desdichados son huéspedes desagradables. Pobre y desterrado, de carácter serio y altivo, de temperamento enojadizo y abstraído, no era Dante hombre para ganarse amigos. Cuenta Petrarca, refiriéndose a él, que hallándose en la corte de *Can della Scala,* censuráronle un día su genio taciturno y melancólico, a lo que contestó no muy cortésmente. Encontrábase Della Scala en medio de sus cortesanos, con sus mimos y bufones (*nebulones ac histriones*), que le entretenían alegremente, y volviéndose hacia Dante, le dijo: «¿No os parece extraño que uno de estos locos sea tan dicharachero y divertido, mientras que un hombre tan sabio como vos se pasa los días sentado en un rincón, sin tener palabra alegre que decir?» Dante contestó amargamente: «No; nada tiene de extraño; recuerde vuestra alteza el proverbio: Tal para cual.»

Dado lo uno, lo otro es consecuencia forzosa. Un hombre tan altivo y taciturno, malhumorado siempre, que solía responder con sarcasmos, no podía prosperar en corte alguna. Convencióse poco a poco de que no había para él en el mundo lugar, descanso ni esperanza de bien alguno. El mundo le había arrojado de sí, le había condenado a vagar de una parte a otra, sin corazón alguno que le amase. No había consuelo para él en toda la redondez de la tierra.

Así, todo lo eterno y sobrenatural había con mayor razón de impresionarle profundamente ante aquella horrible realidad en la cual flotaba, como quimérica sombra pasajera, el mundo de un día, con la visión de Florencia y el recuerdo de sus destierros. No volvería a ver ya su ciudad natal; pero el Infierno, el Purgatorio, el Cielo, esos sí que con seguridad los vería. ¿Qué era Florencia, *Can della Scala,* y el mundo, y la vida, todo en fin? La eternidad: allí indudablemente y no a ninguna otra parte irían a parar él y todo lo existente.

Sin hogar en la tierra, la gran alma de Dante fue acostumbrándose a otra patria y a otro hogar en aquel otro mundo más imponente y misterioso. Su pensamiento estaba naturalmente absorto en este asunto, para él de capital importancia. Con cuerpo o sin cuerpo, con forma o sin ella, éste es el hecho importante que a todos los hombres interesa; mas para Dante aparecía entonces con la rigurosa certidumbre de una demostración científica. Ni más ni menos que nosotros, no dudaba él de la existencia de Constantinopla, de que el pozo *Malebolge,* con sus tristezas, sus *alti guai* y círculos tenebrosos se encontraba allí, y que él mismo, con sus propios ojos, había de verlo. Largo tiempo henchido de tales imágenes y pensamientos, combatiendo incesantemente con la sagrada inspiración que le anima, rompe al fin su corazón el helado cerco que le oprime y se desborda en un torrente de voces y cantos místicos que se convierten en uno de los libros modernos más notables: *La Divina Comedia.*

Gran consuelo debió de ser para Dante, y creo que lo es en efecto, sentirse a veces poseído de un sentimiento de noble orgullo al considerar que él, aun desterrado de su patria, sin hogar y sin amigos, podía llevar a cabo aquella obra, que ningún hombre, ni todos los hombres y Florencias juntas, podían impedirle y menos ayudarle ni poco ni mucho a darle cima. Presumía también, aunque no del todo, que la empresa era grande, la mayor que pudiese acometer hombre alguno. Si tú sigues tu estrella... *Se tu segui tua stella...,* así el héroe, en su total abandono y extrema necesidad, podía aún decirse: «¡Sigue tú estrella, y no te faltará un glorioso asilo!» El trabajo de escribir —y verdaderamente no podía ser de otro modo— vemos que había de ser penosísimo para él. Bien claro lo dice: «Este libro ha estado consumiéndome muchos años.» Consumiéndole, sí; porque todo él lo compuso entre dolores y angustiosas circunstancias, no entre placeres y jolgorio, sino en brazos de una situación realmente penosa. Su libro, como por lo demás lo son todos los buenos libros, fue escrito, en muchos sentidos, con la sangre de

su propio corazón; la historia del poeta, toda su historia está en este libro. Murió poco después de terminarlo, de edad poco avanzada, a los cincuenta y seis años: dolencia cardíaca, más que nada. ¡Rávena, ciudad de su muerte, guarda sus cenizas! *Hic claudor Dantes patriis extorris ab oris.* Los florentinos reclamaron su cuerpo un siglo después; Rávena no quiso darlo. «Aquí yazgo yo, Dante, extrañado de sus patrios lares.»

Dijimos que el poema de Dante era un canto. Tick le llama un canto místico insondable, y éste es literalmente su carácter. Afirma Coleridge en alguna de sus obras, y tengo la observación por muy precisa, que allí donde se encuentra una sentencia musicalmente expresada, algo bueno y profundo ha de haber también en su significado, porque el cuerpo y el alma, la palabra y la idea, van singularmente unidos en esto como en todo lo demás.

El canto, como ya antes hemos manifestado, es lo heroico en el discurso; todos los viejos poemas, el de Homero, lo mismo que los demás, son auténticamente cantos. En rigor, debe decirse que lo son todos los poemas; que lo que no es *cantado* no puede propiamente ser poema, sino un pedazo de prosa dislocada, que por esta razón podría llamarse sonajera, con perdón de la Gramática, y, por lo menos, desconsuelo del lector.

Lo que hace falta es comprender, penetrar el pensamiento del hombre, si es que lo tuvo: ¿por qué había de dislocarlo y convertirlo en sonajeril ruido pudiendo expresarlo sencillamente? Sólo cuando el corazón del hombre se transporta, en alas de la pasión, a las regiones de la melodía, y el acento de sus clamores llega a lo que dice Coleridge, a convertirse por la grandeza y profundidad musical del pensamiento, en notas de armonía, es cuando puede concedérsele patente para rimar y cantar, llamarle poeta y escucharle como lo heroico de los oradores, cuyo discurso *es* canto.

Los pretendientes a esta categoría son muchos, y para el lector formal presumo que la lectura de líneas rimadas será la más de las veces melancólica, por no decir insoportable tarea. La rima que no tenga íntima necesidad de serlo, debe decirnos sencillamente, sin acompañamiento de sonajas, cuál es el objetivo de sus pretensiones. A todo hombre que *pueda* expresar su pensamiento, aconsejaríale que en manera alguna lo cantase, haciéndole comprender que en tiempos serios y entre hombres serios también, no hay vocación en él, poca ni mucha, para cantarlo. Precisamente porque amamos el verdadero canto y lo apreciamos como superior don celeste, aborrecemos de todo corazón el canto insincero y considerámosle pura garrulería, campana rota, cosa superflua del todo y aun ofensiva.

Uno de los mayores encomios que de Dante pueden hacerse es decir que su *Divina Comedia* es, en todos sentidos, un canto de los más genuinamente verdaderos. Su misma entonación es un *canto fermo*, una canturía solemne y progresiva. El lenguaje, la misma *terza rima*, ayudáronle indudablemente mucho para ello. Su lectura, por virtud de

cierto armónico al par que placentero dejo, es en extremo agradable, y no podía ser de otro modo, porque la esencia y materia del asunto son de por sí la propia esencia de la cadencia y el ritmo. Su misma sinceridad, con la profundidad y arrobamiento de la pasión, convierte el poema en una obra perfectamente musical. Reina en su conjunto un espíritu de íntima y verdadera simetría, que podemos llamar armonía arquitectural, porque todo está ajustado y tiene las exactas proporciones de una obra arquitectónica, y de igual manera participa del genio y carácter de la música.

Los tres reinos, *Infierno, Purgatorio, Paraíso*, míranse de frente como compartimientos de un grande edificio, de un templo inmenso, infinito, sobrenatural, que llena de asombro la vista por lo tremendo y severo de su grandeza: ¡el mundo de las almas de Dante!

En el fondo, en el más sincero de todos los poemas, esta cualidad, y no otra, da la medida de su verdadero mérito. Procedía aquí de lo más hondo del corazón del poeta, corazón de todos los corazones, que va internándose profundamente, a través de los siglos en lo más hondo del nuestro.

Cuando le veía por la calle solía decir la gente de Verona: *Eccovi l'uom ch'e stato all' Inferno!* «¡Ahí va el hombre que ha estado en el Infierno!» Y era verdad: había estado en el Infierno, en muchos infiernos; entre las más amargas experiencias, decepciones y pesadumbres infinitas; las mismas amarguras por que han tenido que pasar seguramente sus iguales. Las comedias que llegan a ser *divinas*, no alcanzan a serlo de otro modo. El pensamiento, todo trabajo verdadero, sea del género que fuere, aun la más sublime virtud, ¿acaso no son fruto, productos del dolor, nacidos, por decirlo así, del fondo de las tempestades? ¿No es el verdadero esfuerzo, realmente, como el cautivo que lucha por la libertad? Tal el pensamiento. Por más que hagamos, sólo el *sufrimiento* puede hacernos alcanzar la perfección. Y de cuantas obras conocemos, repitámoslo, no hay ninguna elaborada como la de Dante. Parece fundida en el horno más encendido de su alma, y puede decirse que tras largos años de labor, consumió el aura vital de su cuerpo No sólo el conjunto de la obra, sino todas y cada una de sus partes fueron trabajadas con el más ardiente celo y delicada solicitud, hasta convertirlas en verdad y virtualidad visibles. Todas las partes se corresponden mutuamente, ajustándose cada una al lugar que le corresponde ni más ni menos que un bloque de mármol cuidadosamente cortado y pulimentado. Es el alma de Dante y, dentro del alma de Dante, el alma de la Edad Media, convertida desde entonces, por la maravillosa virtud del ritmo, en alma mortal e invisible para todas las edades, no en trabajo ligero, sino en intensísima labor.

Tal vez podría decirse que el carácter preeminente y que prevalece en el genio de Dante y que por completo le domina y señorea, es la *intensidad* con todo a cuanto esta eminente cualidad se refiere. No se nos

presenta el poeta inspirado por un espíritu vasto y eminentemente católico, sino más bien influido y dominado por el estrecho espíritu del sectario, cosa que en parte podría muy bien atribuirse a influencia de los tiempos, a la educación y situación de su persona, y, en parte también, a la natural disposición de su carácter.

Bajo todas las formas y sentidos, reconcentrose su grandeza dentro del énfasis fogoso y vehemente y la profundidad insondable. Es grande como el mundo, no por ser como él vasto, sino porque tiene la profundidad del mundo. A través de todos los objetos penetra, por decirlo así, hasta llegar al corazón del ser.

No conozco nada tan intenso como Dante. Considerad, por ejemplo, comenzando por las manifestaciones más superficiales de su intensidad, la manera como se sirve de la palabra para pintar. Su facultad de visión es grandiosa; sorprende la verdadera imagen de una cosa y os la presenta tal cual es, ni más ni menos. Recordad aquella primera perspectiva de Dite, la ciudad infernal: rojos pináculos, conos de hierro calentados al rojo, alumbrando con siniestros fulgores las tristes sombras de aquella soledad inmensa; ¡tan vívida, tan distinta y visible de una vez para siempre!

Este es un emblema del genio de Dante. Hay en él tal concisión, exactitud tan sorprendente, que el mismo Tácito no le gana en estas cualidades, y luego en Dante son a modo de condensación, de espontaneidad naturales. Una palabra de efecto y luego una pausa; nada más. Su silencio más elocuente que sus palabras. Es singular la gracia con que se apodera de la verdadera semejanza de su objeto: parece penetrarle con pluma de fuego. Pluto, el gigante fanfarrón, con la reprensión de Virgilio, cae «como las hinchadas velas, roto de repente el mástil»; o aquel pobre Brunetto Latini, con su rostro cocido[1], tostado, oscuro, flaco; y la «nieve de fuego» que cae sobre ellos; ¡una «nieve de fuego sin viento», lenta, pesada, incansable!; o bien las tapas de las tumbas, sarcófagos cuadrados en aquel palacio ardiente, oscuro y silencioso; tormento cada uno de un alma, con las tapas abiertas que no se cerrarán hasta el día del Juicio Final. ¡Toda una eternidad! ¡Y luego aquella Farinata que se alza, y aquel Cavalcante que cae al oír hablar de su hijo, con su acento pretérito: *¡fue!*

En Dante, hasta los movimientos tienen algo conciso, rápido, decisión casi militar. Este modo de pintar procede de lo más íntimo de la esencia de su genio. Es la fogosa y ligera naturaleza italiana del poeta, silenciosa y apasionada, de movimientos rápidos, bruscos, secretos y silenciosos furores, que por sí mismos hablan en todo el poema.

Aunque esto del pintar es una de las manifestaciones más externas del hombre, procede, no obstante, así como todo lo demás, de la facultad esencial, dominante en él; es la nota fisonómica de todo el hombre.

---

[1] *Cotto aspetto.*

Dadme un hombre cuyas palabras os pinten una semejanza, y habréis hallado una persona que vale algo: observad su manera de proceder y la encontraréis muy característica del hombre. En primer lugar, no habría de ningún modo podido distinguir el objeto o ver su raíz vital, a menos de que hubiese, como suele decirse, *simpatizado* con dicho objeto, simpatía que podría conferir a los demás. Tuvo también que ser sincero en el estudio del asunto; es decir, sincero y, a la vez, simpático. Un hombre sin mérito no puede daros la semejanza de cosa alguna; sobre todo, cuanto le rodea no tiene fundamento ninguno en que apoyarse, a no ser las exterioridades y apariencias engañosas del sofisma, la trivialidad y los rumores efímeros.

¿No podría decirse, con fundamento de verdad, que la inteligencia se da a conocer del todo por medio de esta facultad de discernir lo que son los objetos de por sí individual y colectivamente? Ni podría conocerse de otra manera, por grandes que fuesen las cualidades intelectuales de un hombre. ¿Hay en los asuntos de la vida algo que solventar? El hombre de talento es el que descubre lo esencial de la cuestión y desecha lo demás como innecesario; aquí el talento del hombre de negocios es el que inquiere la verdadera *semejanza* de la cosa que trae entre manos, no la falsa y superficial. ¡Y cuánta *moralidad* hay en la clase de conocimiento que alcanzamos de cualquier cosa, viendo en todas lo que consigo trae la facultad de ver! Para el ojo vulgar, todo es trivial, como el ictérico lo ve amarillo todo. Cuentan los pintores que Rafael es el mejor de los retratistas. Por perspicaz que sea, no hay ojo que apure toda la significación de un objeto. En la más vulgar fisonomía hay mucho más de lo que a Rafael le era posible trasladar al lienzo.

No sólo son gráficas y concisas las descripciones de Dante, sino que, por lo verdaderas, causan la impresión de un incendio en noche tenebrosa. Consideradas con más amplio criterio, son nobles en todas y cada una de sus partes como el producto de una grande alma. Francesca y su amante... ¡qué no hallaréis en aquel episodio, que parece bordado con los hilos de luz del iris reflejados en un fondo de oscuridad eterna! Es algo así como acorde suavísimo de melodioso instrumento, que invade nuestros corazones como un lamento de tristeza infinita. Un sentimiento de mujer al mismo tiempo: *della bella persona, che mi fu tolta;* ¡y cómo aún, en aquel lugar de tormentos, existe el consuelo de que él jamás se apartará de su lado! ¡Qué tristísima tragedia en estos *alti guai!* ¡Y cómo los recogen los vientos entre sus nubes tormentosas y se los llevan por aquel *aer bruno,* para repetirlos nueva y eternamente!

¡Cosa singular! Dante era amigo del padre de aquella pobre Francesca: la misma Francesca, cuando niña inocente, alguna vez sentóse en las rodillas del poeta. Compasión infinita, pero ley también infinitamente rigurosa, tal es la Naturaleza y así comprendióla Dante.

¡Cuán pobre y miserable idea esa de crecer que *La Divina Comedia* no es más que un desdichado y bilioso libelo, impotente y terrenal, sin más objeto que el de meter en los infiernos a aquellos de quienes no puede el

poeta vengarse en la tierra! Creo que, si jamás pudo en el corazón de un hombre existir la compasión, la compasión sublime y tierna de una madre, este corazón fue el de Dante.

Pero el hombre que no conoció el rigor, no puede conocer la compasión tampoco. Este noble sentimiento será en él cobardía, egoísmo, sentimentalismo o cosa poco mejor. No conozco, no sé de otro amor que pueda parecerse al de Dante, amor compasivo, tímido al par que vehemente, suave como el suspiro quejumbroso del arpa eólica, como el del inocente corazón de un niño, amor salido de un corazón austero, triste, llagado. Aquella ansiedad por ver a Beatriz; su encuentro con ella en el Paraíso; su arrobamiento al contemplar la pureza de sus transfigurados ojos, de los ojos de aquella mujer purificada tras largos años por la muerte y separada de él a tanta distancia, compárolo yo al canto de los ángeles, manifestación de amor de las más puras que jamás salieron del alma humana.

Por lo que dice a lo *intenso,* Dante lo es en todo; ha penetrado en la esencia de todas las cosas. Su vigor intelectual como pintor descriptivo y, a veces, también como razonador, no es más que el resultado de todas las demás especies de intensidad, y, sobre todo, debemos llamarle moralmente grande; éste es el principio de todo. Su dolor y su desdén son tan trascendentales como su amor; porque, en verdad, ¿qué representan sino el *inverso* o *converso* de su amor? A *Dio spiacenti ed a' nemici sui.* Aborrecible a Dios y a los enemigos de Dios: desdén sublime, silencioso, implacable de aversión y reprobación. *Nom ragionam di lor.* No hablemos de ellos, miremos y pasemos. O bien esta otra: No tienen esperanza de morir: *Non hanno speranza di morte.*

Un día despertó en su destrozado corazón el pensamiento austeramente benigno de que él, Dante, a pesar de todos los dolores y miserias que le agobiaban, tenía la seguridad de *morir*; que no le era dado al Destino ni tenía poder para sentenciarle a no morir. Son sus palabras. En lo tocante al celo, a la flexibilidad y penetración profunda, no hay con quien compararle en los tiempos modernos; para eso tendríamos que remontarnos a la época bíblica y vivir con los antiguos profetas.

No nos satisface gran parte de la crítica moderna que prefiere el *Infierno* a las otras dos partes del poema. Estas preferencias se deben a la escuela sentimentalista y byroniana, que es fácil desaparezca. El *Purgatorio* y el *Paraíso,* especialmente el primero, puede casi decirse que es todavía más excelente que el *Infierno.* Noble concepción es la de aquel *Purgatorio,* montaña de purificación, emblema de lo más elevado de aquellos tiempos. Si el pecado es fatal y el infierno lo más tremendo, también encuentra en el arrepentimiento su purificación el hombre; el arrepentimiento es lo más sublime del cristianismo.

La manera como lo describe Dante es hermosísima. El *tremolar dell'onde,* aquel vaivén de las olas en el crepúsculo matutino, las tintas del alba iluminando a lo lejos a los dos viandantes solitarios, es como la representación de un cambio de naturaleza. Ahora amanece la espe-

ranza, la esperanza que nunca muere, ni acompañada de las más duras calamidades. La lóbrega morada de réprobos y demonios queda debajo de nuestras plantas; un hálito de penitencia suavísima remonta y sube hasta el trono de la misma misericordia.

«¡Rogad por mí!», exclaman todos a una los habitadores de aquel monte de infortunios. «Decid a mi Giovanna, a mi hija Giovanna, que ruegue por mí; su madre no creo ya que me ame.» Y continúan trepando penosamente por aquellos enhiestos montes, corcovados como cariátides de un templo; algunos de ellos, casi aplastados por el pecado del orgullo, pero esperanzados de que en el transcurso de los años, de los siglos y de innumerables edades, alcanzarán las celestes cumbres donde les admitirá la misericordia divina.

¡Qué júbilo general cuando consigue entrar uno por las puertas celestiales! Toda la montaña se estremece de gozo, y por todas partes resuena el himno de alabanza cuando un alma purificada por el arrepentimiento perfecto logra desprenderse de toda mancha de pecado. A esto llámole yo una noble encarnación de un pensamiento verdaderamente noble.

Los tres compartimientos se mantienen y corresponden mutuamente, y son indispensables uno a otro. El *Paraíso,* a mi modo de ver, es una especie de música inarticulada, la parte redentora del *Infierno;* sin él, carecería éste de verdad. Los tres realizan el verdadero mundo invisible, simbolizado en el cristianismo medieval, una cosa eternamente memorable, verdadera siempre en su propia esencia para todos los hombres, simbolismo jamás ideado por alma alguna con verdad tan grande y profunda como Dante, poeta *enviado* para contarlo y para que perdurase por muchos siglos.

Cosa digna de notarse es la manera sencilla, concisa, con que pasa de las realidades de esta vida a las de la vida invisible, y cómo desde la segunda o tercera estrofa nos hallamos ya en la región de los espíritus y vivimos en ella como entre cosas reales y palpables. El mundo tangible y sus hechos no eran para Dante más que el vestíbulo de otro mundo infinitamente más alto. Tan sobrenatural en el fondo era el uno como el otro. ¿No tiene cada hombre un alma? Pues entonces no será solamente un espíritu; lo es ya. Para Dante, el hecho es del todo visible: lo cree, lo ve, y por eso lo canta. Ahora, como siempre, repitámoslo, la sinceridad es el mérito que redime.

El *Infierno,* el *Purgatorio* y el *Paraíso* son, además, un símbolo, una representación emblemática de su creencia en ese universo; algún crítico futuro, como aquellos escandinavos de que hablamos el otro día, y que habrá dejado de creer lo que creía Dante, no verá en todo esto sino una alegoría, quizá ociosa y vana en concepto suyo, y, sin embargo, es una de las más sublimes encarnaciones del alma del cristianismo, que nos pone de manifiesto por medio de emblemas arquitecturales y estupendos como el mundo, la manera como aquel poeta cristiano llegó a comprender que el bien y el mal eran los dos elementos polares de aquella creación, sobre

los cuales gira todo; que ambos elementos difieren, no por *preferibilidad*[1] del uno o del otro, sino por incompatibilidad infinita y absoluta, ya que el uno es sublime y alto como la luz y el cielo, y el otro, negro y horrible como la gehena y el pozo del Infierno.

Sempiterna justicia, pero acompañada de penitencia y conmiseración eterna: todo el cristianismo, según lo comprendieron Dante y la Edad Media, está aquí simbolizado. Simbolizado, sí; dijímoslo el otro día; pero ¡con qué fuerza de verdad e inconsciencia de representar ningún emblema! Infierno, Purgatorio, Paraíso, no se crearon para representación de emblemas. ¿Vivió, por ventura, en la inteligencia de nuestra moderna Europa pensamiento alguno de que fuesen para nada emblemas? ¿Acaso no eran hechos indudables, dignos de culto, el corazón del hombre considerándolos prácticamente verdaderos y la naturaleza confirmándolos en todas partes?

Así sucede siempre con estas cosas. Los hombres no creen en alegorías. El crítico futuro, sea el que fuere su modo de pensar moderno, que considere este nuevo trabajo de Dante como si fuese o representase una mera alegoría, caerá, indudablemente, en lamentable error.

Nosotros hemos considerado el paganismo como veraz expresión del sentimiento ferviente y respetuoso del hombre hacia el universo. Pero notad la diferencia del paganismo y el cristianismo. Aquél lo simbolizan principalmente las operaciones de la Naturaleza: los destinos, los esfuerzos, las luchas, las combinaciones y vicisitudes de las cosas y de los hombres en este mundo. El cristianismo simbolizó la ley humana del deber, la ley moral del hombre. La una para la naturaleza sensual y afectiva, ruda, pobrísima manifestación del primer pensamiento de los hombres, la principal y reconocida virtud, el valor, la superioridad sobre el temor. La otra no pertenece a la naturaleza sensitiva del hombre, sino a su naturaleza moral. Aunque sólo fuese en este respecto, ¡cuánto progreso indica!

Así, y de manera muy singular, encontraron diez siglos silenciosos una voz en este poeta. *La Divina Comedia* escribióla Dante, pero en puridad pertenece a los diez primeros siglos del cristianismo; a Dante el artificio, el trabajo y la última mano. Así acontece siempre. ¡Cuán poco de lo que hace el artífice, el forjador con los metales, instrumentos y el propio ingenio es en realidad obra suya! Todos los ingenios inventivos de las edades pasadas trabajan con él. Dante es el orador, el cantor, la Edad Media que habla; el pensamiento en que vivieron está interpretado en las notas musicales e imperecederas del poema. Aquellas sublimes ideas en él vertidas, hermosas al par que terribles, son fruto de las meditaciones cristianas de todos los hombres buenos predecesores suyos. Si él no hubiera hablado, muchas cosas habrían permanecido mudas; no

[1] *Preferability* en inglés. Hay que acudir a este neologismo para expresar claramente la idea del autor.

hubieran muerto, pero su acento no hubiera resonado como ahora poderoso.

Además, ¿ese canto místico no es acaso la manifestación a la vez de una de las más grandes almas y de lo más elevado que en Europa se hubiese hasta entonces visto? El cristianismo expuesto por Dante es cosa muy distinta del paganismo ideado por el tosco pensar de los nórticos, y muy distinto también del cristianismo bastardo predicado semiarticuladamente en los desiertos de Arabia setecientos años antes.

La *idea* más noble, hecha hasta allí *real* entre los hombres, cántala ahora y la simboliza hasta lo infinito uno de los hombres más nobles. En uno u otro sentido, ¿no tendremos motivos de estar contentos de su posesión? Creo que durará todavía miles de años, porque cuanto proviene de lo más íntimo y recóndito del alma humana, difiere por completo de lo que procede de su parte externa y más superficial. Esta dura lo que un día, lo que un capricho de la moda, y desaparece en la corriente de sus volubilidades; la que surge de lo interno, no está sujeta a cambios de ninguna clase; lo mismo es ayer que hoy, y será mañana como siempre.

En todas las venideras generaciones, las almas elevadas que estudien y consideren a Dante, encontrarán en su obra el sentimento de un cariñoso y fraternal afecto: la sinceridad profunda de sus pensamientos, sus infortunios y sus esperanzas hablarán a su sinceridad de igual modo, y experimentarán por Dante el sentimiento de la fraternidad.

El capitán del siglo prisionero en Santa Elena, se entusiasmaba con la veracidad genial del cantor de la *Ilíada*. El más antiguo profeta hebraico, vestido muy distintamente que nosotros, habla aún al corazón humano, porque su voz arranca de su corazón mismo: éste es el secreto de vivir largo tiempo en la memoria. Por su sinceridad profunda, Dante es también a manera de un profeta antiguo; como las de aquéllos, sus palabras provienen de su propio corazón. ¿Maravillaría si predijese que su poema es una de las cosas más duraderas que se hayan hecho en Europa? Nada hay que dure como la palabra verdaderamente hablada. Todos los templos góticos, todos los mármoles y bronces y los demás órdenes exteriores, por duraderos que sean, son cosa de un día comparados con una voz del corazón tan insondable como la voz de Dante. Compréndese, siéntase que ha de sobrevivir, sin menguar en importancia para los hombres, cuando todo lo demás haya tenido que sucumbir y, convertido en nuevas y desconocidas combinaciones, haya cesado individualmente de ser.

Grandes imperios, soberbias ciudades, enciclopedias, credos, cuerpos de opinión y de costumbre ha creado Europa; pero en la clase de pensamiento de Dante ha hecho poquísimo. Homero vive todavía; está en presencia de cada uno de nosotros, habla aún con todas las almas dispuestas a reconocerle y oírle; pero la Hélade, ¿dónde está? Desolada hace miles de años, desaparecida, lejos de nosotros; sólo queda de ella un confuso montón de piedras y de escombros; la vida ausentóse de ellos,

convertida está en polvo, ¡como en polvo volaron las cenizas del rey Agamenón! Grecia fue; no existe ya sino en las palabras que habló.

No nos detendremos mucho en averiguar la utilidad, la necesidad o el servicio que con su poema pudo prestar Dante. Un alma racional que ha penetrado una vez dentro del elemento primitivo del *canto*, y nos ha aportado, haciéndolo adecuadamente, algunos de sus misterios, esta alma ha laborado en las *profundidades* de nuestra existencia, alimentando por larga serie de siglos las raíces vitales de cuanto excelente hay en lo humano, sea lo que fuere, y de un modo en que las *utilidades* no es fácil calcularlas bien. No estimamos el sol por la cantidad de gas que nos ahorra: Dante podrá ser inevaluable, o sin mérito ni valor alguno.

Hagamos, no obstante, una observación: establezcamos el contraste entre el héroe poeta y el héroe profeta. En cien años, Mahoma llevó sus árabes a Granada y a Delhi: los italianos parece que estén todavía, con poca diferencia, donde Dante los dejara. ¿Podría argüirse racionalmente de esto que fue pequeño en comparación el efecto de Dante sobre los pueblos? En ningún modo: el campo donde trabajó el vate florentino fue mucho menos extenso, pero también mucho más noble y esclarecido; no menos, sino más importante que el del poeta islamita. Mahoma dirige su palabra a las muchedumbres en el tosco dialecto propio de ellas, adaptado a su comprensión, dialecto plagado de inconsistencias, vulgaridades, crudezas y desatinos; únicamente sobre las grandes masas puede tener influencia, extrañamente amalgamado el mal con el bien. Dante dirige su voz a todo lo noble, puro y grande de todos lugares y tiempos. No envejece, no sufre el arcaísmo del otro. Dante brilla en el firmamento con la pureza de una estrella fija, a la cual, y en busca de luz para sí mismos, vuelven los ojos los grandes, los privilegiados de todas las edades: es la posesión, la herencia de todos los escogidos del mundo por tiempos ilimitados. Puede afirmarse que Dante sobrevivirá largo tiempo a Mahoma. La balanza está así en su fiel nuevamente.

De todos modos, opinamos que ningún hombre ni obra de hombre alguno pueden juzgarse ni medirse por el efecto que han de causar en las gentes o en el mundo, como suele decirse. ¿Utilidad, influencia, efecto? Haga cada hombre su trabajo; el fruto está al cuidado de otro, no de él. Dará su propio fruto; sea transformándolo en tronos de califas y conquistas de la Arabia de modo que llene con su renombre todas las gacetas que mañana y tarde y todas las historias, que no son más que destilaciones de gacetas, o bien sin que se manifiesten ni incorporen de ningún modo: ¿qué importa todo eso? ¡No es ése su fruto real y verdadero! El califa árabe sólo fue algo cuando algo hizo. Si la gran causa del hombre, si el trabajo del hombre en aquella tierra de Dios no hallaron estímulo ni ayuda del califa de la Arabia, ¿qué importan entonces todas las citimarras de que dispuso, el oro que se embolsó ni el estruendo y ruido que produjo en el mundo? El ruido estrepitoso de la tormenta, eso fue *él;* en el fondo, nada absolutamente. ¡Honremos una vez más el grande imperio del silencio, el inmenso tesoro que no suena en

los bolsillos ni se cuenta en presencia de los hombres! Entre todas las cosas, ésta es acaso la más útil que podemos hacer en estos ruinosos tiempos.

Así como Dante, el héroe de Italia, fue enviado al mundo para encarnar musicalmente la religión de la Edad Media, la religión de nuestra moderna Europa y su vida íntima, así puede decirse también que Shakespeare encarna para nosotros en sus dramas la vida exterior de Europa, según entonces existía en sus Ordenes de caballeros, en sus cortesanías, ambiciones, usos, prácticas, costumbres y maneras de pensar, obrar y considerar el mundo que tenían los hombres de aquella época.

Así como podríamos reconstruir de nuevo con los poemas de Homero la Grecia de los tiempos heroicos, así en Shakespeare y Dante, transcurridos miles de años, existirá todavía, visible y legible, lo que era nuestra moderna Europa en la fe y en la práctica. Dante nos dio la fe o el alma; Shakespeare, con no menos nobleza, nos dio la práctica, o el cuerpo. Esto último nos faltaba, y para ello nos fue enviado un hombre: Shakespeare. Precisamente cuando aquellas costumbres caballerescas y galantes alcanzaban su última perfección y llegaban a un punto donde no podían menos de decaer y descomponerse para ir a parar más o menos lenta o rápidamente a su total destrucción, según hoy se nos presenta a la vista por todas partes, ese otro soberano poeta, con su visión poderosa y la voz perenne de su canto, llega para tomar nota de aquellos tiempos y costumbres a fin de perpetuarlos en la humana memoria.

Fueron dos hombres idóneos: Dante, profundo, impetuoso, vehemente como el fuego central del planeta: Shakespeare, vasto, sereno, penetrante como el sol, la luz suprema del mundo. Italia produjo una de aquellas voces universales; nosotros, los ingleses, tuvimos el honor de producir la otra. Curiosísima es la manera como aquel hombre llegó entre nosotros, como si se debiese tan sólo a un mero accidente. Tan grande, tan completo, tan sereno y dueño de sí mismo en Shakespeare, que siempre se me ocurre que a no haberle perseguido aquel hidalgo aldeano por ladrón de sus conejos y venados, nunca quizá le hubiésemos conocido como poeta. Los bosques, el ambiente y la vida rústica del cazador allá en Stratford hubiéranle bastado a aquel hombre. Y luego aquel singular y general desarrollo y florecimiento en todas las esferas de nuestra británica existencia y que llamamos Era Elisabetana, ¿no vino también como por su propio consentimiento?

El árbol Igdrásil florece y se marchita por sus propias leyes, demasiado profundas para que las escrutemos. Y, no obstante, florece y se marchita, y cada una de sus ramas y cada una de sus hojas están allí por leyes fijas y eternas; pero nunca falta un Thomas Lucy que llegue a la hora señalada y convenida. Cosa curiosa e insuficientemente considerada: como todas las cosas cooperan con el todo, sin que ni una hoja desprendida del árbol y pudriéndose por los senderos deje de formar indisoluble parte de los sistemas solar y estelario, no hay tampoco

pensamiento, palabra ni humana acción que no provenga de todos los demás hombres y que no trabaje influyendo más o menos tarde, de un modo conocido o desconocidamente, sobre los demás hombres. Podemos comparar la cosa a un árbol: la circulación de la savia y demás influencias, la mutua combinación de la hoja más indiferente con la fibra más íntima de una raíz con todas y cada una de las demás partes grandes y pequeñas del todo. El árbol Igdrásil tiene sus raíces en lo más profundo de los reinos de Hela y de la Muerte, y extiende sus ramas levantándolas a lo alto del cielo.

Aquella gloriosa Era de Isabel, con su Shakespeare como producto y flor de cuanto le precediera, debe en cierto modo atribuirse a la influencia del catolicismo en todo el período de la Edad Media. La fe cristiana, que fue el tema del poema dantesco, produjo aquella vida práctica que Shakespeare había de eternizar en sus dramas, porque la religión entonces, como ahora y como siempre, era, es y será el alma de la práctica, el hecho vital primario en la vida del hombre.

Nótese aquí, como caso curioso, que se abolió el catolicismo en la Edad Media en cuanto las actas del Parlamento podían abolirlo, antes que Shakespeare, su más noble producto, hubiese aparecido. Y apareció, no obstante. Sin consultar más voluntad que la propia, la Naturaleza, con el catolicismo o con lo que para el caso conviniese, envióle al mundo sin preocuparse de actas ni de Parlamentos. Enriques e Isabelas siguieron el camino que mejor cuadraba a sus antojos, y la Naturaleza siguió también el suyo. Después de todo y pese al ruido que meten, poca cosa son las actas del Parlamento. Y si no, ¿qué acta de él, qué debate ni discusión, asamblea ni tribunal del mundo fueron los qué nos trajeron a ese hombre que se llamó Shakespeare? No fueron listas de suscripción, convites de francmasones, venta de valores públicos ni vocinglerías de ningún género, ni falsos ni verdaderos conatos. Aquella Era de Isabel, con toda su prosperidad y grandeza, vino sin proclamas ni esfuerzo alguno por parte nuestra. Shakespeare, hombre incomparable, fue un don gratuito, un acto voluntario de la Naturaleza, acto espontáneo, realizado en silencio y recibido de igual modo, como cosa de poca importancia. Y sin embargo, fue uno de los más grandes y más dignos de aprecio. Mucho deberíamos reflexionar sobre esta parte de la cuestión.

La opinión que respecto a Shakespeare solemos oír algunas veces, aunque expresada con cierto exceso de idolatría, parécenos la verdadera; creemos que el bien fundado juicio, no sólo de nuestro país, sino de Europa entera, llega poco a poco a la conclusión de que Shakespeare es el primero de todos los poetas; la mayor inteligencia que en los anales del mundo haya dejado recuerdos de sí mismo en los dominios literarios. En general, no conozco hombre alguno de tan extraordinaria facultad de visión, ni de tan colosal fuerza de pensamiento si le consideramos bajo todos sus aspectos y categorías. ¡Qué majestuosa e inalterable profundidad la suya! ¡Qué benévolo y humano vigor, qué alma verdaderamente grande y transparente aquella alma donde la creación toda, la

Naturaleza entera, con todas las infinitas variedades de la existencia, se reflejan como en la tersa superficie de un océano sin fondo!

Se ha dicho que en la construcción de los dramas de Shakespeare existe, aparte de las demás facultades, una inteligencia manifiesta, igual a las del *Novum Organum* de Bacon. Esto es verdad, y verdad que a todos sorprende. Y aún sería esta verdad más evidente y más satisfactoria si alguien probase, con los mismos materiales que Shakespeare, conseguir análogo resultado. Parece tan completo el edificio entero; están todas las partes de tal modo ajustadas en sus respectivos lugares como si allí por propia ley permaneciesen y por la misma naturaleza de las cosas, que llegamos a olvidar el primitivo y común desorden y la procedencia del material.

La misma perfección de la obra, como si fuese producto de la Naturaleza, encubre el mérito del artífice. Por esta razón podría llamarse perfecto a nuestro poeta, mucho más perfecto que ningún otro hombre, pues conoce como por natural instinto las condiciones de su trabajo, la calidad de los materiales en él empleados y de sus propias fuerzas en relativa proporción con todo lo demás. No basta una superficial y pasajera mirada; es necesario el conocimento clarísimo y estudio deliberado de todo el asunto, una percepción sutil, la facultad del vidente, una inteligencia soberana.

No hay mejor medida para juzgar del mérito literario de un individuo, que el detenido examen, en virtud del diseño y distribución artística de todas las partes del cuadro general que nos presente en la narración de algún grande acontecimiento del que haya sido testigo. ¿Qué circunstancias pueden considerarse esenciales, cuál el lugar prominente que les corresponde, y cuáles no lo son y deben descartarse, dónde está el principio verdadero, la serie sucesiva y ordenada, y el término real de la acción? Para adquirir idea de todo esto se necesita extremar toda la fuerza intelectiva residente en el sujeto. En primer lugar, éste necesita *comprender, entender* la cosa, y con arreglo a la intensidad de su *comprensión*, de su raciocinio, así será la idoneidad de su respuesta. Este será el modo de examinarle. ¿Se acomodan las cosas de modo que cada cual se ajuste a su semejante, las iguales con sus iguales? ¿Se agita entre el tumulto el espíritu del método para hacer resaltar el orden en medio de aquella confusión? ¿Es capaz el hombre de hacer surgir un mundo entre tinieblas del caos exclamando: *Fiat lux?* Pues conforme a la luz que en él resida, conseguirá llevar a cabo todo esto.

Como ya otras veces hemos dicho, donde Shakespeare es verdaderamente grande es en aquel arte de retratar y representar a los hombres y las cosas, los hombres especialmente. La grandeza del hombre se nos presenta aquí de un modo decisivo y sin competencia. No hay ejemplo de perspicacia creadora tan serena y fecunda como la de Shakespeare. La cosa que él mira, no revela esta ni aquella forma particular, sino el conjunto entero hasta el fondo, hasta descubrir sus arcanos más ocultos;

diríase que se diluye en luz en presencia suya para sorprenderle mejor con la perfección de su estructura.

¿Qué es la creación poética sino el don de *ver* también suficientemente el mismo objeto? La *palabra* que ha de representarle procede de su propia e intensa claridad. Y al mismo tiempo la *virtud* de Shakespeare, su valor, su tolerancia, su misma veracidad y candor; toda la grandeza, toda la fuerza victoriosa que huella y se alza triunfante sobre todas las dificultades y obstrucciones, ¿acaso no están visibles también a los ojos de todo el mundo?

¡Grande como el mundo es el poeta! No es pobre y corvo espejo, cóncavo-convexo que refleje todos los objetos con sus mismas concavidades y convexidades, sino un espejo perfectamente plano, esto es, dejando el símil, un hombre justamente relacionado con todas las cosas y con todos los hombres: un hombre bueno: *vir bonus.*

Asombra la manera como esa grande alma se apodera de toda especie de hombres y de objetos, Falstaff, Otelo, Coriolano, Julieta, y os los ofrece en toda su omnímoda perfección. Amante, justo, es el verdadero hermano de todos. El *Novum Organum* y toda la inteligencia y demás grandes facultades de Bacon, son cosa muy pobre en comparación de la obra del poeta, de un orden enteramente distinto, muy secundario, perteneciente a la tierra, cosa enteramente material. Entre los modernos no hallamos, en rigor, casi nada que se le acerque. Sólo Goethe nos lo recuerda. Del poeta alemán puede decirse también que vio el objeto; podéis repetir lo que él mismo escribe hablando de Shakespeare: «Sus caracteres son como los relojes con tapas de transparente cristal; señalan las horas como todos los demás y os muestran a la vez su interno mecanismo.»

¡El ojo vidente! Este es el que descubre la íntima armonía de las cosas; lo que la Naturaleza quiso dar a entender; la idea musical oculta por ella en esas rudas y frecuentemente incultas incorporaciones. Algo quiso dar a entender ella que no pasa inadvertido para el ojo vidente. ¿Son acaso cosas humildes, bajas, viles, despreciables? Llorad o reíd, como mejor os plazca; en cierto modo o de una o de otra manera podéis relacionaros genialmente con ellas; podéis callar, sufrirlas, no dejar que turben vuestra paz, volverles la espalda, hasta que suene la hora de acabar con ellas, de exterminarlas prácticamente.

El primer don del poeta, como en el fondo el de los demás hombres, es la agudeza del intelecto, la suficiencia de entendimiento. Si lo tiene, será poeta; un poeta en la palabra, o algo tal vez mejor, un poeta en acción. Si escribe, sea del modo que fuere, dependerá de las circunstancias si ha de hacerlo en prosa o verso. Tal vez se deba a una circunstancia trivialísima, sumamente accidental, quién sabe si a la de haber tenido un maestro de canto y haberle enseñado a entonar desde muchacho. Pero la facultad por la que le es dado conocer lo interior de las cosas y la armonía residente en ellas (porque cuanto existe está infiltrado de armonía o de otro modo no podría existir), no es resultado de la

costumbre ni causa accidental, sino don de la misma Naturaleza: ¡la esencial facultad del hombre heroico dondequiera que fuere y estuviere!

Al poeta, como a todos los demás, decímosle en primer lugar y sobre todas las cosas: *ve*. Si no puedes hacerlo, si no puedes ver, no tienes para qué andar combinando consonantes ni rimando sensiblerías, ni llamarte poeta. Si no veis, no hay esperanza, hermanos, de que podáis llamaros vates. Pero si esto os es posible, ya en prosa o bien en verso, en acción o en especulación, hallaréis toda suerte de esperanzas. Aquel viejo maestro de escuela, que murió de un berrenchín, acostumbraba preguntar, cuando le traían un muchacho: «Estáis bien seguros de que no es un borrico?» Y en verdad que la misma pregunta podría hacerse respecto de cualquiera que se nos propusiese para el desempeño de algún destino. La interrogación: *¿Estáis seguros de que no es un borrico?*, creedme; es fatalmente necesaria.

Puedo afirmaros, en realidad, que conforme al grado de visión que exista en un hombre, tal será la correcta medida de ese hombre. Si se solicitase de nosotros que diésemos una definición del talento de Shakespeare, diríamos: *intelecto* superiorísimo, y juzgaríamos haberlo dicho todo con esa palabra. ¿Qué es en realidad esto que llamamos facultades? Hablamos de ellas como si fuese de cosas distintas, separables; como si un individuo tuviese inteligencia, imaginación, fantasía, del propio modo que tiene manos, pies y brazos. Este error es capital. Y repetimos luego: háblase comúnmente de la «naturaleza moral» como de cosas divisibles y que existiesen separadamente. Las necesidades del lenguaje prescriben quizá estas formas de expresión: necesitamos hablar, bien lo veo, de esa manera, si es que debemos de hablar de algún modo. Pero no debemos transformar las palabras de suerte que lleguen a tomar la consistencia de las cosas mismas. Con este sistema, nuestras nociones sobre la materia están falsificadas del todo: tal es nuestra aprensión. Además, debiéramos saber, y no olvidarlo nunca, que en el fondo estas cosas no son más que nombres; que la naturaleza espiritual del hombre, la fuerza espiritual del hombre, la fuerza vital que en él reside, es esencialmente una e indivisible; que lo que nosotros llamamos imaginación, fantasía, inteligencia y demás, no son cosa distinta, sino formas diferentes de la misma facultad intelectiva, íntima e indisolublemente unidas y fisonómicamente emparentadas de modo que, conociendo una, se conocen todas las demás. La moral misma, lo que llamamos cualidad moral de un hombre, ¿qué es sino otro *aspecto* de la misma fuerza vital por cuyo medio él es y obra conformidad?

Todas las acciones del hombre son esencialmente fisonómicas. Sería posible conocer de qué manera pelearía un hombre por el modo que tiene de cantar, y juzgar de su valor por la misma palabra que pronuncia, por la misma opinión que se ha formado, así como por la manera de dar un golpe o manejar un palo. Como no es más que *uno*, no hay otro medio de conocerle a no ser por estas manifestaciones de sí mismo.

Un hombre sin manos puede todavía hacer uso de los pies; puede andar; pero tened presente que sin moralidad, le sería imposible la inteligencia. A un hombre completamente inmoral, le sería del todo imposible alcanzar verdadero conocimiento de nada. Para conocer una cosa, lo que se llama conocerla, un hombre necesita ante todo *amar* esa cosa, simpatizar con ella, estar moralmente relacionado con ella. Si no estuviese animado del espíritu de justicia, dispuesto a sacrificar su amor propio y su egoísmo a cada paso; si no tuviese el valor de afrontar toda clase de peligros por amor a la verdad desechada y abatida, ¿cómo podrá conocer, cómo saber? Todas sus virtudes, sin excepción, yacerán archivadas en el protocolo de su inteligencia.

Con todos sus secretos y verdades, la Naturaleza permanecerá siempre para lo malo, para el egoísta, para el cobarde el pusilánime, como un libro cerrado con cien candados. Lo que aquéllos pueden alcanzar de la Naturaleza es cosa insignificante, superficial, vil, casi nada; apenas si para atender a las diarias necesidades. ¿Acaso la misma zorra no conoce algo también de la Naturaleza? Ciertamente que sí. Sabe muy bien dónde anidan los gansos. En todas las partes del mundo ¿sabe acaso la vulpeja humana otra cosa que lo que acabamos de decir de la otra especie? No solamente esto, sino que debiera considerarse que si la zorra no tuviese cierta moralidad *vulpina*, jamás daría con los gansos, ni sabría jamás dónde anidan. Si desperdiciase miserablemente el tiempo en atrabiliarias y esplenéticas reflexiones sobre la amarga situación de su miserable estado, sobre el disfavor, lo mismo de la Fortuna que de la Naturaleza o de otras vulpejas de toda especie y género; si careciese de valor, resolución, vigilancia y sentido práctico, con todas las demás gracias y talentos vulpinos, que abandone el campo: no cazará gansos. Del zorro puede también decirse que corren parejas su moralidad y su ciencia, fases diversas de la misma unidad interna de la vida zorril. Importa tomar nota de todo esto, porque las que le son contrarias trabajan en daño suyo con muy desastrosas consecuencias hoy, en esta época pervertida: vuestro propio candor suplirá lo que deba limitarse y modificarse.

Por tanto, si dijésemos de Shakespeare que es la más grande de las inteligencias, habríamos manifestado cuanto hay que decir en este respecto. Pero la inteligencia de nuestro poeta encierra más de lo que hasta ahora ha podido descubrirse en ella. Es lo que yo llamo una inteligencia inconsciente; hay en ella más poder del que sospecha él mismo.

Novalis observa con mucho acierto que sus dramas son también productos de la Naturaleza, profundos como ella. El arte de Shakespeare no debe nada al artificio; su mérito más noble no existe allí por inventiva; procede de las profundidades de la Naturaleza, arrancado de ellas por aquella alma sincera y noble, que es asimismo una voz de la Naturaleza. Las últimas generaciones encontrarán en Shakespeare nuevos significados, interpretaciones nuevas respecto a sus personas y humana

naturaleza; «nuevas armonías con la infinita estructura del universo; conformidad con las ideas más recientes y afinidades con los más altos poderes y los más altos sentimientos de los hombres».

Esto vale la pena de que se medite un poco. El más alto galardón que puede otorgar la Naturaleza a un alma grande, verdadera y sencilla, es el de que llegue a ser en cierto modo *una parte de ella misma.* Las obras de un hombre como el que nos ocupa, sea lo que fuere lo que él, con la premeditación y selección más conscientes y extremadas, tuviere que realizar, brotan, como todo lo demás, de un modo inconsciente, de las inexploradas profundidades de su alma, ni más ni menos que el árbol del seno de la tierra, a la manera como se forman y agrupan las montañas y surgen los manantiales, con simetría fundada en las propias leyes de la Naturaleza y conforme a toda verdad, sea su orden el que fuere. ¡Cuánto oculto hay aún en Shakespeare! Sus luchas, sus pesares, sus esfuerzos silenciosos, de él tan sólo conocidos; mucho, de nadie sabido, y que no es susceptible de expresión siquiera, como diríamos de las raíces, de los jugos, de todas las fuerzas que trabajan subterráneamente. Grande es el discurso, pero lo es más el silencio.

Notable es también la jovial tranquilidad de nuestro poeta. No censuremos a Dante ni por su pobreza ni por sus infortunios; fue la suya una batalla sin victoria, pero batalla verdadera, primera e indispensable condición. Y si tengo a Shakespeare por más grande que el poeta florentino, es porque luchó asimismo como él, y, además, conquistó. No dudéis de que también los pesares amargaron la existencia de Shakespeare. Aquellos *sonetos* suyos dan expreso testimonio de las aguas profundas que tuvo que atravesar luchando por la existencia a brazo partido. ¿A cuál de sus iguales faltaron jamás tales trabajos?

Siempre tuve por muy irreflexiva aquella opinión, muy común entre nosotros, que le compara a un pájaro posado en una rama, cantando libre y caprichosamente, sin conocimiento de las miserias y trabajos de los demás hombres. Esto es un error. No hay hombre de quien en absoluto pueda decirse tal cosa. Porque ¿dónde podrá hallarse individuo que atraviese el calvario de la vida desde rudo cazador furtivo y carnicero, hasta alcanzar las sublimes cumbres donde brillaron los Sófocles y Eurípides, sin que en el camino le asaltaran innumerables trabajos y pesadumbres? O más bien dicho: ¿dónde está el hombre, ni cómo podría un hombre representarnos al vivo un Hamlet, un Macbeth, un Coriolano y tantos y tantos probados y heroicos corazones, si no fuese heroico el suyo propio, si no hubiese jamás sufrido?

Contrastando con todo esto, notad su jovial regocijo y amor a la risa, pasión espontánea, sincera, que desborda y os inunda. En nada diríais que exagera sino en la risa. Vehementes, duras increpaciones, palabras que penetran como cuchillos en las carnes y queman como tizones encendidos, todo esto y más hallaréis en Shakespeare, pero sin exceder los límites razonables, siempre dentro de lo conveniente, de lo racional; nunca lo que Johnson, en su manera especial de decir, calificaría de

«buen aborrecedor»[1]. Su risa parece torrente desbordado; amontona sobre el objeto de sus zumbas toda clase de hombres ridículos; le mueve, le zarandea de una parte a otra con toda suerte de juegos, de manera que la risa, no delicada siempre, os domina contra vuestra voluntad. No excitan su risa debilidades ni flaquezas, infelicidades ni miserias; esto nunca. Nadie que sepa reír, en el verdadero sentido de la palabra, se reirá jamás de tales cosas. No hace esto más que algún pobre de espíritu, que *desearía* saber reír para echárselas de gracioso.

La risa significa simpatía; no es el chasquido desapacible del espino debajo del caldero. Ni aun de las pretensiones ridículas rayanas en la estupidez se ríe de otra manera que genial y comprensivamente. Dogberry y Verges nos hacen reventar de risa y los despedimos a carcajadas, agradecidos al buen rato que nos han hecho pasar; esperemos que obtengan siempre igual éxito y continúen desempeñando la presidencia permanente del Cuerpo de Vigilantes de la ciudad. Esta risa nos es muy grata, como nos regocija la luz del sol en las profundidades del mar.

Fáltanos espacio para hablar separadamente de las obras de Shakespeare, aunque tal vez haya mucho que decir todavía sobre este punto. ¡Si tuviésemos analizados todos sus dramas de la manera que lo está *Hamlet* en *Guillermo Meister!* Esperemos que esto se hará algún día.

Augusto Guillermo Schlegel hizo una observación referente a sus dramas históricos *Enrique V* y los demás, la cual vale la pena de recordarla porque los califica de poema épico nacional. El célebre general Marlborough, como perfectamente recordaréis, solía decir que no había aprendido en Shakespeare. Verdaderamente, si bien lo consideramos, pocas historias hay tan memorables. Sus puntos más prominentes están admirablemente escogidos; todo lo demás acomódase hasta formar un todo coherente, rítmico y perfecto, o como lo llama Schlegel, épico, como lo son realmente todas las concepciones de los grandes pensadores.

Hay en esos dramas rasgos bellísimos que forman juntos un hermosísimo cuadro. La batalla de Azincourt me sorprende como una de las cosas en su género más notable que puede hallarse en las obras de Shakespeare. La descripción de los dos ejércitos; los ingleses fatigados, cundiendo entre ellos el desaliento; la hora temible, preñada de fatídicos presentimientos antes de empezar el combate; y luego la inmortal alocución: «¡Oh vosotros, hombres buenos, cuyos miembros forjáronse en Inglaterra!» Respira en todo esto un noble patriotismo, muy distinto de la indiferencia que se atribuye a Shakespeare muchísimas veces. Por todo el discurso palpita un verdadero corazón británico, robusto y tranquilo, nada ruidoso, hinchado ni declamatorio, lo cual vale más aún.

---

[1] *Good hater.*

Percíbese en él un sonido como de choque de aceros. Y es que en aquel hombre se encerraba cuanto constituye el verdadero héroe.

Digamos también que las obras de Shakespeare no nos dan generalmente idea completa de su autor, al menos no tan completa como la que tenemos de muchos hombres. Sus obras son a manera de ventanas por donde puede vislumbrarse algo del mundo que existía dentro de aquel hombre. Comparativamente hablando, todas sus obras parecen descuidadas, imperfectas, como escritas bajo la presión de las circunstancias; sólo esparcidas aquí y allá obsérvanse notas que nos dan una verdadera expresión del hombre, una revelación de su genio. Pasajes hay que sorprenden por sus célicos esplendores, por sus ráfagas de claridad intensísima, que iluminan hasta el corazón mismo del objeto y obligan a decir: «Esto es verdad, ahora y siempre; en todos tiempos y dondequiera exista un alma humana abierta y dispuesta para comprenderlo, eso será reconocido como verdadero.»

Con todo, esos mismos ex abruptos nos dan a entender que no todo es excelente, relativamente hablando; que, en parte, es temporero y convencional. ¡Ay!, Shakespeare tenía que escribir para el teatro *El Globo;* aquella grande alma tenía que doblegarse, encogerse y acomodarse a aquel molde y no a otro. Sucedía con él ni más ni menos que lo que con todos nosotros ocurre. Todos trabajamos bajo condiciones. El escultor no puede ofrecer un pensamiento libre y espontáneo; ha de acomodarlo a las exigencias del que le encarga el trabajo, trasladarlo a la piedra que recibió y usar las herramientas que a su disposición pusieron. *Disjecta membra* es cuanto hallamos, lo que nos queda de todo poeta, de todo hombre.

Todo el que estudie a Shakespeare con los ojos de la inteligencia reconocerá que él también fue un *profeta* a su manera; proféticos fueron su espíritu y su penetración, aunque en otros tonos y distintas formas. Para ese hombre la Naturaleza era cosa también divina, inexplicable, profunda como los abismos, sublime como los cielos.

Aquel pergamino de la Abadía de Westminster, que pocos leen con inteligencia, tiene la profundidad de cualquier profecía. Pero el hombre cantaba, no predicaba, a no ser musicalmente.

Si llamamos a Dante el sacerdote melodioso del catolicismo medieval, ¿no podemos llamar también a Shakespeare el sacerdote, más melodioso todavía, de un verdadero catolicismo, la iglesia universal del porvenir y de todos tiempos? No superstición estrecha, ni bilioso y desapacible ascetismo; no intolerancia, ni fanatismo feroz, ni perversión del sentido, sino más bien una revelación de las mil y mil maravillas, de las innumerables excelencias y bellezas ocultas entre los pliegues y reconditeces de la Naturaleza. Revelación es ésta que consiente a todos los hombres rendirle culto con arreglo a su saber y entender.

Sin agravio de nadie, podríamos decir que se alza también de Shakespeare una especie de salmo universal, no impropio de figurar ni de oírse entre los más divinos que los siglos consagraron. Si los entendimos,

comprenderemos que no disuena de ellos, sino que está en perfecta armonía. No debemos llamar escéptico a Shakespeare como hacen algunos extraviados, gracias, sin duda, a su indiferencia por las creencias y discusiones teológicas de su época. No; Shakespeare no fue escéptico ni antipatriota tampoco, aunque blasona poco de su patriotismo y habla poco acerca del símbolo de su fe. Además, esa indiferencia era fruto de su magnanimidad: su corazón entero estaba dentro de la esfera universal de su propio culto (así le llamamos); las demás controversias, esencialmente importantes para los demás hombres, no tenían para él importancia alguna.

Pero aunque lo llaméis culto o como queráis, ¿acaso no es una cosa gloriosísima, y hasta todo un orden de cosas, esto que Shakespeare nos trajo? Por nuestra parte, sentimos que hay actualmente una como consagración en el hecho de que un hombre semejante hubiese sido enviado acá abajo entre nosotros. ¿Por ventura no es un faro para guiarnos, un mensajero celestial y portador de luz? Y en el fondo, ¿no fue acaso mejor que Shakespeare, hombre inconsciente en todos sentidos, lo fuese también de todo mensaje celestial? Y si él no sintió dentro de sí, como Mahoma, que llevaba interiormente aquella magnificencia deslumbradora; si él no se sintió ningún enviado especial, ningún profeta de Dios, ¿no fue, por esto solamente, mucho más grande que el profeta árabe? Sí; fue mucho más grande, y también, si estrictamente lo computamos, como lo hicimos al tratar de Dante, más afortunado.

Intrínsecamente fue un error aquella noción de Mahoma sobre la supuesta supremacía de no haber más profeta que él, error que ha llegado hasta nosotros con tal embrollo y confusión de fábulas, impurezas e intolerancias, que para mí es en estos momentos acto sospechoso y ocasionado a torcidas interpretaciones tener que decir, como ya en otra ocasión consigné, que Mahoma fue un verdadero orador más bien que un charlatán ambicioso. ¡Oh perversidad, llamarle hablador y no orador! Y si antes dije aquello, no creo tampoco andar descaminado al afirmar que, en la misma Arabia, Mahoma llegará a extinguirse, a hacerse anticuado, mientras que Shakespeare y Dante serán jóvenes todavía, y aun del primero cabe decir que pudiera pretender la supremacía sacerdotal del género humano por ilimitado período de tiempo.

Comparémoslo con cualquier famoso orador o poeta, con Esquilo o con Homero, por ejemplo: ¿por qué no habrá de durar él por su veracidad y universalidad tanto como aquéllos? Es como ellos sincero y penetra con igual profundidad en lo universal y perenne. Pero con respecto a Mahoma, mejor le hubiera estado no haber sido tan consciente. ¡Pobre Mahoma! Todo aquello de que él fue consciente era simple error, vulgarismo, frivolidad, como lo es verdaderamente todo lo de su especie. Lo grande en realidad fue en él lo inconsciente; su indomable audacia, como la del león de los desiertos líbicos, su voz tonante, que resonó en apartados confines, y no con palabras que él

pensó ser grandes, sino traducida en hechos, en sentimientos, en una historia que fueron verdaderamente grandes. Su Corán, pues ya sabemos que es un fárrago estúpido y prolijo de absurdidades, no es libro que pudiera dictarlo Dios, como él creía. Aquí también, como siempre, el grande hombre es una fuerza de la Naturaleza: cuanto verdaderamente grande contiene surge de inarticuladas profundidades.

Conque, lo sabéis ya: éste de que vengo hablándoos es el pobre patán del villorrio de Warwich; el que, con el tiempo, llegó a ser administrador y director de un teatro a fin de ganarse la vida sin tener que mendigar; aquel a quien el conde de Southampton solía dirigir alguna afable mirada, y a quien el caballero Thomas Lucy (Dios se lo pague) estaba por enviar a presidio. Mientras vivió no se le tuvo por un dios como a Odín, y creed que éste es un punto sobre el que habría mucho que hablar. Pero aunque no todo lo que quisiera, yo os diré, os repetiré, más bien dicho, que a pesar del triste estado en que ahora se halla el culto a los héroes, consideréis lo que ha llegado a ser entre nosotros Guillermo Shakespeare.

¿Qué inglés, fuere el que fuere, nacido aquí en nuestra tierra, qué millón de ingleses no daríamos antes que desprendernos de ese rústico de la aldea de Stratford? ¡Ah, no!; no nos desprenderíamos de él ni por un regimiento de los más altos dignatarios de la nación. Shakespeare es el hombre más grande entre nosotros nacido. Por nuestro propio honor entre las demás naciones, como un ornamento de nuestros hogares ingleses, ¿qué cosa no cederíamos antes que a él? Pues considerar ahora si llegasen a preguntaros: ¿Qué preferís, abandonar vuestro imperio de la India o vuestro Shakespeare? O dicho de otro modo: ¿Preferiríais haber tenido el imperio de la India sin un Shakespeare, o haber tenido a Shakespeare sin el imperio de la India? Grave pregunta es ésta. Las personas que ocupasen puestos oficiales contestarían en lenguaje de oficina; pero nosotros, por nuestra parte, también nos veríamos obligados a responder: ¡Con o sin imperio indiano, no podemos prescindir de nuestro Shakespeare! El imperio de la India se irá de todos modos cualquier día; pero Shakespeare, no; éste permanecerá para siempre con nosotros: ¡no podemos desprendernos de Shakespeare!

Aparte todo espiritualismo y considerándolo además meramente como una posesión tangible, negociable y realmente útil, Inglaterra, antes de mucho, llegará a contener tan sólo una pequeña fracción de la familia inglesa: en América, en Nueva Holanda, al Oriente y al Occidente hasta los mismos antípodas, se levantará un anglosajonismo que llenará las más grandes partes del globo. Ahora bien: ¿qué puede mantener todas estas partes unidas, formando virtualmente una nación, de manera que no riñan ni peleen, sino que vivan en paz, comunicándose familiar y fraternalmente, ayudándose unas a otras como miembros de una gran familia?

Considérase precisamente esto como el problema práctico más grande, el asunto que toda clase de potestades, soberanías y gobiernos

están llamados a solventar, a llevar a buen término. ¿Quién es, dónde está el que ha de realizar esta grande empresa? Las actas del Parlamento, los primeros ministros de la administración no pueden. América se ha separado de nosotros todo cuanto pudieron apartarla los poderes y actas del Parlamento. No os parezca esto cosa fantástica; hay en ello una gran realidad. Aquí, decimos, está un rey inglés a quien ni el tiempo, ni la suerte, ni género alguno de contingencias, ni el Parlamento, ni combinación alguna parlamentaria podrán destronar nunca. ¿Acaso este rey Shakespeare no resplandece sobre nuestras cabezas con el lustre, los arreos y las coronas de todas las soberanías? ¿No es el más noble, el más gentil y a la vez la más legítima esperanza de nuestra unión? Realmente, es indestructible y más valioso desde ese punto de vista que todos cuantos medios se imaginasen, sean cuales fueren.

Transcurrirán mil años, y me lo figuro con el mismo lustre, sin mengua alguna de su esplendor, dominando, como ahora, sobre todos los pueblos de la familia inglesa esparcidos por el globo. Desde Paramatta, desde Nueva York, en todas partes, bajo cualquier alguacil de aldea, sea el que fuere, todo inglés, hombres y mujeres, se dirán unos a otros: «Sí; este Shakespeare es nuestro; nosotros le hicimos, y ahora hablamos y pensamos por él; nosotros somos de la misma sangre, de la misma raza que él.» Aun el político dotado de sentido común, sea cual fuere su categoría, podrá también pensar en esto, si le place.

Sí; cosa verdaderamente grande es para una nación poseer una voz articulada, poder envanecerse de que salga de su seno un hombre que pueda decir melodiosamente lo que su corazón encierre. Italia, por ejemplo, yace, pobre nación, desmembrada, despedazada, sin que aparezca su nombre en protocolo ni tratado alguno como entidad de ningún género, y, no obstante, la noble nación italiana es actualmente *una*; Italia produjo Dante: por tanto, ¡Italia puede hablar!

El zar de todas las Rusias es fuerte, con infinito número de bayonetas, cosacos y dragones, y hace una cosa importante conservando políticamente unida tan considerable parte de la tierra poblada de tan diversas razas, pero no puede hablar aún. Algo grande hay en él, pero es una grandeza sin voz. No ha tenido la del genio para hacerse oír de todos los hombres y de todos los tiempos. Necesita aprender a hablar: hasta ahora no es más que un monstruo grande, pero mudo. Desaparecerán sus cañones y sus cosacos, consumidos por la herrumbre y las vicisitudes del tiempo, mientras que la voz de Dante continuará oyéndose ni más ni menos que ahora. La nación que posee un Dante está más estrechamente unida que podrá jamás estarlo una nación muda como Rusia.

Demos fin aquí a lo que teníamos que decir del héroe poeta.

CONFERENCIA CUARTA

EL HEROE COMO SACERDOTE

LUTERO.—LA REFORMA.—KNOX. PURITANISMO

Viernes 15 de mayo de 1840.

Nuestro discurso versará sobre el grande hombre como sacerdote. Repetidas veces hemos procurado explicar que toda clase de héroes son intrínsecamente de la misma materia; que, dada una grande alma, un alma abierta a la divina significación de la vida, resultará, por consecuencia, un hombre idóneo para hablar de esta misma significación divina, cantarla, combatir y trabajar por ella, pero de un modo grande, victorioso, duradero.

Existe un héroe: la forma y la manera de manifestarse dependerán del tiempo y circunstancias que le rodeen. También, a la manera que yo lo comprendo, es el sacerdote una especie de profeta, y necesita la existencia de una luz de inspiración, como así debemos llamarla. El sacerdote preside el culto y la devoción del pueblo; es el lazo de unión de éste con lo invisible y santo. Es el capitán espiritual del pueblo, a la manera que es su rey, espiritual también, el profeta, con otros muchos capitanes. Con su sabia y discreta dirección, él los conduce camino del Cielo, de lo invisible ignoto, a través de la Tierra y sus trabajos.

El ideal del sacerdote es ser también lo que llamamos una voz de lo alto, de lo desconocido infinito, que él interpreta y explica a los hombres según lo hizo el profeta, pero de un modo más familiar. ¡El cielo invisible —el mayor secreto del universo—, que tan pocos están dispuestos a interpretar! El sacerdote es el profeta despojado de su más imponente esplendor, que arde con luz más igual y apacible, como esclarecedor de la vida diaria y común.

Este es, a mi manera de ver, el ideal de un sacerdote. Tal fue en pasadas épocas, tal en la presente, y así deberá ser en todos tiempos. Sabemos perfectamente bien cuánta tolerancia es necesaria para reducir

los ideales a la práctica. Aquel sacerdote que no es nada de esto que decimos, aquel que nada practica de lo que preconizamos es un carácter de que mejor será que no hablemos en este lugar.

Lutero y Knox fueron por vocación expresa sacerdotes, y cumplieron fielmente en su sentido común, con su ministerio. Sin embargo, será preferible que los estudiemos aquí más bien como reformadores que como sacerdotes. Tal vez hubo otros igualmente notables en tiempos más tranquilos, por haber desempeñado las funciones de directores del culto, y que hicieron descender, por medio de un desinteresado y fiel egoísmo, una luz de los cielos que alumbrase la vida diaria de su pueblo, para guiarlo, la vista hacia adelante, como si fuese bajo la superintendencia de Dios, en el camino que le era necesario emprender.

Pero cuando este camino se convirtió en senda difícil y escabrosa, en camino de peleas, de confusión, de peligros, el capitán espiritual que lo atravesó con su pueblo, llega a ser, especialmente para nosotros que vivimos del fruto de su victoria, más notable que ningún otro. El es el sacerdote batallador que condujo a su pueblo, no al trabajo pacífico como en tiempos sosegados, sino a los conflictos, donde se ponen a prueba los corazones en tiempos preñados de violencia, estragos y desmembración, servicio mucho más peligroso y memorable.

Así, en cuanto fueron nuestros mejores reformadores, consideraremos a estos dos hombres como nuestros mejores sacerdotes. Y aún nos atreveremos a preguntar: ¿por ventura no es un verdadero reformador, antes que todo y por su misma naturaleza, un sacerdote? El apela a la invisible justicia del Cielo contra la fuerza visible de la Tierra; sabe que Aquél, el invisible, es fuerte, el único fuerte. Es un creyente en la divina verdad de las cosas; un *vidente*, un hombre que ve a través de las apariencias de las cosas; un adorador, de una manera o de otra, de la divina verdad de ellas; lo que se llama un sacerdote. Si no es, ante todo, un sacerdote, jamás servirá para reformador.

Hasta aquí hemos visto grandes hombres en varios Estados, fundando religiones, formas heroicas de la humana existencia, teorías de vida dignas de ser cantadas por un Dante, y prácticas de ella por un Shakespeare; ahora veremos el procedimiento contrario, procedimiento necesario también, y que puede aplicarse asimismo a la forma heroica. ¡Es singular que este caso llegue a ser indispensable! Y, no obstante, lo es. Los plácidos resplandores que esparce la luz del poeta tienen que ceder su lugar al fulgurante rayo del reformador... ¡Por desgracia, el reformador es un personaje que tampoco puede faltar en la Historia!

En realidad, ¿qué otra cosa viene a ser el poeta, con su dulzura, sino el producto final de toda reforma o profecía, con todas sus impetuosidades? Sin los santos dominicos y los entusiastas ermitaños de la Tebaida, no habrían existido Dantes melodiosos; el rudo trabajo y los prácticos esfuerzos de Escandinavia y otras comarcas, desde Odín a Walter Raleigh, desde Ulfila a Cranmer, abrieron el camino a Shakespeare, y la proporcionaron los medios de hablar. Más de una vez he observado que

el poeta perfecto es síntoma de que su época llegó a la cúspide de la perfección, y ya en este punto, es necesaria la inauguración de una nueva época, que sentirá asimismo la necesidad de nuevos reformadores.

Indudablemente sería mucho mejor que pudiésemos seguir nuestro camino acompañados siempre de la *música*; que nos domesticasen y enseñasen nuestros poetas como lo hicieron los Orfeos de las edades primitivas. Y a falta de este procedimiento rítmicolírico, ¡cuán bueno fuera que pudiésemos siquiera conseguir el racional, justo y equitativo, esto es, el procedimiento de tener sacerdotes *pacíficos*, reformadores prácticos de nuestras costumbres, día por día, sin necesidad de recurrir a medios extremos! No es así, sin embargo, y ni aún lo último se ha visto realizado todavía. Por desdicha, el reformador batallaroso es también un fenómeno necesario e inevitable de tiempo en tiempo.

Los obstáculos y dificultades de todo género abundan siempre; las mismas cosas que antes fueron medios indispensables de progreso se convierten, a su vez, en impedimentos y obstrucciones que, por necesidad, hay que evitar, dejándolas tras de nosotros. Asunto es ese harto dificultoso en muchas ocasiones. ¡Notable caso es el de que un teorema o representación espiritual como podremos llamarle, que una vez comprendió el universo entero y satisfizo en todas sus partes a inteligencias tan sutiles, tan altamente reflexivas como la de Dante, una de las más grandes de la Tierra, pareciese transcurrido un siglo, dudoso a inteligencias comunes, en tanto otras lo negaban abiertamente, y hoy es para todos y cada uno de nosotros completamente increíble, anticuado, como el teorema de Odín! Para Dante, la existencia humana, y los caminos de Dios para con los hombres, estaban bien representados todos por aquellos *Malbolges purgatorios;* para Lutero, ya no estaban tan bien. ¿Por qué razón? ¿Por qué no pudo continuar el catolicismo de Dante, y fue necesario que viniese Lutero con su protestantismo? ¡Ah, nada hay que continúe!

Poca importancia damos al progreso de las especies, sobre todo a la manera como se discurre sobre esta materia en nuestra época; no creo tampoco que la cosa os importe mucho. Las controversias y las conferencias que se dan a este respecto son en muchas ocasiones de lo más confuso y extravagante. El hecho, considerado en sí mismo, parece, con todo, bastante cierto, y aún pudiera señalarse su necesidad inevitable en la misma naturaleza de las cosas. Antes dijimos que todo hombre, no sólo aprende, sino que algo realiza a la vez; la inteligencia le sirve para aprender lo que ha sido, y con la misma descubre además, inventa y traza algo que procede de sí mismo. No hay hombre alguno desposeído enteramente de originalidad. No hay hombre que crea o pueda creer exactamente lo que creyó su abuelo; ampliará y dilatará algo, con motivo de nuevos descubrimientos, su idea del universo, y, por tanto, su teorema de ese universo —espacio *infinito*, imposible de que se le abarque entera o finalmente por medio de ninguna idea, perspectiva o teorema de extensión en manera alguna concebible—; él ensancha y descubre algo

que fue creíble para sus abuelos, para él resulta falso e increíble ahora; incompatible con alguna cosa nueva que él ha observado o descubierto. Es la historia de todo hombre; en la del género humano le vemos condensado en grandes síntesis históricas, revoluciones, nuevas épocas. La montaña del *Purgatorio* de Dante no está en el océano del otro hemisferio, desde que Colón navegó por aquellos mares. Ningún hombre halló semejante cosa en el Nuevo Mundo; no existe tal cosa allí; por tanto, debe desecharse tal creencia. Así sucede con todas las demás, sean las que fueren, que hayan privado en la tierra, con todos los sistemas de creencias y prácticas que de ellas deriven.

Si añadimos ahora el hecho melancólico de que cuando la creencia se torna incierta resiéntese la práctica de igual manera, y comienzan a cundir por todas partes los errores, las injusticias y toda clase de miserias, explícase que las revoluciones sean una necesidad y no se dejen aguardar los castigos providenciales. De todos modos, el hombre que quiera obrar fiel y verdaderamente, necesita creer con firmeza; pero si a cada momento necesitase de la opinión y favor de las gentes, si no pudiera prescindir del ajeno voto, su atención, dividida entre afectos contrarios, necesariamente tendría que desatender los trabajos que se le encomienden; éste y otros semejantes suyos son los constantes cooperadores de la inevitable catástrofe. Todo cuando hace, con un ojo dirigido al amo, y atendiendo con el otro a la obra, es una nueva ofensa, origen de otras muchas con perjuicio y escándalo general; los fraudes y las injusticias acumúlanse hasta hacerse insoportables, y estallan y desaparecen violentamente.

El sublime catolicismo de Dante, increíble hoy en teoría, torpemente desfigurado por prácticas fraudulentas, desnuda de toda fe, hubo de conmoverlo y desgarrarlo un Lutero; el noble feudalismo de Shakespeare, tan en predicamento en su época, derribáronlo los tremendos golpes de la Revolución francesa. La suma total de todos los crímenes sociales, condensados al infinito, revienta, al fin, con volcánicas explosiones, causando estragos horrorosos; y antes de que llegue a establecerse otro orden de cosas muy distinto del antiguo, sucédense largos períodos de turbulencias y desastres.

Verdaderamente desconsolador sería este cuadro si sólo contemplásemos esta faz de la cuestión y no viésemos en todas las opiniones humanas sino el hecho de que todo es incierto, transitorio y sujeto a la ley de la muerte. En el fondo, no es así; toda muerte, según se nos alcanza también, no es sino la disgregación del cuerpo, no la del alma o esencia; toda destrucción por conmociones violentas, o por las causas que fueren, da origen a una nueva creación sobre más vasta escala.

El odinismo representa el *valor*; el cristianismo, la *humildad*, valor mucho más noble. Jamás hubo en el corazón del hombre pensamiento alguno, honradamente verdadero, que no fuese un sincero conocimiento de la verdad de Dios por parte del hombre, y no contuviera, por lo

mismo, una verdad esencial que se sostiene a través de todos los tiempos y constituye una posesión eterna para todos nosotros.

¡Qué idea más melancólica, por otra parte, que la que representa a todos los hombres, en todos los países y en todas épocas, exceptuada la nuestra, gastando su vida en ciego y vituperable error, simples paganos perdidos, escandinavos, mahometanos, sólo para darnos posesión a nosotros del último fruto y la última mano de la ciencia! Consumiéronse y perdiéronse en el error todas las generaciones de los hombres a fin de que pudiera salvarse y justificarse una pequeña parte de la generación presente. Desde el principio del mundo, todas las generaciones marcharon, a semejanza de los soldados rusos, al foso de la fortaleza de Schweidnitz, sin más objeto que el de llenarlo con sus cuerpos sin vida, para que nosotros pasásemos por encima a tomar la plaza.

Pero esta hipótesis es increíble, y, sin embargo, hemos visto sostenerla con énfasis feroz; hemos visto a este y a aquel otro sujeto, con sus sectas de pobres individualidades, marchar, como si fuese sobre los cadáveres de todos los hombres, hacia una victoria segura; pero cuando también ellos, con sus hipótesis y últimos e infalibles credos, cayeron en el foso inanimados, ¿qué habíamos de decir? Hay, además, en la naturaleza del hombre un hecho importante, y es el de considerar su propia ciencia o conocimiento que de las cosas posee como resultado final, y de proceder en consecuencia sobre tal hecho. Supongo que siempre lo hará de una o de otra manera, pero sobre un plan más vasto, más sabio siempre. Todos los hombres verdaderos que existen y han existido, ¿no son acaso soldados del mismo ejército, alistados bajo las banderas y la dirección del cielo contra el enemigo común de todos los buenos, el imperio tenebroso de la injusticia? ¿Por qué habríamos de desconocernos unos a otros y guerrear, no contra el enemigo, sino contra nosotros mismos, sólo por la diferencia de uniforme?

Todos los uniformes serán buenos mientras latan bajo ellos ingenuos y valientes corazones. Todas las armas, sea cual fuere su forma, ya la rápida cimitarra del árabe o la potente maza de Thor abatiendo *joetuns*, todas serán admitidas. La batalladora voz de Lutero, el canto triunfal dantesco, todas las cosas ingenuas están con nosotros, no en contra nuestra. Soldados del mismo ejército, marchamos a las órdenes de un mismo capitán.

Veamos ahora las luchas de Lutero, qué especie de batalla fue la suya y cómo se comportó en ella. Lutero fue también uno de nuestros héroes espirituales, un profeta, para su patria y para su tiempo.

Tal vez no esté fuera de lugar aquí, por vía de prólogo e introducción, una observación sobre la idolatría. Característico fue en Mahoma lo que es común a todos los profetas: su odio implacable a la idolatría. Este es el gran tema de los profetas; la idolatría, la adoración de ídolos muertos, usurpando con esto el lugar debido a la Divinidad, es cosa que no pueden sufrir, que deben delatar y condensar a todas horas, marcándolo con el sello de inexpiable reprobación.

De cuantos pecados se cometen bajo el sol, el más capital de todos es la idolatría. Idolo es *Eidoolon*, una cosa vista, un símbolo. No es Dios, sino un símbolo de El, y quizá pudiera preguntarse si existió jamás mortal alguno, por mucha que fuese su ignorancia, que le tomara por otra cosa que por un símbolo. Lícito nos es presumir que nunca llegó a creer que la obra de sus manos fuese un Dios, sino un emblema de la Divinidad, que Dios, de uno o de otro modo, se encontrase allí. Bajo ese concepto se nos preguntará ahora; el culto, todo culto, sea el que fuere, ¿qué viene a ser sino una adoración representada por símbolos, por *eidoola*, o cosas vistas?

Ya se presente visible al ojo material o al del espíritu, a la imaginación o al intelecto, no constituye diferencia sustancial alguna, sino meramente superficial. Siempre es una cosa vista, que significa la divinidad: un ídolo. El más riguroso puritano tiene en confesión de fe y representación intelectual de las cosas divinas y adora conforme a ellas, y a causa de ellas le es posible la adoración en primer término. Todos los credos, liturgias, formas religiosas y demás concepciones que adecuadamente revisten sentimientos religiosos, son en este sentido, *eidoola*, cosas vistas. Todo culto, sea cual fuere, debe proceder por símbolos, por ídolos; pudiéramos decir que toda idolatría es comparativa, y la peor consiste sólo en ser más idólatra.

Así, ¿dónde está el mal de la idolatría? Porque es seguro que debe encerrar en sí algún mal funesto y pernicioso para que lo anatematicen y reprueben en todo tiempo y lugar los más grandes profetas. ¿Por qué aborrecerán estos tanto la idolatría? Paréceme que en el culto de aquellos pobres ídolos de madera, la causa que sobre todas provocara la cólera del profeta, llenándole de furibunda indignación el alma, no era exactamente la que influía y excitaba su pensamiento, traducido en palabras para otros, como suscitadas y excitadas por la presencia del mismo ídolo.

El más rudo de los idólatras, rindiendo culto a Canope o a la piedra negra de la Kaaba, era, como ya demostramos, muy superior al caballo, que a nada rendía culto. No sólo esto, sino que en el mero acto de adorar existe un mérito perdurable, muy análogo al que todavía hoy encomiamos en los poetas: el reconocimiento de cierta hermosura y significación infinitamente divinas, así en las estrellas como en todos los demás objetos naturales, sean los que fueren. ¿Por qué habría de condenarlo el profeta tan inhumana y rigurosamente? El más pobre de los mortales, que adore su fetiche mientras su corazón esté dominado por él, será cuando más, un objeto de lástima, de desprecio y hasta de repugnancia si se quiere, pero nunca objeto de aborrecimiento. Esté su corazón honradamente poseído de él y reciba la luz que de él emane en la esfera toda de su estrecha y oscurecida inteligencia; en una palabra: déjesele creer enteramente en su fetiche, y estará entonces, si no bien, tanto a lo menos como pueda estarlo buenamente, dejándole entregado al influjo de su estrella, habida cuenta de las circunstancias.

Pero ahora entra la circunstancia fatal de la idolatría, y es que, en la era de los profetas, no existe ya hombre cuyo corazón esté honradamente poseído de su símbolo o ídolo. Antes de que el profeta viniese y declarase, después de aquilatados todos los métodos y accesorios de la cuestión, que todos aquellos dioses no eran sino figuras de madera ejecutadas por la mano del hombre, ya hubo otros muchos que comenzaron a dudar de que fueran otra cosa.

La idolatría culpable es la idolatría *insincera*. La dura le royó las entrañas; vemos un alma humana colgada espasmódicamente a un arca de la alianza, aun sabiendo que allí no hay más arcas que un fantasma. ¡Este espectáculo es uno de los de más triste contemplación! Almas que no se sienten ya *poseídas* de su fetiche, pero que pretenden estarlo y desearían creer que lo están. «Vosotros no creéis —decía Coleridge—; vosotros sólo creéis que creéis.» Esta es la escena final en todas las especies de culto y simbolismo, síntoma seguro de que está cercana la muerte. Equivale esto a lo que llamamos actualmente formulismo y culto de las fórmulas. No puede criatura humana realizar acto más inmoral, porque es el principio de toda inmoralidad, o, por mejor decir, es la imposibilidad, de ahora en adelante, de toda moralidad posible, considérese como se quiera; por su causa, el alma moral, sus más íntimos y recónditos resortes, se encuentran como paralizados, sometidos fatalmente a la influencia de un sueño magnético avasallador.

No son ya posibles los hombres verdaderamente *sinceros*; ¿a qué asombrarse si los que lo son denuncian este orden de cosas, lo estigmatizan y persiguen con aversión inextinguible? Ellos y cuanto bueno hay en el mundo están en abierta lucha con él, aborrécense mortalmente. La idolatría culpable es el mojigatismo, hasta el que se llama sincero. ¡Mojigatismo sincero! Vale la pena de meditar esto. Todo culto que acaba, desaparece envuelto en este manto hipócrita y corruptor.

Creo firmemente que Lutero fue un demoledor de ídolos, ni más ni menos que todos los profetas. Los dioses de los koraítas, hechos de madera y de cera de abejas, no los detestó Mahoma más de lo que aborreció Lutero las bulas de Tetzel para el perdón de los pecados, bulas que no eran sino piel de cabra manchada con tinta. Propiedad fue siempre de todo héroe, en todos tiempos, lugares y situaciones, la de volver a todo trance a la realidad de los hechos, la de estar sobre la realidad de las cosas y no sobre sus apariencias y simulacros. Según él, ame y venere la tremenda realidad de los hechos, bien sea articulando frases o en la silenciosa profundidad de las ideas, así aborrecerá y detestará las vanas apariencias de los simulacros, por muy regulares, decorosos y acreditados que estén en los Consejos de los koraítas o conclaves de cardenales.

El protestantismo es también la obra de un profeta, la obra profética del siglo decimosexto, el primer golpe demoledor contra una vieja institución, antro de falsedad e idolatría, golpe preparatorio para una

cosa nueva, aunque lejana, pero que será verdad y auténticamente divina.

Podría considerarse, a primera vista, al protestantismo como destructor de todo esto que llamamos culto de los héroes, de lo que se nos ofrece como la base de todo bien posible, religioso o social, para el género humano. Con frecuencia óyese decir que el protestantismo introdujo una nueva era, radicalmente distinta de todas las demás que antes hubiese presenciado el mundo: la era del juicio privado o libre examen, como la llaman ellos. Por esta rebeldía contra el Papa, todo hombre llegaba a ser su propia cabeza y pontífice, y, entre otras cosas, aprendía que no debía ya confiar en Papa alguno o héroe y capitán espiritual. ¿No será por esto imposible, de hoy en adelante, toda unión espiritual, toda jerarquía y subordinación entre los hombres? Así lo oímos decir.

No es del caso negar que el protestantismo fue una rebeldía contra toda soberanía espiritual, contra los papas y contra muchas cosas. Además, quiero conceder que el puritanismo inglés, rebelión contra todas las soberanías temporales, fuese el segundo acto de la protesta, y el tercero, la tremenda Revolución francesa, de donde se colige que todas las soberanías de la tierra, así temporales como espirituales, fueron, a lo que parece, abolidas o condenadas a serlo.

El protestantismo es la gran raíz de donde procede toda la subsiguiente historia de Europa, ya que lo espiritual se incorporará siempre en la historia temporal de los hombres; lo espiritual es el principio de lo temporal. El grito que ahora resuena por todas partes es el de Libertad, Igualdad e Independencia, amén de otras cosas; en vez de *reyes*, urnas y sufragios electorales, parece como si la soberanía de los héroes, la leal obediencia de los hombres a un hombre, así en lo temporal como en lo espiritual, hubiese para siempre desaparecido de la tierra. Despertaría enteramente de la suerte de los pueblos si así fuese. Convicción mía profunda es la de que no es así. Sin soberanos, sin verdaderos soberanos, así temporales como espirituales, no veo nada posible en el mundo, a no ser la anarquía, lo más odioso que puede darse. Pero en el protestantismo, a pesar de todo cuanto se le atribuye, veo el principio verdadero de todo orden y de una nueva y sincera soberanía. Veo en él una rebelión contra los *falsos* soberanos; el penoso, pero el indispensable preparativo para que los *verdaderos* soberanos ocupen el lugar que entre nosotros les corresponde.

Expliquemos esto un poco.

En primer lugar, notemos que esto del libre examen no es, en el fondo, ninguna cosa nueva; lo fue en aquella época particular del mundo. Genéricamente, nada nuevo ni peculiar hay en la Reforma; ésta no fue ni significó otra cosa que volver a la verdad y a la realidad, en oposición a la falsedad y al disimuo, como ocurrió siempre en todo género de progreso y enseñanza verdadera.

Si bien lo consideramos, la libertad de conciencia o libre examen

debio de existir en todas las épocas del mundo. No necesitó Dante arrancarse los ojos ni aherrojarse para vivir libremente dentro de aquel catolicismo suyo, por más que ahora tuvieran que pasar por la vergüenza de ser esclavos, dentro del mismo, muchos Hogstraten, Tetzel y doctores Eck. ¿Libertad de conciencia? No existe cadena ni fuerza exterior de especie alguna que pueda nunca obligar al alma de un hombre a creer o descreer; este criterio nuestro no depende de nadie, ni siquiera de nosotros, y, con todo, es nuestro propio derecho, irrevocable, inalienable; es nuestra propia luz, luz del alma, don del Hacedor Supremo; por ella reinaremos y viviremos; está aquí, en nuestro corazón, por la gracia de Dios, sola y únicamente; no podemos disponer de ella. El atrabiliario y sofístico Belarmino, predicando fe ciega y obediencia pasiva, necesitó, en primer lugar, por alguna especie de *convicción*, abdicar su derecho para estar convencido. Su convicción privada le indicaba *eso* como el camino más prudencial que podía seguir.

El derecho de libre examen subsistirá en pleno vigor mientras existan en el mundo hombres verdaderos. El hombre verdadero *cree* con toda plenitud de su criterio, con toda la luz y discernimiento que en él reside, y siempre creyó de esta manera. El hombre falso, esforzándose en creer que cree, llevará la cosa, naturalmente, de muy distinto modo. El protestantismo dijo a este último: «¡Ay de ti!», y al primero: «¡Bien hecho, adelante!» No fue en el fondo palabra o cosa nueva, sino regresión a las antiguas sentencias que no habían dejado de pronunciarse. Sé ingenuo, sé sincero; ese fue, una vez más su significado, Mahoma creyó con toda su inteligencia. Odín también, él y todos los *verdaderos* soldados del odinismo. Por medio de su libre examen, de su criterio privado, ellos habíanlo juzgado así.

Por lo que a mí toca, atrévome a sostener que el ejercicio del criterio privado, del libre examen fielmente practicado, no ya necesaria y precisamente a parar en una independencia y aislamiento absolutos del individuo, sino más bien y forzosamente al extremo contrario. Ni el amor de la ciencia ni la investigación leal son causas de la anarquía; lo serán, más bien, el error, la insinceridad, las creencias a medias y todo género de autorizadas mentiras.

Todo hombre que protesta del error, va por el camino que siguen todos los que en la verdad comulgan. No hay comunión posible entre gente que no tiene más creencia que lo que oyeron decir. El corazón de todos ellos está muerto; carece del poder de simpatizar siquiera sea con las *cosas*, porque, de poder, creería en ellas y no en los rumores, en los cientos que oyó decir.

Y si ni siquiera simpatiza con las cosas, ¡cuánto menos simpatizará con sus semejantes! No puede unirse, comunicarse con los demás hombres; es un hombre anárquico. Sólo en un pueblo de hombres sinceros es posible la unidad, y entonces, a la larga, es segura y es *cierta*.

Observad si no una cosa que las más de las veces dejamos pasar inadvertida, o más bien olvidamos del todo en esta controversia, esto es,

que no necesita ningún hombre *descubrir* por sí mismo la verdad que ha de creer, por muy *sinceramente* que creyera. Como primera condición de su ser, el grande hombre, según antes dijimos, fue siempre sincero. Más, para que se le pueda considerar así, no necesita ser un hombre grande; esa no es necesidad de la Naturaleza ni de tiempo alguno, sino tan sólo de ciertas épocas infortunadas y corrompidas.

Un hombre puede creer, del modo más natural e ingenuo, convertir en sustancia propia lo que ha recibido de otro hombre, y con recuerdo de gratitud infinita, además. El mérito de la *originalidad* no está en la novedad, sino en lo sincero de ella. El creyente es el hombre original; lo que él cree, para sí lo cree, no para otros. Todo hijo de Adán puede llegar a ser, en este sentido, un hombre original, sincero; no está obligado a la insinceridad mortal alguna. Generaciones enteras, lo que llamamos generaciones de fe, son originales: en ellas, todos o la mayor parte de los hombres son sinceros. Estas son las grandes, las fructíferas generaciones; todo trabajador, en todas las esferas, lo es, no de apariencia, sino de sustancia; todo trabajo representa y da un resultado; el total general de todos estos sumandos es considerable, porque todo en él, como trabajo ingenuo, tiende a un mismo objeto; en él todo es aditivo, no sustractivo. Existe verdadera unión, realeza, lealtad, todas las cosas verdaderas y benditas, hasta donde la pobre tierra es capaz de proporcionar bienaventuranza al hombre.

¡Ah culto de los héroes! Lo que menos puede impedir a un mortal que reverencie y crea en la verdad de otros hombres es que ese mortal se baste a sí mismo, que sea original, verdadero o como queramos llamarle. Sólo le predisponen y le obligan con irresistible fuerza a *descreer* las fórmulas muertas de otros hombres, los rumores y las falsedades. El hombre abraza la verdad abiertos los ojos; ¿por ventura necesita cerrarlos antes que ame al maestro que aquella verdad le enseña? Sólo él es capaz de amar con justa y real gratitud, con toda lealtad, al héroe maestro que le sacó del reino de las tinieblas y le elevó a la mansión de la luz. ¿Acaso no es éste un héroe verdadero, un domador de serpientes digno de toda reverencia? Nuestro capital enemigo en este mundo, el monstruo negro, todo falsedad, él lo postró valeroso; ¡él conquistó para nosotros el mundo! Consideradlo y decid: ¿No fue el mismo Lutero reverenciado como un Papa o padre espiritual, y no lo fue así verdaderamente?

Napoleón, desde el fondo de una revolución inmensa, ascendió a emperador. Nunca puede morir el culto de los héroes. Lealtad y soberanía son eternas en el mundo, y acontece en ellas que están fundadas, no en semblanzas, sino en la realidad de las cosas y la pureza de costumbres. No cerréis, pues, los ojos de vuestro propio criterio; al contrario, abridlos y procurad que vean mucho. La misión de Lutero fue la deposición y abolición de todos los falsos papas y potentados y la fuerza, aunque lejana todavía, para otros nuevos poderes más ingenuos y verdaderos.

Este ruido de libertad, igualdad, sufragios electorales, independencia y otras cosas, puede considerarse fenómeno transitorio, no permanente en modo alguno. Es posible que dure largo tiempo todavía, con su séquito de perturbaciones y discordias; no obstante, debemos saludarlo como testigo de pecados que ya pasaron y como prenda de inestimables y esperados beneficios. Importaba, de todos modos, que los hombres abandonasen los simulacros y volvieran a la realidad; convenía que esto se hiciera sin reparar en sacrificios. Con pontífices y creyentes sin criterio propio —charlatanes con pretensiones de dominio sobre pueblos estúpidos— ¿qué podéis llevar a cabo? Sólo males y calamidades. Careciendo de hombres sinceros, no podéis formar alianza, ni sociedad de ninguna clase; sin la plomada y el nivel no levantaréis un edificio.

En este barullo de revoluciones y tumultos innumerables, desde el protestantismo hasta nuestra época, miro cómo se preparan felices resultados: no la abolición del culto a los héroes, sino lo que con más propiedad llamaría un mundo de héroes. Si héroe significa *hombre sincero,* ¿por qué cada uno de nosotros no será un héroe? Una sociedad de hombres sinceros todos, una sociedad de creyentes verdaderos, existió ya, y necesariamente tiene que volver. Esa sería la verdadera clase de adoradores de los héroes; nunca se reverenciaría mejor lo sublimemente verdadero como cuando todos fuesen verdaderos y buenos.

Pero volvamos a Lutero y a su vida.

El pueblo natal de Lutero fue Eisleben, en Sajonia. Allí nació, el 10 de noviembre, de 1483. A una pura casualidad debe Eisleben este honor. Los padres de Lutero eran unos pobres mineros que residían en un villorrio de aquella región, por nombre Mohra, y habían ido a las ferias invernales de Eisleben. En el bullicio de ellas, asaltáronle a la esposa del minero dolores de parto, y habiendo buscado refugio en la casa de algún pobre, dio a luz un niño, al que llamaron Martín Lutero. El caso es bastante raro y da que reflexionar. La pobre madre del futuro monje había salido con su esposo para realizar algunas compras menudas, tal vez a vender algunas madejas del estambre hilado por ella en casa para comprar con su producto algunas provisiones de las más necesarias con que pasar en su reducido hogar los rigores del invierno. No había en toda la redondez de la tierra en aquel día dos personas más insignificantes, bajo todos aspectos, que aquel pobre minero y su mujer. Y, no obstante, ¿qué venían a ser, en comparación, todos los emperadores, todos los papas y las demás potestades que dividen el mundo?

Una vez más se dio el caso de nacer humildemente un hombre llamado a ser fuerte, poderoso; un hombre destinado a irradiar intensa luz que había de iluminar como potente faro dilatados siglos futuros; el mundo entero y su Historia esperaban ese hombre. ¡Caso singular y grande a la vez, que nos trae a la memoria otro momendo sublime, otra Natividad en circunstancias más precarias todavía! Hace de ello mil ochocientos años... Mas, ¿a qué hablar de tales cosas? Lo más propio es que las reflexionemos en silencio, porque, ¿con qué palabras nos sería

dado representarlo? ¿Qué pasó la edad de los milagros? ¡No, aún está aquí! Está aquí para siempre.

Opino que fue conveniente y a propósito para la misión que Lutero debía desempeñar en la tierra, y creo, además, que sabiamente lo dispuso así la Providencia infinita, que presidía sobre él y preside sobre todos nosotros y todas las cosas, que naciese pobre, uno de los más pobres de los hombres. Como los niños de la escuela en aquel tiempo, tuvo que mendigar cantando de puerta en puerta por un pedazo de pan y alguna otra limosna. Los trabajos y la necesidad fueron los únicos compañeros del pobre muchacho; nadie necesitó mudar el rostro para adular a Martín Lutero. Tuvo que crecer y vivir, no entre las apariencias, sino en medio de la realidad de las cosas. Un muchacho de ruda fisonomía, pero de constitución delicada, de alma grande y codiciosa de saber, eminentemente sensible, tenía que sufrir muchísimo. La tarea que le cupo en suerte fue la de vivir entre las realidades de la vida, conocerlas a fondo a cualquier precio; la tarea de hacer volver a todos los pueblos de la tierra a la realidad, demostrándoles que había llegado ya el tiempo de abandonar para siempre la apariencia. Crióse en medio de las tempestades invernales y de las tinieblas más profundas; luchó con todo género de dificultades para salir al fin de aquella Escandinavia tormentosa, fuerte como un hombre verdadero, como un Dios; un Odín cristiano, un verdadero Thor con su formidable maza abatidora de toda suerte de vestiglos en forma de *joetuns* y monstruos colosales.

A lo que imagino, quizá el incidente decisivo de su vida fue la muerte de su amigo Alexis, a quien en las puertas de Erfurt derribó exánime un rayo. Lutero fue saliendo de sus primeros años como mejor pudo; deseoso de aprender, desplegó, a pesar de todos los obstáculos, la mayor inteligencia, y su padre, creyendo, sin duda, que podría adelantar en el mundo, le dedicó al estudio de las leyes. Este era el camino para llegar a ser algo. Lutero, con muy poca voluntad en uno y otro sentido, consintió en ello; tenía entonces diecinueve años.

Alexis y él habían ido a Mansfeldt con objeto de ver a la familia del viejo Lutero. De vuelta, y cerca de Erfurt, sobrevino una gran tempestad acompañada de truenos y rayos, uno de los cuales, como ya he dicho, hirió a Alexis, que cayó muerto a los pies de su amigo. ¿Qué viene a ser, pues, esta vida? ¡Un momento, y la veis reducida a cenizas y para siempre hundida en los insondables abismos de la eternidad! ¿Qué son todas las altas dignidades de la tierra, cancillerías y realezas? ¡Ahí están todas juntas, ahí! Abrióse la tierra y desaparecieron. ¡Sólo la eternidad permanece!

Tocado en el corazón, Lutero determinó consagrarse a Dios, al servicio de Dios exclusivamente. Todas las razones de su padre, todas las de sus amigos, no bastaron a disuadirle de su propósito de hacerse fraile, lo cual llevó a efecto en el convento de la Orden de San Agustín, de la ciudad de Erfurt.

Es probable que éste fuese el primer punto luminoso en la historia de

Lutero, donde por vez primera pudo su voluntad manifestarse decididamente. Pero por el momento no era más que un punto de luz entre espesas tinieblas. Fue, dice un religioso devoto, *ich bin ein frommer Mönch gewesen;* esforzóse, fiel y trabajosamente, por realizar la verdad de este gran acto de su voluntad, pero con muy poca fortuna. No mejoraba la enfermedad de su espíritu; más bien iba en aumento, y, por decirlo así, de mal en peor. No eran causa de ello las rudas faenas que como novicio le estaban encomendadas en el convento, faenas de lo más pesado y desagradable. Habíanse apoderado de su alma los más negros escrúpulos y atormentábanla todo género de dudas; creía cercano su fin, pero no era esto lo que temía, sino otra cosa peor que la muerte.

No sin cierto interés hacia el pobre novicio sabemos que le asaltaban por aquel tiempo terrores de incurables miserias, y se imaginaba sentenciado a la reprobación eterna. ¿No prueba esto la índole humilde y la sinceridad del hombre? ¿Quién era él para aspirar a la inefable dicha de los cielos, sin más amigos en el mundo que la pobreza y la más abyecta esclavitud? ¡Ilusiones eran éstas harto lisonjeras para darles fe! No podía creer en la salvación del alma de un hombre por medio de los ayunos, las vigilias, las misas y demás ceremonias y formalidades exteriores. Cayó, pues, con esto en la más negra melancolía, viéndose condenado a vagar con incierto paso por el borde de un abismo de desesperación sin fondo.

El hallazgo que hizo por aquel tiempo en la librería de Erfurt de una vieja Biblia latina, hubo de ser para él un feliz descubrimiento. Jamás había visto aquel libro, y en él aprendió una lección muy distinta a la de los ayunos y vigilias. Otro monje, de experiencia piadosa, sirvióle también de poderosa ayuda. Lutero supo entonces que la salvación de un alma no dependía de las misas cantadas, sino de la infinita misericordia de Dios. La hipótesis era más creíble. Gradualmente encontróse como sobre la roca verdadera. ¡Qué mucho que llegase a venerar aquella Biblia que le sacó de un estado deplorable! Estimábala y venerábala del modo que un hombre como él debía venerar y estimar la palabra del Altísimo. Desde entonces determinó mantenerse adherido a ella, y así lo hizo hasta la muerte.

Esta fue, pues, la causa de verse libre del tenebroso círculo que hasta entonces le envolviera, su triunfo final sobre las tinieblas, lo que llamamos su conversión; la más importante de todas las épocas para él. Consecuencia natural de todo esto fue la de comenzar a vivir en paz consigo mismo y a ver bajo su propia luz todas las cosas, y que, según iba dando a conocer los grandes talentos y virtudes que en él había, fuese creciendo en importancia en su convento y llamando la atención de su país, hasta el punto de llegar a considerársele como hombre utilísimo para todas las contingencias de la vida. La Orden de San Agustín, a que pertenecía, confió a su talento y fidelidad varias misiones de importancia, como el más idóneo y capaz de desempeñarlas cumplidamente; el elector de Sajonia, Federico, llamado el Sabio, príncipe verdaderamente

justo y discreto, puso los ojos en él como persona de mérito, y le nombró profesor de su nueva Universidad de Wittenberg y predicador de la Corte. En estos dos cargos, como en todo lo demás que se encomendaba a su discrección, dentro de la pacífica esfera de su vida, íbase Lutero ganando cada vez más la estimación y el respeto de todas las gentes honradas.

Vio a Roma por primera vez cuando ya había cumplido sus veintisiete años. Una misión de su convento le llevó a la Ciudad Eterna. El Papa Julio II y cuanto vio en Roma llenaron de asombro el alma de Lutero. Había ido a la Ciudad Sagrada como a la Ciudad de Dios, trono del Supremo Sacerdote, del Vicegerente de Dios sobre la tierra; y la encontró... ¿Cómo la encontró? ¡Innecesario es decirlo! Muchos pensamientos debieron de ocurrirle al fraile, muchos pensamientos que no conocemos y que al mismo Lutero tal vez no le hubiese sido fácil expresar. Aquella Roma, aquel escenario de falsos sacerdotes, vestidos, no con la hermosura de la santidad, sino de otra manera enteramente opuesta, del todo distinta, aquella Roma no era la verdad; era una falsa Roma. Pero esto, ¿qué le importaba a Lutero? ¿Había de reformar el mundo un hombre tan insignificante como él? Lejos estaba de su pensamiento tal idea. Un pobre y humilde religioso como él, ¿para qué tenía que mezclarse en los negocios del mundo? Empresa era ésta para hombres más altos, muy distintos y muy superiores a él. A él sólo le interesaba guiar sus propios pasos directamente por entre los peligros del mundo. Déjesele cumplir con sus deberes en cualquier lugar oscuro de la tierra; lo demás, por horrososo que parezca, no está en sus manos, sino en las de Dios.

Reflexionemos ahora cuál habría sido el resultado de aquel embrollo, a seguir el papismo el desastroso rumbo de su grande órbita, sin fijarse para nada en aquel insignificante fraile y menos atravesársele en la estrecha senda de sus humildes funciones sin dejarle más alternativa que la rebelión. Fácilmente se concibe que habría dejado a Roma en paz y la corrección de sus abusos a la Providencia divina un hombre modesto, pacífico, poco dispuesto a faltar a las personas constituidas en autoridad. Su tarea, como ya dijimos, fue la de cumplir con su propio deber, atravesar los caminos de este mundo, sembrados de maldad y confusión con la prudencia y resolución del cristiano a fin de salvar su alma.

Las altas dignidades del sacerdocio romano no consintieron que fuese así; prefirieron colocarse frente a frente de aquel pobre fraile alemán. No era ya posible que allá lejos, en Wittenberg, él, Martín Lutero, pudiese seguir desempeñando honradamente las sagradas obligaciones de su ministerio dentro de la romana Iglesia. Representó, resistió y llegó hasta los últimos extremos. Acometido una y otra vez, no le quedó más remedio que aceptar el combate. ¡Lucha a muerte entre los dos contendientes! Todo esto debe tenerse en cuenta al trazar la historia de Lutero. Jamás hombre de índole tan pacífica y humilde llenó el mundo con tantas confusiones y contiendas. Estamos completamente

convencidos de que su corazón habría preferido mil veces más el cumplimiento estricto de sus deberes sacerdotales, de conformidad con su conciencia, a todas las pompas y celebridades del mundo. ¿Qué representaba la celebridad para él? Todo el fausto, todo el renombre estaban para él en los infinitos cielos, verdad para él infalible; a la vuelta de pocos años, los alcanzaría o perdería para siempre.

Opino que sería mejor pasar de largo sin mencionar para nada aquella miserable especie, la más pobre y despreciable de cuantas se han aducido para explicar el móvil de aquella gran conmoción y atribuirlo a un ruin resentimiento, a un pique del fraile augustino contra el fraile dominico. A los que mantienen esta opinión, si es que alguien la sustenta todavía, les diremos: Procurad, si podéis, penetrar en la esfera del pensamiento y orden de ideas desde donde podáis juzgar, siquiera aproximadamente, a un hombre como Lutero, o a cualquier otro que se le parezca, pero de un modo justo y razonable; hasta entonces no podremos discutir.

Por este tiempo, despachado con bastante despreocupación el fraile Tetzel para el tráfico de las indulgencias dispuesto por León X —quien, por otra parte, sólo deseaba lograr dinero, ya que en vez de un buen cristiano, era todo un verdadero gentil—, llegó a Wittenberg, y empezó, desde luego, a pregonar y expender su escandalosa mercancía. Los penitentes de Lutero proveyéronse de indulgencias, y en el confesionario le alegaban que ya habían obtenido el perdón de sus pecados. Dentro del estrecho círculo de su propia y exclusiva incumbencia y no de la de ningún otro. Lutero no quería pasar por un cobarde, indigno de las sagradas funciones de su ministerio, y tenía forzosamente que oponerse a las indulgencias y declarar muy alto que era cosa indigna, desdichada y sacrílega burla, pretender perdonar los delitos cometidos contra Dios y contra los hombres, por la virtud del dinero.

Este fue el principio de toda la Reforma. Todos sabemos de qué manera siguió adelante desde aquel primer reto de Tetzel, hecho público el último día de octubre de 1517, representando, debatiendo y argumentando; de suerte que en brevísimo tiempo y a manera de incendio fue creciendo y extendiéndose hasta rodear la tierra y hacerse inextinguible.

Los deseos de Lutero eran que a éste y a otros agravios se les impusiera un correctivo, pero de ningún modo la separación de la Iglesia, y menos pensamiento alguno de rebelión contra el Papa, padre de la cristiandad. El elegante y gentil pontífice apenas si hacía caso de aquel fraile y aún menos de sus doctrinas; pero deseaba acabar cuanto antes con el ruido que metía. Durante tres años, ensayó varios métodos suaves sin resultado alguno, por lo que determinó finalmente acabar con todo ello apelando al *fuego*. Al efecto, sentenció a pública quema por mano del verdugo los escritos del fraile alemán, y ordenó que a éste se lo enviasen aherrojado a Roma, probablemente para hacer allí con él lo mismo que con sus obras, pues no tuvieron otro fin, en el siglo anterior.

Juan de Huss y Jerónimo de Praga. ¡Breve y decisivo argumento el del fuego! ¡Pobre Huss! El infeliz había acudido al Concilio de Constanza con todas las promesas y salvoconductos imaginables; era, más bien que un rebelde, un hombre entusiasta, y aquellos santos varones, no bien llegó, encerráronlo en un calabozo de piedra, «tres *pies* de ancho, seis de alto y siete de largo», y allí lo tostaron vivo. ¡Oh qué procedimiento tan cristiano y evangélico el de aquellos santos varones! Tal vez sea así, cuando todavía más de un sabio y piadoso crítico y filósofo opina que estuvo bien hecho, aunque nosotros continuaremos creyendo lo contrario.

Y luego perdonaremos también por nuestra parte sinceramente a Lutero por su firme rebelión contra el Papa. El elegante y gentil pagano, con sus decretos incendiarios, colmó ahora de justa cólera el corazón más valiente que en cuerpo humano había entonces en el mundo. El más valiente y a la vez el más humilde y pacífico, abrasóse por fin. «Estas palabras mías, palabras de verdad y de moderación, sin otro objeto que el de promover fielmente, en cuanto la humana fragilidad lo permite, la verdad de Dios, en la tierra y la salvación de las almas, tú, vicegerente de Dios en este mundo, ¿las condenas al fuego y al verdugo? ¿Nos quieres quemar a ellas y a mí por responder al mandato de Dios que procuraban llevarte? ¡Tú no eres vicegerente de Dios; sospecho, al contrario, que eres vicegerente de otra cosa muy distinta! Esta bula tuya no es más que una mentira de tinta y pergamino, y, como tal, digna del fuego. Puedes de ahora en adelante hacer lo que te parezca bien; esto haré también yo por mi parte.»

El día 10 de diciembre de 1520, tres años después de comenzada esta memorable cuestión, Lutero, acompañado de inmenso gentío, tomó la grave resolución de quemar la bula incendiaria del Papa «en la Puerta Elster de la ciudad de Wittenberg». La muchadumbre le contemplaba llenando el aire de aclamaciones; todos los pueblos tenían puestos en Wittenberg los ojos.

León X no debió haber provocado aquella aclamación, que fue como el despertar de las naciones. El natural sufrido del germano, modesto, paciente, no pudo soportar por más tiempo el peso que le abrumaba. El formalismo, el papismo gentílicopagano, las falsedades y todas las demás corruptelas debían desaparecer; no podían subsistir por más tiempo, y entonces surgió un hombre que se atrevió a decir públicamente y en voz alta que la Creación de Dios estaba fundada sobre realidades, no sobre mentiras, ni apariencias; que la vida no era falsedad, sino verdad en todos sus aspectos.

Como antes hemos dicho, debemos considerar a Lutero como un profeta demoledor de falsos ídolos, un conductor de hombres hacia la realidad. Esta facultad es la de todos los grandes hombres y maestros. Bien dijo Mahoma: «Estos falsos ídolos vuestros son de leño; los untáis de cera y aceite para que se les peguen las moscas; pues yo os digo que

eso no son imágenes de Dios ni cosa que lo valga; eso son trozos de negra madera.»

Lutero dijo al Papa: «Esa cosa que llamas tú perdón de los pecados, no es sino un trapo convertido en papel y lleno de garabatos de tinta; eso y cuanto se le parezca no es ni será otra cosa. Sólo Dios tiene poder de perdonar los pecados. El papado, la paternidad espiritual de la Iglesia de Dios, ¿son acaso vana apariencia de trapo y pergamino? No; son cosas dignas del mayor respeto, de la mayor veneración. La Iglesia de Dios no es una apariencia; no lo son tampoco el Cielo y el Infierno. Y, pues, tú a ello me obligas, en esto me mantengo. Yo, un pobre fraile alemán, soy más fuerte que todos vosotros sobre esta roca. Aquí estoy solo, no me rodean amigos, pero sí la verdad de Dios; tú, con todas tus tiaras, tus triples sombreros, tus arcas llenas de tesoros, tus armerías y la caja de truenos temporales y espirituales, estás sentado sobre la falsedad del demonio; no puedes ser tan fuerte como yo.»

La comparecencia de Lutero en la Dieta de Worms, el día 17 de abril de 1521, puede considerarse como el mayor acontecimiento de la moderna historia europea; el punto de que arranca toda la subsiguiente historia de la civilización. Después de tantas y tan diversas negociaciones, controversias y disputas, vino a parar en esto. El joven emperador Carlos V de Alemania y primer rey de España de este nombre, con todos los príncipes del Imperio, los nuncios del Papa y demás dignatarios, así temporales como espirituales, hallábanse congregados en la ciudad de Worms, a manera de Asamblea o Tribunal de Justicia extraordinario. Lutero debía presentarse y responder en persona a los cargos que se le hacían, bien fuese para ratificarse en ellos o ya para abjurar y renegar de los mismos. A una mano sentábanse la pompa y el poder mundanos; a la otra se hallaba, en pie, en defensa de la verdad de Dios, un hombre; el hijo del pobre minero Hans Luther. Algunos amigos hiciéronle presente la muerte horrenda de Juan Huss y la pérfida e inhumana conducta de los padres del Concilio y Majestad Cesárea; que la palabra imperial y salvoconducto fueron cosa irrisoria, traidora añagaza para apoderarse de su persona. Todo fue en vano; estaba resuelto a ir a todo trance. Saliéronle al camino numerosos amigos, a caballo, amonestándole vivamente para que no siguiese adelante; al contrario que se volviese atrás, y contestó a todos: «Continuaría mi camino aunque hubiese en Worms tantos diablos como tejas en los tejados.»

Al siguiente día, y al dirigirse al palacio de la Dieta, el pueblo llenaba todas las ventanas y azoteas de las casas; algunos le advertían, con grandes y solemnes voces, que no abjurase: «Quienquiera me negare ante los hombres...», le gritaban en tono de solemne abjuración. ¿Y por ventura no era ésta también nuestra petición, la abjuración de todos los pueblos, de todas las almas sometidas al funesto influjo del negro monstruo, fabulosa quimera de la triple tiara, que se llama a sí mismo

padre en Dios y otras y otras cosas? «Libértanos; nuestra libertad está en tus manos: no nos abandones.»

Lutero no nos abandonó. Duró su oración dos horas, y se distinguió por lo honrado, prudente y respetuoso de la expresión; mostróse dispuesto a someterse a cuanto leal y legítimamente exigiese su misión, no a someterse incondicionalmente. Sus escritos, decía, eran en parte suyos y en parte derivados de la palabra divina. De los suyos podía ingenuamente decir que la humana flaqueza entró por mucho en ellos; la cólera mal reprimida, la ignorancia ciega y otras y otras cosas que juzgaría favor de lo alto poder borrarlas enteramente. Mas respecto a lo que en sana y verdadera doctrina tenía su fundamento, en todo lo que a la palabra de Dios se refiriese, de esto no abjuraría en modo alguno. ¿Ni cómo podría hacerlo? «Confutadme —decía— con pruebas de las Sagradas Escrituras, o siquiera con argumentos racionales; de otro modo, es pretensión inútil la de que yo abjure. No es seguro ni prudente hacer cosa alguna contra nuestra propia conciencia. Aquí estoy, y no puedo hacer otra cosa. ¡Asístame Dios!»

Dijímoslo ya: éste fue uno de los momentos más grandes de la historia moderna de los hombres. El puritanismo inglés, Inglaterra, los Parlamentos británicos, las Américas, todos los inmensos trabajos de estos dos últimos siglos; la Revolución francesa, Europa y sus numerosos trabajos en todas las partes del mundo hasta la hora presente; el germen de todo esto procedía de aquel momento solemnísimo. De haber Lutero procedido de otra manera, ¡cuán otra hubiera sido nuestra suerte! Los pueblos de Europa decíanle: ¿Estamos quizá condenados a descender para siempre, más abajo cada vez, en los abismos de la falsedad, de la encharcada podredumbre, y perecer por la más odiosa y execrable de las muertes? ¿No podríamos, por medio de un violento paroxismo, librarnos de este monstruo fabuloso, curarnos y vivir?

Originó esta reforma grandes guerras, con toda clase de disturbios y competencias, que subsisten todavía y están muy lejos de terminar. En la materia se han suscitado grandes controversias y recriminaciones; hechos dignos de lamentar y patentes, por desgracia, a los ojos de todo el mundo; pero, bien considerado, ¿qué tiene que ver Lutero ni su causa con todos ellos? Brava pretensión y peregrino razonamiento el de querer acusar por tales hechos a la Reforma. Cuando Hércules llevó las aguas purificadoras del río Alfeo a los establos del rey Augías, es indudable que la conmoción y el desorden se enseñorearían de aquellos ámbitos; pero no es de creer que nadie atribuyese al héroe divino la causa de aquella perturbación, sino más bien a otros.

La Reforma pudo traer todos los resultados buenos y malos que se quiera, pero tenía que venir indispensablemente; era de absoluta necesidad que viniese. A todos los papas y a los argumentos, acusaciones y lamentaciones de los abogados de los papas, responde el mundo con esta contestación: «Vuestro papado adolece hoy de falta de sinceridad; no importa lo bueno que en otro tiempo hubiese sido, ni lo que, según

decís, lo es todavía; nosotros ni lo creemos ni podemos creerlo; la luz de la inteligencia, que nos concedió el cielo para guiar aquí en la tierra nuestros pasos, lo rechaza, lo tiene, de hoy en adelante, por una cosa increíble. No queremos creerlo, ni probar tan sólo de creerlo; no nos atrevemos. Una cosa insincera es una cosa fuera de la verdad: aleves y traidores seríamos con el Dispensador de todas las verdades, si nos atreviésemos siquiera a pensarlo. Quítesenos de delante, venga en su lugar lo que quiera; con él no queremos más comercio.»

Lutero y su protestantismo no son responsables de guerra alguna; los falsos simulacros que fueron origen de su protesta, éstos son los responsables. Lutero hizo aquello que todo hijo de Dios tiene, no tan sólo derecho, sino sagrado e imprescindible deber de hacer: contestar resueltamente a toda impostura que se nos acerque y preguntar: ¿Creéis en mí? ¡No! Costase cuanto quisiese, a todo trance, aun con peligro de la vida, esto importaba que se hiciera. Creo firmemente que se acerca para el mundo una nueva época, época de unión, de organización espiritual y material mucho más hermosa, mucho más noble que todos los papados y que todos los feudalismos en sus mejores tiempos. Cierto que vendrán, pero fundadas en lo real, en lo verdadero; únicamente sobre la realidad de los hechos podrán tener subsistencia, no con apariencias, con mentiras, con falsos simulacros. Con la unión que en la falsedad se funda, la unión que nos ordena hablar mentiras y ponerlas en obra, no queremos nada, nada tenemos que hacer con ella. ¿Paz? El brutal y estúpido letargo es pacífico; paz permanente reina en la hedionda y asquerosa sepultura; pero nosotros esperamos, queremos la paz entre los vivos, no esa paz mucho más fatal que la de los muertos.

Pero al apreciar con justicia los indispensables beneficios de lo nuevo, no seamos injustos con lo viejo, que, si ahora no lo es, hubo un tiempo en que fue lo verdadero. No había necesidad del sofisma, ni de la ceguera voluntaria en los días de Dante, ni había que acudir a superchería alguna para tenerlo y considerarlo por verdadero. Entonces era bueno, en tanto grado, que desde aquellos días lleva dentro de sí un bien que nunca muere. Muestras de gran pobreza de espíritu son los gritos «¡No más papismo!» que en nuestros días se profieren. De cuantas especies se echan a volar para entretener la ociosidad de las gentes, la más pobre es la de que el papismo está en auge porque se le ve edificar entre nosotros algunas capillas. Curiosa cosa es ésta; llevar cuenta de no sé qué capillas romanas; dar oídos a no sé qué argumentos silogísticos, con no sé qué estúpidas razones entreveradas de soporíferas sandeces con sus puntas y ribetes protestantes. «Reparad —dicen— cómo está muerto el protestantismo; el romanismo revive y va a reemplazarlo.» Lo que está muerto, completamente muerto, son las razones estúpidas y las sandeces soporíferas; que el protestantismo esté muerto, no es cosa que haya llegado a mi noticia todavía.

Si no queremos cerrar los ojos a la evidencia, veremos que el protestantismo ha producido en nuestros días sus Goethes, sus

Napoleones, la literatura alemana y la Revolución francesa, que, si no andamos equivocados, más que de muerte, son notorias señales de vida. Y considerándolo bien, ¿qué otra cosa en el mundo tiene vida si no es el protestantismo? Lo demás es vano artificio, galvanismo aparatoso, sin más vida que la ajena voluntad, de suyo efímera y poco apetecible.

¿Qué el papismo edifica nuevas capillas? Enhorabuena; edifique cuantas quiera; le daremos nuestro voto y mucho más. No resucitará por eso nunca más el papismo, como no resurgirá el paganismo tampoco, y eso que este último, digámoslo de paso, aún se tolera en algunas partes.

En verdad sucede con estas cosas lo que con las crecientes del mar; veis las olas oscilando en la playa de una parte para otra; durante algunos momentos no sabréis determinar en qué sentido; pero volved pasada media hora; dentro de medio siglo, ¿dónde estará vuestro papado? ¡Oh, si no hubiese para nuestra Europa mayor peligro que el renacimiento de los antiguos papas! Más fácil sería que resucitase el escandinavo Thor. Además, esta oscilación tiene su significado. El papado, aún decrépito, no desaparecerá del todo, como sucedió con Thor; ni sería tampoco conveniente que dejase de durar algún tiempo todavía. Puede decirse que lo viejo no muere sino hasta haber transfundido dentro de lo práctico nuevo todo el espíritu de bondad que en sí contiene.

Mientras pueda, dentro del romanismo, realizarse una buena obra, o, en otros términos más generales, mientras sea posible, dentro de la forma romana, el ejercicio de una vida *verdaderamente* piadosa, *verdaderamente* cristiana, seguirán prefiriéndola, si bien lo consideramos, ésta y la otra alma humana, dando con su ejemplo viviente testimonio de su hermosura; continuarán exhibiéndola a los ojos de cuantos la rechazan, mientras estos no asuman para su práctica todo el espíritu de verdad que aún le quede. Llegado ese día, no tendrá ya el romanismo atractivo para nadie. Con algún objeto la Providencia le mantiene todavía entre nosotros: *viva,* pues, todo el tiempo que Dios quiera.

En lo referente a todas las guerras y matanzas que después sobrevinieron, permítasenos observar que ninguna tuvo principio en tiempo de Lutero. Mientras él vivió no recurrió la controversia a las armas; prueba de la grandeza del hombre en todos los respectos. ¡Cuán raro es ver en la Historia al hombre que, habiendo sido causa de una gran conmoción, no haya perecido envuelto y arrastrado por ella! Esta es casi siempre la suerte de todos los revolucionarios. Lutero continuó siendo en gran parte único soberano de la mayor de las revoluciones; los protestantes todos, de toda clase y categoría, escogiéronle para guía y le siguieron; así, manteniéndola en paz, continuó firme en el centro de aquella revolución.

Para que un hombre lleve a cabo todas estas cosas, necesita poseer alguna virtud soberana, el don de discernir en toda ocasión oportuna la causa de toda dificultad y plantarse allí resuelta y bravamente como núcleo donde converjan los demás hombres animados de su mismo

espíritu y resolución: no siendo así, no podría continuar dominándolos y dirigiéndolos. De notar son en estas circunstancias la fuerza y el alcance de la penetración de Lutero, fuerza múltiple y en todos sentidos, entre otros el del *silencio*, la tolerancia y la moderación.

Dije tolerancia, y verdaderamente lo es y de la especie más ingenua: distingue lo verdaderamente esencial de lo que no lo es. Lo que no es esencial, siga como mejor le plazca. Acudieron a él cierta vez con la queja de que cierto predicador reformista no quería predicar sin sotana. «Bueno —contestó Lutero—; ¿qué daño podrá hacer al hombre una sotana? Dejadle que predique con la sotana y hasta con tres sotanas si en ello encuentra beneficio.»

Su conducta en el asunto de la salvaje profanación de las imágenes de Karlstadt, en la de los anabaptistas y en la de la guerra de los campesinos, demuestra que en él residía una fuerza noble, muy distinta de los espasmos de la violencia. Distingue con profunda sagacidad los caracteres y dificultades de cualquier cuestión sometida a su dictamen, y es hombre fuerte y justo. Expone su parecer; aconseja el camino más prudente que deberá seguirse, y todos siguen su consejo. Sus mismos libros dan este testimonio de su persona. El dialecto en que están escritos es anticuado ya para nosotros, pero aún se les lee con singular atractivo, pues la mera dicción gramatical es aún bastante legible.

El mérito de Lutero en la historia literaria es de lo más grande que se conoce; su dialecto llegó a ser la lengua escrita de su patria. Sus veinticuatro *inquarto* adolecen de la premura con que fueron escritos; pero jamás en libro alguno se vio facultad de hombre más robusta, sincera y noble que en los de Lutero. Integridad, llaneza, sencillez, más que cortesanía, rudeza; pero llenos de vigor y de buen sentido. El comunica luz a todas las cosas; sus frases idiomáticas parecen penetrarlas y descubrir el secreto que encierran. No le falta buen humor, benignidad, afectuoso cariño, nobleza y gran fondo; aquel hombre pudo también haber sido un poeta. No escribió un poema épico; tuvo que *trabajarlo*. Su grandeza de corazón hace que yo le considere como un eminente pensador.

De Lutero dice Richter que «sus palabras son medias batallas». Así puede llamárselas, y su cualidad esencial es la de saber pelear y conquistar un dechado verdadero del humano valor. Entre toda la familia teutónica, donde el valor tiene natural asiento, no hay memoria de hombre más valiente, ni corazón alguno al que pudiera llamarse más animoso. No era mera baladronada, como se le juzgaría si se pronunciase en nuestros días el reto lanzado por él a todos los diablos de Worms. Creencia era de Lutero la de que realmente había diablos, espíritus impuros, moradores del abismo y constantes perseguidores y enemigos del hombre. En sus escritos trata repetidas veces esta materia, dando con ello lugar a no escasas burlas por parte de algunos.

En una de las salas del castillo de Watzburg, donde solía traducir la Biblia, os mostrarán todavía una mancha negra en una pared, recuerdo

curioso de uno de esos conflictos. Traducía Lutero uno de los Salmos, y rendido por el largo y constante trabajo, lo mismo que por la abstinencia y viejos padecimientos, ve presentársele de nuevo una espantosa e indefinible imagen, que tomó él por el enemigo malo que venía a estorbarle la prosecución de su trabajo. Con furibunda arrogancia, Lutero levantóse y arrojó el tintero a la faz del espectro, el cual desapareció súbitamente. La mancha, como os he dicho, subsiste todavía, como curioso monumento de varias cosas. Hoy podría explicarnos científicamente cualquier aprendiz de boticario lo que debe pensarse de tales apariciones; pero el hombre que en aquel entonces se levantó sobre el mismo infierno y le desafió cara a cara, ¿pudo dar mayor prueba de su valor? «El diablo sabe —escribía en cierta ocasión— que esto no procede de temor por mi parte. He visto y desafiado innumerables diablos. El duque Jorge de Leipzig (uno de sus mayores enemigos) no es igual a un diablo: ¡está muy lejos de serlo...!; pero si yo tuviese que hacer en Leipzig, habría de ir allí, aunque lloviesen Jorges nueve días consecutivos.» ¡Vamos, como si se desprendiese un alud de duques!

Equivocándose también por completo los que imaginaban que el valor de aquel hombre fuese sencillamente ferocidad, grosera y desobediente obstinación, rudo salvajismo, opinión que está en la mente de muchos. Muy lejos de eso: lo que sí hay es una ausencia de temor proveniente de la carencia de todo pensamiento o sentimiento afectuoso; de la presencia del odio o del furor estúpido. ¡En poca estima tiénese el valor del tigre! Pero el caso con Lutero es muy distinto; injusta acusación es la de atribuir la fortaleza de su ánimo a la obstinación y a la violencia. No hubo corazón más blando ni más lleno de amor y compasión, como lo son siempre los corazones de los hombres esforzados. En presencia de un enemigo *más fuerte*, el tigre huye; el tigre no es lo que se llama valiente; no es sino feroz y cruel.

Pocas cosas conozco más afectuosas y tiernas que los sentimientos dulcísimos del grande e indómito corazón de Lutero: sentimientos propios de un niño o de una madre, correctos, exentos de todo fingimiento, aunque llanos y hasta cierto punto rudos en su expresión, puros como el manantial que brota de la dura roca.

En efecto, ¿qué otra cosa era aquellos ataques de profunda melancolía y desesperación que atormentaban su juventud, sino un exceso de esa misma sensibilidad? En tales accesos suelen caer los genios taciturnos como el del pobre poeta Cowper. En Lutero no vería un observador vulgar sino al hombre débil y tímido, sin otra distinción principal que la encogida modestia y amabilidad atractiva. Noble valor que, una vez encendido en un corazón como el de aquel hombre, lo inflama todo con celestes llamas.

En los *Coloquios de sobremesa*, obra póstuma de anécdotas y sentencias recogidas por lo amigos, y actualmente uno de los libros más interesantes de Lutero, hay rasgos preciosísimos que nos ponen de

relieve la índole y temperamento del hombre. Resignado con la muerte de Magdalena, su pequeñuela, desearía, sin embargo, ardientemente que viviese, y con aterrado pensamiento sigue el vuelo de su alma a través de los reinos de los desconocido. Reverente ante todo, con verdadero dolor de su corazón, porque después de todos los credos y artículos dogmáticos conoce cuán poco es lo que se sabe o se puede saber, cree que su Magdalena estará con Dios, como a Dios le plazca. Para Lutero, Dios es todo. *Islam*[1] es todo.

En el silencio nocturno, cierta vez, desde el castillo de Coburgo, su Patmos solitario, púsose a contemplar la inmensa bóveda estrellada. Súrcanla raudas nubes, y, aunque muda y tenuísima, es gigante. ¿Quién sostiene todo esto? «Jamás vio nadie las columnas que lo soportan y, no obstante, sostiénese.» Sostiénelo Dios. Importa saber que Dios es grande, que Dios es bueno, y confiar donde no alcance nuestra vista.

Otra vez, volviendo de Lipzig, sorpréndele agradablemente la hermosura de los sembrados. ¡Cuán preciosas ostentan los campos las ricas mieses, y cómo ondulan las doradas espigas sobre los flexibles tallos! Benigna la tierra, por paternal orden divina las produjo una vez más: ¡ése es el pan del hombre!

En Wittenberg vio cierta tarde, al ponerse el sol, cómo un pájaro se posaba en las ramas de un árbol para pasar la noche. Sobre ese pajarito, exclama Lutero, están los inmensos cielos sembrados de mundos; él, no obstante, pliega las alas y se retira a descansar confiadamente como en su casa. ¡Dios les ha dado también su hogar!

No faltan tampoco dichos graciosos y joviales: aquel hombre posee un corazón libérrimo, grande, humano. En general, su discurso muestra natural nobleza, idiomática, ingenua, expresiva, salpicada de bellísimos tintes poéticos. Sentimos como si en él tuviésemos una grande alma humana, un corazón como los nuestros humano. Su amor por la música puede decirse que es la suma total de toda la benevolencia contenida en su corazón. ¡Cuántos sentimientos, inexplicables al humano discurso, saldrían envueltos en los sones de su flauta! Dice que los demonios huían de ella... De una parte, un valor que menosprecia la muerte, y de la otra un tan grande amor a la música. Creo que puede llamarse a esto los dos polos opuestos de una grande alma: entre estos dos polos había espacio para muchas grandes cosas.

Para mí, la representación del carácter de Lutero es su rostro: el verdadero Lutero se encuentra entre los mejores retratos de Kranach. Fisonomía plebeya, ruda, con salientes huesos superciliares y pobladas cejas, emblema de energía: rostro casi repulsivo a primera vista. Sin embargo, obsérvase, especialmente en sus ojos, una tristeza silenciosa, una melancolía indefinible, a cuya sombra viven todos los sentimientos que imprimen en todo lo demás el sello de la verdadera nobleza.

---

[1] *Içlam*, en árabe, *salvación*, como si dijéramos: la salvación lo es todo.

En la complexión de Lutero entraban la risa y las lágrimas. El cielo, condenándole a los trabajos, le había dado para endulzarlos el llanto y la risa: el dolor y las lágrimas.

Después de todos sus triunfos y victorias, ya en sus últimos días, sentíase cansado de la vida; consideraba que sólo Dios podía moderar y dirigir los caminos por donde se extraviaban todas aquellas cosas, y que tal vez no estaba lejos el día del juicio. Respecto a él, no deseaba sino que le llamase Dios para librarle de sus trabajos y concederle el eterno descanso.

Muy poco conocen al hombre los que citan todo esto en descrédito suyo. Yo le tendré siempre por un verdadero grande hombre; grande por la inteligencia, por el valor, por la integridad y hermosos sentimientos de su corazón; uno de los hombres más dignos de ser amados. Es grande, no a la manera de un labrado obelisco, sino más bien como un peñón de los Alpes, natural, espontáneo, justo, sin pretensiones de alcanzar la grandeza. Su fin no es sólo muy distinto: es enteramente opuesto. Compárolo a un inmenso monte granítico, con sus fuentes sonoras, sus verdes prados y floridos valles; un verdadero héroe espiritual de la Naturaleza y de la realidad, por quien, una vez más, las edades presentes y muchas de las que habrán de venir todavía, tendrán que dar gracias al cielo.

La más interesante fase que asume la Reforma en parte alguna, especialmente para nosotros, es la del puritanismo. En la misma patria de Lutero degeneró muy pronto el protestantismo en una cuestión infecunda; no constituyó una religión, una fe, sino más bien una jerga teológica donde no tenía el corazón interés alguno, sin otro espíritu de verdad que la pura contención escéptica, bajo cuya forma aumentó cada vez más hasta tocar en el volterianismo, desde las campañas de Gustavo Adolfo hasta las de la Revolución francesa.

En nuestra nación dio origen a un puritanismo que llegó a establecerse como un presbiterianismo e Iglesia nacional entre los escoceses, producto del corazón que dio al mundo sazonados y riquísimos frutos. En cierto modo, puede decirse que es la única fase del protestantismo que llegó a ser una fe, una comunicación directa del hombre con el cielo, y como tal pudo figurar en la Historia.

* * *

Necesitamos ahora dedicar unas cuantas palabras a la memoria de Knox, hombre notable y a la vez valiente, pero todavía más importante como gran sacerdote y fundador, como todos debemos considerarle, de la fe que llegó a ser la de Escocia, de la Nueva Inglaterra y de Oliverio Cromwell. La Historia tiene mucho que decir aún sobre esto, y lo dirá algún día.

Podemos, como nos plazca, censurar el puritanismo; supongo, y no creo equivocarme, que ni uno solo de nosotros deja de encontrarlo

defectuoso y muy distante de la perfección. Pero debemos comprender, y con nosotros todo el mundo, que fue una cosa sincera, porque la Naturaleza la adoptó, y creció y sigue creciendo. Muchas veces pienso que no parece sino que todo en este mundo se decide por la ley del duelo, por un combate a muerte; que la *fuerza*, bien entendida, es la medida de todo mérito. Désele tiempo a una cosa: si llega a prosperar, será prueba de que es verdadera.

Volved los ojos al Nuevo Mundo y contemplad aquella Nueva Inglaterra; remontaos ahora en el tiempo doscientos años y fijaos en un rincón de Holanda, de donde en estos momentos sale una endeble nave, la *Mayflower*, con su preciosa carga de proscriptos, y decid: ¿podríais asegurarlo, a no saberlo, que esa nación que se llama los Estados Unidos de América, que hace cincuenta años apenas contaba con tres millones de habitantes y hoy tiene sesenta, fuese el resultado de un principio tan insignificante? Si tuviésemos el sentido tan abierto y dispuesto como los griegos, habríamos encontrado aquí un poema, uno de esos poemas propios de la Naturaleza, tal como los escribe ella con estupendos caracteres sobre la superficie de vastos continentes.

El principio de la grandeza de aquel gran pueblo tiene realmente su origen en este hecho de tran grande importancia: había en verdad desparramados por aquellas inmensas soledades algunos colonos que venían a formar como el núcleo de un cuerpo; pero el alma de este cuerpo fue real y verdaderamente el hecho que estamos relatando. Aquellos desdichados, arrojados de su patria como criminales por rendir culto a Dios según los impulsos de su corazón, hecha imposible por ellos la vida en Holanda, determinaron establecerse en el Nuevo Mundo. Hay allí sombrías e incultas selvas, pobladas de feroces salvajes, pero no tan crueles como los verdugos que se sentaban en el infame tribunal de la Starchamber. Creyeron que la tierra, si la cultivaban honradamente, les proporcionaría alimento y que también allí les cobijaría la celeste bóveda; que a lo menos se les dejaría vivir en paz, preparándose para la eternidad, viviendo religiosamente en este mundo del Tiempo, rindiendo culto a Dios del modo que juzgaban verdadero, no falsa ni idolátricamente. Los escasos medios con que contaban pónenlos en común, fletan una navecilla, la *Mayflower*, y con ella se lanzan al océano.

En la *Historia de los puritanos*, de Neal, hay una relación de la ceremonia de su partida, que podríamos llamar solemnidad porque el hecho revistió todos los caracteres de un acto verdaderamente religioso. Su pastor, con los demás compañeros que se quedaban, acompañáronles hasta la playa, y allí comenzaron todos juntos a orar, elevando al Hacedor de todas las cosas un himno solemne, rogándole tuviese misericordia de sus hijos, se apiadase de ellos y les acompañase al desierto, obra también de sus manos y residencia suya también, pues El está en todas partes.

¡Ah, gran trabajo el de aquellos hombres! La cosa más débil, más débil que el ser humano en la infancia, llega a ser fuerte un día, como sea

verdadera. Despreciable, objeto de befa era entonces el puritanismo; no creo que hoy se le atreva nadie. El puritanismo adquirió armas, robusteciéronse sus nervios; hoy tiene cañones y escuadras, inteligencia en sus dedos, fuerza en su diestra; da rumbo a las naves, abate selvas y remueve montes: ¡es hoy una de las cosas más fuertes que alumbra el sol!

En la historia de Escocia no encuentro, propiamente hablando, más que una sola época digna de mención: puede decirse que no contiene nada de interés general para el mundo, a no ser la reforma de Knox. País pobre, estéril, lleno de disturbios, discordias, asesinatos y matanzas; un pueblo sumido en los últimos grados de la inopia, no mucho mejor que la Irlanda actual. Feroces y hambrientos varones, incapaces de arbitrar un medio para repartirse lo que esquilmaban a aquellos míseros esclavos, viéndose, como las repúblicas colombianas en nuestros días, obligados a hacer una revolución del menor desorden; a no hallar medio de cambiar un Ministerio sino ahorcando a los antiguos ministros..., ¡qué insignificante cuadro histórico! No dudo que hubiese numerosas valentías, feroces y abundantes luchas; pero no más valientes ni feroces que las de sus antepasados los viejos reyes del mar, escandinavos cuyas hazañas no nos parecen dignas de gran atención.

Pero en ese país que hasta entonces careció de un alma donde sólo lo externo, grosero y semianimal hallaba desarrollo, sobreviene la Reforma, y aquel cuerpo privado de vida resucita, muévese a los efluvios de la nueva luz. Una de las más nobles causas parece iluminarse y arroja pronto vivísimos fulgores a manera de faro colocado en alto, alto como el cielo, y, sin embargo, asequible a la tierra, por cuyo medio, el más infeliz de los hombres será, no sólo un ciudadano, sino miembro de la Iglesia visible de Cristo: ¡un verdadero héroe si justifica ser un hombre verdadero!

Ahora bien: esto es lo que quise significar al decir una nación compuesta toda de héroes, una canción *creyente*. No se necesita un alma grande para crear un héroe, sino un alma divina que no desmienta su origen: ¡ésa será un alma grande! Creo que estas cosas se han visto y volverán a verse bajo más amplias formas que la presbiteriana; hasta entonces no habrá bien permanente. «¡Imposible!», exclaman algunos. «¡Posible y muy posible!», respondo yo. ¿Acaso no lo hemos visto ya puesto en obra? ¿Faltó, por ventura, el culto a los héroes en la persona de Knox? ¿O somos ahora de distinto barro? ¿Acaso añadió la profesión de fe Westminster alguna nueva propiedad al alma humana? El alma del hombre hízola Dios. Dios no condenó al alma del hombre a vivir como una hipótesis, como un rumor, en un mundo plagado de ellos y con las fatales consecuencias de su fruto.

Pero volvamos a Knox. Lo que hizo éste por su nación podría llamarse, en realidad, una resurrección: la resurrección de un pueblo. No era la cosa fácil de llevar a buen término; pero por difícil y trabajosa que fuese, cuestión era aquélla de vida o muerte, y necesitábase luchar y vencer a todo trance. La victoria compensó todos los sacrificios que se

llevaron a cabo, y hubiera sido barata a cualquier precio que se la hubiese obtenido. Preciosa cien veces más que la vida, con ella eomenzó el pueblo a vivir; era ésta una de las primeras necesidades que había que satisfacer a cualquier precio, fuera el que fuera.

La literatura escocesa, el pensamiento, la industria, Jaime Watt, David Hume, Walter Scott, Roberto Burns..., yo veo a Knox y la Reforma trabajando dentro del corazón de cada uno de estos individuos y de todos los demás sucesos extraordinarios; sin la Reforma, nada de todo esto hubiera existido.

¿Y qué diremos de Escocia? El puritanismo de Escocia vino a ser el puritanismo de Inglaterra y el de la otra Inglaterra allende el Océano. De un tumulto originado en cierto templo de Edimburgo, resultaron guerras y conmociones sin cuento en todos aquellos reinos, guerras y conmociones que sólo terminaron cincuenta años más tarde con la revolución por nosotros llamada la *Gloriosa,* el acta *Habeas Corpus,* los Parlamentos libres, y otras y otras cosas. ¡Cuán cierto es lo que dijimos de todos aquellos que marchan a la vanguardia de los pueblos y llenan con sus cuerpos los fosos de las fortalezas, a fin de que los que les siguen los pasen a pie enjuto y se lleven el honor de la victoria!

¡Cuántos valientes Cromwells, Knox impertérritos entusiastas de la buena causa, luchadores incansables, combatiendo por la propia existencia en los senos de las montañas, en lo profundo de los barrancos, hundidos hasta las rodillas en los lodazales, pelearon, sufrieron y cayeron, censurados hasta lo indecible, calumniados, execrados, *cubiertos de lodo,* antes que la bella revolución de un Ochenta y ocho pudiese lucir sobre sus restos fríos sus escarpines de raso y sus medias de seda, con un universal tres-veces-tres![1].

Parécenos algo duro y nada correcto que un escocés tenga al cabo de trescientos años que presentarse, ni más ni menos que un criminal, ante la opinión del mundo, por la ostensible razón de haber sido intrínsecamente, y del mejor modo que supo, uno de los hombres más animosos de Escocia. De haber pertenecido a la clase de nuestros pobres «Mitad-y-mitad»[2] y haberse agazapado en cualquier rincón aprendiendo a doblar el espinazo como tantos otros, Escocia no hubiera sido libre; pero Knox habría sido un hombre *irreprochable.*

De todos los escoceses, él es el único a quien Escocia y la opinión general deben un desagravio. Hoy tiene que presentarse ante la opinión de su patria para que se le perdone el enorme pecado de haber valido más que cualquier millón de irreprochables, a quienes nada hay que agradecer ni perdonar. Presentóse en los combates a pecho descubierto, remó como un esclavo en las galeras francesas y vagó desterrado por el mundo, sin recursos y sufriendo todas las inclemencias; se le vituperó,

---

[1] *Three-times-there.* Trátase de una especie de aclamaciones, *cheers.*

[2] *Half-and-half.*

calumnió, atentóse contra su vida, la cual fue un batallar continuo y sin descanso. Muy poco tendría que agradecer si no esperase otra recompensa que la del mundo.

No pretendo ser el apologista de Knox. Para él es cosa del todo indiferente lo que después de doscientos cincuenta o más años se opine de sus actos. Pero nosotros, en posesión completa de todos los detalles y sucesos de su vida, disfrutando pacíficamente del fruto de su victoria, debiéramos, por propio interés, sobreponernos a todos los rumores y controversias que envuelven al hombre mismo.

Apuntemos el hecho de que Knox jamás solicitó el puesto de profeta de su nación; que antes de llegar a ser un varón conspicuo había cumplido ya los cuarenta años y estaba por completo apartado de los asuntos mundanales. Hijo de padres pobres, recibió una educación de colegio; ordenóse sacerdote y aceptó después la Reforma, ajustando su conducta a la luz de la nueva fe, sin mezclarse indebidamente en los asuntos de los demás. Había vivido como tutor en las familias de caballeros particulares, predicando cuando algunas personas querían oír su doctrina, resuelto a seguir por el camino de la verdad y no decir nada contrario a ella en cuantas ocasiones las circunstancias lo exigieran. A esto se reducía toda su ambición, sin imaginar que pudiera servir para otra cosa.

En este sistema de vida completamente oscuro llegó a cumplir los cuarenta años, en sazón en que resistía el sitio con reducido número de reformistas en el castillo de San Andrés, cuando un día el predicador que acababa de exhortar a los combatientes que lo defendían sin esperanza, volvióse de repente, diciendo que allí entre ellos debía haber otros oradores y que todo aquel que tuviese corazón de sacerdote y don de palabra estaba obligado a hablar en semejante ocasión; que todas estas circunstancias concurrían; abundantemente en uno de los presentes, John Knox por nombre. «¿No es así, como lo digo? —añadió el predicador, dirigiéndose a su auditorio—: ¿cuál es, pues, su deber?» La voz unánime fue afirmativa: sería criminal, en un hombre como él, mantenerse callado y abandonar en tales momentos su puesto.

El pobre Knox vióse obligado a levantarse; trató de hablar y no pudo; pero las lágrimas fluyeron abundantemente de sus ojos, imposibilitándole de permanecer en la asamblea. Digna es de recordación esta escena. Durante algunos días sufrió un malestar e inquietud increíbles. Sentía que su facultad era muy reducida, muy pequeña para obra tan grande. Presentía, además, la clase de bautismo con que iban a confirmarle. ¡Y de nuevo las lágrimas surcaron sus mejillas!

La principal característica del héroe, que es, en opinión nuestra, la sinceridad corresponde enfáticamente a Knox. Sean las que fueren sus demás cualidades o faltas, jamás dejó de considerársele como un hombre verdadero. Por débil y desesperada que la realidad se le presente, sobre ella y nada más que sobre ella *podrá* él mantenerse. En las galeras del Loira, en cuyos bancos aherrojaron a Knox y a sus demás compañeros

de infortunio después de la toma del castillo de San Andrés, uno de los jefes o sacerdotes le presentó un día una imagen de la Virgen Madre, exigiendo de ellos, herejes y blasfemos, que le hiciesen reverencia. «¿Madre? ¿Madre de Dios? —dijo Knox cuando llegó su turno—; esto no es la madre de Dios; esto es un *pented bredd;* esto es un trozo de madera pintada, más propio para flotar sobre el agua que digno de que se le reverencie», añadió Knox, tirando el simulacro al río. No era aquel lugar ni estaban los tiempos para burlas; pero, sea como fuere, aquello para Knox era la realidad: «*pented bredd;* adórelo quien por otra cosa lo tenga».

Animaba a sus compañeros en los trances más tristes y desesperados, diciéndoles que la causa que defendían era verdadera y que necesariamente había de prosperar; el mundo entero sería impotente contra ella. Sólo la realidad es fuerte, porque es obra de Dios. Knox no puede vivir sino con los hechos, con la realidad; se adhiere a la realidad como el náufrago a la roca. Es para nosotros un ejemplar de cómo puede llegar a la heroicidad un hombre con la sinceridad sólo por norte: he aquí el gran desiderátum, el talismán que él posee.

Más que trascendental, vemos en Knox una inteligencia buena y honrada. Si le comparamos con Lutero, veremos que no son tan considerables sus alcances; pero en su amor instintivo a la verdad, en su adhesión a ella, en su *sinceridad,* como ya hemos dicho, Knox no tiene quien le supere, o, mejor diríamos, no le iguala nadie. Su corazón está fundido en el molde de los verdaderos profetas. «Ahí está —decía el conde de Morton sobre su sepultura— quien no temió jamás la presencia del hombre.»

De todos los modernos, él es quien más se asemeja a los antiguos profetas. Igual inflexibilidad, la misma intolerancia, tenacidad y rigidez en la idea limitada que él tiene de la bondad de Dios; la misma austeridad y severidad cuando reprende en nombre de Dios a cuantos olvidan sus mandatos. Es un viejo profeta hebreo con el traje de un ministro protestante en la ciudad de Edimburgo, en el siglo XVI. Por tal debemos tomarle y no por otra cosa; no exijamos más de él.

Se ha comentado mucho la conducta de Knox con la reina María, las visitas poco amables que acostumbraba hacerle en su propio palacio, sin más objeto que el de censurarla y reprenderla. Llena nuestro pecho de indignación tal crueldad y grosería. Pero al leer nuevamente la actual narración de todo lo que Knox dijo o quiso dar a entender a la reina en aquellas conversaciones, vémonos completamente contrariados en nuestros sentimientos trágicos. No son esos discursos tan groseros como se cree: en nuestro sentir, son tan hermosos y delicados como lo requerían las circunstancias.

No iba Knox a palacio a representar el papel de cortesano, sino con muy diferente objeto. Aquel que, después de leer los coloquios de Knox con su soberana, no viere en ellos sino vulgares insolencias de un sacerdote plebeyo a una alta y delicada señora, equivocada por completo

la esencia y el sentido de los mismos. Desgraciadamente, era imposible ser cortés con la reina de Escocia, a menos de portarse deslealmente con la nación y la causa escocesa. Para un hombre que no quería ver la tierra de su nacimiento convertida en campos de caza para intrigantes y ambiciosos Guisas y la causa de Dios a los pies de la impostura, del formulismo y del diablo, no había manera posible de hacerse agradable. «Mejor es que lloren las mujeres —decía Morton— y no los hombres barbudos.»

Knox representaba el partido de oposición constitucional en Escocia; pero los nobles del país, llamados por su posición a ocupar aquel puesto, no fue posible hallarlos. Tenía que ir Knox o nadie más. ¡Desventurada reina!, pero más desventurado país si había de labrar la felicidad de ella. Esa misma reina, estre sus demás cualidades, no carecía de acritud en alto grado: «¿Quién sois vos —le dijo cierta vez—, que presumís de dar lecciones a los nobles y aun al soberano de estos reinos?» «Señora soy un súbdito nacido en ellos», contestó Knox. ¡Razonable respuesta! Si el súbdito ha de decir verdad, no resbalará por faltarle punto de apoyo.

Censuramos a Knox por su intolerancia. Bien nos estará a cada uno de nosotros ser todo lo tolerante posible. Además, vamos a cuentas: después de cuanto se ha hablado y continúa hablándose sobre la materia. ¿qué viene a ser en el fondo la tolerancia? La tolerancia tiene que transigir con lo *no* esencial, y ver perfectamente lo que es eso. La tolerancia tiene que ser noble, mesurada y aun justa en su propia cólera, cuando ya no puede tolerar más. Creo no obstante, que no estamos aquí con el único objeto de dedicarnos a la tolerancia, sino al mismo tiempo para resistir, reprimir, gobernar y vencer finalmente. No estamos aquí para tolerar imposturas, latrocinios y cuantas maldades e iniquidades se nos obligue a sufrir y tolerar bajon pueriles pretextos de tradición y de costumbre. No; muy lejos de esto, resistimos, protestamos, gritamos con todas nuestras fuerzas: ¡Engendros monstruosos de la superstición y de la ignorancia, atrás! Vosotros no sois la verdad, ni tan sólo simulacros de ella: ¡sois la mentira! ¡Manantial perenne de corrupción y de podredumbre, focos donde convergen todas las injusticias, os rechazamos, no podemos toleraros más! Estamos aquí para acabar con todo género de imposturas, del modo que Dios nos inspire hacerlo, y no nos detendremos mucho en los trámites, pues lo que nos importa es la ejecución de la cosa. Si desde este punto de vista lo consideramos, Knox fue un hombre intolerante.

No es de extrañar, por otra parte, que se agriase el humor de un hombre que se vio sumido en la dura condición de galeote, condenado a remar como un esclavo en las naves francesas por el delito de predicar la verdad en su propia patria. No estamos en condiciones para afirmar que el de Knox fuese un temperamento suave, ni mucho menos para atribuirle un carácter violento. Pero sí podemos asegurar firmemente que era buena su índole. Los sentimientos de aquel hombre tan trabajado, tan calumniado y tan sufrido, eran puros y generosos. La circunstancia

de que llegara a reprender a su reina, a tener tanta influencia sobre aquella nobleza turbulenta y altiva y mantener hasta el fin como una especie de virtud, presidencia y soberanía sobre aquella nación inquieta y revoltosa, él, que no era más que un súbdito nacido dentro de la misma, pruébanos que Knox no era un hombre vulgar ni atrabiliario tampoco, sino dispuesto a probar lo contrario cuando la ocasión se ofreciese.

Hombre de corazón y de inteligencia, impone su autoridad y se hace obedecer sin esfuerzo. Censúranle por haber derribado catedrales y no se qué otras cosas, ni más ni menos que si fuese un sedicioso o un terrible demagogo, y precisamente los hechos atestiguan todo lo contrario. Knox no necesitaba, ni quería, ni tenía para qué echar abajo monumento alguno; lo que él deseaba era arrojar de las almas de los hombres las tinieblas y la lepra de la ignorancia. No eran su elemento la confusión y el tumulto, y le cupo en suerte vivir entre ellos para examinarlos.

Hombres como Knox son enemigos natos del desorden, lo aborrecen de muerte; pero, ¿acaso no sabemos que la impostura *respetable,* amanerada y corriente no es el orden, sino la condensación y suma total del desorden? El orden es la verdad; todas las cosas asentadas sobre el pedestal correspondiente a cada una: el orden y la impostura es imposible que convivan.

Tenía Knox, entre otras cualidades, la de cierta disposición para lo burlesco, que a nosotros nos place en gran manera, y un don particular para ver el lado ridículo de las cosas. Con la ruda franqueza en él característica, nos da en su *Historia* gallardas muestras de aquellas actitudes. Recordemos, por ejemplo, la escena de los prelados enzarzados en una disputa sobre precedencia a las mismas puertas de la catedral de Glasgow; vedlos correr y arremeterse unos a otros, dándose empeñones, tirándose del roquete y servirse al fin del báculo a guisa de garrote. ¡Qué espectáculo para Knox! No experimenta al contemplarlo ningún sentimiento de amargura, desdén ni desprecio siquiera, sino franca risa que transforma por un momento la seriedad del semblante; no la carcajada sonora, sino más bien aquella sonrisa que parece salir de los mismos ojos.

Franco y bueno en todos sentidos, Knox era amigo de los grandes y de los pequeños y leal para con todos. No os lo figuréis grave para dejar de fumar plácidamente en su pipa de Burdeos, alegre y sociable en su casa de Edimburgo, rodeado de semblantes que le adoraban. Se equivocan del todo quienes le tienen por un fanático irascible. Nada de esto: era el más sólido y verdadero de los hombres, colmado de buenas cualidades, práctico, cauto, paciente; hombre observador y sagacísimo, viva representación del carácter escocés de nuestros tiempos, que se distingue por su mezcla de taciturnidad sardónica, claro talento y corazón más fuerte de lo que él cree. Posee la facultad del silencio, de saber callar sobre todo aquello que directamente no le concierne. Pero sobre lo que vitalmente le interese, sobre eso no callará y hará que le oigan aun los sordos.

Knox, profeta de los escoceses, nunca fue hombre por quien se sintiese aversión. Fue su vida una continua pelea, una lucha ininterrumpida con papas, reyes y todo linaje de nobles; lucha constante, llena de desastres y accidentes, ya errante por el mundo, ya aherrojado en el banquillo de los forzados. ¡Dura pelea, pero coronada por la victoria! «¿Tenéis esperanza?», preguntábanle en sus últimos momentos, cuando ya no podía hablar. Knox alzó el dedo, y señalando hacia arriba, murió.

¡Honor a Knox! Sus obras no han muerto. La letra de ellas muere como la de todos los hombres, pero sobrevive su espíritu.

Una palabra más respecto a eso de la letra. Se acusa a Knox de haber querido colocar a los sacerdotes sobre la cabeza de los reyes: ésta es su grande ofensa. En otros términos: trabajó cuanto pudo para hacer del Gobierno de Escocia una teocracia. Esto es propiamente la suma total de todas sus ofensas: el pecado esencial, para el cual no puede haber perdón. Verdad es que en el fondo, ya consciente o inconscientemente, procuró establecer una teocracia o gobierno de Dios. Pretendía que así los reyes como sus ministros y todas las demás personas, fuese cual fuese su empleo o categoría, lo mismo en la vida pública que en la privada, se ajustasen y viviesen conforme a la letra del Evangelio de Jesucristo, entendiendo que ésta habría de ser ley suprema sobre todas las leyes. Tuvo una vez la esperanza de ver su pensamiento realizado, y que no fuese una palabra vana la petición de «Venga a nos el tu reino».

Su corazón llenóse de pesadumbare y amargura al ver a aquellos codiciosos varones lanzarse hambrientos sobre los bienes de la Iglesia; en vano representóles que no eran aquellos bienes propiedad secular, sino espiritual y para el uso exclusivo de los verdaderos fines de la Iglesia, tales como la educación y cuidado de los pobres y desvalidos; escuelas, hospitales y demás servicios del culto divino. El regente Murray contestaba a esto con un movimiento de hombros, diciendo: «¡Cosas de imaginación devota!»

Este era el proyecto de Knox repecto a lo que él creía lo justo y verdadero; esto lo que aspiró a ver realizado y trabajó incesantemente por conseguirlo. Si en conciencia creemos que este plan de Knox era harto estrecho y que no se ajustaba del todo a la verdad ni a la realidad, alegrémonos de que no lo hubiese realizado y permanezca sin efecto aún tras dos siglos de esfuerzos, siendo «una imaginación devota».

Mas ¿por qué hemos de censurarle por haber querido que aquella imaginación devota fuese una realidad? Precisamente por la teocracia, por el gobierno de Dios es por lo que debe trabajarse. Todos los profetas, todos los sacerdotes celosos aspiraron a ese fin. Hildebrando quiso una teocracia; Cromwell también peleó por conseguirla; quísola y la realizó Mahoma. ¿No es eso lo que desean también todos los hombres religiosos, sean profetas, sacerdotes o lo que quieran? Que la justicia y la verdad, o sea la ley de Dios, reinen supremas entre los hombres, éste es el ideal celeste (bien calificado en tiempo de Knox y en todo tiempo, como la voluntad de Dios revelada) hacia el cual tenderá el reformador

insistiendo en que todo se le acerque más y más todos los días. Los verdaderos reformadores, lo hemos dicho ya, son sacerdotes por su propia naturaleza, y laboran por una teocracia.

El problema permanente en todos tiempos está en saber hasta dónde pueden introducirse esos ideales en la práctica y en qué punto debe comenzar nuestra impaciencia por no verlos introducidos. Con toda seguridad creo que podemos decir que vengan y que por sí mismos se introduzcan hasta donde logren hacerlo por la virtud de su esfuerzo propio. Si son la verdadera fe del hombre, toda la Humanidad estará más o menos impaciente allí donde no los vea introducidos. No faltarán nunca regentes Murrays que digan encogiéndose de hombros: «¡Una imaginación devota!»

Nosotros, por nuestra parte, ensalzaremos siempre al héroe sacerdote que trabaja por introducirlos, con arreglo y en la medida de sus luces, y emplea su noble vida sufriendo toda clase de trabajos y vejaciones, contradicciones y calumnias por hacer de esta tierra un reino de Dios.

Nunca será la tierra sobrado religiosa.

CONFERENCIA QUINTA

EL HEROE COMO HOMBRE DE LETRAS

JOHNSON.— ROUSSEAU. BURNS

Martes, 19 de mayo de 1840.

El héroe-dios, profeta, poeta, sacerdote, son formas de heroísmo de remotas épocas, formas cuya aparición corresponde a las más antiguas edades. Algunas de ellas, desaparecidas del todo, no volverán ya a verse sobre la tierra.

El héroe como escritor, del cual nos ocuparemos hoy, es producto exclusivo de nuestros tiempos, y mientras subsista el arte maravilloso de la escritura y el no menor maravilloso de la imprenta, puede asegurarse fundadamente que continuará siendo una de las más principales formas de heroísmo que legaremos a las edades venideras. Además, este fenómeno, singularísimo bajo varios respectos, es cosa del todo nueva; apenas si cuenta un centenar de años de existencia. Nunca se había visto, sino de un siglo a esta parte, la forma de una grande alma vivir separada de aquella manera anómala; trabajando por exteriorizar, por medio del libro impreso, la inspiración que pugnaba por ver la luz, procurando con este sistema un lugar y manera de ganarse la vida con lo que quisiera darle el mundo por su trabajo. ¡Cuánto no se ha vendido, comprado, regateado por los mercados públicos! Pero jamás hasta entonces, de tan patente modo, se compró, vendió o regateó la sapiencia del alma heroica.

El literato, con las sinceridades y con los errores vertidos en sus producciones, arrinconado en miserable zaquizamí, astroso, rigiendo (porque esto hace realmente) después de muerto, desde su sepultura, naciones y generaciones enteras que en vida apenas se dignaron darle un mendrugo con que arrastrar la existencia, ofrece al mundo uno de los más interesantes cuadros. La forma de su heroísmo es del todo inesperada.

Desde los tiempos prehistóricos han tenido que presentársenos los

héroes bajo muy diversas formas. ¡Ah! ¡Jamás supieron los pueblos la manera de convivir con ellos: tan rara es su aparición en el mundo! Parecía absurdo que hubiesen existido hombres que en su ruda admiración tomasen a un hombre extraordinario como Odín por una divinidad y como a tal le adorasen; a un ser extraordinario también como Mahoma por un profeta inspirado por Dios mismo, y siguiesen y sigan todavía religiosamente su ley durante doce siglos; pero por más absurdo debemos tener aún, y así lo considerarán las venideras generaciones, que a hombres tan grandes y extraordinarios como Samuel Johnson, Roberto Burns y Juan Jacobo Rousseau les juzgasen sus contemporáneos como cosa *non descripta,* venidos al mundo sin más objeto que el de entretener la ociosidad de las gentes mediante el sufragio de unas miserables monedas, de unos menguados aplausos.

Y, sin embargo, y en vista de que lo espiritual decide siempre de lo material, a ese héroe hombre de letras, pensador, poeta, filósofo, llámesele como se quiera, debe considerársele como a uno de los hombres más importantes de los tiempos modernos. Cuanto él enseña, lo realizará el mundo. La conducta del mundo para con él será el medio más adecuado para conocer la situación general del mundo. Observando bien su vida, tendremos perfecto conocimiento, hasta donde esto sea posible, de los siglos que le produjeron y en que vivimos también nosotros.

Así como en el mundo hay cosas sinceras y cosas que no lo son, así existen también escritores ingenuos y no ingenuos. Si héroe significa sincero, diremos entonces que el héroe como escritor desempeñará para nosotros una función siempre honrosa, elevadísima, y que en otros tiempos pudo juzgarse sublime. De la mejor manera que le es dado expresarlo, declara la inspiración de que rebosa su alma. Digo *inspiración,* porque lo que solemos llamar originalidad, sinceridad, genio, la cualidad heroica para la que no existe hombre adecuado, significa eso.

Héroe es aquel que vive dentro de la esfera íntima de las cosas, en lo verdadero, en lo divino, en lo eterno, en lo invisible a los más, pero cuya existencia es perenne aunque sólo se den cuenta de sus triviales manifestaciones. En eso está el ser del héroe, y él lo hace público por obra o de palabra, o como mejor juzgue declararse al mundo. Como antes dijimos, su vida es un pedazo del inmortal corazón de la Naturaleza, de la misma vida de todos los hombres, por más que la ignara muchedumbre, desconocedora del hecho, le es infiel infinitas veces. Pero los fuertes, aunque escasos en número, son muy enérgicos, muy heroicos, porque para ellos no es su vigor su secreto. Como héroe; ahí está el escritor para proclamarlo en la forma que posible le sea. Intrínsecamente, su función es la misma que bautizaron las antiguas generaciones con el nombre de profeta, sacerdote, divinidad; función que todos los héroes, ya de obra, ya de palabra, fueron enviados a ejercer en el mundo.

Hará cosa de cuarenta años, dio el filósofo alemán Fichte, en la ciudad de Erlangen, un curso notabilísimo de coferencias sobre la naturaleza del hombre literario, *Ueber das Wesen des Gelehrten*. De conformidad con la filosofía trascendental, en la que era tan gran maestro, el filósofo teutónico declaraba: Que todas las cosas que vemos o en que nos ocupamos aquí en la tierra, especialmente nosotros mismos y todas las demás personas, son a modo de una vestimenta o apariencia sensoria; que bajo todo ello está su esencia, o lo que llama él la divina idea del mundo: esta realidad es la que está en el fondo de toda apariencia.

Para el común de los hombres no existe en el mundo semejante idea divina reconocible; viven, dice Fichte, tan sólo entre las superficialidades, entre lo *practicable* y lo *ostensible*, sin sospechar siquiera que haya nada divino en el fondo de todo esto. Pero la misión del escritor es discernir por sí mismo y poner de manifiesto esa divina idea. En las nuevas generaciones se manifestará bajo forma de un dialecto nuevo: al escritor exclusivamente incumbe hacer este trabajo.

No hay necesidad de que nos enojemos con esta fraseología de Fichte. Es su manera de expresar lo que yo procuro explicar aquí imperfectamente con otras palabras: dar idea de una cosa que no tiene nombre todavía: la inexpresable significación divina, llena de esplendor, de terror, de asombro, que está en el ser de todo hombre, de toda cosa; la presencia de Dios, que lo creó todo. Mahoma enseñó esto mismo en su dialecto, Odín en el suyo, y es lo que todos los pensadores, en uno u otro dialecto, enseñan aquí abajo.

Fichte considera al héroe escritor como un profeta, y le llama sacerdote, esto es, hombre que tiene por encargo desenvolver continuamente ante sus semejantes la idea divina. Así, los escritores desempeñan como un perpetuo sacerdocio, enseñando a los hombre en todo tiempo que Dios preside siempre su existencia; que cuanto en el mundo vemos, que toda apariencia es como una vestimenta para la idea divina del mundo, para aquello que mora en el fondo de esa apariencia. Por lo mismo, existe siempre en el escritor verdadero cierta santidad, reconózcala o no el mundo: él es la luz, el sacerdote de los pueblos, a los que guía convertido en sacratísima columna de fuego en su peregrinación tenebrosa por los espacios impalpables del tiempo.

Fichte distingue con notable perspicacia el verdadero hombre literario, lo que llamamos nosotros el héroe escritor, entre la turbamulta de los falsos y no heroicos. El que no vive del todo en esta divina idea, o si vive en ella sólo es de un modo incompleto, si no lucha y procura vivir enteramente en ella como el único bien, a éste tal déjesele vivir donde mejor le plazca y entre las pompas y prosperidades que apetezca. Nunca será hombre literario, sino un chapucero, dice Fichte, un *stümper*, y si perteneciese a las regiones de la prosa, sería, a lo sumo, un mal peón de albañil. En otra parte, Fichte llega hasta el extremo de juzgarle una completa nulidad; no le guarda género alguno de miramientos, no le compadece; ni la felicidad le desea en el mundo. Esta es la noción que del

escritor tiene Fichte, y precisamente, aunque en distinta forma, coincide con la nuestra.

El más famoso hombre literario que, considerado desde este punto de vista, hemos tenido en estos últimos cien años, es, indudablemente, un paisano de Fichte: Goethe. A este hombre le fue dado también, de extraordinaria manera, lo que podríamos llamar una existencia dentro de la divina idea del universo, la revelación íntima del divino misterio, y lo singular es que en sus libros se refleja una vez más la imagen divina, la obra maestra y templo de Dios, no iluminado con los esplendores del fuego impuro y vehemente de un Mahoma, sino con apacible irradiación celeste, una verdadera y real profecía en estos tiempos completamente antiproféticos; en mi opinión, la cosa más grande y a la vez más pacífica entre todo lo grande que ha sucedido.

El modelo, el ejemplar del héroe como hombre literario, según nuestra elección libérrima, sería, sin duda, un hombre como Goethe. Agradable trabajo es para nosotros dicurrir en este sitio sobre la calidad de su heroismo, pues siempre le consideramos como héroe verdadero: heroico, en cuanto dijo, en cuanto llevó a cabo; más aún: heroico acaso en cuanto dejó de hacer y de decir. Dignísimo espectáculo el de un hombre grande, heroico, un hombre antiguo callado y produciéndose como los antiguos héroes bajo el disfraz de uno de los más modernos escritores; uno de los caballeros más cumplidos y una de las inteligencias más cultivadas en todas las facultades de la humana actividad. Jamás se presenció parecido espectáculo, ni hombre capaz de representar cosa igual durante estos últimos ciento cincuenta años.

Tratar de Goethe en esta ocasión y con todo lo que de él se sabe, sería ociosa e inútil tarea. Cuanto dijéramos del poeta sería para la mayor parte de los que me escuchan una incógnita sin despejar, acompañada de equivocados conceptos y aun de errores. Dejémosle, pues, para oportunidad más favorable. Johnson, Burns y Rousseau responderán mejor a nuestros propósitos. Son tres grandes figuras, casi contemporáneas de aquella otra, pero de estado y condición más humilde, más pobre. Produjo el siglo XVIII estos tres hombres, cuyas circunstrancias, en lo que a su vida se refiere, tienen en Inglaterra más grados de semejanza con las actuales, que las de Goethe con respecto a las de su nación.

¡Ah, estos hombres no conquistaron como él! Cayeron peleando valientemente, no fueron heroicos portadores de la luz, sino buscadores de ella. Vinieron en tristísimas condiciones, mucho más amargas que la hiel; batallaron con innumerables obstáculos, a brazo partido, sin que les fuera posible librarse de ellos, ni alcanzar la claridad o interpretación de la divina idea.

Dediquémonos, pues, a poner de manifiesto los túmulos sepulcrales de tres héroes literarios, de tres colosos de la inteligencia. Triste cosa es; pero grande al mismo tiempo, y no exenta de interés para cuantos aquí nos congregamos. Discurramos breves instantes sobre esto.

Con harta frecuencia oímos en nuestros días quejarse de lo que llamamos desordenada condición de la sociedad, lo imperfectamente que cumplen con su deber muchas de sus fuerzas organizadas, y lo peor aún que muchas de las más poderosas emplean las suyas de un modo totalmente opuesto a los más rudimentarios principios, en trabajos ruinosos, perjudiciales; más diré aún: desastrosos. Quejas son éstas muy justas y muy fundadas; pero sí nos detenemos a considerar esta de los libros y de los autores de libros, tal vez encontremos el breve resumen, fuente y principio de todo género de desorganización; a manera de *artería*, de la cual salen y a la que vuelven todas las confusiones que por el mundo circulan.

Parando mientes en lo que en el mundo hacen los autores de libros, y lo que con ellos hace a su vez el mundo, podríamos decir que es la más anómala *exhibición* que realiza el mundo en los actuales momentos. Explicar el porqué de tal anomalía, equivaldría a internarnos en un mar para nosotros enteramente desconocido; no obstante, aún siendo así, el asunto merece que le dediquemos unos instantes. La desdicha mayor con que tropezaron aquellos tres grandes héroes literarios fue que las veleidades de la suerte les arrojasen en el centro mismo de ese caos. Un camino público, por malo que sea, de uno o de otro modo, se transita; pero sería empresa temeraria, allí donde por fuerza tendrían que perecer muchos, la pretensión de abrirse paso donde es absolutamente imposible hacerlo.

Conocedores de la ineludible necesidad que experimenta el hombre de dirigir la palabra a sus semejantes, fundaron nuestros piadosos padres por todas las partes del mundo civilizado iglesias abundosamente provistas de todo lo necesario para el servicio del culto. Principal entre todos los adherentes era un púlpito con sus accesorios, a fin de que un hombre, sólo con el instrumento de la lengua, pudiese dirigir ventajosamente su palabra a sus semejantes desde aquel elevado y digno lugar. Sentían que esto no era lo más importante; que todo lo demás, sin ello, era cosa poco menos que inútil. ¡Realmente fue piadosa esta obra de nuestros padres, hermosa y digna bajo todos los conceptos que se la considere!

Con todo, esta importantísima materia, con el arte de escribir, ha sufrido ahora un cambio radical, hasta el punto de haberla transformado por completo. Por el solo concepto de ser autor de un libro, ¿no hemos ya de considerar a ese autor como un verdadero predicador, que hace oír su palabra; no en esta ni en aquella parroquia, ni hoy ni el día siguiente, sino en todos tiempos y lugares, y dirigiéndose a todos los hombres? Asunto de la mayor importancia, a buen seguro, es que el autor haga bien su obra, sin percatarse de que exista quien la haga mal; que el *ojo* refleje fiel y verdaderamente los objetos, pues, de otro modo, andarían extraviados los demás miembros.

Ahora bien: la manera como se arreglará él para llevar a buen término su trabajo, si lo ejecuta bien o mal, de este o del otro modo, o si no lo

realiza de modo alguno, cosa es que nadie ha tratado de averiguar hasta la hora presente, o al menos no ha llegado a nuestra noticia. Para un vendedor de copias o de libros nuevos o de lance, y que sólo trata de sacarle el mayor valor que puede a su mercancía, dado que a tanto llegue su ventura, será tal vez hombre de alguna importancia, pero no la tendrá para ningún otro. De dónde vino, adónde va y de qué medios valióse para alcanzar tal estado, nadie lo inquiere, ni se da nadie la pena de auxiliarle en sus dificultades; en la sociedad no es sino un accidente. Anda errante de una parte a otra, a manera de indómito ismaelita, en un mundo cuya luz espiritual él constituye, una veces como faro salvador, otras como fulgor siniestro de traidores escollos.

De cuanto inventó el hombre, lo más maravilloso es, en realidad, el arte de la escritura. Los caracteres rúnicos de Odín fueron la forma primera del trabajo de un héroe; los *libros*, palabras escritas, son hoy recientes y milagrosos *runos*. En los libros está contenida al *alma* de fenecidos tiempos; es la voz que perceptiblemente articula el pasado, cuando la materia corporal se ha desvanecido como un sueño. ¡Cuán grandes esos ejércitos, esas armadas poderosas, esos puertos y arsenales, y vastísimas ciudades, que estremecen los ruidos de potentes locomotoras; esos palacios y monumentos magníficos! ¡Cuán precioso todo! Pero ¿en qué vendrá a parar en el curso de los siglos? Grecia, con todos sus Agamenones y Pericles, ha desaparecido y convertídose en fragmentos, en tristes y pálidas ruinas...; todo, ¡menos los libros helénicos! Allí está el dorado archipiélago; allí vive literalmente Grecia todavía. Presente para todos los pensadores, por sus libros podemos resucitarla, volverla a la vida. No existe *runo* que iguale la magia y el extraordinario poder de un libro. Cuanto hizo, pensó y ganó la Humanidad, cuanto fue, yace preservado, como por arte de encantamiento, en las páginas de un libro. Los libros son como una posesión selecta de los hombres.

¿No nos cuenta la leyenda que los libros, ni más ni menos que los *runos*, realizan milagros? Los libros persuaden a los hombres. La más vulgar novela, de esas que en remotas aldeas entretienen los ocios de las muchachas sencillas, contribuye a desenvolver lo actualmente práctico en cuanto concierne a las costumbres e interno orden de la economía doméstica de aquellas jóvenes indoctas. Celia pensaba de este modo; Clifford obraba del otro; el teorema de la vida, impreso temprano en aquellas imaginaciones juveniles, llega día en que se reproduce verdaderamente en lo práctico real.

Considerad ahora si jamás hubo ningún *runo*, en la más fecunda imaginación de mitólogo alguno, que llegara a realizar en esta tierra nuestra las estupendas maravillas obradas por algunos libros. ¿Qué presidió a la edificación de la catedral de San Pablo? Si penetráis en la esencia de la cosa, veréis que la causa fue ese libro hebreo que llamamos divino, en cierto modo la palabra de Moisés, un proscripto sentenciado a muerte, y que cuatro mil años atrás cuidaba rebaños en las laderas del Sinaí.

Aunque rara, la cosa es, sin embargo, verdadera. Con el arte de escribir, del cual no es la Imprenta sino un simple e inevitable corolario, insignificante si bien se le compara, comenzó el reino verdadero de los milagros para el género humano; relacionó íntima y estrechamente, con maravillosa y perpetua contigüidad, lo pasado y distante con lo presente en tiempo y lugar; todos los lugares y todos los tiempos con el de la época que corre ahora. Cambiaron de forma todas las cosas útiles para el servicio del hombre, todos los sistemas de todos sus trabajos importantes: la enseñanza, la predicación, el gobierno, etc.

Hablemos, por ejemplo, de la enseñanza. Notable producto, a la vez que respetable, de los modernos tiempos, son las Universidades, cuya existencia, a la vez que su mismo caudal de libros, ha sufrido radical transformación. Las Universidades aparecieron cuando la adquisición de un libro estaba al alcance de poquísimas fortunas; en tiempos en que para adquirir un libro había que deshacerse de una hacienda. En semejantes circunstancias, si aparecía un hombre con alguna novedad científica que comunicar, le era absolutamente necesario convocar en torno suyo a cuantos desearan adquirir noticias de ella.

Quien deseaba aprender todo lo que sabía Abelardo no tenía más remedio que ir a escuchar lo que Abelardo enseñaba. Hasta treinta mil personas habían formado el auditorio de Abelardo deseosas de oír de labios del filósofo aquella su célebre teología metafísica. Para cualquier otro instructor que tuviese también algo propio suyo que enseñar, la ocasión no podía ser más oportuna, esto es, la de tener allí tantos millares de auditores reunidos; no hallaría otro pasaje tan bueno como aquél. Para un tercer instructor, valía más aún, y mejoraba más y más a medida que acudían nuevos instructores. No se necesitaba sino que el rey tuviese conocimiento de este nuevo fenómeno, que aglomerara o uniese las diferentes enseñanzas en una sola escuela, que le diera los correspondientes edificios con las necesarias rentas y privilegios y toda clase de estímulos, llamándola *Universitas,* o escuela de todas las ciencias. La Universidad de París, en sus caracteres esenciales, no tuvo otro origen. Fue el modelo de todas las Universidades sucesivas que han ido fundándose hasta ahora por espacio de seiscientos años. Este fue, a mi parecer, el origen de las Universidades.

Es evidente que con esta sencilla circunstancia, la facilidad de obtener libros, transformáronse completamente todas las condiciones del asunto. Si la invención de la Imprenta no anuló del todo las Universidades, cuando menos pudo decirse que sufrieron una radical metamorfosis. No necesitaba ya el maestro reunir personalmente en torno suyo a cuantos desearan oírle *hablar,* con objeto de aprender lo que él sabía; con imprimirlo en un libro, los estudiantes todos, de cerca y de lejos, podrían obtenerlo por una friolera y estudiarlo con más conveniencia y eficacia en sus propias casas.

Es indudable que en el discurso oratorio hay todavía peculiar virtud; los mismos autores creen conveniente servirse de la palabra en algunas

circunstancias; ¡testigo, si no, la presente reunión en este sitio! Puede afirmarse que hay, y tendrá que haber siempre, mientras tenga lengua el hombre, una jurisdicción distinta para el discurso, lo mismo que para la escritura y la Imprenta. Lo mismo que otras cosas, la necesidad de las Universidades se dejará sentir siempre, y nunca podrá suprimírselas.

No obstante, hasta la hora presente no se ha señalado ni fijado aún los límites de ambas jurisdicciones, ni mucho menos llevado a la práctica, una Universidad susceptible de concebir y de admitir omnímodamente este grande y nuevo factor, la existencia de libros impresos, y colocarse sobre una base despejada, en consonancia con nuestro siglo, como la de París lo estuvo con el décimotercio; no se ve que asome, ni hay indicios de que aparezca todavía en mucho tiempo, por nuestro horizonte.

Con todo, pensándolo bien, todo lo que una Universidad, o, como si dijéramos, conjunto de todas las escuelas superiores, puede hacer por nosotros, se reduce, poco más o menos, a lo que hizo la primera escuela que se creó: enseñarnos a *leer*. Aprendemos a leer en varias lenguas, en varias ciencias; aprendemos el alfabeto y letras de toda clase de libros. Pero el lugar donde es posible obtener la ciencia toda, hasta la teórica, no es otro sino los mismos libros. Nuestra ciencia teórica depende de lo que leemos, después de cuanto hicieron por nosotros excelentes profesores. La verdadera Universidad es hoy una buena colección de libros.

Aun la misma Iglesia, como antes hemos apuntado, cambió en su predicación, en su trabajo, con la introducción de los libros. La Iglesia es la unión reconocida y trabajadora de nuestros sacerdotes o profetas, de los que, por medio de una docta enseñanza, guían las almas de los hombres. Mientras no hubo escritura, o, más bien dicho, hasta descubrirse la Imprenta, no hubo otro medio sino la lengua para realizar aquella obra. ¡Pero hoy, con los libros! El que sepa, para llevar la persuasión a nuestra patria, escribir un verdadero libro, ¿no se convierte, por este solo acto, en obispo y arzobispo, y hasta en primado de Inglaterra y de todas las Inglaterras habidas y por haber? Muchas veces me digo que los que escriben periódicos, folletos, poemas, libros, *son* real y verdaderamente la Iglesia efectiva y trabajadora de un país moderno. La predicación, y aun el culto, ¿por ventura no se llevan a efecto por medio del libro impreso? El noble sentimiento con que las almas privilegiadas hinchen de palabras melodiosas nuestros corazones, ¿no participa acaso, y muy esencialmente, de la naturaleza del culto? En todos los países abundan quienes en estos tiempos de confusión no tienen otro método. Aquel que usando de sus particulares medios nos muestra, mejor de lo que antes la habíamos contemplado, la hermosura de un lirio de los valles, ¿no nos la presenta, por ventura, como un efluvio de la fuente de toda belleza, como la *escritura* visible del gran Hacedor del universo? El cantó para nosotros, y nos hizo cantar con El un versículo de un salmo sagrado. Así es esencialmente, y ¡cuánto más el que canta, el que narra, o de un modo cualquiera infunde en nuestros

corazones el entusiasmo por los nobles hechos, los sentimientos, los dolores y las grandes hazañas de un elegido! En verdad que llegó a tocar nuestros corazones como un tizón encendido arrancado al *Altar*. Otro culto más auténtico tal vez no lo haya en el mundo.

La literatura, considerada en sí misma, es un apocalipsis de la Naturaleza, una revelación del secreto descubierto. Podemos muy bien llamarla, parodiando a Fichte, una revelación continua de lo divino terrestre y común. Lo divino está allí siempre, en realidad de verdad; de allí se nos presenta, ora en uno, ora en otro dialecto, con diversos grados de claridad. Consciente o inconscientemente, esto vienen haciendo todos los poetas privilegiados, todos los verdaderos oradores. La sombría y borrascosa indignación de un Byron, aunque malévola y perversa, tiene toques de un astro divino, y aun la zumba sarcástica de un escéptico francés, al mofarse de lo falso, rinde culto a lo verdadero.

¿Qué diremos, pues, de la armonía de los cielos de un Shakespeare, de un Goethe, de la solemne música de un Milton? Algo hay también en aquellas humildes y sinceras notas de calandria de un Burns; calandria que emprende el vuelo desde el humilde surco y se lanza hacia el profundo azul de los cielos para enviarnos desde allí gorjeos celestiales.

Todo canto verdadero participa de la naturaleza del culto, como así puede también decirse de todo *trabajo* verdadero, del cual no es aquel *canto* sino el recuerdo y representación melodiosa. Fragmentos de una liturgia eclesiástica real y verdadera, y cuerpo de homilías encuéntranse singularmente disfrazadas a las vista del vulgo, revolviéndose en los piélagos de espuma del discurso impreso, al que de un modo vago e indeterminado llamamos literatura. Los libros son también nuestra Iglesia.

Volvamos ahora al gobierno de los hombres.

El viejo Parlamento sajón, *Witenagemote*[1] era una gran cosa. En aquel concilio se debatía y decidía lo que debíamos hacer. Pero aunque subsiste el nombre de Parlamento, ¿no siguen acaso los debates parlamentarios, ahora, por todas partes de un modo mucho más efectivo fuera de aquel lugar?

Decía Burke que había en el Parlamento tres estados; pero allá arriba, en la galería de los *reporters*, siéntase otro cuarto estado, mucho más importante que todos los demás. No es esto una observación ingeniosa, ni mucho menos una figura retórica, sino un hecho real y efectivo, digno de la mayor consideración en nuestros días. La literatura es también nuestro Parlamento. Muchas veces me he dicho que la Imprenta, procedente de la escritura, vale la democracia. Inventad la escritura, y será inevitable la democracia. La escritura trae la imprenta; la imprenta universal, diaria y de improvisación, tal como ahora la vemos.

Todo el que sepa hablar y hable ahora a la nación entera, viene a ser

[1] Antigua palabra sajona, que significa «Asamblea de hombres sabios.»

un poder, un brazo del Gobierno, una fuerza inalienable en la formación de las leyes y en todos los actos de la autoridad. No importa el puesto social que ocupe, ni las rentas o gajes de que disfrute; lo esencial es que tenga una lengua, una palabra que estén dispuestos a escuchar otros; es cuanto se necesita. La nación la gobiernan cuantos en ella tienen lengua. Allí está virtualmente la democracia. Añadamos sólo que toda fuerza hoy existente, sea la que fuere, verémosla muy pronto organizarse por su propia virtud. Trabajando secretamente entre trabas, obstrucciones y oscuridad, no descansará hasta que se vea libre de poder obrar desembarazadamente a los ojos de todos. La democracia virtualmente existente, trabajará para llegar a serlo de un modo palpable y efectivo.

¿No nos vemos ya arrastrados en todos sentidos a la conclusión de que todo cuanto puede realizar el hombre en la tierra, lo más importante, lo maravilloso en grado sumo, es lo que llamamos libros? Esos trocitos de papel de trapo con manchas de tinta, desde el periódico diario hasta el libro sagrado hebreo, ¿qué no han hecho, qué no están haciendo? Porque, sea la que fuere la forma exterior de la cosa (esto es, pedacitos de papel con mancha de tinta), ¿no es, por ventura, en el fondo, el acto más sublime de la facultad del hombre que produce un libro? Este es el *pensamiento* del hombre, la verdadera virtud taumatúrgica, por la cual realiza todo género de trabajos. Cuanto lleva a cabo es el símbolo de un pensamiento. Esta ciudad de Londres, con todas sus casas, palacios, locomotoras, catedrales y estupendo e inconmesurable tráfico y tumulto, ¿qué es sino un pensamiento, millones de pensamientos, reducidos a uno: un estupendo e inconmesurable espíritu de un pensamiento, incorporado en ladrillo, en hierro, humo, polvo, palacios, Parlamentos, coches de alquiler, Katherine Doks, y mucho más, cuya enumeración es imposible? No se hizo un ladrillo sin que antes un hombre hubiese pensado en su hechura. Lo que hemos llamado trocitos de pepel con señales de tinta es la incorporación *más pura* que puede alcanzar el humano pensamiento. No hay que maravillarse de que sea lo más activo y noble en todos sentidos.

Todo eso que venimos diciendo de la suprema importancia del escritor en la sociedad moderna, y cómo la prensa reemplaza de sorprendente modo el púlpito, el Parlamento, el *Senatus Academicus* y otras muchas cosas, es un hecho observado tiempo hace, y de unos años a esta parte, con frecuencia que llena de asombro. Opino que, dentro de muy poco, lo sentimental cederá el puesto a lo práctico. Si los escritores tienen tan incalculable influencia y realizan actualmente, no sólo de generación en generación, sino de día en día, obras tan grandes, lícito nos será inferir que no siempre tendrán que andar vagando entre sus contemporáneos, como desconocidos y abandonados ismaelitas. Todo lo que contenga en su seno alguna fuerza oculta y desconocida llegaría día en que habrá de arrojar sus envolturas, romper las trabas que la sujetan y avanzar con poder palpablemente articulado y universalmente visible para todos.

En que un hombre lleve el traje y reciba el salario de una función desempeñada por otra persona enteramente distinta, no puede haber provecho, ni justicia, sino todo lo contrario. Y con todo, por desdicha, ¡qué obra de romanos ponerlo en pie! ¡Y cuánto tiempo no habrá de pasar todavía! Indudablemente, esto que llamamos organización del gremio literario está aún en estado de mucho atraso, y su realización tropieza con obstáculos innumerables. Si me preguntasen cuál sería la mayor organización posible para bien de los escritores o literatos en la sociedad moderna, el orden y manera de promoverla y regularizarla, fundado con la mayor exactitud en los hechos actuales de su posición y la del mundo, respectivamente, suplicaría que se me permitiese decir que el problema excede con mucho a mis facultades. No está en la facultad de ningún hombre solucionarlo, sino en la de muchos que sucesiva y formalmente se den a estudiarlo, y aun con todo eso, no alcanzarán más que una solución aproximada. Cuál sea el mejor método, nadie es capaz de decirlo. Pero si os ocurriese preguntar cuál es el peor, contestaría resueltamente: «Este que ahora tenemos, donde el caos es árbitro único, éste es el peor. Para hallar el mejor o uno cualquiera bueno, hay mucho que andar todavía»

Una observación, además, se me ocurre, y no quiero dejar de hacerla, o sea que las gratificaciones en dinero, ya provengan de la Corona, ya del Parlamento, no son en modo alguno lo esencial que se necesita. Dar estipendio a nuestros literatos, o asignarles sueldo o cualquier otro donativo en dinero, sería hacer muy poco en favor del asunto de que tratamos. Estamos cansados ya de oír hablar continuamente y en todos los tonos de la omnipotencia del dinero. Estoy dispuesto a sostener que no es un mal para el hombre sincero ser pobre, y que es conveniente que haya literatos pobres para demostrar si son o no hombres sinceros. Las órdenes mendicantes, cuerpos de hombres buenos destinados a mendigar, estableciólas la Iglesia cristiana, desenvolvimiento natural y aun necesario en el genio del cristianismo. El espíritu de él tiene por base la pobreza, el dolor, la contradicción, la crucifixión y todas las clases de degradación y miseria humana. Digamos, sin temor de equivocarnos, que quien no conoció esta escuela ni aprendió las inapreciables lecciones que enseña, perdió una de las mejores oportunidades para conocer y apreciar cuánto sublime y grande encierra la religión cristiana. Mendigar deambulando con los pies desnudos, cubierto el cuerpo con grosero sayal y una cuerda ceñida a los riñones, con el desprecio del mundo por regalo, no era, en verdad, cosa muy sonriente, ni siquiera honrosa, a los ojos de la sociedad..., ¡hasta que la nobleza de los que practicaban el acto llegó a imponerse y ganarse el respeto!

No queremos tratar de la mendicidad en estos momentos. Por otra parte, ¿quién nos dice que la circunstancia de haber sido pobre no enaltece mucho más a Samuel Johnson? Sea como fuere, preciso es tener en cuenta, tratando de él, que las ganancias y provechos exteriores, que la prosperidad, cualquiera que sea, no han de ser término final ni blanco

de todas sus miras. La vanidad, el orgullo, el seco egoísmo en todas sus manifestaciones crecen y tratan de apoderarse de su corazón del propio modo que en los demás humanos, y ve que le es imprescindible, por más dolores que le cueste, arrancarlos o arrojarlos de su pecho, como cosa indigna de hallar en él albergue. Byron, rico y noble, no se mostró en esto nunca a la altura de Burns, pobre y plebeyo. ¿Quién podrá decir si en la mejor de las organizaciones no entra la pobreza como el más importante elemento? ¿Y qué tendría que ver si nuestros literatos, hombres que se proponen ser héroes espirituales, fuesen también como ahora una especie de orden monástica, involuntaria y estrechamente unida a esa misma pobreza nada apetecible, hasta conocerla, acostumbrarse a ella y asimilársela por completo? Cierto que el dinero es elemento poderoso, pero no puede lograrlo todo. Necesario es conocer los límites de su dominio y no consentir nunca ni bajo ningún concepto que los atraviese, dado que pretendiese hacerlo.

Además, supongamos resuelta la cuestión de los socorros en metálico; nombrado el distribuidor competente y señalada la hora del reparto, ¿de qué modo vendremos en conocimiento de los Burns que lo merezcan? Preciso es que lo acrediten pasando antes por las pruebas oportunas. Este proceso, esta ciénaga sin márgenes ni fondo, que llamamos vida literaria, es también una especie de prueba. Existe una verdad evidente en la idea de que una lucha de las clases inferiores hacia las regiones más altas de la sociedad, con sus emolumentos y privilegios, continuará siendo necesariamente siempre. Nacen allí hombres muy robustos a quienes en la escala social corresponde un lugar muy distinto del en que nacieron. El conjunto complejo y las generales tentativas de éstos constituyen y forzosamente deben constituir lo que se llama el progreso de la sociedad, lo mismo para los literatos que para toda clase de individuos.

La cuestión estriba en regularizar esa lucha. Dejar como está la cosa a merced del capricho y de la suerte ciega, remolino de átomos discordes que mutuamente se anulan y destruyen, y de los cuales sólo uno entre mil logra salvarse, pereciendo los novecientos noventa y nueve en el camino; donde los Johnson soberanos sucumben inactivos, arrinconados fuera del mundo, o sufriendo las imposiciones de un impresor cualquiera o de tal o cual librero, que se enriquecen con la sangre de su alma; los Burns murieron de tristeza en los portillos de una aduana; Rousseau, caldeando revoluciones francesas con sus paradojas, incendiarias y muriendo desesperado; todo esto, como dijimos ya, es, con toda evidencia, la *peor* de todas las regularizaciones. ¡La *mejor* está muy lejos de nosotros todavía!

Y, no obstante, no cabe duda alguna de que está avanzando, por más que se esconda en el seno de los siglos, profecía que puede darse en el seno de los siglos, profecía que puede darse por segura. Desde el instante en que los hombres saben discernir la importancia de una cosa, se ponen

infaliblemente la trabajar facilitándola y abriéndole el camino, y no descansan hasta haber realizado de un modo o de otro su obra.

De todos los sacerdocios, aristocracias y clases que gobiernan el mundo no hay ninguna cuya importancia pueda compararse con la del sacerdocio de los autores de libros. Hecho es éste de que el observador podrá sacar consecuencias. «La literatura cuidará de sí misma», contestó Mr. Pitt al que le pedía protección para Burns. «Sí —añade Mr. Southey—; cuidará de sí misma y *también* de *vosotros*, si no hacéis caso de ella.»

Para los literatos individualmente no es el resultado lo que importa; ellos son tan sólo individuos, fracción infinitesimal del gran cuerpo. Pueden seguir luchando y vivir, y cuando no, morir según tienen de costumbre. Pero sí interesa muy especialmente a la sociedad entera que se tome en cuenta y considere si no sería preferible colocar su luz en los más altos lugares, a fin de que iluminase el camino de nuestro tránsito, o si es preferible consentir que se la huelle y esparza en todos sentidos (no sin riesgo de una conflagración terrible) como cosa sin la menor importancia, como una fruslería, como se ha venido haciendo hasta ahora.

Lo que necesita el mundo es luz. Poned en la cabeza de él la sabiduría, y el mundo presentará y ganará la batalla, con lo que se convertirá en el mejor de los mundos posibles. Yo llamo a esta irregularidad la anomalía de una clase literaria sin organización, la médula de todas las demás anomalías, generador a la vez que producto. Algún orden y concierto en todo ese desorden sería como el *punctum saliens* de una nueva vitalidad y justo concierto para todos. En algunas comarcas de Europa, en Francia, en Prusia, vislúmbranse ya algunos principios de concierto para la clase literaria y que indican la gradual posibilidad de la cosa. Por mi parte, la creo también posible, y necesario será que lo sea.

Un hecho interesante de las costumbres chinas, del cual no hemos podido todavía formarnos clara idea, pero que excita infinita curiosidad aun en el estado incipiente, es, a lo que nos cuentan, su sistema de elegir sus gobernadores entre las gentes de letras. Temeridad sería decir que el procedimiento nos es conocido o siquiera los resultados que por su medio se logran. Por fuerza esas cosas no pueden darlos muy buenos; mas por poco que sea, este poco debe parecernos precioso. ¿No es magnífica ya de sí la idea? Ello es que en China parece que hay costumbre de hacer más o menos activas pesquisas por todos los pueblos del imperio con el fin de descubrir las personas de talento que produzca cada nueva generación. Al efecto, existen allí escuelas para todo el mundo y rara disciplina. A los muchachos que se distinguen las escuelas inferiores, promuéveseles honoríficamente a los puestos principales de las escuelas superiores, a fin de que de este modo den sucesivas muestras de su capacidad, y así de aquel plantel salen todos los empleados y gobernadores incipientes del imperio. Son éstos los hombres cuyas

aptitudes *experimentan* primero con el fin de conocer sus dotes para la gobernación, y seguramente con grandes esperanzas de éxito, porque son individuos que ya dieron pruebas de inteligencia. Pruébeseles; hasta ahora no gobernaron ni administraron nada; quizá no sepan; pero de que alguna inteligencia tienen, no cabe duda; ¿quién gobernaría sin ella?

La inteligencia no es un *instrumento,* como frecuentemente nos figuramos, sino una *mano* capaz de manejar todos los instrumentos. Pruébense esos hombres; son los más dignos de someter a prueba. Que yo sepa, a buen seguro que no hay en el mundo género alguno de gobierno, constitución, revolución, ni aparato, ni concierto social que tanto prometa a la curiosidad científica del hombre como este procedimiento. El hombre de inteligencia al frente de los negocios: éste es el blanco de todas las constituciones y revoluciones, si es que algún objeto tienen, porque el hombre de verdadero talento, según yo opino y sostengo, es al mismo tiempo el hombre de corazón noble; el hombre justo, humano, valiente, en fin. Hacedle gobernador, y lo habréis conseguido todo. ¿No lo hacéis...? Aunque tengáis constituciones en mayor abundancia que zarzamoras en los setos, y un Parlamento en cada aldea, nada práctico habréis conseguido.

Verdaderamente extrañas, no son estas cosas tal como ordinariamente nos las figuramos. Hemos venido al mundo en época muy singular y rara, y estas cosas requieren meditación, exigen que se las haga practicables y que se las ponga luego en obra. Y lo que decimos de éstas podemos aplicarlo a otras muchas. Por todas partes se oye el clamor, bastante perceptible para quien desee oírlo, que proclama fenecido el viejo imperio de la rutina; que una cosa haya durado mucho tiempo, no es razón para que eternamente perdure. En todo se inicia la decadencia; lo que fue se torna incompetente; las grandes masas humanas de todas las sociedades europeas no pueden continuar viviendo a la sombra de las cosas que fueron. Cuando millones de hombres, a pesar de esfuerzos inauditos, no alcanzan a procurarse el necesario pan para sí y para sus familias, y la tercera parte, en las treinta y seis semanas de trabajo del año, no saca para procurarse las patatas suficientes, las cosas decadentes necesitan forzosamente prepararse a cambiar de vida.

Pero despidámonos ya de este argumento, esto es, de la organzación de los hombres literarios.

* * *

Desgraciadamente, el mal que sobre nuestros héroes literarios más duramente pesaba, no era la falta de organización en los hombres de letras, sino otro mal más profundo, de donde, como de su fuente natural, procedían éste y otros muchos males que así al hombre de letras como a tantos otros aquejaban. El mal de nuestro héroe literario era tener que viajar, no por un mundo del todo desconocido, sin rumbo fijo ni vereda, solo, sin amigos, a través de un caos donde necesariamente habría de

gastar sus fuerzas y dejar la piel como tributo a la temeridad de pretender abrirse paso por entre aquel elemento de confusión y desorden. A no estar su inteligencia perturbada y entorpecida, pronto habría comprendido que así en lo antiguo como en lo moderno, ésta ha sido siempre la suerte común a todos los héroes.

Consistía la causa de su desgracia en la *parálisis espiritual,* que así debe llamarse, de la edad en que vivía, y de cuyo funesto influjo no podía menos de participar también su vida, hiciera lo que quisiese.

El siglo XVIII fue eminentemente *escéptico;* este calificativo comprende toda una caja de Pandora llena de calamidades. El escepticismo no significa tan sólo la duda intelectual, sino la moral también, o sea la infidelidad, la insinceridad, la parálisis del espíritu. Acaso en muy pocas épocas de la Historia, de que podamos dar razón desde que comenzó el mundo, fue más difícil para el hombre el ejercicio de una vida heroica. ¿No fue aquél un siglo de fe ni de héroes! No sólo la posibilidad, sino aun la misma imagen del heroísmo, puede decirse que se desvaneció de la humana inteligencia. Habíale llegado su fin al heroísmo; a ocupar su puesto de honor llegaba ahora, con sus trivialidades comunes y vulgares, el formulismo. Desaparecía la edad de los milagros (¡quizá no existió nunca!); no era posible ya que subsistiese. De aquel mundo estéril, corrupto toda idea de Dios habíase desvanecido.

¡Oh cuán mezquina, cuán raquítica manera de pensar la del hombre de aquel tiempo si le comparamos, no con los Shakespeares y los Milton cristianos, sino con los viejos y gentiles escaldas, o con otra cualquiera clase de creyentes! ¡Igdrásil, el árbol de la vida, arraigado en los profundos abismos de Hela; la música profética y melodiosa de su ramaje inmenso cubriendo y abrazando la Creación entera, convertidos el uno en mundo-máquina y la otra en estrepitoso chirrido proveniente de sus entrañas! ¡Considerad el contraste de ambas cosas: Arbol y Máquina! Por mi parte, estoy dispuesto a declarar que el mundo no es una máquina, sino que esta soberbia y estupenda creación está fuera del alcance de toda humana inteligencia; que este maravilloso espectáculo no se mueve por ningún sistema de rodajes ni engranajes, intereses personales, frenos ni contrapesos; que existe otro orden de cosas enteramente distinto del formidable ruido de las máquinas hilanderas y de las mayorías parlamentarias; que en la soberana mente del Hacedor Supremo jamás cupieron tales ideas de mecanismos ni cosa parecida.

Los antiguos gentiles nórticos tenían más verdadera noción de la Creación divina que jamás conocieron esos pobres escépticos-maquinistas; aquellos buenos escandinavos eran hombres *sinceros.* Pero en lo que a esos infelices escépticos se refiere, claramente se comprende que no había en ellos la menor sombra de sinceridad ni de verdad. No se conocía otra verdad que el rumor y las semiapariencias. Para la inmensa mayoría, la verdad era sinónimo de *especiosidad,* sin otro criterio lógico que la voz del mayor número. Habíase perdido por completo la idea de la sinceridad; no se creía que semejante cosa existiese en el mundo, ni

siquiera que fuese posible. ¡Cuántas especiosidades, con aires de virtud ofendida y simulacros de sorprendida inocencia, os apostrofan con aquello de ¿qué quiere usted decir? ¿Por ventura no somos sinceros? ¡Ah, no! La característica de aquel siglo constituía una especie de vida mecánica, una parálisis espiritual completa. Para el hombre común, a no encontrarse felizmente muy atrás, esto es, *rezagado* de su siglo o a no proceder de otra anterior centuria, no era posibles ni la vida del creyente ni la del héroe. El hombre común tenía que vivir sepultado, sin percatarse de ello, bajo el peso de aquellas funestas influencias. Sólo después de infinitos esfuerzos y confusiones érales posible a los más robustos lograr una especie de muerte espiritual, vivir una existencia de lúgubre encantamiento, sin llegar a héroes sino a medias.

Hemos dado en llamar a esto escepticismo, como síntoma principal y origen y causa primera de todo. ¡Cuánto no habría que decir a su respecto! Necesarios serían, no un fragmento de discurso, sino muchos y largos discursos para expresar cuanto sentimos de ese siglo décimoctavo. Verdaderamente, lo que se dice escepticismo es la enfermedad negra, enemiga de la vida, contra la cual se han dirigido todas las enseñanzas y todos los modos de discurrir concocidos; la batalla de la fe contra la incredulidad no termina nunca. No quisiera hablar en son de recriminación. Hemos de considerar y representarnos el escepticismo de aquel siglo como un derrumbamiento de viejas creencias, como preparación futura de otras nuevas, mejores, más amplias, como una renovación inevitable. No censuremos por ello a los hombres; antes bien lamentemos su fatal destino. Comprendemos que la destrución de las antiguas *formas* no es la destrucción de las sempiternas *sustancias;* por desconsolador y aborrecible que nos parezca, no representaba aquel escepticismo un acabamiento, sino un principio.

Hablando sin propósito determinado de la teoría de Bentham respecto al hombre y a la vida que arrastra, calificábamos involuntariamente el otro día su concepción como mucho más pobre que la de Mahoma. Una vez emitido ese juicio, vémonos obligados a manifestar que tal es nuestra deliberada opinión. Lejos de mí la idea de querer inferir ofensa alguna a la personalidad de Jeremías Bentham ni a ninguno de cuantos comulgan en sus ideas y le respetan. El mismo Bentham, y hasta su credo, parécenme, comparativamente, dignos de alabanza. Todo esto constituye como un modo de *ser* limitado, hacia el cual, cobarde e indecisamente, tiende todo el mundo. Venga, pues, la ccrisis, y obtendremos en este caso la muerte o la vida.

Este grosero utilitarismo, que yo llamo de máquina de vapor, considérolo como una aproximación hacia una nueva Fe. Vino a ser como una abdicación del viejo *cant*[1] hipócrita; y, a la vez, una

[1] *Cant*, jerigonza, germanía, hipocresía y también salmodia. Voz inglesa que indica la hipocresía de la sociedad en Albión y su lenguaje especial.

admonición personalísima, «ya que el mundo no es más que una máquina de hierro viejo, sin más alma ni estímulos que la gravitación, el hambre y el egoísmo, veamos lo que de ella puede sacarse por el sistema de frenos, contrapesos y equilibrios y un rodaje dentado que se acople con arte».

Hay en el benthamismo algo varonil en el empeño temerario de entregarse a lo que él considera verdadero; puede calificársele de heroico, aunque su heroísmo sea ciego. Es como si dijésemos el punto culminante, una especide de *ultimátum* decisivo a todo cuanto comprendía aquella situación anómala, vacilante, indiferente, que invadía, envolvía y penetraba la existencia entera del hombre en aquel siglo décimoctavo. Paréceme que cuantos niegan la divinidad, todos los creyentes de labios afuera, si son honrados y valientes, necesariamente están obligados a ser benthamistas. El benthamismo es un heroísmo ciego; la especie humana, semejante al desventurado Sansón dando vueltas a la rueda del molino filisteo, se abraza convulsivamente las columnas de su molino, y halla con la muerte la libertad entre aquel terrible derrumbamiento. De Mr. Bentham no está en mi ánimo decir mal alguno.

Hagamos, con todo, una afirmación, que desearía conociesen y grabasen en la memoria todos los hombres: que todo aquel que en el universo no discierne otro móvil ni más motor que el mecanismo, pierde de lastimosa manera y para siempre la ocasión de descubrir el secreto de ese universo. Que en la mente del hombre, al concebir el universo, debe desaparecer toda idea de Dios, paréceme precisamente uno de los errores más groseros en que pueda incurrirse, y aun creo que deshonraríamos el gentilsmo si le llamásemos un error pagano. Eso no es verdad; es falso aun en el mismo germen de la idea. El hombre que así piense está condenado a juzgar erróneamente de todas las cosas de este mundo; este pecado original viciará cuantas conclusiones formule en adelante. Llamaríamosla la más lamentable de todas las decepciones, sin olvidar ni aun la misma hechicería. Esta, al menos, rendía culto a un demonio viviente; pero aquélla lo rinde a un demonio de hierro muerto; ni dios, ni diablo siquiera. Cúanto noble, divino e inspirado existe, se desprende de la vida y se marchita a su contacto; en su lugar queda sólo un despreciable *caput mortuum,* el casco, el esqueleto mecánico, no el alma que anime aquellos restos. ¿Cómo puede un hombre obrar heroicamente en tales condiciones? La doctrina de los motivos le enseñará, con más o menos claridad, que en el mundo no existe otra cosa digna de la noble ambición del hombre sino el vano amor de los placeres y el temor pusilánime del dolor; que la sed de aplausos, de riquezas y cuanto pueda saciar las exigencias del estómago y de la vanidad miserable, son y deben ser el objetivo primordial de los humanos en esta vida. Así, el ateísmo viene a ser, en fin de cuentas, su propio verdugo, el despiadado ejecutor de sí mismo. Vemos, pues, que el hombre resulta espiritualmente un ser paralítico; esta estupenda maravilla del universo no es sino un mecanismo, una locomotora a la que dan movimiento los motivos,

frenos, contrapesos y rodajes, y allí, como en el vientre respulsivo de algún toro Falaris de su propia inventiva, él, nuevo Falaris, se sienta y resigna a morir horriblemente.

Creedme: la fe no es sino el ejercicio saludable, la acción vigorosa de la humana inteligencia. Llegar a la creencia es un procedimiento misterioso, indescriptible, como todos los actos vitales. Diósenos la inteligencia, no tan sólo para la argumentación y el cavilar constante, sino para que lo viésemos y estudiásemos todo, con el fin de obtener algún conocimiento claro, alguna creencia precisa sobre las cosas, de modo que nos fuese fácil comenzar a obrar, desde luego, a su respecto con asentimiento de nuestra conciencia. Si bien se considera, no será posible que a la duda podamos llamarla crimen. Verdad que no nos lanzamos ni nos apoderamos de repente del primer objeto que se nos presenta, ni creemos en él en seguida. Toda clase de duda, de examen, *úkephis,* como se le llama, sobre toda clase de objetos, existe en todas las mentes racionales. Es a modo del trabajo místico de la inteligencia acerca del trabajo que procura conocer y en que desea creer. La fe proviene de todo esto, a flor de tierra, como el árbol de sus ocultas *raíces.* Y si aun en lo más trivial se exige a un hombre que guarde para sí sus dudas, *silenciosamente,* hasta que pasen al estado de afirmaciones o negaciones, ¡con cuánta más razón no deberá proceder así al tratarse de cosas más elevadas, para las que apenas hay palabras que basten a nombrarlas! Que un hombre haga ostentación de sus dudas e imagine que la controversia y la lógica (que en suma no significan sino la manera que él tiene de *decirnos* vuestros pensamientos, vuestras creencias o vuestras negaciones, sobre cualquier cosa) son el producto y el genuino triunfo de la clase y cantidad de inteligencia que le fue concedida... ¡Infeliz! Esto sería como si arrancase de cuajo el árbol y expusiese el ardor del sol y a la intemperie, en vez de sus verdes ramas, hojas y frutos, sus raíces descarnadas y roídas, la perspectiva de la muerte y la miseria avanzando amenazadoras.

El escepticismo, dijímoslo ya, no es sólo intelectual, sino moral también; es una atrofia, una enfermedad crónica de toda el alma. Un hombre vive de creer en algo, no de argumentaciones ni de discurrir sobre infinitas cosas. ¡Desgraciada situación la suya el día en que todas sus creencias se reduzcan a comer, a digerir, a atesorar! No podrá ya descender más bajo.

A esas edades en que el nivel del hombre desciende tanto, debemos calificarlas como las más deplorables y degradantes para el género humano. El corazón del mundo está enfermo; invádele la parálisis. ¿Cómo pudiera estar sano ningún miembro de ese mundo? En todas las esferas de la actividad cesa la acción genuina del verdadero trabajo y comienza la del artificio. Cobramos el salario, pero el trabajo queda por hacer. Desaparecen los héroes para dar paso a los charlatanes. Y si no, decidme: ¿Qué siglo, desde la caída del mundo romano, que fue también una época de escepticismo y universal decadencia, produjo tantos

embaidores como el decimóctavo? Contempladlos, mirad toda la gárrula comparsa capitaneada por Cagliostro. Observad el modo sentimental como discurre sobre la virtud y la benevolencia. Pocos dejaron de sufrir el contagio de aquella detestable epidemia; pocos dejaron de considerarla como ingrediente necesario y amalgama para producir la verdad. Hasta nuestro valiente Chatham, al presentarse en pleno Parlamento fajado y arropado, después de llegar allí con grandes sufrimientos físicos, olvidando, dice Walpole, que está representando al hombre enfermo, saca en el calor del debate el brazo del cabestrillo y comienza a moverle y a accionar declamatoriamente. La misma vida de ese semihéroe, semicharlatán, es de las más singularmente teatrales. Verdad que el mundo está lleno de mentecatos y hay que ganar los sufragios de la masa de los insignificantes. Y si esto es así, ¿de qué manera podrán atenderse como es de razón los deberes que se contraen para con estas buenas gentes, ni evitar los numerosos errores que gradualmente se irán introduciendo y acumulando en todas las esferas de los intereses generales, que a la larga representarán otro contingente de fracasos, significados por desastres y calamidades para unos, miserias, desgracias y sufrimientos para todos? Apena decirlo y aun pensarlo.

Al decir mundo escéptico, creo que ponemos el dedo en la propia llaga causante de todas las enfermedades. ¡Un mundo impío, mordaz, falso! De aquí, tal opinamos, deriva toda la cohorte de pestilencias sociales, revoluciones, cartismos y cuanto en ello toma origen. Esto requiere un cambio, pero de raíz, y mientras tal no suceda, nada será de provecho. Mi única esperanza en la renovación del mundo, mi consuelo al contemplar sus miserias, es que todo él está cambiando. Parece como que en una u otra parte se encuentra alguien que conoce y sabe que, como en lo antiguo, este mundo es una verdad, no una plausibilidad ni una falsedad; alguien que comprende que él mismo es un cuerpo vivo, no muerto ni paralítico; que el mundo existe, animado, como en los primeros tiempos de la Creación, del espíritu de la belleza y de la terrible majestad de Dios.

Así que un hombre se dé cuenta de todo esto, muchos, todos los hombres, lo conocerán por necesidad. Claro y patente está, como la luz meridiana, para cuantos no estén ciegos y quieran con espíritu de verdad verlo y conocerlo. Para ese hombre, el siglo incrédulo, ateo, con todos sus abominables productos, desapareció, y nos encontramos en otro renovado y del todo distinto. Por sólidas y fuertes que parezcan, las obras antiguas no son más que fantasmas destinados a desaparecer al contacto del espíritu nuevo. A éste y a los demás aparatosos simulacros, precedidos del aplauso del mundo, podrá decirles, dejándole libre el paso: «¡No sois verdad; no hay en vosotros estabilidad ni firmeza; no sois más que oropeles y simulacros; desapareced para siempre!»

Sí, el formulismo huero, el grosero y torpe benthamismo, con las demás insinceridades ateas y antiheroicas, declinan y desaparecen rápidamente. Un siglo decimoctavo escéptico, no es sino excepción, tal

cual suele aparecer una vez que otra en la Historia. Profeticemos que el mundo volverá una vez más a ser *sincero*, un mundo creyente con *muchos* héroes; ¡un mundo heroico! Entonces podrá, como nunca, llamársele un mundo victorioso.

Por lo demás, ¿qué nos importa el mundo ni sus victorias? Hasta la saciedad hemos tratado ya de este asunto. Cuantos estamos aquí congregados, ¿no tenemos acaso una vida propia de que cuidar? Pues dejemos que siga el mundo, con victorias o sin ellas, del modo que mejor le cuadre. Una vida es un átomo imperceptible de tiempo entre dos eternidades, y no se nos presentará otra por los siglos de los siglos. Así juzgo que sería prudente que viviésemos, no como seres incipientes ni como vanos simulacros, sino como personas discretas y realidades vivientes. No nos salvaremos nosotros porque se salve el mundo, ni su destrucción acarreará tampoco la nuestra. En primer término, debe ríamos, pues, mirar por nosotros mismos, en el «deber de permanecer en casa» se encierra no escasa importancia.

En resumidas cuentas, y para hablar con verdad, jamás oímos decir que los mundos debieran salvarse de otra manera. La de salvar mundos fue también manía del siglo decimoctavo. Guardémonos de incurrir nosotros en ella. Para la *salvación del mundo*, lo más procedente será confiar en el Supremo Hacedor del mismo, y cuidarnos de paso de nuestra propia salvación, de cuya competencia estamos muy seguros. Y para no andarnos con más rodeos, tanto por el interés del mundo como por el propio nuestro, regocijémonos anchamente de que el escepticismo, la insinceridad, el ateísmo y otras plagas provenientes de ellos, desaparezcan, como es seguro que lo harán, si ya no lo están haciendo.

En tiempos de Johnson, estaban condenados a vivir nuestros literatos en las condiciones que hemos visto. En aquella época no se hallaba sombra de verdad en la vida. Las verdades viejas yacían por tierra casi mudas; las nuevas, ocultas, no se atrevían a hablar. Para que la vida del hombre fuera aquí abajo sinceramente un hecho, y, como tal, continuar siéndolo siempre, no había aparecido aún en aquel crepúsculo del mundo, y a ese respecto, intimación alguna. ¡Ninguna intimación, ni siquiera una Revolución francesa, que, una vez más, debemos calificar de verdad, si bien envuelta en infernales llamas! ¡Cuán diferente de la de Lutero la peregrinación de Johnson; con rumbo y destino definidos la de aquél; la de éste, rodeada sólo de tradiciones, de suposiciones que no entendía ni creía ya nadie!

Las fórmulas de Mahoma eran a modo de leños untados de aceite y cubiertos de cera, fáciles de destruir quemándolos; las del pobre Johnson resistían tales procedimientos; su digestión era más difícil. Al hombre fuerte nunca le faltará *trabajo*, esto es, no le faltará toda clase de calamidades, penas y dolores hasta rebasar la medida de sus fuerzas.

Tal vez en ninguna de las circunstancias de la vida fue más difícil realizar una victoria que en aquellas porque atravesó nuestro héroe literario. No eran tan sólo las obstrucciones, las desorganizaciones, los

libreros Osborne, ni los cuatro peniques y medio diarios; no era esto sólo, sino que aun la propia luz del alma se les quitaba. No era lo más triste dejar de hallar sobre la tierra una línea divisoria, sino faltarles, aun en el mismo cielo, una constelación a la cual volver los ojos. No nos sorprenderá, pues, que en tales condiciones, ninguno de esos tres hombres saliera victorioso en su lucha con el mundo. Su mayor elogio es haber combatido con verdadera fe. Contemplemos con melancólica simpatía, como dijimos ya, si no tres héroes vivientes y victoriosos, siquiera los túmulos funerarios de tres héroes rendidos. Cayeron abriendo a viva fuerza un camino para nosotros. Ved las montañas que derribaron en su guerra con los gigantes; bajo ellas, gastadas su fuerza y su vida, yacen ahora sepultados.

* * *

Antes de ahora escribí ya, expresa o incidentalmente, tratando de estos tres héroes literarios, lo que supongo conocen ya los más de los que me escuchan. No hay, pues, necesidad de que lo repita. Aquí sólo nos interesan por su carácter de profetas únicos, de un siglo único también, porque eso virtualmente fueron. ¡Cuántas reflexiones nos sugiere el aspecto que, desde tal punto de vista, ellos y el mundo de su tiempo nos ofrecen! Por mi parte, yo los llamo a los tres más o menos ingenuos, pues esforzáronse con toda sinceridad, y las más de las veces inconscientemente, en ser hombres ingenuos, procurando colocarse, como en propio pedestal, sobre la sempiterna verdad de las cosas, y esto hasta un grado que le distingue por completo del pobre y artificial montón de sus contemporáneos, haciéndoles dignos de que se los considere, en cierto modo, como los oradores de la verdad eterna y profetas de su siglo. La misma Naturaleza les impuso la noble necesidad de ser lo que fueron. Hombres de tal temple, que no podían vivir fuera de la realidad, desvanecíanse a su presencia la niebla y el país fantasmagórico de la inanidad; no hallaron asiento, base, descanso, ni regular movimiento, a no ser sobre tierra firme. Una vez más, y hasta cierto punto, fueron hijos de la Naturaleza, hombres verdaderos en un siglo de falsedad y artificio; hombres originales, en una palabra.

Al escritor Johnson lo hemos considerado siempre, por nuestra parte, una de las grandes almas de la nación inglesa. Un hombre fuerte, noble, que no pudo darnos cuanto su espíritu encerraba; ¿qué no hubiera sido en un elemento más benévolo? Poeta, sacerdote, soberano. Sea como fuere, a nadie le está bien quejarse ni de su elemento ni de su tiempo tampoco, pues, después de todo, tales quejas resultan infructuosas cuando no ridículas. ¿Son malos los tiempos en que vive? Bueno; hágalos él mejores.

Desesperanzada de todo humano auxilio, la juventud de Johnson fue pobrísima. Creo firmemente que, aunque le hubiesen sido favorables las circunstancias exteriores, no hubiera dejado de ser su vida una de las más

desdichadas. Tal vez el mundo hubiese obtenido de él un trabajo más o menos provechoso; pero sus esfuerzos para contrarrestar las enemigas influencias jamás hubieran sido cosa ligera ni indiferente. En compensación de las grandes cualidades de su alma, habíale dicho la Naturaleza: «Vive en un elemento insano y doloroso», como si las dolencias y las tristezas estuviesen íntimamente unidas a las grandes cualidades de su alma. Por este motivo, veíase el pobre Johnson condenado a vagar por el mundo en consorcio inseparable de la hipocondría y toda clase de padecimientos, así físicos como espirituales. Nuevo Hércules, ceñía la pestilente y abrasadora túnica del centauro sin poder arrancársela, porque era su misma piel.

Así estaba condenado a vivir. Figuráosle con sus escrófulas y su grande y vehemente corazón, caos inexplicable de anhelos: ¡Extraño personaje en este mundo, devorando cuanto almento espiritual llegaba a sus manos, lenguas clásicas, y, a falta de cosa mejor, cuanta cuestión gramatical se le ofrecía! ¡El alma más capaz de Inglaterra gozando de la prebenda de cuatro peniques y medio diarios! Y, no obstante, era un alma gigante, invencible, un alma de verdadero temple. Recordemos aquella anécdota de los zapatos en la Universidad de Oxford. El pobre *College Servitor*[1] escuálido, desmirriado, con la cara cosida de cicatrices, vagando en pleno invierno por las calles con los zapatos rotos; y aquel acto de caridad del *gentleman Commoner*[2] dejándole secretamente a la puerta del cuarto otro par nuevo, y luego la singular manera como el primero los recibe. ¡Sabe Dios qué pensamientos le asaltaron al contemplarlos primero y tirarlos después por la ventana! Podía él andar con los pies mojados y llenos de barro, sufrir el frío, el hambre, cuanto queráis, pero no ser mendigo; todo menos eso. Ruda y terca obstinación, excesiva confianza en sus propias fuerzas, todo un mundo de negligencia, incuria y miseria, y, al par de esto, nobleza, fortaleza, virilidad. Este hecho, por sí sólo, nos revela sobradamente el genio y la vida toda de aquel hombre. Un ente original, es verdad; pero no inferior, ni importuno, ni mendigo. El nos enseña que a todo trance nos mantengamos sobre nuestra propia base, con los zapatos que nosotros mismos nos procuremos, en el helo, en el barro, donde sea, pero dignamente, no de otro modo; sobre la realidad y sustancia que nos concedió la Naturaleza, ¡no en la apariencia ni sobre las cosas que otorgó a los demás, no a nosotros!

Y, a pesar de tan altiva aspereza, de tan orgullosa presunción y confianza en sus propias fuerzas, ¿hubo acaso alma más cariñosa y tierna, más leal ni sumisa a cuanto le era superior y debía acatamiento? A diferencia de las pequeñas, las grandes almas son siempre leales, sumisas y rendidas a lo que real y verdaderamente les es superior. No podríamos

---

[1] Estudiante sostenido por los fondos del Colegio.
[2] Estudiante de segunda clase.

aducir prueba mejor ni más palpable de cuanto hasta ahora hemos venido diciendo, de que el hombre sincero es, por naturaleza, obediente, y de que sólo en un mundo de héroes podrían ser posibles la obediencia y la lealtad verdadera a todo lo heroico.

No consiste la esencia de la *originalidad* en que la cosa sea *nueva.* Johnson creía a ciegas en lo viejo; las antiguas opiniones las hallaba suficientes, creíbles y adaptables para él, y a su sombra vivió de un modo ejemplarmente heroico. Bajo este solo respecto merece que le estudiemos, pues hay que decir que Johnson no era, ni mucho menos, hombre de fórmulas y palabras meramente, sino aferradísimo a las verdades y a los hechos. Cierto que se mantuvo fiel a las antiguas fórmulas; pero esto fue para él un accidente feliz, si bien las fórmulas en que él se apoyaba debían necesariamente contener una sustancia de las más genuinas. Por demás curiosa es la manera como en aquella pobre edad de papel, estéril, artificial, plagada de pedanterías, se ofrecía la estupensa realidad de ese universo, maravillosa, indubitable, infernal y divina a la vez, a la contemplación, a la admiración de aquel hombre. De qué modo, dentro de aquel mundo y bajo las circunstancias y condiciones que le rodeaban, halló medios de conformar y armonizar sus fórmulas, cosa es que llama la atención, y, bajo todos conceptos, es digna de «toda reverencia, compasión y respeto». Aquella iglesia de San Clemente Danes, donde solía Johnson orar, en el siglo de Voltaire, *es para mí lugar de veneración.*

En virtud de su *sinceridad,* Johnson fue un profeta, y lo fue también por hablar, en cierto modo, con el corazón de la naturaleza, aunque en dialecto artificial y corriente. ¿Por ventura no son artificiales todos los dialectos? No todas las cosas artificiales son necesariamente falsas; al contrario, todos los verdaderos productos de la Naturaleza tienen que *formarse* a sí mismos, infaliblemente, y aun puede decirse que todas las cosas artificales son en su origen *verdaderas.* Lo que llamamos fórmulas no son originalmente malas, sino más bien indispensablemente buenas. La fórmula es *método,* habitud, y se encuentra doquier se halle el hombre.

Las fórmulas se forman ni más ni menos que los senderos, que las vías públicas que conducen hacia lugares eminentes donde las gentes tienen costumbre de concurrir. Considérese bien esto: un hombre poseído de una idea ardiente, de un impulso soberano, halla modo de ejecutar alguna cosa, aunque no sea más que proferir los piadosos sentimientos de su alma para con su Criador, o siquiera una manifestación de afecto y simpatía para con sus semejantes. Para llevar esto a cabo necesitóse un inventor, un *poeta,* el cual halla manera de articular, de dar cuerpo y voz al pensamiento vago que fermentaba, no sólo dentro del suyo, sino en lo profundo de otros muchos corazones. Este es su modo de llevar a cabo lo que siente; éstas son sus pisadas; principia aquí el camino. ¿Qué sucede después? Vedlo: el segundo hombre anda, naturalmente, sobre las pisadas de su predecesor, pero con mejoras, cambiando lo que cree necesario, ensanchando lo que requiere amplitud,

pues cuanto más ancho el camino, más viajeros peregrinarán por él, hasta que llega a ser amplísima senda por donde puede viajar cómodamente el mundo entero.

En tanto subsista la ciudad, el santuario o cualquiera otra realidad adonde necesariamente tengan que dirigirse los viajeros, no puede menos de desearse el camino expedito siempre. Cuando al santuario o a la ciudad les llegue la vez de desaparecer, no hay duda que también quedará abandonado el camino. Así han desaparecido de este mundo todas las instituciones, prácticas y cosas regulares cuya existencia no tenía razón de ser ya. En un principio, todas las fórmulas comienzan llenas de sustancia, puede considerárselas como la *piel*, la articulación de la forma, de los miembros, y la piel de una sustancia ya existente allí, pues de otra manera no sería su existencia posible.

Los ídolos no constituyen idolatría, dijímoslo ya, mientras conserven el prestigio de su origen y no despierten la duda en el corazón del creyente. Por mucho que contra las fórmulas se hable, no creo que nadie ignore la grande importancia y significación de las fórmulas verdaderas, que fueron y continuarán siendo absolutamente imprescindibles mientras dura nuestra peregrinación por la tierra.

Notad también cuán poco alardea Johnson de su «sinceridad», ni de que posea tal cualidad en grado particular alguno; ni pretende ser indirectamente nada. Un luchador a quien no acobardan trabajos ni pesadumbres, un hombre de estudio, un *Scholar*, como se llama él, que procura honrada y trabajosamente, sin robar, ganarse un pedazo de pan con que alimentarse y no perecer de inanición. ¡Qué noble inconsciencia la de este hombre! No manda grabar la palabra «verdad» en la tapa de su reloj, porque la lleva dentro del corazón; habla, trabaja, vive por ella. Observad que así acontece siempre. El hombre a quien la Naturaleza tiene predestinado para grandes cosas, viene al mundo adornado principalmente de aquellas ingenuas cualidades que constituyen el más precioso don de la misma Naturaleza: la sinceridad, la realidad y la buena fe, que no le dejarán ser insincero.

Para su corazón, grande, vehemente, generoso, la Naturaleza es un hecho, una realidad; los rumores no pasan de rumores; la inexplicable sublimidad del misterio de la vida, reconózcalo o no, aunque parezca negarlo u olvidarlo, está siempre presente para él, asombrosa, formidable, considéresela como quiera. La sinceridad la tiene él por base; no reconocida, porque no se la controvierte, ni bajo ningún concepto se la pone en duda.

Mirabeau, Mahoma, Cromwell, Napoleón, todos los grandes hombres de que hago memoria, tienen esta cualidad por base, como elemento primordial y constitutivo de su ser. Los hombres pequeños, cuyo número es infinito, andan por todas partes pregonando y debatiendo los lugares comunes de sus insignificantes conceptos, aprendidos silogísticamente, de segunda mano, con especial auxilio de la memoria. A nuestro hombre, interesado en que brille la verdad pura y desnuda, parécele que todo lo

demás son insignificancias. ¿Cómo podría vivir de otro modo sino de esta verdad? Adviértenselo las facultades de su alma en todo tiempo y bajo todas las formas; no hay fuera de la verdad sustancia ni firmeza. Hombres como él sienten la noble necesidad de ser sinceros.

Las opiniones de Johnson sobre las cosas y caminos de este mundo no son las mías, como no lo son tampoco las de Mahoma; pero reconozco, distingo en el corazón de ambos el imprescindible, el sempiterno elemento de todo carácter y grandeza, con la satisfacción de verlo triunfante en ambos: la sinceridad de corazón. Ninguno de los dos es como la cáscara del grano arrojada al surco; hay en ambos algo que el terreno de siembra recogerá para que fructifique.

Johnson fue un profeta para su gente, a la cual predicó un Evangelio a la manera que lo hacen siempre cuantos se le parecen. El altísimo Evangelio que les ensalzó podemos describirlo como una especie de prudencia moral: «En un mundo donde hay tanto que hacer y tan poco que saber»; ved de qué manera realizaréis vuestra obra. Bien merece esto la pena de un sermón. «Un mundo donde tanto hay que hacer y tan poco que saber»; no os hundáis en los abismos insondables de la duda mar sin fondo y sin orillas; en la malhadada y estéril incredulidad, olvidadiza de Dios. Entonces seríais miserables, impotentes, insensatos, y ¿cómo podríais en tan deplorable estado trabajar ni hacer cosa alguna?

Tal fue el Evangelio que predicó y enseñó Johnson, teórica y prácticamente ajustado a aquel otro grande Evangelio: «Despejad vuestra inteligencia de todo género de afectación, de toda apariencia hipócrita que os haga representar lo que no sois; no tengáis tratos ni comercio con la hipocresía con ninguna clase de personas hipócritas, permaneced más bien en el rigor del invierno sobre el frío barro, pero en vuestros propios y *reales* zapatos remendados o rotos; desafiad el hambre y la desnudez, que, al fin y al cabo, «os valdrá más», según opinión de Mahoma.» A estas dos cosas, *inseparablemente unidas,* las califico yo como un grande Evangelio, quizá el más grande que fue posible predicar en aquellos tiempos y circunstancias.

No es de maravillar que los escritos de Johnson, tan leídos y celebrados en otra época, estén hoy poco menos que olvidados y desconocidos. Las opiniones de Johnson pierden importancia cada día que pasa; pero su modo de pensar, su sistema de vida, creo que no envejecerán jamás. En los libros de Johnson se encuentran irrefragables señales de una inteligencia superior y de un gran corazón, y son siempre aceptos, sean cuales fueren los obstáculos, las obstrucciones y perversiones por que hayan debido de pasar antes de hacerse visibles a los ojos de las gentes. Hay en sus palabras verdad siempre, *sinceridad.* Por medio de ellas nos presenta siempre a la vista todas las cosas. Su estilo, de bucarán[1] es maravillosamente correcto; escribió del modo mejor que en

[1] *Bukram style,* dice Carlyle. Bucarán es una tela fuerte y engomada que se usa para forro de vestidos; llámase también bocací.

su tiempo era dable escribir; con acompasada grandilocuencia, que subyuga por lo grave, solemne, majestuosa, y aun por su sello de vetustez a veces os sorprende un período largo, profundo, sin guardar proporciones con el asunto debatido [1]. Pero, sea o no profunda, la frase contiene siempre *algo dentro de sí misma.* ¡Cuántos libros encontraremos escritos en bello estilo, pero que nada provechoso contienen! ¡Quienes tal hacen, deben considerarse como malhechores para con el mundo! A todo trance hay que evitar su presencia. Aunque no hubiese escrito más que su *Diccionario,* descubriríamos en Johnson el distintivo de una superior inteligencia, injerta en el carácter más ingenuo. Si consideramos la claridad de sus definiciones, la buena fe, la solidez general, la penetración, orden y acertada disposición de toda la obra, podríamos calificarla como el mejor de todos los diccionarios. Encuéntrase en él una especie de arte y nobleza arquitectónicos; es a manera de un edificio rectangular, sólido, inmenso, perfecto, simétricamente rematado; al contemplarlo, no puede menos de reconocerse que anduvo allí la mano de un consumado maestro.

Dediquemos, a pesar de la premura, unas cuantas palabras al pobre Bozzy [2]. Tan bien como yo, sabéis la opinión que generalmente se tiene de su persona; no inspira respeto ni consideración alguna. Pasa por hombre sin dignidad, vano, glotón, y así era, en efecto. No obstante, existe un hecho que por sí solo basta a redimirle de todas sus faltas y debilidades; un hecho que irá siempre unido inseparablemente a la memoria de Johnson: el profundo respeto, la reverencia, la casi idolatría que tuvo siempre por la persona del ilustre anciano. La reverente actitud con que el *laird* escocés, el hombre más infatuado y presuntuoso de su época, se acerca al mugriento e irascible pedagogo, llegándose a su pobre y triste morada, es una verdadera muestra de veneración hacia cuanto digno, noble y grande existe en el mundo; es el *culto de los héroes* en tiempos en que ni siquiera se sospechaba que existieran héroes ni culto alguno. Héroes, no obstante, los hubo siempre, y no dejó de rendírseles cierto culto. Por nuestra parte, creo que podemos tomarnos la libertad de admitir que sea cierta aquella afirmación de un ingenio de allende el canal, de que no hay hombre eminente para su ayuda de cámara. No sería la culpa, en este caso, del personaje célebre, sino del fámulo, de quien debe suponerse que es un zascandil. El criado aguarda que el héroe se le presente revestido de las galas y atavíos monárquicoteatrales, con su retén de guardias y correspondiente cortejo de palaciegos, y clarines y timbales. Ese aforismo estaría más bien dicho así: «Nadie puede ser *Grand monarque* para su ayuda de cámara.» Y, si no, decid: ¿qué nos queda de Luis XIV, despojado de sus reales fruslerías? Un rábano con

[1] No deja de ser gracioso que Carlyle observe en Johnson las mismas divagaciones en que él tan a menudo incurre.

[2] Boswell, amigo inseparable de Johnson, cuya biografía escribió en 1791.

dos patas[1] y un peinado fantástico, incapaz de causar admiración ni a criados ni a cortesanos. Estos no reconocen al héroe cuando le ven. ¡Ah, no!; para éstos se necesita otra clase de héroes, y en esto, como en otras muchas cosas, escasea en el mundo el género.

Séanos, pues, lícito consignar que la admiración de Broswell nunca pudo estar mejor justificada; ni era fácil hallar en todos los dominios de Inglaterra otra alma más noble, más grande ni tan digna de reverencia. Permítasenos, al mismo tiempo, decir de Johnson que supo conducirse en su vida trabajosa a la manera que siempre lo hicieron todos los hombres dignos y valientes. En el informe caos de desolación y de miseria que apellidaban *vida literaria*; en aquel desorden y confusión que llamaban escepticismo, doctrina innoble en religión, lo mismo que en política; innoble en la práctica, cuanto serlo pudiera en la teoría de la vida; en la oscuridad, en la pobreza, en la abyección de la miseria en sus últimos grados, enfermo, harapiento casi, a todo se resignó aquel valiente, no sin levantar la vista a los cielos, en todos sus adversos trances, en busca de una constelación amiga, como en todos tiempos hicieron los varones de ánimo esforzado. Fijos en ella los ojos, no había de torcer su derrotero por nada de cuanto pudiera acontecerle en el revuelto mar de la vida. «En ningún modo se hallaba dispuesto a rendir sus insignias al espíritu de la mentira y de las tinieblas, cuya divisa es hambre y muerte.» ¡Oh viejo y bravo Samuel..., *ultimus Romanorum!*

* * *

De Rousseau y de su heroísmo no puede decirse otro tanto. No fue Rousseau lo que se llama un hombre fuerte. Su temperamento era enfermizo, excitable, espasmódico, antes intenso que vigoroso. No poseyó el don inapreciable del silencio; verdad que no es mucho lo que en esto descuellan los franceses...; es decir, ya no descuella ningún hombre en estos tiempos que alcanzamos. El desdichado debiera realmente reservar para sí sólo el humo que arroja; no veo resultado positivo en esto de andar arrojando *humo* antes de haberlo convertiro en *fuego*, en el que, metafóricamente hablando, todo humo puede convertirse.

No se halla en Rousseau profundidad, ni amplitud, ni vigor sereno para los trances difíciles, características, en primer lugar, de la verdadera grandeza. Esto de llamar fuerza a la vehemencia y a la inflexibilidad constituye un error gravísimo. No llamaréis fuerte al epiléptico a quien no basta a sujetar media docena de hombres. Sólo es fuerte quien no vacila soportando al andar una pesada carga. Nunca, como ahora, hubo necesidad de hacer presente esta opinión que expongo, porque nunca como hoy imperó la garrulería. No merece nuestros sufragios el hombre que no sabe guardar silencio hasta que le llegue su vez de hablar y de poner por obra.

---

[1] *...a poor forket raddish...*

Representación inequívoca de su carácter es, para mí, la fisonomía del filósofo ginebrino. Notad en ella, desde luego, un sello de grande y contraída tirantez; pronunciadas cejas; ojos hundidos, unidos estrecha y profundamente; mirada vaga, extraviada, que, como el lince, observa desconfiadamente. En todas sus líneas veréis impreso en esa fisonomía el sello de la mayor miseria; miseria innoble, y aun aquello que le es naturalmente antagónico, algo así, plebeyo, indigno y abatido, exaltado tan sólo por la *intensidad* de la idea; en fin, la fisonomía del visionario fanático: ¡un héroe, corto, limitado...! Debemos, no obstante, mencionarlo, porque, a pesar de todas sus faltas—y no eran escasas en número—, poseía la característica principal del héroe; esto es, sentía verdaderamente cuanto pensaba, como procedente de lo profundo de su ser. A diferencia de aquellos otros franceses que se llamaban a sí mismos filósofos, no hubo en el mundo hombre, como él, tan convencido. Y, en verdad, podría decirse de su convencimiento que era intenso en demasía para un organismo como el suyo, harto débil y sensible, que, andando el tiempo, le hizo incurrir en las mayores extravagancias y en los más incoherentes delirios, que, a la larga, tornáronse una especie de locura. Como a otros los males espíritus, *poseíanle* a él las ideas, le arrastraban de una parte a otra, llevábanle al borde de los más profundos precipicios.

Reconocían por causa las faltas de Rousseau lo que sencillamente puede calificarse con una sola palabra: *egoísmo,* origen a su vez y resumen de toda clase de miserias. No alcanzó a perfeccionarse hasta vencer el apetito del deseo; un hambre vil, sedienta, avara en muchos sentidos, era el motor de todas sus acciones, y aun creo lícito pensar que fue hombre vano y codicioso del aplauso público. Recordemos, si no, la experiencia llevada a cabo con él por la condesa de Genlis. Fueron una vez juntos al teatro, con la condición, por parte de la condesa, de que Rousseau la acompañaría de riguroso incógnito, «¡porque él no quería por nada del mundo ser visto allí!». Pero en un momento dado corrióse la cortina del palco que ocupaba; reconocióle la concurrencia, ¡y, a pesar de esto, no hizo demostración alguna! La decepción sufrida por el filósofo fue de las más amargas; permaneció taciturno todo el resto de la función, y evidenció su reprimido malhumor guardando silencio. La astuta condesa de Genlis quedó profundamente convencida de que semejante taciturnidad provenía, no de que se le hubiese visto, sino de que no le hubiesen aplaudido al verle.

Es triste observar cómo se convirtió en ponzoña su existencia entera. De allí en adelante fue la soledad su único consuelo; concentróse su alma dentro de sí misma; poblaron su retiro sombras, recelos, suspicacias. Hízosele imposible la vida con sus semejantes. Un caballero que solía visitarle con frecuencia, y que le consideraba con toda veneración y respeto, fue a verle en cierta ocasión en que el pobre misántropo estaba de un humor de perros. Sin más preámbulos, mirándole con ojos irritrados gritóle: «Ya sé a lo que venís, caballero; venís a ver la vida miserable que aquí llevo y la escasa comida que se cuece en aquella

marmita. Bien está: id a verla, si eso os agrada. ¿Queréis saber qué contiene? Pues media libra de carne, una zanahoria y tres cebollas; no hay más; id a contárselo a todo el mundo, si encontráis placer en eso.»

No hay medicina posible para un hombre en tal estado. Mil anécdotas como ésa, que no carecían, por cierto, de interés cómico, despertaban por aquel entonces la hilaridad de las gentes a costa del pobre Juan Jacobo, para quien no eran cosa de burla ni de risa, sino de una realidad, por desgracia, harto efectiva. Eran las contorsiones del gladiador agonizando en la arena; la muchedumbre se entretiene y se distrae contemplándolas.

Y, no obstante, con sus apasionados llamamientos a las madres, con su *Contrato social,* con sus panegíricos de la Naturaleza, y aun de la vida incivil en el estado natural, llegó Rousseau una vez a tocar la realidad firme; a luchar y trabajar por ella, y desempeñó de ese modo funciones de profeta en su época, del modo que pudo y lo consistió el tiempo.

¡Extraño fenómeno! Tras de tanto rebajamiento, y casi podríamos decir demencia, en el fondo del corazón de aquel hombre brillaba la chispa inmortal del verdadero y sagrado fuego. De lo profundo de aquel abismo de esterilidad, de entre la confusión de aquel filosofismo escéptico, presuntuoso, petulante, surgió del pecho de Rousseau la expresión de aquel sentimiento inextinguible, de aquella ciencia inconcusa, de que esta nuestra vida es un hecho *verdadero*; no escepticismo, teorema, ni vana jactancia, sino un hecho, una realidad tremenda. La Naturaleza habíale comunicado a él aquella revelación, a fin de que después la revelara él a los pueblos. Hízolo así, si no con la perspicuidad necesaria, del modo mejor y menos confuso que pudo. Y, en todo caso, si benignamente hemos de juzgarlos, ¿qué vienen a ser todos los errores, todas las miserias de su primera juventud, todas las confusiones y vagabundismos, sin plan ni objetos definidos, sino los deslumbramientos, los vértigos y vacilaciones del hombre a quien se encarga y acepta un mensaje para cuyo desempeño no cuenta con fuerzas suficientes, y ha de atravesar, además, senderos que le son totalmente desconocidos? Debiéramos tener tolerancia, y jamás desesperar de los hombres, antes al contrario, dejarles ensayar sus fuerzas, porque la esperanza dura cuanto la vida.

Por lo que toca a los talentos literarios de Rouseau, muy celebrados hoy todavía entre sus conciudadanos, poco se me ocurre decir. Lo propio que su persona, los libros de Rousseau no son saludables; por tanto, no pertenecen a la clase de los buenos libros. En Rousseau hay una especie de sensualismo, que, abrillantado por su talento, produce imágenes magníficas, atractivas, pero no genuinamente poéticas. No se ve en ellas la diafanidad del cielo iluminado por el sol, sino algo rebuscado, hermoso a la manera de un afeite [1], de un ramillete de flores artificiales.

[1] *...rosepink.*

Este gusto, por lo demás, priva casi universalmente entre los franceses desde los tiempos de Rousseau. Ni Bernardino de Saint-Pierre, ni aun madame Stael, están exentos de él; esto sin contar los terribles estragos que causa en el estado actual de la literatura, que bien podría llamarse de la desesperación. No son los verdaderos colores eso que contemplamos tan *encendidos.* Volved la vista a Shakespeare, a Goethe, a Walter Scott. Quien haya tenido la dicha de penetrar en el santuario de estos ilustres genios, sabrá la enorme diferencia que existe entre lo que es legítimamente verdadero y lo que sólo son postizos oropeles; únicamente en este caso podrá conocerlos, distinguirlos y apreciarlos.

Al tratar de Johnson, hemos tenido ocasión de observar lo mucho bueno que puede un profeta llevar a cabo en el mundo, aunque tenga de su parte todas las desventajas. Pero al tratar de Rousseau, vémonos llamados a presenciar el terrible contingente de males que puede acompañar al bien bajo las mismas circunstancias desventajosas. Históricamente hablando, la personalidad de Rousseau ofrece altísimo interés. Obligado a cambiar constantemente de domicilio, por los más oscuros barrios de la capital francesa, sin otra compañía que la de sus negros pensamientos y necesidades; andando, como si dijéramos, de Herodes a Pilatos; irritado, acosado hasta la desesperación, llegó al fin a conocer y sentir amargamente que ni el mundo ni sus leyes eran amigos suyos. Hubiera sido expeditivo que a un hombre semejante *no* se le hubiese forzado a colocarse en abierta hostilidad con el mundo. Pudieron encerrarle en los más infectos tugurios, mofarse de él, tratándole como loco; dejarle perecer de hambre, como a un animal feroz, caído en una trampa; pero no se pudo evitar que, en justas represalias, prendiera él, a su vez, fuego al combustible hacinado por las injusticias de los siglos en las esferas más excelsas de la tierra.

En Rousseau halló la Revolución francesa su evangelista. Sus desatinadas especulaciones sobre las miserias de la vida civilizada; sus preferencias por el estado incivil, en vez del civilizado, y otras cosas por ese estilo, produjeron en la pública opinión francesa universal delirio. Y podría preguntarse; ¿qué habían de hacer el mundo y sus gobernadores con semejante hombre? Difícil es, en verdad, imaginarlo. Pero lo que él poudo hacer con ellos sí que, por desdicha, nos es asaz conocido: *¡Guillotinarlos a todos!*

Pero basta de Rousseau.

* * *

Más curioso fenómeno es observar cómo surgen de entre las figuras de cartón y demás artefactos del siglo XVIII, de ese siglo incrédulo e infructífero, un héroe en la persona de Roberto Burns, como manantial entre áridas rocas, o como un súbito resplandor celeste entre los fuegos de artificio de algún Vauxhall famoso. Por tal hubo de conseguir que lo tomasen, no sin lucha, medio ciego y con las amarguras de la muerte,

contra la fatalidad de su destino. Acogida más falsa, quizá, no la recibió de sus semejantes hombre alguno. El sol alumbró nuevamente la escena del drama desastroso de la vida de un hombre.

Bien conocéis la tragedia de la existencia de Burns. Con toda seguridad puede afirmarse que, si la discrepancia entre el destino ocupado y el destino merecido constituye la perversidad de la suerte para con un hombre, jamás fue estrella alguna más perversa que la de Burns. Entre aquellas insulsas medianías, endebles figuras decorativas, *mimos*, en su mayor parte, del décimoctavo siglo, apareció un coloso, un hombre original, de aquellos que alcanzan las profundidades perennes, y desde los primeros momentos se plantan en las privilegiadas filas de lo heroico y excepcional. Y ese hombre vio la luz en una pobre choza de un insignificante villorrio de Escocia. El alma más grande que en todos los dominios británicos alentaba vino al mundo bajo el disfraz de un pobre labrador escocés.

Para sustraerse a la miseria, probó su padre, con mala fortuna, varias cosas; esto aumentó las dificultades de su existencia. El mayordomo, o factor, como en Escocia se le llama, acostumbraba mandar cartas llenas de amenazas, que afligían y arrancaban el llanto a toda familia, dice Burns; al valiente y sufrido padre, a su activa y heroica mujer, y a los hijos, de los cuales era uno Roberto. No había abrigo para ellos en aquella vasta tierra. Aquellas cartas arrasaban en lágrimas los ojos de todos; imaginad el cuadro. Aquel padre animoso, complázcome en repetirlo, era un héroe ignorado, un poeta; sin él, no habría el hijo sabido hablar siquiera.

El maestro Burns estuvo una vez en Londres, y conoció lo que era buena sociedad, y, sin embargo, declara que jamás en reunión alguna gozó de mejor conversación que en el hogar humilde de aquel pobre labriego, el cual, con ninguna de sus empresas agrícolas, ni con nada de lo mucho que intentó para ganarse honradamente la vida, pudo alcanzar la prosperidad anhelada, y hasta el resto de sus días hubo de sostener adversa lucha contra los rigores de su cruel destino. Pero aquel labrador era un hombre recto, leal, invencible; devoraba a diario y en silencio toda suerte de agravios y pesares, y en la desigual batalla peleaba como héroe invisible, sin que las gacetas ensalzasen sus proezas, ni se acordara nadie de proponerle para un premio, ni siquiera para que se le mencionara honoríficamente. Y, a pesar de todas las contrariedades, no se perdió aquel hombre, como nada se pierde en este mundo. Allí estaba Roberto, hechura, trasunto suyo y producto verdadero de muchas otras generaciones semejantes suyas.

Burns apareció en el mundo bajo la influencia de las más desfavorables circunstancias. Pobre, sin instrucción, nacido sólo para desempeñar rudas faenas, escribió, cuando algo supo, en rústico dialecto, sólo conocido de una escasa parte del país donde naciera. Si lo poco que escribió lo hubiese hecho en la lengua general de su nacionalidad, es indudable que se le habría universalmente reconocido

por uno de nuestros más grandes hombres. Que indujese a tanta gente a penetrar la áspera corteza de aquel su dialecto, prueba suficientemente que allí dentro había en verdad algo superior, muy por encima de lo vulgar y de lo común. De día en día se ensancha el reconocimiento, que va ganando por todas partes del mundo sajón; doquier impere aquel dialecto, se empieza, por personal inspección, a comprender que, en el siglo XVIII, uno de los más conspicuos hombres de la raza sajona fue un pobre campesino de Ayrshire, llamado Roberto Burns. Digámoslo muy alto: este hombre nos ofrece un ejemplar genuino de verdadero mineral sajón; fuerte como las rocas de la selva Hercinia, surcadas de claros y purísimos manantiales. Impetuosos remolinos de pasión y de genio agitaban el corazón de aquel hombre, amortiguado, no obstante, con las suavísimas notas de celestes melodías. Semejante al legendario Thor, el rústico dios escandinavo, brillaba en él noble y ruda sinceridad, franca, doméstica, la genuina sencillez de la fuerza con sus rayos templados por el rocío de la compasión y la Humanidad.

Gilbert, uno de los hermanos de Burns, hombre de mérito y de buen sentido, me contaba que Roberto, en sus años juveniles, a pesar de las rudas faenas a que debía dar cumplimiento, era el muchacho más alegre y decidor en la conversación; dotado de infinita y regocijada travesura, al par que de perspicacia y buen sentido. Era mucho más agradable oírle charlar entonces, saltando medio desnudo por entre los charcos y recogiendo desechos, que después, cuando ya mozo.

Ese regocijado fondo de buen humor (*fond gaillard,* como le llama el viejo marqués de Mirabeau), especcie de primitivo elemento, todo esplendor y alegría, constituye con otras más fogosas e íntimas cualidades una de las características más interesantes y atractivas del genio de Burns. Pese a lo trágico de su historia, existe en su corazón un gran fondo de esperanza. No es de aquellos hombres que se amilanan; antes bien, desecha con genial gallardía sus penas y tristezas, y aun las desdeña, parecido al veloz caballo que relincha al tremor de la lanza, o al león sacudiendo de su melena las gotas de rocío. ¿Y qué vienen a ser las esperanzas y alegrías de Burns, sino el producto de ardientes y generosos afectos, tales como los que para todo hombre constituyen el comienzo de los sueños de la vida?

Tal vez extrañéis que os diga que Burns fue uno de los más privilegiados espíritus que produjo Inglaterra en la décimoctava centuria, y, no obstante, día vendrá en que, sin riesgo alguno, pueda mantenerse este aserto. Sus escritos, cuanto hizo en medio de las mayores obstrucciones, sólo son un pobre y reducido fragmento de su ser. Oportunamente observa Dugald Stewar lo que, en realidad, es propio de todos los buenos poetas: que su inspiración no era ninguna facultad peculiar, sino resultado de una inteligencia naturalmente original y vigorosa, que de aquella singular manera se manifestaba.

El talento poético de Burns, evidenciado en su conversación, es el tema de cuantos tuvieron la dicha de oírle. Hay en él de todo, desde las

más graciosas declaraciones de cortesía hasta la más sublime inspiración del discurso apasionado; son torrentes de estruendosa alegría, mezclados con suaves quejas y lamentos de acendrado amor y afectuosísimo cariño; son manifestaciones del más enfático laconismo, iluminadas por los destellos de deslumbradoras intuiciones. Compendiábanse en aquel corazón todos los celestes dones. Las más hermosas e ingeniosas duquesas celebrábanle como al hombre cuya conversación «las arrebataba».

Hermoso es esto; pero lo es mucho más lo que nos cuenta Mr. Lockhart y he repetido yo muchas veces: la manera como, al llegar a una posada, por intempestiva que fuese la hora, huéspedes, dependientes, dueños y aun los mozos de cuadra, abandonaban el descanso para agolparse alrededor de aquel hombre extraordinario, sin otro objeto que el de oírle. ¡Sirvientes, y mozos de cuadra eran hombres también, y encontraban en Burns un hombre!

Mucho se ha oído hablar de su conversación; pero una de las mejores cosas que en este momento acude a mi memoria, la escuché, no ha muchos años, de boca de un caballero de trató familiarmente al poeta durante mucho tiempo. Decíame que «el discurso de Burns se distinguía en que *siempre contenía alguna cosa;* en que más bien hablaba poco que mucho, y que en sus primeros tiempos solía permanecer callado, como en presencia de personas superiores; pero que cuando rompía el silencio lo hacía arrojando siempre nueva luz sobre el asunto debatido». No me explicó por qué un hombre no había de hablar siempre de igual modo. Y si nos detenemos a considerar el vigor y generales dotes de su alma, su genuina robusted, en todos sentidos; su franca y natural audacia, y su valor generoso, ¿dónde podría buscarse hombre más favorecido?

Algunas veces he pensado si entre los grandes hombres del siglo XVIII habría otro que se pareciera más que Burns a Mirabeau. Verdad es que, a primera vista, existe entre ellos gran diferencia; pero, mirándolos con atención, se ve que ésta no consiste más que en el traje. Observadlos intrínsecamente: la misma fortaleza, la misma altivez de cuerpo y alma. Por el nacimiento, por la gran diferencia de la educación, y hasta por el carácter nacional, hay en el viejo márqués mayor arrogancia; compréndese que aquel hombre ha de ser más audaz, más turbulento. Pero la característica de Mirabeau, lo propio que la de Burns, es la veracidad, el buen sentido, el profundo discernimiento de las cosas; una verdadera superioridad de visión. Jamás han de borrarse de la memoria las cosas que aquel hombre diga. En un destello de intuición, acerca de algún objeto: así hablan estos hombres. Agítanles a ambos las mismas violentas pasiones, y ambos muéstranse asequibles a los más tiernos y nobles sentimientos. Muestran igual excentricidad en sus excesos de júbilo, el mismo ingenio, sinceridad, decisión y energía. No discrepan nada en su esencia. También pudo Burns haber brillado y dominado sobre Asambleas nacionales y hecho política como pocos. De corazón esforzado, a no haberse visto constreñido a exhibirse en

el Solway Frith, con la captura de contrabando y a guardar *silencio* sobre muchas cosas, acerca de las que no era posible discurso alguno, a no ser las explosiones del mal reprimido despecho, de igual modo hubiera podido apostrofar a los ujieres de Brezé y a sus iguales, haciéndose visible a los ojos de todos los hombres en el gobierno de los pueblos y en la dirección de sucesos de épocas para siempre famosas y memorables.

No lo creían así, no obstante, sus superiores jerárquicos, quienes, por vía de corrección, decíanle: «Tú estás aquí para trabajar y no para pensar. No tenemos necesidad alguna de tu facultad pensante, aunque sea la mayor de estos reinos; estás aquí para aforar cerveza; para nada más nos haces flata.» Dato digno de eterno recuerdo, aunque sepamos muy bien lo que debiera contestarse a su respecto; ¡cómo si la facultad de pensar no fuese en todo lugar y tiempo, y en todas situaciones, la cosa más indispensable! ¿Acaso no fue en todo tiempo el hombre fatal el ser *no* pensante, el que no acierta a pensar, ni *ver,* sino rastrear tan sólo y tropezar y equivocar la naturaleza de las cosas a su cuidado encomendadas? Todo lo trastrueca, porque todo lo ve al revés; cree en la realidad de una cosa, y resulta otra; y la deja, considerándola una fruslería.

Ese es el hombre irrmisiblemente fatal, colocado en altos puestos, por encima de todos los hombres. «¿A qué viene quejarse de esto?—dirá alguien—. En todos tiempos negósele al genio su arena. El hecho es tan antiguo como el mundo.» «Indudablemente—contestaremos—; pero tanto peor para la arena.» Nada valen las lamentaciones; la exposición de la verdad, tal vez sea cosa más provechosa. Mas lo que en modo alguno puede aplaudirse es que una Europa, en momentos en que estalla una Revolución francesa, ¡no tenga otro destino que el de aforador de cerveza para todo un Roberto Burns!

Consignemos de nuevo que la cualidad fundamental del vate escocés es su sinceridad; lo mismo en su vida que en su poesía. No canta cosas fantásticas, sino cosas real y verdaderamente sentidas; su mérito más culminante, como todo lo de su vida en general, es la verdad. De su vida podría decirse que es una gran sinceridad trágica, una especie de sinceridad salvaje, nada cruel, sin embargo, sino una sinceridad agreste, forcejeando desnuda con todo lo real. En todos los grandes hombres hay algo de salvaje, en este sentido.

¡Odín..., Burns, culto a héroes...! Estos hombres literarios no carecieron de cierta especie de culto; ¡pero a qué triste condición ha quedado reducida! Los criados y mozos de cuadra de las posadas escocesas, atisbando por las cerraduras, ansiosos de sorprender una palabra de labios de Burns, ¿qué hacían sino rendir inconsciente culto a lo heroico? Johnson tuvo a Broswell por adorador. Túvolos Rousseau en abundancia; visitábanle los príncipes en su humilde morada; la grandeza y la hermosura tributábanle toda clase de obsequios. Contradicción protentosa: dos extremos de su vida imposible de armonizar. Sentábase a la mesa de los poderosos de la tierra, y tenía que copiar música para

de todas las rebeliones, de las revoluciones francesas, de todas las explosiones sociales. Colocasteis al frente de vuestros negocios al hombre «incapaz», al «inhábil» en grado superlativo, al innoble, al imbécil, al idiota. Olvidasteis así que hubiese necesidad, que la regla os prescribiese que allí, en aquel lugar, habíais de colocar al hombre hábil. Amontonáis sin orden ni concierto ladrillos sobre ladrillos, con lo que hacéis inhábiles simulacros de habilidad. El «titiritero» es quien debe hacer causa común con sus iguales en todos los ramos de la administración de las cosas humanas, las cuales, de conformidad, yacen abandonadas y sin gobierno, fermentando y trocándose en montones de desatinos, pérdidas y quebrantos, la pobreza espantosa, la universal bancarrota.

En el cuerpo social, lo mismo en su parte espiritual o íntima, que en su parte material o externa, a millones extienden la mano los miserables pidiendo un auxilio que no se vislumbra. La ley de la gravitación sigue fatalmente su curso; inmutables, no deja funcionar ninguna ley de la Naturaleza. Como poseídos de contagiosa demencia, los millones de miserables truécanse en sanguinarias fieras, y, arrebatados por el raudo torbellino, albañil y ladrillos pronto forman parte del montón en la común ruina.

En las librerías públicas de este país son pasto de la polilla numerosos *in folio* que sobre el derecho divino de los reyes escribiéronse hace algunos siglos. Lejos de nosotros la idea de inquietar a aquellos animalitos en la pacífica tarea de hacerlas desaparecer del mundo desde aquellos estantes silenciosos. Pero, a la vez, y para no despedirnos de esa inmensa balumba sin que deje en nosotros, como es de razón, alguna parte de su espíritu, cumple consignar que allí se ha querido, a buen seguro, decir algo que a todos nos convenga conocer y guardar en la memoria. Sostener, empero, que en cualquier hombre que se escoja, sea como sea con sólo ceñirle a la frente un aro de metal y llamarle rey, ya en el mismo punto y hora, baja de lo alto una virtud soberana y posesionarse de su espíritu, convirtiéndole poco menos que en un dios, en un ser inspirado por la propia y suprema Divinidad, con facultad y derecho de disponer de todo el mundo, sin otros límites que los de su real voluntad, ¿qué podríamos hacer con semejante teoría sino dejarla pacíficamente reposar entre el polvo de las librerías? Por nuestra parte, diremos que lo que en nuestro sentir quisieron significar aquellos hombres, al tratar del derecho divino, es que en los reyes, como en las demás autoridades humanas, lo propio que en todas las relaciones que los hombres, hechuras de Dios, procuran establecer entre sí, existe verdaderamente, por aquel concepto, un derecho divino o una diabólica injusticia: elegid la que más os plazca de ambas cosas. Lo que el siglo XVIII, eminentemente escéptico, procuró inculcarnos al afirmar que este mundo no era sino una sencilla máquina de vapor, es notoriamente falso. En el mundo hay un Dios y aun una sanción de Dios, porque de no ser así, la violación de ambos principios equivaldría a la negación de todo

gobierno, de toda obediencia y acción moral entre los hombres. No hay para ellos acto más moral que el de la *autoridad* y la *obediencia.* ¡Ay de aquel que indebidamente pretende que se le obedezca! ¡Ay del que, debiéndola, niega obediencia! Sean cuales fueren las progamáticas humanas, la ley de Dios consiste en esto; así, existe en el fondo de cualquier reclamación que un hombre exige de otro, o un derecho divino, o una diabólica injusticia.

No estará de más a lo que creemos, parar mientes en una cosa que concierne a nuestra vida en todas sus múltiples relaciones, lo mismo en el ejercicio de la lealtad que en el de la soberanía, función sublime entre todas. El error moderno, el que no reconoce en las humanas acciones otro móvil que el personal interés, ni otra ambición más noble ni más altas inspiraciones que las sugeridas por las concupiscencias de la más innoble y desenfrenada codicia; este error, por natural que parezca a un siglo escéptico y procaz, calificámosle como mucho más soez y de resultados más perniciosos que aquel otro del derecho divino en las personas que llamamos reyes.

Encontradme el verdadero *koenning, kisg, rex;* el hombre hábil, capaz, y, desde luego, por lo que dice a nosotros, tendrá sobre nuestra persona un derecho divino. Si supiésemos de algún aceptable sistema de encontrarle, y, después, estuviésemos dispuestos todos los demás hombres a reconocerle su derecho divino, precisamente sería ésta la medicina que anda hoy desolado buscando todo un mundo realmente enfermo. El verdadero rey, como guía de la vida práctica, tiene siempre algo del pontífice, guía de la vida espiritual, de donde toda práctica procede. Y es también una «verdadera sentencia» la de que el rey es cabeza de la Iglesia. Duerma, pues, en sus estantes el dogmatismo polemista de unos tiempos muertos.

Verdaderamente es terrible tener que buscar el hombre hábil y no saber ni la manera ni el camino de hallarle; ésta es la triste situación del mundo en nuestra época, época de revolución, que viene de muy antiguo. El albañil, olvidado por completo del plomo y de la ley de gravedad, se tambalea sobre sus montones de ladrillos y cae ruidosamente. Para bien de todos, debemos considerar que la Revolución francesa no fue su «principio», sino más bien su «fin». Hablaríamos con más verdad si dijésemos que su «comienzo» tuvo origen trescientos años atrás, con la protesta que significaba la Reforma. Aquella cosa que se llamaba todavía a sí misma Iglesia cristiana, con el transcurso de los años habíase convertido en una gran falsedad en la Historia, gracias a su desvergüenza de pretender, mediante algunas monedas, perdonar los más enormes delitos, y quién sabe cuántas cosas más, con general escándalo y en abierta contradicción con las eternas e inmutables leyes generales. Esta era la mortal dolencia que clamaba por un remedio y una cura irremisible. Enferma la parte más noble, íntima y espiritual de nuestro cuerpo, lo habría de estar necesariamente más cada vez y peor el conjunto y parte exterior de todos los miembros. Fenecida la fe, ¿qué le

dejabais al hombre, fuera de la incredulidad y de la duda? El albañil arrojó el plomo y continuó amontonando ladrillos, pretendiendo burlarse de la ley de gravedad. ¡Ah! ¿Por ventura no es cierto que aún hoy, a muchos nos parece extraña la aserción de que en los asuntos humanos existe una verdad divina, una intervención de Dios, y, al contrario, no sea cuanto vemos sino puro artificio, un expediente diplomático, una burla sangrienta, y quién sabe qué más?

Desde aquella primera aserción que necesariamente formuló Lutero: «Tú, que te arrogas el nombre de papa, no eres en modo alguno ningún Padre en Dios; eres una quimera»; esta quimera ignoramos cómo en lenguaje cortés podría llamársela. Desde aquel entonces hasta el clamor que en el Palais Royal se levantó en torno de Camilo Desmoulins al grito de *Aux armes!*, al revolverse el pueblo contra toda clase de quimeras, hallamos una natural e histórica consecuencia; aquel clamor horrendo, casi infernal, fue un acontecimiento de la mayor importancia también. Era la voz de los pueblos conmovidos, despertando una vez más confusamente, como de una tremenda pesadilla, de un sueño de muerte, a un vago sentimiento de que la vida era algo real, de que la obra divina no era ningún expediente diplomático.

¡Fué infernal el acontecimiento! Enhorabuena; no de otra manera lo quisisteis. ¡No fue celestial ni terrestre; fue infernal! Lo insincero, lo superficial, lo insustancial, lo vano, tiene que desaparecer sin remisión, para que en su lugar se restablezca de uno o de otro modo el dominio de la sinceridad. Cueste los sacrificios que quiera, reinados del Terror, horrores de revoluciones francesas, cuanto horrible pueda imaginarse, forzosa y necesariamente debemos volver por los fueros de la razón y de la verdad. Una verdad ahí la tenéis, es un hecho, y se os presenta revestida con los horrores y el fuego del infierno, ya que así la quisisteis y no de otro modo.

Lo mismo en Inglaterra que en otras partes, era casi general creencia la teoría de que en aquellos tiempos había perdido por completo la nación francesa el uso de la razón; de que la Revolución francesa había sido un acto contagioso de demencia, una conversión temporera de Francia y otras vastas secciones de la tierra en una especie de manicomio. Tuvo aquel tremendo acontecimiento sus accesos de fiebre y de furor, sin que, no obstante, traspasara los límites de la demencia y la no-entidad; por fortuna quedó desvanecido en las regiones de los sueños y de las fantasmagorías. Para esa especie de confortables filósofos, los tres días de julio del año 1830 debieron de ser un sorprendente e inesperado fenómeno. Nuevamente tenemos sublevada a la nación francesa, armada hasta los dientes y en lucha mortal, matando y dejándose matar para hacer bueno el hecho de aquella misma revolución amante. No parecía sino que los hijos y los nietos de aquellos hombres persistiesen en la empresa; no la desconocían ni renegaban de ella; querían hacerla buena, y se dejarían matar con tal de salirse con la suya. Ningún fenómeno podía ser alarmante para aquellos filósofos que sobre

aquel quietismo *bendlamítico* habían ideado para su uso particular todo un sistema de vida. Cuéntase que el pobre Niebuhr, historiador y profesor prusiano, murió de un ataque cardíaco a consecuencia de la jornada de los Tres Días. No fue ésta, a buen seguro, muerte muy heroica que digamos, no mucho mejor que la de Racine, que se dejó morir por haberle su rey, Luis XIV, mirado una vez con ceño severo. El mundo, no obstante, ha sufrdo y resistido algunas sacudidas terribles en lo que lleva de vida, y era de creer que resistiría asimismo el choque de los Tres Días, sin que por eso cesara de girar indiferente sobre su eje. La jornada de los Tres Días dio a conocer al mundo entero que la vieja Revolución francesa, a pesar de todos sus desatinos y atrocidades, no fue lo que podría llamarse una ebullición pasajera de cerebros desequilibrados, sino producto genuino y necesario de la tierra en que vivimos, lo que se llama verdaderamente un hecho y que no estaría de más que el mundo lo considerase y estudiase como se debe.

Verdad es que sin la Revolución francesa no sabríamos cómo componérnoslas en este siglo en que vivimos. Saludémosla, pues, a la manera que el marino náufrago saluda la más estéril roca en un mundo que no es sino un mar sin fondo y sin orillas, un verdadero Apocalipsis, un azote terrible y merecido para ese mundo todo hipocresía, artificio, falsedad. Tenemos con esto un verdadero testimonio de que la Naturaleza es *preternatural,* algo más hondo que la inteligencia del hombre; si no la queréis divina, tendréis la diabólica; la apariencia no es la realidad, y si no se convierte a ésta, arderá el mundo. Lo que es apariencia arderá para quedar reducido a lo que real y verdaderamente es: ¡nada! Concluyeron la plausibilidad, la especiosidad; terminó el reinado de la rutina huera, y con él mucha cosa ha concluído. Como la trompeta del Juicio, todo esto se ha proclamado a los vivientes. Quienes antes lo aprendan serán los más prudentes y discretos. ¡Pero cuánta confusión de generaciones hasta llegar a este caso! Y, no obstante, ¡no será posible la paz hasta alcanzar esos tiempos!

El hombre verdadero, rodeado ordinariamente de un mundo de inconsistencias, puede esperar pacientemente la lucha para realizar su obra en medio de tantos inconvenientes. Escrita está en el tribunal celeste la sentencia de muerte contra todo este diabólico embolismo; en estos momentos se proclama esta sentencia sobre la faz de la tierra contra cuanto subsiste en ella; el que tenga ojos, que los abra; escuche quien tenga oídos y oiga hasta los más ligeros rumores.

Verdad es que si nos ponemos a considerar la parte opuesta de esta gravísima cuestión, ¡cuántas enormes dificultades veremos que entraña, con qué terrible velocidad avanza y se nos echa encima, inexorable, aquí y en todos los demás pueblos de la tierra, pidiendo irremisiblemente la solución inmediata de este espantoso problema apocalíptico! Creemos firmísimamente que en los momentos críticos que en esta misma hora atravesamos, tendríamos mejor y más meritorio tiempo en que ocupar

nuestras energías, que el de emplearlas trabajando, conscientemente o no, en la obra suicida del *sansculotismo.*

El culto de los héroes es para nosotros, en las actuales circunstancias, un hecho preciosísimo; un hecho consolador, en que puede el pensamiento humano satisfactoriamente solazarse en estos momentos críticos de la mundial historia. Existe en este hecho una esperanza, siempre viva y renaciente, para el buen orden y regeneración del mismo. Si todos los órdenes sociales compaginados por los hombres estuviesen condenados a desaparecer y hundirse, jamás se apartaría de nuestros corazones aquella fe consoladora. El convencimiento, la certidumbre de que los héroes llegan al mundo a manera de enviados o profetas; la misma necesidad y facultad instintiva de reverenciarlos y venerarlos, representa para nosotros como la luz de la constelación boreal a través de lejanas y espesas nubes de polvo y humo, en medio de un derrumbe y general conflagración.

Las voces de culto y veneración a los héroes habrían causado pésimo efecto a los trabajadores y combatientes de la Revolución francesa. ¡No más reverenciar a los grandes hombres; no más esperanza, fe ni deseo siquiera de que vuelva a presentarse en el palenque del mundo ninguna especie de grandes hombres! Convertida en máquina, la Naturaleza se encontraba en aquellos momentos como esterilizada; no le era posible en semejante estado producir en manera alguna grandes hombres. Por nuestra parte, digámosle, cuando en tal caso se halle, que se declare en quiebra y abandone el trato; nosotros no podemos prescindir de los grandes hombres, sin que tengamos queja ni motivo para querellarnos por eso de las palabras «libertad e igualdad», creyendo como creemos que es imposible que vuelvan a aparecer entre nosotros más sabios ni grandes hombres, por lo que, a la postre, tendremos que contentarnos con infinidad de estúpidas medianías y hombres pequeños a granel, si bien perfectamente nivelados; tal era la general creencia allí por aquel entonces.

«Libertad e igualdad; no habría, en adelante, necesidad der autoridad alguna. El culto a los héroes, la veneración y reverencia que por ellos se había sentido, consideróse un culto falso, un engaño enorme; ¡no se querían ya vanas deidades! Estábase harto de monederos falsos; de entonces en adelante no había que fiarse de nadie ni de nada; la inundación de plata falsa y de metal dorado en los altos puestos y mercados públicos era tal, que ya no se creía en la existencia del oro, y, en consecuencia, pensábase poder prescindir enteramente y sin dificultad alguna del uso de aquel metal.» Esto es lo que nos parece oír, entre otras cosas, en aquel clamor y gritos de ¡libertad e igualdad!, y nos parece muy puesto en razón y muy conforme con el estado de las cosas en aquellos históricos momentos.

Y, no obstante, todo aquello no era sino transición de lo falso a lo verdadero. Mirándolo en conjunto, como un reflejo de la verdad entera, no titubeamos en declarar que tales propósitos son vanos en absoluto,

resultado de una total ceguera y escepticismo en lucha desesperada, bregando por ascender a las mansiones de la luz desde el fondo de las tinieblas.

Aquí y en todas partes existirá siempre el culto de los héroes, no sólo en la lealtad, sino extendiéndose desde la adoración hasta las más ínfimas y prácticas regiones de la vida.

Las genuflexiones, las inclinaciones de cabeza ante la presencia de un hombre, ¿qué pueden indicar, si algo significan y representan, sino que allí, en presencia de aquel hombre, hermano nuestro, existe, según la expresión de Novalis, una revelación en la carne? Hubo poetas que inventaron todas estas graciosas cortesías, que son como el adorno y la nobleza de la vida. La cortesía no es una contorsión ni una falsedad, ni hay causa para que lo sea. Posibles son aún la lealtad, la veneración, el respeto y el culto religioso; ¿imposibles digo? Más todavía: son inevitables, imprescindibles.

Digamos también que con todo y haberse visto muchos de nuestros héroes y grandes hombres poco menos que forzados a trabajar como revolucionarios, son, por virtud de su misma naturaleza, hijos legítimos del orden y enemigos naturales del desorden. Un hombre verdadero ocupado en trabajos de revolución, cosa es que tiene en sí algo trágico. Preséntase a los ojos del mundo como anarquista; un elemento anárquico penoso en extremo le embaraza y le sale a cada instante al paso; y esto le acontece a él, cuya grande alma es hostil a la anarquía y se le hace odiosa. Como la de todo hombre ingenuo, su misión es el orden. Viene a restablecerlo en el mundo, dentro del caos y de la confusión. El es el misionero del orden. ¿El trabajo del hombre no es, por ventura, «obra de orden»? El carpintero manda traer del bosque los toscos troncos de los árboles, y él los desguaza, pule y escuadra, los acomoda y los ajusta al objeto de su propósito. Todos nacemos enemigos del desorden. ¡Triste y aun trágico caso es el de vernos obligados a derribar y destrozar las imágenes de los antiguos ídolos; pero mucho más triste y trágico para el grande hombre, ya que es mucho más hombre que nosotros!

Todos los sucesos humanos, aun los más furibundos *sansculotismos* franceses, no de otro modo se ven constreñidos a trabajar en la causa del orden. Entre los más furiosos de todos, decimos por nuestra parte, no hay hombre alguno que no trabaje impelido por fuerza superior en la obra del orden. No significa su vida otra obra; el desorden es la disolución, la muerte. Hasta el mismo caos busca un centro donde revolucionar. Mientras el hombre sea hombre, jamás faltará un Cromwell, un Napoleón, que se presente a dar el golpe de gracia a toda clase de *sansculotismo.* ¡Caso singular! En aquellos días en que no parecía posible el culto a los héroes, como si fuese lo más increíble del mundo, vedlo que se presenta prácticamente reivindicando sus fueros con la aquiescencia de todos.

En su más amplia y racional acepción, significa el «derecho» divino

de igual modo «fuerza» y «poder» divinos. En aquellos momentos en que falsas fórmulas y vetustos prestigios yacían derribados y escarnecidos, observad cómo inesperadamente aparecen nuevas y genuinas sustancias, que se desenvuelven con incontrastable fuerza. En épocas de rebelión, en que la realeza aparece como abolida y muerta, se dan a luz Napoleones y Cromwells investidos con facultades y «reales» atributos.

Vamos, pues, como última fase del heroísmo, a estudiar la historia de Napoleón y de Cromwell. Reaparecen entre nosotros los antiguos tiempos; cómo se produjeron los reyes y cómo tuvo principio la divinidad real, va a decírnoslo y demostrárnoslo la historia de estos dos hombres.

En Inglaterra hemos tenido bastantes guerras civiles: las de la Rosa Blanca y de la Rosa Encarnada, las de Simón de Montfort y otras muy poco dignas de mención. Pero, entre tantas guerras, ninguna tiene tanta significación como la de los puritanos. Fiando en vuestra indulgencia y buena fe, que os sugerirán indudablemente lo que no me permita decir la premura del tiempo, empezaré por considerar esa guerra como un fragmento de la grande, universal, que en sí sola comprende toda la Historia del mundo: la guerra de la fe contra la incredulidad, lucha del hombre con el pensamiento fijo en la real esencia de las cosas, contra los hombres que lo fijan en las vanas apariencias de las mismas.

Consideran muchos a nuestros puritanos ni más ni menos que como feroces y salvajes iconoclastas, furibundos destrozadores de las formas; pero la verdad es que con más razón podría apellidárseles aborrecedores de ellas cuando son falsas. Estamos persuadidos de que no ignoramos, es decir, de que sabemos tan bien como nuestros adversarios, la manera de respetar, no sólo a Laud, sino también a su desdichado rey. Ese infeliz Laud fue, a mi juicio, más bien que hombre perverso y malintencionado, un pobre de espíritu, un pedante infortunado. Sus sueños y sus supersticiones, que tanto dieron que reír a sus amigos, son de carácter afectuoso. Considérole como una especie de ayo o tutor de colegio, para quien no era el mundo entero sino un conjunto de puras formas, un verdadero formulario escolar del que dependían la salvación y la vida del globo. Pero ved de pronto colocado a nuestro hombre al frente, no de una academia, de un colegio, sino de una gran nación, sin más recursos de gobierno que los que le inspiraban aquellas pobres, exóticas y peculiares nociones suyas. Con ellas debía administrar, solucionar lo que más difícil se presenta en la gestión de los humanos intereses. Piensa que los hombres han de continuar gobernándose por los mismos estatutos y antiguo ceremonial, y que la salvación de todos depende de que aquéllos se extiendan y mejoren. Sin dar oídos a la voz de la prudenca ni al sentimiento de la compasión, lánzase, como todo hombre débil, con espasmódica violencia, a la realización de sus propósitos; le es fuerza obligar a sus colegiales a que obedezcan ante todo los reglamentos de la escuela. Lo repito: fue un infeliz pedante. Pretendía que el mundo fuese una escuela a su manera, y el mundo no era tal cosa. Mas ¿acaso no

pagó, desgraciadamente, el pobre Laud sus desaciertos con inaudito rigor? Fuesen los que quisiesen sus errores, ¿no quedaron despiadadamente vengados en su misma persona?[1].

Meritorio es insistir sobre las formas. La religión y todo lo demás se cubre y envuelve naturalmente en formas. La única parte utilizable de la tierra es la «formada» representando la suma de fuerza que en ella hubo de emplear la industria y el ingenio del hombre. No aplaudimos en el puritanismo lo incongruente e informe, no; esto lo deploramos y nos inspira compasión. En el puritanismo aplaudimos el indomable espíritu que lo hizo inevitable. Todas las sustancias se visten de formas; pero hay formas de formas, verdaderas y adaptables unas; otras que no lo son en modo alguno. Si no ando desacertado, podría decirse —y sería la definición más breve— que las formas que espontáneamente crecen en torno de una sustancia, corresponderán a la naturaleza real e íntimo espíritu de la misma, y serán las verdaderas, las buenas formas; pero las que conscientemente se disponen alrededor de una sustancia, por este mero hecho no sólo dejarán de ser genuinas, sino que serán falsas. Sobre este particular, que enseña a distinguir lo verdadero de lo falso, el acto grave y solemne que arranca de la conciencia, del vano y aparatoso que procede de la superchería y superficialidad en el ceremonial formalístico en todas las cosas humanas, sobre este particular, repito, llamo particularmente vuestra atención.

Toda forma requiere la veracidad y la espontaneidad. ¿Deja de constituir una ofensa pública la persona que en nuestras asambleas populares más se exhibe, espetando un discurso de los que se llaman de encargo? Las ceremoniosas pantomimas que vemos representar en los salones de nuestros magnates y en otros que no pertenecen a tan encumbradas gentes, pantomimas que se celebran sin otro móvil que el de la vanidad, cosas son de que cuanto antes querríamos vernos libres. Supongamos ahora un caso de trascendental importancia: el culto divino, por ejemplo; un caso en que nuestra alma, arrobada por el exceso del sentimiento, no acertando a expresarlo ni con la voz ni por medio de acto alguno, necesite el silencio como más elocuente expresión. ¿Qué diríamos del mimo que en tales circunstancias se presentase a ofrecernos sus servicios de intérprete? Un ente por el estilo, si es que en algo se

[1] Refiérese Carlyle a Guillermo Laud, arzobispo de Cantorbery, que gozó de la mayor autoridad bajo el reinado de Carlos I y fue primer ministro después de la muerte de Buckingham. Habiendo formado el proyecto de reunir los tres reinos bajo una misma religión, de la que se hubiera erigido jefe, redactó con este objeto una liturgia que pretendió hacer adoptar por todas las sectas disidentes. Provocó con esto una violenta oposición, sobre todo por parte de los presbiterianos escoceses, y excitó un odio universal. Cuando la guerra civil, fue arrestado por orden del Parlamento, en 1640, y ejecutado cinco años después como culpable de traición. Sufrió la muerte con valor, y fue considerado como un mártir por sus partidarios.

estima, valdrá más que se retire y nos deje solos. ¡Habéis perdido a vuestro único hijo; el pesar os abate, os enmudece, seca las lágrimas de vuestros ojos! En este momento se os acerca un importuno, ofreciéndoos con toda inoportunidad celebrar los juegos funerales a la manera de los antiguos griegos. ¿No será esto un despropósito inaceptable, inaguantable, odioso?

A semejante estado de cosas llamaban los viejos poetas idolatría, adoración de vanas formas y de *espectáculos* más vanos aún, que los hombres verdaderamente acreedores a este título aborrecen y arrojan lejos de sí. Lo que nuestros pobres puritanos querían significar, sólo en parte podemos nosotros comprenderlo. Al consagrar el templo al culto de Santa Catalina, con todo el aparatoso ceremonial de reverencias y gesticulaciones, Laud representaba el papel del formulismo y riguroso pedante, fijo el pensamiento en sus ordenanzas escolares, más bien que el espíritu severo de los antiguos profetas, atentos sólo a interpretar la esencia de las cosas.

Tales formas las halló insoportables el puritanismo, y, arremetiendo contra ellas, las derribó ignominiosamente. Excusémosle por nuestra parte, diciendo: «¡Arrolladlo todo antes que rendir culto a semejantes supercherías!» Y siguió predicando en su púlpito, desnudo, sin más auxilio que el de la Biblia en la mano. ¡Más aún! El hombre que desde lo profundo de su alma dirige la voz al alma de otros hombres, no menos convencidos que él, ¿no restablece virtualmente, por este solo hecho, la esencia verdadera de todas las iglesias posibles? La más desnuda, decimos nosotros, hasta la más salvaje de todas las realidades, es completamente preferible a todas las apariencias, por respetables y dignas que se nos representen.

No hay miedo —no existe ya ninguno— de que la realidad deje de adaptarse en tiempo oportuno a la forma que mejor le convenga. Al «hombre viviente» no le faltarán «ropas» con que cubrirse; él se las procurará por sí mismo. Pero ¿qué diríais del traje que pretendiese ser hombre y traje al mismo tiempo? No podríamos nosotros hacer frente al ejército francés con trescientos mil uniformes rojos; preciso será que dentro de cada uno haya un hombre. Declaremos por lo pronto que la apariencia no debe ni necesita ahora ni nunca divorciarse de la realidad. De hacerlo así, no faltarían hombres que contra ella se rebelasen, ya que en tal caso se habría convertido en una mentira, en una vergonzosa imposición.

Ambos antagonismos, en guerra, ahora aquí en el caso de Laud y los puritanos, resultan tan viejos como el mundo. Encarándose uno contra otro con feroz continente, ofreciéndoles la Inglaterra del siglo decimosexto toda la vasta extensión de su territorio para sus lizas, allí libraron combates de varios, dudosos y terribles accidentes, no sin muchísima importancia para los destinos de las generaciones futuras.

Era poco probable que la causa de los puritanos, o sus mismas personas, en la época que siguió directamente a la suya, encontrase nadie

con ánimos de favorecerla, ni siquiera de hacerle justicia. No era Carlos II y sus *Rochesters* la clase de hombres que elegiríamos para juzgar del mérito y significación de hombres como los puritanos. Que en el corazón, en la vida del hombre hubiese fe ni sombra alguna de verdad, cosa era que no comprendían ni eran capaces de comprender Carlos II ni sus frívolos cortesanos, y menos que ellos la miserable época de que eran dignos representantes. Llegó el puritanismo a servir de enseña a los cadalsos, a las más altas horcas, ni más ni menos que los huesos blanqueados de los puritanos más distinguidos; su obra seguía, empero, desenvolviéndose silenciosamente.

La obra verdadera de todo hombre —no le hace que a su autor lo descuarticéis y hagáis con él lo que mejor os pluguiere— tiene necesariamente que desarrollarse y crecer hasta alcanzar sus límites naturales. Nosotros tenemos nuestro hábeas corpus y libre representación del pueblo; tenemos el reconocimiento, amplio como el mundo, de que los hombres todos son, deben y necesitan llegar a ser lo que se llama hombres *libres*, cuya vida tiene su fundamento en la realidad, y la justicia, no en la tradición, que, transcurriendo el tiempo, convirtióse en una gran injusticia, ¡en una quimera! Todo esto, en parte, y, además, en muchas otras cosas, fue obra de los puritanos.

Verdad es que, conforme llegaban a patentizarse gradualmente estas cosas, comenzó por su virtud intrínseca a esclarecerse y justificarse el carácter propio de los puritanos. El recuerdo de todos ellos, uno tras otro, fue recogiéndose de aquel padrón de ignominia, hasta llegar poco menos que a canonizarse a muchos de ellos en nuestros días. Eliot, Hampden, Pym, Ludlow, Hutchinson, y aun el mismo Vane, considerados están hoy como una especie de héroes, de verdaderos *padres conscriptos* de la política; a ellos debemos, si bien en pequeña parte, lo que hace en nosotros una nación libre; hoy sería peligroso atreverse a calificarlos con el dictado de perversos.

Pocos son los puritanos de reputación que no encuentren apologistas en alguna parte, y aun personas graves que les rindan culto. Entre todos ellos, uno solo, sin embargo, casi el único, nuestro pobre Cromwell, está pendiente aún de aquel padrón de ignominia, sin hallar un apologista de corazón que le defienda. Ni santo, ni pecador, no hay quien le sincere de las grandes calumnias que se le atribuyen. Hombre de inteligencia, eso es indudable, de talento y valor infinitos, cuanto queráis, traicionó, sin embargo, la *causa*; desesperadamente ambicioso, fraudulento, hipócrita, violento, rústico, convirtió aquella noble lucha en pro de la libertad constitucional en pobre farsa, representada exclusivamente en propio beneficio suyo. Con otras cosas peores, éste es el carácter que se atribuye a Cromwell. Vienen luego los contrastes con Washington, y muy particularmente con los nobles Pym y Hampden, cuya obra meritoria robó para sí, desfigurándola hasta el punto de deformarla y convertirla en una cosa fútil del todo.

Producto natural y nada impropio de un siglo como el decimoctavo es

este retrato de Cromwell. Como dijimos del doméstico, diremos del escéptico. Aunque le vea y le toque, éste no es capaz de reconocer un héroe. El doméstico vive en expectación de carrozas, de mantos de púrpura, de dorados cetros, de cuerpos de alabarderos, de séquitos de magnates y banda correspondiente de trompas y chirimías. El escéptico del siglo XVIII aguarda ver las fórmulas *respetables* de reglamento, principios, o como quiera llamarlos, un estilo de enunciación y conducta que hayan llegado a parecer respetables y poder defenderse de una manera articulada, no desagradable para ganar los sufragios de esa decimoctava centuria, escéptica e *ilustrada*. En el fondo esperan lo mismo el sirviente y el escéptico, las chirinolas de algún vástago de «reconocida» realeza, al que, en consecuencia, están dispuestos a reconocer y prestar los obsequios de rúbrica. El rey que se les presente sin esa manera formalística, sencillamente, ya puede llamar a otra puerta: no será rey.

Protesto que no abrigo la intención de decir nada que redunde en desdoro de la buena memoria de sujetos tan recomendables como los Hampden, Eliot, Pym y otros que consideramos siempre como hombres dignísimos y de provecho. Además, con la honrada idea de admirarlos, amarlos y venerarlos como a verdaderos héroes, leí diligentemente cuantos libros, documentos y papeles relacionados con este objeto pude haber a las manos, y si la verdad, toda entera, debe decirse, el resultado fue indiferente, y la tarea, en resumen, estéril e ingrata. Hombres son éstos, nobilísimos, sin duda, y los veis desfilar majestuosamente, con sus mesurados eufemismos, su parlamentaria elocuencia y su filosofía, sus *ship-money*[1], sus *monarquías del hombre*. Un grupo, en fin, de lo más intachable, digno, constitucional; sólo que en su presencia hiélase el corazón; únicamente la fantasía se esfuerza, aunque en vano, para rendirles reverente tributo.

¿Dónde encontraremos un corazón que se sienta, no digamos entusiasmado, pero ni aun atraído por ningún pensamiento de simpatía ni de fraternal afecto hacia ninguno de estos hombres? No hay que ponerlo en duda: el tiempo los redujo a sus naturales dimensiones, y debe confesarse que nada grande se ve en ellos; para decirlo de una vez, son hombres muy cansados. Verdad que tropezamos, no escasas veces, con el «séptima y finalmente» de la elocuencia constitucional del incomparable Pym. Acaso sea esto lo más admirable del mundo; pero, con el respeto debido, lo encontramos pesado, más que el plomo; más árido y más seco que el barro cocido; en fin, que en vano buscaréis allí algo que os conmueva ni interese, y acabáis por veros obligados a dejar que descansen en sus nichos de honor todas esas grandes notabilidades.

Sólo uno de entre todos, Cromwell, el gran proscrito, ése será el único en quien podréis encontrar algo humano. Baresrark, el gran

[1] *Ship-money*, literalmente, dinero de los buques; impuestos marítimos.

salvaje, no sabía escribir eufemísticas *monarquías del hombre*, ni hablar ni trabajar son suave regularidad. No tenía historias que contar en honra propia; pero supo mantenerse sin eufemismos ni capuchones retóricos. Luchó cara a cara, como un gigante, por la verdad desnuda de las cosas. Estos son, indudablemente, los hombres que necesitan los pueblos en los momentos difíciles. Confesemos paladinamente nuestro delito, declarando que mantenemos y preconizamos a esta clase de hombres, elevándola muy por encima de todas las demás. En todos los bandos políticos figuran en no escaso número notabilidades muy respetables, correctísimas, y que no sirven para maldita la cosa. ¿Qué simpatía ni respeto puede inspirar el hombre que no se atreve a tocar la *obra*, como no sea con enguantadas manos, por miedo al contagio?

Ni es de conceder importancia alguna a la tolerancia constitucional que un siglo como el decimoctavo aparenta mantener con otros más afortunados puritanos. Podría decirse de esto, como de todo lo demás, que no era sino miserable retazo del propio formulismo y escepticismo de ese siglo infecundo. Reputan poco halagüeño lo de deber a la superstición y al fanatismo las verdaderas bases de nuestras libertades inglesas. Estos puritanos, dicen, se nos echaron encima con sus increíbles doctrinas calvinistas, antilaudismos, westminsterianas confesiones y, sobre todo, la libertad de «adorar a Dios» conforme a las inspiraciones de la propia conciencia. Sus demandas debieran limitarse sólo a la «libertad de arbitrar por sí mismos los tributos», proque insistir en lo otro equivalía a declararse corifeo de la superstición y el fanatismo, y, además, publicar su profunda ignorancia y vergonzoso desconocimiento de la constitucional filosofía. ¡Libertad de imponerse uno mismo los impuestos! ¡No pagar tributos, a no ser con fundadas razones...! En ninguna época de la Historia, a no ser en un siglgo infructífero y escéptico, túvose tal consepto por uno de los primeros y más fundamentales derechos del hombre. Más bien podría afirmarse que todo hombre recto, antes de rebelarse contra su Gobierno, tendrá generalmente más justas y fundadas razones que alegar en defensa propia que la razón del *dinero*, sea en la forma que fuere.

Este mundo que nos sustenta es la cosa más embrollada que pueda imaginarse; en él, todo hombre debe mostrarse agradecido si ve, por ejemplo, cualquier forma de gobierno sostenerse de un modo no «insoportable» del todo. Aquí mismo, en este propio momento y en el suelo mismo de Inglaterra, el hombre que no esté dispuesto a pagar numerosos tributos, en los que él no sabe ver razones que los justifiquen, habrá de buscar otro clima más benévolo, porque es seguro que en éste no lo pasará muy bien. Llega el recaudador. ¿Dinero? «Tómalo, ya que tanto lo apateces y puedes hacerlo impunemente, Tómalo, y apártate pronto de mi presencia; déjame a solas con mi trabajo. Aquí estoy todavía, y puedo trabajar aún, a pesar del dinero que me llevas.» Pero si viene a decirle: «Reconoce una mentira; pretende y declara que estás adorando a Dios, cuando no es así; no creas lo que tienes tú por

verdadero, sino lo que yo por verdadero pretendo.» Sin duda alguna, contestará nuestro hombre: «¡No; eso, jamás; con el favor de Dios! Tomad mi bolsa; mi responsabilidad moral pertenece a Dios; no puedo disponer de ella. La bolsa es del primer ladrón que nos la exige puñal en mano; pero la individualidad es mía y de Dios nuestro Hacedor; por tanto, en modo alguno puede ser vuestra. Resistiré y me defenderé hasta la muerte; me rebelaré contra vosotros todos, y afrontaré en defensa propia todo género de extremidades, acusaciones y confusiones.»

Realmente, parécenos ésta la suprema razón que de un modo cumplido pudo justificar la famosa rebelión de nuestros puritanos. Fue el alma de todas las rebeliones justas que subsiguieron. La Revolución francesa no la produjo sólo el hambre; fue la resultante de todos los delitos perpetrados a la sombra de la hipocresía, de la injusticia, de la falsedad. Llegó, finalmente, el día en que la pública conciencia no pudo resistir más tiempo aquel peso abrumador. La nonentidad, el hambre y universal penuria patentizaron a los ojos de todos la falsedad monstruosa de aquella corrupción.

Dejaremos al siglo XVIII libre de soportar impuestos. Ya no nos sorprenderá en adelante que el espíritu del puritanismo no lo comprendiera aquel siglo escéptico. A quienes no creen en realidad alguna, ¿cómo podrá nadie hacerles creer en la «realidad» de un alma humana, realidad intensa como ninguna, algo así como si la voz del Creador hablase aún con nosotros?

Lo que no pueda reducirse a doctrina constitucional con relación al impuesto u otros intereses no menos materiales y sublimes, debía, según las opiniones dominantes en ese siglo, ir al fuego o al montón de la basura. Los Hampdens, Pyms y los *ship-money* continuarán, como tema de grande elocuencia constitucional, con sus entusiasmos y vehemencias, que relumbrarán indudablemente, si no con los resplandores del fuego, con el brillo de la nieve. Y entre tanto, el irreducible Cromwell quedará relegado al estado de insentatez, hipocresía y demás lisonjas del repertorio escéptico.

De muy antiguo, consideraré increíble siempre esa teoría de la falsedad de Cromwell, porque jamás juzgué posible que semejante cosa cupiese nunca en el corazón de ningún grande hombre. En la Historia figuran numerosos hombres grandes como entre falsos y egoístas; pero, si bien lo miramos, ésas no son para nosotros sino *figuras*, sombras ininteligibles; nunca se nos ocurrirá el pensamiento de que hubiesen sido hombres. Sólo a una generación incrédula y superficial, que nunca vio más allá de la apariencia y superficie de las cosas, pudo ocurrírsele tan menguada idea de los grandes hombres. ¿Por ventura puede concebirse un alma grande sin una conciencia, esencia y condición de todas las almas *reales* grandes o pequeñas? En modo alguno, y por eso no podemos figurarnos a Cromwell como una fatuidad y falsedad. Cuanto más estudiamos sus actos y su vida, más se aleja de nuestra mente tal idea. ¿Ni cómo podríamos abrigarla cuando no hay pruebas ni evidencia

alguna de ese aserto? ¿Acaso no es uno de los más raros casos en la historia de este hombre que, después de las infinitas calumnias acumuladas sobre su memoria; después de habérnosle representado como encarnación de la falsedad y de la mentira, no haya sido todavía posible probarle de una manera evidente ni una sola mentira, ni una falsedad? ¡El hombre todo mentira, y todavía no se ha podido averiguarle ni una! Aquí lo de Pococke, preguntando a Grocio por la paloma de Mahoma. ¿Dónde está vuestra prueba? ¡No existe ninguna!

Abandonamos ya tan calumniosas quimeras, considerándolas como uno de los mayores absurdos de la historia. No reprsentan al hombre, ni a su sombra, ni siquiera a un fantasma, sino la suma total de calumnias que acumularon el odio y las tinieblas.

Como resultado de esta consideración, ofrécese a nuestros ojos, al analizar la vida de este hombre, una hipótesis del todo diferente. Lo poco que conocemos de sus primeros años, ¿no nos indica, pese a la intencionada oscuridad de sus versiones, la noble integridad de su carácter? ¿No nos revela su temperamento nervioso y melancólico una seriedad asaz profunda para su edad? Respecto a las historias de espectros, sobre todo aquella del espectro blanco, pronosticándole en pleno día que llegará a ser rey de Inglaterra, no tenemos para qué concederle mucho crédito, como tampoco a la del espectro negro, o sea el mismísimo diablo, a quien, según relación de un oficial, se vendió Cromwell poco antes de la batalla de Worcester. En cambio, no admite duda el humor hipocondríaco y excesivamente sensible del carácter de Oliverio. El médico de Huntingdon solía decir al mismo sir Philip Warwick, que muchas veces le habían llamado a medianoche para asistir a Cromwell, que sufría hipocondría, y creía morirse, y aún «aparecérsele la cruz del centenario». Estas cosas tienen su significación. Un temperamento irritable hasta el exceso, en naturaleza tan inflexible y robusta como la suya, no puede presentar síntoma alguno de falsedad, sino síntomas y promesas de algo muy diferente en todo caso.

En su juventud envían a Oliverio a estudiar leyes, y, según la Historia cuenta, se entrega el futuro *protector* de Inglaterra, durante un corto período, a varias disipaciones y extravagancias; pero también se dice que se arrepiente pronto de su conducta, que se modera, y abandona aquella vida. Cumplidos veinte años, toma estado, y se porta como uno de los hombres más morigerados y pacíficos; devuelve todo el dinero ganado al juego, porque (continúa el cuento) no considera legítima la ganancia obtenida de aquel modo. Interesantísima y aún natural es semejante conversión, como suelen llamarla, no sin fundadas razones, porque representa la resurrección de un alma grande y verdadera, surgiendo del fondo de la corrupción, para conocer la solemne y terrible verdad de las cosas; para ver que el tiempo, con todos sus esplendores y vana ostentación, tiene la eternidad por pedestal, y que este pobre planeta que habitamos no es sino umbral y misteriosa puerta, lo mismo de los cielos que del infierno.

Como labrador hacendoso, solícito y frugal, ¿no es la vida de Oliverio, lo mismo en Saint-Ives que en Ely, la de un hombre verdaderamente piadoso? Renuncia al mundo y a sus vanidades; no le enriquecerán ni saciarán su corazón vanas pompas. Labra y cultiva la tierra, lee la Biblia, y diariamente congrega en torno suyo la servidumbre para adorar y honrar a Dios. Consuela a los sacerdotes perseguidos, a los predicadores, por quienes siente predilección, y hasta sabe predicar él mismo, exhortando a sus vecinos a ser prudentes y discretos, a fin de recuperar el tiempo perdido. ¿Qué mojigatería, qué hipocresía, hay en todo esto, qué disfrazada falsedad ambiciosa? Las esperanzas de aquel hombre —convencido estoy de ello— estaban puestas en otras regiones de más alteza; su ambición; la de poder llegar, después de vivir cristianamente en el humilde estado de su propia elección, a aquellas celestes moradas, países desconocidos de que no vuelve nadie, y cuyos secretos y misterios sólo Dios conoce. No aspira a notoriedad alguna; ¿de qué podría servirle en presencia del Ordenador Supremo?

La manera como una vez se presentó a la expectación pública, digna es también de nota, ya que ninguno quiso hacer lo que él llevó a cabo; refiérome al asunto de los pantanos en el condado de Berford. Nadie se atreve a defender los intereses comunales contra las intrusiones de la autoridad; esta causa le mueve, no otra. Terminada la cuestión, vuelve a su oscuridad, a sus labranzas, a su Biblia. ¿Ganar influencia? Esta influencia es de las más legítimas, pues deriva de la buena opinión hacia su persona, no sólo como hombre religioso y justo, sino razonable. Así vivió hasta pasar los cuarenta años. Ya en esa edad, ninguna perspectiva más halagüeña que la de la vejez y las tristes imágenes de la muerte y de la eternidad. ¡Y ahora, en este punto, es cuando despierta en él la ambición desapoderada! No interpretemos de ese modo su misión parlamentaria.

Lo mismo en el Parlamento que en la guerra, sus triunfos son los del hombre honrado, esforzado, valiente; del hombre en cuyo corazón hay más virilidad, y en cuya cabeza hay más luz que en el corazón y cabeza de sus contemporáneos. Sus plegarias, sus deprecaciones al Todopoderoso, sus públicas alabanzas, alabanzas al Dios de las victorias, al que le preservó y sacó libre y salvo de mil conflictos y desesperados encuentros, tan terribles como los de Dunbar, hasta la final y gloriosísima victoria en la batalla de Worcester, todo esto es verdaderamente genuino del corazón entusiasta de un calvinista como Cromwell. El *cavalier* presuntuoso, incrédulo, sin más Dios que el crespo cabello, la frivolidad liviana y el ceremonial cortesano; el que vive completamente aparte, separado de la contemplación de Dios, y aun sin Dios viviente en el mundo; éstos, y no Cromwell, son los verdaderos hipócritas.

Tampoco hemos de condenarle por la parte que pudo tener en la muerte del rey. ¡Realmente, esto de quitar la vida a un rey es cosa muy seria y grave! Pero una vez os determináis a declararle la guerra, la consecuencia es ésta, y todas las demás van envueltas en aquel acto.

Rotas las hostilidades, es un duelo a muerte de persona a persona: o muere él, o morís vosotros. Toda reconciliación es problemática; puede ser posible, pero es más probable que no lo sea.

Generalmente, admite hoy todo el mundo que, habiendo el Parlamento vencido a Carlos Eduardo, no había de llegar con él a un formal arreglo. El gran partido presbiteriano, recelándose de los independientes, lo procuró cuanto pudo, como si fuese cuestión de vida o muerte; pero no le fue posible lograrlo. El desdichado Carlos, en las últimas negociaciones de Mampton-Court, da ostensibles pruebas de ser un hombre con quien era fatalmente imposible tratar; un hombre que no podía ni quería comprender; en cuyo cerebro no alcanzaba nunca a reflejarse la situación real de las cosas, y, lo que es peor aún, un hombre cuya palabra no era nunca verdadera expresión de su pensamiento. Esto es incontesturable; así, que puede decirse de él, sin crueldad de ningún género, cuanto se ha conseguido; antes bien, debe inspirarnos un sentimiento de compasión profunda.

Abandonado, desamparado de todos y de todo, sin poseer más que el nombre de su dignidad pasada, al verse tratado aún, por más que sólo sea en apariencia, con todo el miramientp y respetuosa consideración debidos a la majestad caída, imagina poder oponer un partido contra otro, y, engañando a los dos, recuperar con tan menguada diplomacia su autoridad fenecida. Desgraciadamente para él, ambos bandos comprendieron la añagaza. Un hombre cuya palabra en modo alguno representa su pensamiento, ni lo que tiene intención de hacer, es del todo inapto para tratar ni concertar con nadie cosa alguna provechosa. Así, es necesario, o abandonarle, o suprimirle. Los presbiterianos, desesperados, no resolvían aún a dejar creer en Carlos, y eso que estaban convencidos de su falacia. Pero Cromwell, no: «Después de tanto guerrear y de tanta sangre derramada, ¿hemos de contentarnos con un pedazo de papel? ¡Jamás!»

En todo lo de Cromwell sorprende lo certero de su ojo práctico y decisivo; su modo de dirigirse rectamente y sin vacilación al hecho, a cuanto es viable; para ello posee especiales facultades. Yo sostengo que una inteligencia como ésa no es la de un hombre falso; éste no ve sino vanas apariencias, cosas plausibles y falsos expedientes. Aún para descubrir la verdad práctica, es necesario el verdadero hombre. La opinión de Cromwell, a principios de la lucha, con respecto al buen orden y disciplina de las fuerzas del Parlamento; de despedir de las filas a todos los mozos de taberna, particularmente los de las poblaciones, gente por lo común bulliciosa y pendenciera, para sustituirla con la más morigerada de las clases trabajadoras, temerosas de Dios y empeñadas de todo corazón en llevar adelante la obra, ésta es la opinión de un hombre que sabe *ver*. El hecho corresponde siempre que se vea en su interior. Los *Ironsides*[1] de Cromwell son palpable prueba de su gran penetración; eran

[1] Partidarios de Cromwell.

hombres que no conocían otro temor que el de Dios. Jamás hollaron el suelo inglés, ni el de otra nación alguna, soldados más animosos.

Nada habremos de censurar tampoco en aquella frase dirigida por Cromwell a esos mismos soldados, y que tanto se ha vituperado: «Si encuentro al rey en el combate, lo mato sin escrúpulo.» ¿Por qué no? Estas palabras dirigíalas a hombres acostumbrados a la presencia de uno más Alto y muy por encima de todos los reyes de la tierra, a unos hombres que en aquel azar arriesgaban más que sus propias vidas. En su lenguaje oficial, podrá el Parlamento llamar la cosa como mejor le plazca; el Parlamento podrá decir que su ejército pelea por la causa del rey, y no por otra; nosotros debemos entenderlo de otro modo, y creer que no era aquel trabajo propio de aficionados, de *dilettanti*, ni asunto de palabrería de oficina, sino trance de muerte en presencia de toda suerte de horrores. Vímonos en el duro trance de declarar la guerra cruel, a muerte. Al elemento «infernal» en la humana naturaleza, evocábase ahora para dirimir aquella cuestión sangrienta. Sea, pues, así, ya que no hay otro medio.

Los éxitos afortunados de Cromwell parécennos la cosa más natural del mundo, y pues le respetaron las balas, una cosa inevitable. El hecho de que semejante hombre, con la luz de la inteligencia en la frente y la audacia en el corazón, llegase por virtud de sus propio esfuerzo y el número de sus victorias a los puestos más encumbrados de la milicia, hasta verse él, el labrador de Huntingdon, universalmente aclamado y reconocido como el hombre más poderoso de Inglaterra, rey de ella virtualmente, creo que no necesita intervención de magia alguna para que su enigma quede explicado.

Cosa en verdad tristísima, no ya para un pueblo, sino hasta para un hombre, es la de caer en el escepticismo, en el *dilettantismo*, en la insinceridad; dejar de conocer una sinceridad cuando se la ve, ¿habrá maldición más fatal, lo mismo para este mundo que para todos los demás mundos? Si está el corazón muerto, imposible es que los ojos vean. Lo que de inteligencia queda es de exclusivo dominio de la inteligencia *vulpina*.

La aparición de un rey verdadero no tiene para ellos importancia, porque ni le conocen ni distinguen, aunque lleguen a tocarle con las manos. Tal vez os preguntarán, en el tono enfático y desdeñoso que les es peculiar: «¿Ese es vuestro rey?» En lucha continua con la ignorancia, la presunción y la imbecilidad, malgasta el héroe inútilmente su facultad heroica, y poco o nada puede llevar a cabo. Para sí mismo, es cierto que realiza una vida heroica, que ya es mucho; es decir, es todo, aunque para el mundo, comparativamente, sea nada. La sinceridad agreste y ruda, con el sello directamente impreso, no por la mano del hombre, sino de la madre Naturaleza, responde acremente desde el banco de los testigos; en vuestro tribunal de *vagabundos*[1], en vuestro ambulante tribunal de

[1] *Pic-Powder.*

pequeñas deudas, se chancean de él, tratándole... nada menos que de impostor. Descúbrele la inteligencia vulpina. Vuestro Knox y vuestro Cromwell, por tener la desgracia de valer por muchos hombres y muchas academias vulpinas, ¿qué obtienen? Un argumento para dos siglos de discusión sobre si fueron o no verdaderamente hombres. El más alto don del cielo arrójalo desdeñosamente aquí, en la tierra, la familia, vulpina al rincón de la basura. El maravilloso talismán se convierte en moneda no circulante, en dinero despreciable, que no quieren ni en los garitos.

¡Lamentable situación, de la que hay que salir a todo trance, y mientras no sea así, nada se habrá logrado! ¡Por amor de Dios, «descubrid impostores», pero, a la vez, también, los hombres que valgan, aquellos en quienes podéis depositar vuestra confianza! Mientras esto no sepamos, y que constituye el alma de toda nuestra ciencia, ¿cómo es posible que sepamos descubrir? La inteligencia vulpina, que se considera ciencia a sí misma, y llega a descubrir por este medio, está lastimosamente equivocada. Cierto que hay muchos inocentes; pero, de todos modos, no hay ninguno en situación tan fatal como el que vive en un injustificado terror de que le engañan. ¡En el mundo hay verdad, aprended a conocer lo verdadero, para que luego podáis discernir lo falso; nada habréis llevado a cabo hasta llegar a esto!

Procurad conocer a los hombres en quienes debéis depositar vuestra confianza; por desgracia, esto dista mucho de nosotros. Sólo el hombre sincero es capaz de conocer la sinceridad. No se necesita sólo al héroe, sino un mundo dispuesto a recibirle como corresponde, no un mundo de serviles lacayos; en tal caso, sería inútil la presencia del héroe. Sí, está muy lejos todavía de nosotros; pero vendrá con el favor del cielo; puede decirse que se le siente ya venir; mas, en tanto llega, ¿qué tenemos nosotros? Urnas electorales, sufragios y revoluciones francesas. ¿Pero de qué servirá todo esto si, cuando llega el héroe, continuamos aún esclavos?

Ahí tenemos un heroico Cromwell, y por espacio de ciento cincuenta años no obtiene un solo voto nuestro. ¿Por qué motivo? Porque un mundo escéptico, falso, es *propiedad natural* del impostor y del padre de todos los impostores y de todas las impostoras. En semejante mundo, sólo es posible la mentira, la confusión, la miseria. Con el caldero de los votos sólo alteramos la *forma* del charlatán, no su esencia ni sustancia. Un pueblo de hipócritas y de esclavos ha de verse sin remedio gobernado por un héroe de similor, vejiga hinchada de viento, sin más prendas que los arreos y ostentaciones reales: ¡mutua pertenencia de ambos! Finalmente: o aprendemos a conocer a un héroe, o un verdadero gobernador y capitán, algo mejor de lo que ya tenemos conocido, o continuar eternamente gobernados pòr la imbecilidad no heroica. Así tuvieseis una en cada bocacalle, ese mal no os sería posible remediarlo.

¡Pobre Cromwell, pobre grande hombre, profeta que no sabe *hablar*, rudo, articulando confusamente, esforzándose por sacar a luz, de su sima salvaje, su trascendental pensamiento, su sinceridad inculta! ¿Cómo iba

a figurar entre los elegantes eufemismos, entre los atildados Falkands, los didácticos Chillingworths, los diplomáticos Clarendon? Consideradle bien: un caso informe de confusión caótica, demoníacas visiones, sueños febriles, semidemencia; pero, en medio de todo esto, un corazón, una inteligencia soberana, a cuya luz se desarrollan indomables energías. Es una especie de hombre caótico. Estelares resplandores iluminan aquel antro de tinieblas y de hipocondría incurable. Y, no obstante, ¿qué era esa hipocondría sino la grandeza del hombre? La profunda sensibilidad de sus rudo afectos, la suma de simpatía que hacia todas las cosas atesora su alma, la inteligancia que en el corazón de las cosas desea introducir, el dominio que procura ejercer sobre todo: ésta era su hipocondría.

Su desdicha, como todas las grandes desdichas, provenía de su misma grandeza. Johnson pertenecía también a esta clase de hombres. Entristecida el alma, abstraído del mundo, vive envuelto en sombras, absorto, al parecer, dentro de aquel elemento más lúgubre que la noche. Tal es el carácter de un profeta, del hombre que ansía *ver* con todas las fuerzas de su alma.

Así nos explicaremos la famosa dificultad de Cromwell para enunciar sus ideas. Estas se presentaban en su inteligencia claras como meridiana luz; pero carecía de la materia para comunicarles forma corpórea. Había vivido silencioso, había pasado todos los días de su vida en medio de un mar desconocido de tempestuosos pensamientos, y casi nunca tuvo oportunidad para estudiar el modo de darles forma. Con su vigorosa facultad de visión, y la no menos poderosa para resolver y determinarse, no cabe duda de que se hubiera aprendido a escribir libros y aun a hablar con elocuencia. Cosas mucho más difíciles que éstas llevó felizmente a cabo. Hombres de su temple son los que se necesitan para ejecutar varonilmente cuanto se encomiende a su cuidado. No consiste la inteligencia sólo en hablar y en hacer silogismo, sino, más bien, en saber ver para andar sobre seguro. La virtud, la virilidad, la heroicidad, no consisten solamente en una bien articulada e inmaculada regularidad, sino en lo que llaman los alemanes, con mucha propiedad, *Tugend (Taugend, dow-ing o Dough-tiness)*, el valor y la facultad de *ejecutar*. El fundamento de todas estas facultades lo poseía soberanamente Cromwell.

El no sabría hablar en el Parlamento, pero sabía predicar con arranques de rapsódica elocuencia, y, sobre todo, era grande en sus extemporáneas y fervientes súplicas al Altísimo. Eran espontáneas manifestaciones de un corazón henchido y rebosante de fe, que dejaba por innecesario el método, sustituyéndolo por el fervor, la piedad, la sinceridad.

Uno de los rasgos más característicos de Cromwell es su modo de orar. Por medio de la oración comenzaba todas sus grandes empresas. En las situaciones difíciles, solía reunirse con sus oficiales para orar alternativamente durante horas y días, hasta que se les presentaba una resolución definitiva, una «puerta de esperanza», como acostumbraba

llamarla. Consid rad esto, las lágrimas y fervientes plegarias y voces de vehemente dolor al Dios Grande y Vivo, pidiéndole misericordia y que los ilumine. Ellos, que se juzgaban soldados armados de Jesucristo, una congregación de hermanos cristianos forzados a esgrimir el acero contra un mundo de monstruoso, enemigo de Dios y de los hombres, ellos, en sus grandes angustias y extrema necesidad, a El acudían y a El clamaban para que no les desamparase en la santa causa que sostenían, y que era la propia causa de Dios. ¿Cómo la luz que ahora se les aparecía hubiera podido un alma humana obtenerla mejor por otro camino? ¿No debía considerarse el propósito por semejantes medios resuelto, el más sabio, el único de probable logro, y que debía seguirse sin vacilar, sin pérdida de tiempo? Para ellos representaba la luz de lo alto, enviando sus resplandores a un desierto sombrío, donde sólo se oían siniestros ruidos; la columna de fuego que durante la noche debía guiarles por el despoblado yermo en una peregrinación llena de peligros.

¿Por ventura dejó de ser así? ¿Acaso pudo jamás el alma humana obtener el favor celeste de algún otro modo que por esos mismos métodos de devota y humilde postración de una alma trabajada, que se rinde en presencia del Altísimo, dispensador de toda luz, bien sea por una plegaria hablada y articulada, bien inarticulada y muda? No existe otro método. ¿La hipocresía? Verdaderamente, fatiga ya repetir esta palabra. Quienes la llaman así, no tienen derecho para tratar de semejantes materias, pues son hombres que nunca se resolvieron a ejecutar nada, ni supieron tan sólo qué significa un propósito, un designio, cuanto más atreverse a ejecutarlo; hombres que lo emprenden todo computando expedientes, lo plausible, juntando votos y pareceres, y que nunca se hallaron ante la verdad desnuda de las cosas. Las solemnes rogativas de Cromwell llevaban camino de ser mucho más elocuentes. Su corazón era el de un hombre que sabe orar.

Pero no eran sus discursos, a lo que imagino, tan falsos de elocuencia y rudos como parecen. Cromwell era lo que en el Parlamento, y fuera de él, pretenden ser todos los oradores: intencionado; y, desde un principio, tuvo su importancia. Con acento apasionado y rudo, siempre se comprendió que diría algo, y todos deseaban saber qué diría. No sólo no guardaba respetos a la elocuencia, sino que la despreciaba, y aun mirábala con aversión. Hablaba siempre sin escoger las palabras. Parece que los refrendarios de su época eran singularmente cándidos en entregar al confesor precisamente lo que hallaban en sus notas. Además, ¿se quiere más concluyente prueba de la profunda hipocresía y falsedad de aquel hombre, que la de no haber llevado en su vida cuenta ni razón de sus discursos, ni estudiar, ni meditar siquiera, poco ni mucho, sus propias palabras antes de arrojarlas a la curiosidad pública? Si las palabras eran verdaderas, lo demás importábale a él poco.

Permitidme ahora una observación respecto al cargo de las mentiras de Cromwell. Supongo que no tiene por fundamento sino este motivo: todos los partidos se encontraron, respecto al concepto que del carácter

de Cromwell se habían forjado, defraudados en sus esperanzas. Cada cual imaginaba haber oído y entendido decir y significar *cierta cosa,* y luego, con general asombro, veía que no era aquello, sino *otra* cosa, lo que había querido decir. Así, de esta suerte, venía a ser para todos el mayor embustero del orbe. Y, hablando desapasionadamente, ¿no implicaba todo esto, en aquellos tiempos, la suerte inevitable, no ya de un hombre falso, sino sencillamente de todos los hombres superiores? Preciso es que se hallen reticencias en esa clase de hombres. Lleve, si no, en la manga del sayo el corazón, para que se le atrevan y se lo coman a picotazos los cuervos; ¡corto sería su viaje por este camino! Por otra parte, no sé ver la razón de que el hombre haya de elegir por morada una casa de cristal. Todo hombre deberá ser siempre, para sí mismo, el único juez que conozca y juzgue la conveniencia y la cantidad de pensamiento que desee ceder a los demás hombres, aun a los que cooperen al buen éxito de sus empresas. Hay preguntas impertinentes; la mayor regla de conducta es dejar al impertinente preguntador, no engañado, si es posible, sino precisamente en la misma ignorancia en que estaba. Si pudieseis acertar en la frase conveniente, esto es lo mejor que la discreción pudiera aconsejaros en casos por el estilo.

Cromwell hablaría no pocas veces, seguramente, en el dialecto común a todos los grupos que le seguían, y a quienes es probable que comunicase una *parte* de su pensamiento. Cada cual le creía de su bando. ¡De ahí la inquina que le tomaron todos al descubrir que para él no existían otros bandos ni partidos que el bando y el partido de Oliverio Cromwell. ¿Pero fue esto culpa suya? En todos los períodos de su vida, y singularmente entre la clase de individuos que le rodeaban, debió prever de qué modo, si les hubiese comunicado las profundas concepciones que le sugería su pensamiento, se hubieran, no ya asustado, sino espantado, y hasta la pequeña, aunque firme, hipótesis que le sostenía se hubiera quebrantado y venido al suelo. Habríanle abandonado presa del desaliento, dispersándose, para no trabajar ya más en su obra.

Esta es la suerte inevitable de todos los grandes hombres que conviven con los pequeños. En todas partes existen hombres pequeños muy útiles por su extraordinaria actividad; hombres cuyas virtudes reconocen por fundamento una convicción para vosotros limitada, lo que llamamos un *error.* Así las cosas, y por este solo motivo, ¿tomaríais por un acto de bondad, por vuestra parte, o por un deber de conciencia, importunarles a todas horas? Hombres hay, de esos que meten mucho ruido, que no tienen más fundamento sólido que la fe en la vana sombra de algún moribundo tradicionalismo, inconcuso para ellos, para vosotros increíble. ¡Haced de modo que esa sombra adquiera más densidad, y los veréis hundidos en abismos insondables! Podré tener, dice Fontenelle, mi mano llena de verdades, y mostraros apenas el dedo meñique.

Si aun en asuntos doctrinales, esto es un hecho, ¡cuánto no lo será en las demás esferas de la práctica! Quien no sepa guardar un secreto jamás

llevará a cabo nada importante. ¿Y llamamos a esto disimulo? ¿Qué pensaríais si al general de un ejército se le llamase disimulado por no satisfacer la curiosidad de cualquier cabo o soldado que le preguntase su pensamiento sobre cuantas materias se le antojara? Cromwell manejó todo esto con perfección admirable. Un torbellino constante de tales inquiridores arremolinábase en torno suyo durante su vida militar, y, por lo que se colige, satisfacía convenientemente su afán de investigaciones. No cabe duda que llevó todo esto como hombre grandemente previsor. ¿Dónde están, pues, esas probadas falsedades? ¿Podrá citársenos ninguna? ¿De qué otro hombre, que se haya visto envuelto entre semejante barahúnda pudiéramos decir otro tanto?

Existen realmente dos errores que corren como muy válidos y pervierten aun en su misma base el juicio que sobre hombres como Cromwell hayamos podido formar. Refiérome a lo de la ambición, falsedad y otras lindezas. El primero de estos errores es lo que podría llamarse sustituir el término de la carrera por la carrera misma y punto de partida. Un historiador vulgar de Cromwell fantaseará que éste se había propuesto ser protector de Inglaterra ya desde los tiempos en que labraba los pantanosos terrenos de Cambridgeshire. Trazada ya completamente deliberada, tenía ante sí su carrera; el plan entero de un drama, que él desarrollaría, poco a poco, con todo género de astucias y artificios escénicos, conforme progresara el hombre doble, el proyectista, *Upockriins,* el comediante que era.

Esta es una perversión radical, casi universal, en semejantes casos. Y, con todo, reflexionad de qué modo tan diferente ocurrieron las cosas. Decidme qué prevé cualquiera de nosotros de su propia vida. A corta distancia, todo se nos presenta oscuro, una madeja inextricable de posibilidades, aprensiones, falsas perspectivas y mentidas esperanzas. Cromwell no tenía su vida trazada ni dispuesta en aquella especie de programa, que necesitaría desarrollar con aquella su insondable sutileza, de un modo dramático, escena por escena. No hay tal cosa; no lo vemos así, y para él no era así, de ningún modo.

¡Cuántos absurdos caerían, arrastrados por su propio peso, si los historiadores tuviesen siempre a la vista ese hecho innegable! Verdad que os dirán que nunca dejan de tenerlo presente; pero observad si realmente es así. La historia vulgar, en el caso concreto de Cromwell, por ejemplo, lo omite del todo; aun las mejores historias, sólo de cuando en cuanto lo recuerdan. Para hacerlo con rigurosa perfección, y tal como el hecho se produjo, es menester una facultad rarísima, tanto, que es casi imposible que exista. Nada menos que la inteligencia de un Shakespeare fuera necesaria para el objeto, dado que bastase; un hombre capaz de realizar la misma biografía de un hombre hermano; ver con los mismos ojos del hombre, en todos los altos de su carrera, las mismas cosas que él vió; en una palabra: conocer, no sólo al hombre, sino todos los sucesos de su vida, cosa que son capaces de hacer escasos historiadores. La mitad, si no más, de todas las falsedades acumuladas para desmerecer la figura de

Cromwell, quedarían sin valor desde el punto y hora que procurásemos representarnos honradamente el orden en que aquellas acciones se produjeron, no en montón, como ahora nos las presentan.

Otro error que, a mi modo de ver, comete casi todo el mundo, se refiere a la decantada ambición de nuestro héroe. Costumbre arraigada es la de exagerar la ambición de los grandes hombres, interpretándola mal o comprendiendo peor su verdadera naturaleza. Esos hombres no son ambiciosos en el sentido que solemos atribuirles. Más que pobre, es ínfimo el hombre que lo comprende y es ambicioso de esa manera. Examinad al que vive miserablemente por no levantarse sobre los demás hombres; veréisle reproduciéndose en una y otra parte, haciendo ostentosa gala de sus talentos y aspiraciones, desviviéndose, haciendo todos los esfuerzos imaginables para que todo el mundo vea, reconozca en él al grande hombre y le levante por encima de la cabeza de los demás. No hay bajo la capa del cielo ser más digno de lástima. ¿Un hombre grande? No: un infeliz ignorante, con la cabeza llena de viento, y de inquietud el corazón; más necesitado de los auxilios del hospital que de un trono. Si queréis atender mi consejo, procurad no cruzaros en su camino. Ese hombre no puede sufrir la soledad; si no os volvéis para contemplarle con admiración; si no llenáis las gacetas con su nombre, le será imposible la vida. No es la suya la grandeza del hombre, sino su insustancialidad. Así, careciendo de sustancia, se desvive y se desespera para que en él descubráis algo. Estad seguros de que ningún grande hombre, ni hombre ingenuo alguno, gozando salud y dotado de sustancia, en las proporciones que fueren, se vio jamás atormentado de tal modo.

Las ruidosas aclamaciones de las muchedumbres, su reconocimiento, ¿qué le importaban a Cromwell? Ninguna notoriedad podía hacerle distinto de lo que era ya. Contento y satisfecho había vivido labrando sus campos y leyendo la Biblia, hasta llegar a la edad madura y dar el primer paso en la pendiente rápida de los años, entre las perspectivas de los límites naturales de la vida. Ya en los umbrales de la vejez, ahora, no puede resignarse a soportar por más tiempo aquella existencia; tiene que entregarse en cuerpo y alma a la falsedad por el placer de exhibirse en Witehall, en doradas carrozas, rodeado de secretarios y sirvientes, que le acosan por todas partes, cargados de legajos, para que entienda y decida de esto y de aquello, cosas que ningún hombre puede entender ni decidir satisfactoriamente sobre ellas sin grandes amarguras de corazón.

¿Qué interés podían tener para aquel hombre todas las carrozas doradas? ¿Acaso no había, desde muy antiguo, en su vida, una gran significación, un terror y un esplendor como de los mismos cielos? Como hombre, su existencia poníale allí fuera del alcance de toda dorada ambición. La muerte, el juicio, la eternidad: todas estas imágenes estaban allí ya, como la sombra, como el fondo oscuro de cuanto pensaba y hacía. Su vida toda ceñíala como un mar de pensamientos sin nombre, cuya interpretación estaba fuera del alcance de todo humano

discurso. La palabra de Dios, a la manera que la habían interpretado los profetas puritanos de aquella época, era la única grande; todo lo demás no tenía para él importancia alguna.

Llamar ambicioso a un hombre como Cromwell, considerarle hinchado como una vejiga, paréceme un desdichado solecismo. Un hombre como Cromwell dirá: «Guardad para vosotros vuestras doradas carrozas, vuestros aplausos, vuestros secretarios y lacayos engalonados, vuestras influencias y grandes negocios. Dejadme solo; es el único favor que os pido; tengo ya *bastante experiencia de la vida.*»

El viejo Samuel Johnson, el alma más grande de Inglaterra en su época, no era ambicioso. Boswell se pavoneaba por los sitios más concurridos, ostentando rótulos impresos en torno del sombrero; pero el viejo Johnson permanecía en casa. ¿Qué le importaban las cintas en el sombrero ni todos los espectáculos y aparatosas exhibiciones de los hombres, a él, alma grande, como el mundo, envuelta en sus propios pensamientos y pesares?

Repitámoslo aún: los grandes hombres son silenciosos. Al considerar la inanidad del mundo, la verbosidad imperante, con escasa o ninguna inteligencia, y las obras con muy poco o ningún provecho, compláceme reflexionar sobre el grande imperio del *silencio*, en los hombres nobles y silenciosos, desparramados por todas partes, cada cual dentro de su propia esfera, pensando, trabajando en silencio, sin que los mencionen los periódicos. Esos hombres son la sal de la tierra. ¡Desdichado país aquel donde no vive ninguno de esos hombres, o donde se los encuentra en corto número! Se parecerá a un bosque sin *raíces*, todo hojas y todo ramas; agostadas éstas, desaparece el bosque. ¡Desdichados de nosotros si no tuviésemos más que lo que *hablamos* y tenemos a la vista!

¡El silencio, el grande imperio del silencio, es mucho más alto que las estrellas y más profundo que el reino de la muerte! Sólo él es grande; todo lo demás es pequeño. Espero confiadamente que los ingleses conservaremos largo tiempo nuestro *grand talent pour le silence.* Dejemos que aquellos que no están en su elemento, si no se empinan sobre un tonel para llamar la atención de la concurrencia hasta sus personas, se despachen a su gusto y cultiven exclusivamente el arte de hablar, para convertirse en verde selva sin raíces.

Dícenos Salomón: «Hay un tiempo para hablar, pero también hay otro para guardar silencio.»

De algún grande y silencioso Samuel, no obligado a escribir (como lo estuvo el viejo Samuel Johnson, «por falta de dinero», según confesión propia), se podría preguntar: ¿Por qué no os levantáis a hablar y promulgar vuestro sistema; por qué no fundáis vuestra secta? En verdad, podría él contestaros, he guardado hasta ahora la continencia del pensamiento; felizmente, he tenido la habilidad de conservarlo dentro de mí mismo, por no haber causa bastante poderosa que me obligase a manifestarlo. En primer lugar, mi sistema no es para exhibirlo, sino para que yo ajuste a él mi conducta. Esa es la grande importancia que para mí

tiene. ¿Y el honor? Ah, sí; pero como Catón decía de la estatua: «¿No valdría más que, en vez de tantas estatuas en vuestro Foro, se preguntase dónde está la estutua de Catón?...»

Como contraposición a lo que he dicho del silencio, permitidme que añada ahora que conocemos dos clases de ambición: una, del todo censurable; otra, laudabilísima. La Naturaleza ha previsto que el grande, que el silencioso Samuel no ha de estar mucho tiempo silencioso. El sentimiento egoísta de querer sobrepujar a los demás es, con toda evidencia, un sentimiento altamente mezquino. ¿Pretendéis grandes cosas? No las solicitéis; esto es lo propio. No obstante, hay en todo hombre irresistible tendencia a desenvolverse con arreglo a la magnitud que la Naturaleza dispuso para hacerle obrar y hablar conforme con lo que ella le concedió. Esto no sólo es conveniente, sino justo e inevitable; es, además, un deber, y aun podría decir la suma de los deberes del hombre. La significación de la vida terrestre pudiera definirse así: desenvolveos vosotros mismos; trabajad con arreglo a lo que consientan vuestras disposiciones y facultades. Necesidad es ésta del ser humano y primera ley de nuestra existencia.

Coleridge dijo, muy acertadamente, que el niño aprende a hablar gracias a la necesidad que a ello le impulsa. Digamos por nuestra parte: para cerciorarse de si la ambición es o no legítima, téngase esencialmente en cuenta, no tan sólo la codicia del puesto, sino la idoneidad del sujeto para ocuparlo dignamente. Esta es la cuestión. Quizá el puesto le *perteneciese;* acaso tenía natural derecho y aun obligación de solicitarlo.

¿Cómo podríamos censurar la ambición de Mirabeau de llegar a primer ministro, si era en Francia el único hombre que en ella podía hacer algo de provecho? Tal vez hubiera sido conveniente que no hubiese sentido de un modo tan claro lo mucho bueno que podía llevar a cabo. Pero de un pobre Necker, incapaz de nada provechoso, como él mismo era el primero en reconocer, ¿qué diremos cuando le contemplamos triste, abatido, desconsolado, al verse arrojado de allí, de una vez para siempre, esto es, al verse libre? Razón tenía Gibbon al compadecerle. La Naturaleza ha provisto ampliamente, a fin de que el grande hombre, silencioso, luche, trabaje y hable cuando sea oportuno..., y acaso haya provisto con excesiva amplitud.

Pensad, verbigracia, que hubieseis revelado a nuestro viejo y bravo Samuel Johnson, en su solitario y triste retiro, que le sería posible llevar a efecto, lo mismo para su patria que para el resto de la tierra, una obra divina, imponderable; que la perfectísima ley que rige en la celeste esfera fuese posible aplicarla como ley también en la tierra; que la oración que todos los días alzaba al Todopoderoso, «venga a nos el tu reino», iba, por fin, a cumplirse en todas sus partes. Si hubieseis logrado que su razón pudiera convencerse de la posibilidad y practicabilidad de todo esto; de que a él. Samuel Johnson, se le llamaba a tomar parte en tan grandiosa obra, ¿no se habría el alma entera de aquel hombre transfigurado al bañarse en célicos resplandores, dilatándose en nobles

efusiones, en resoluciones heroicas, desprendiéndose de todos sus pesares, desconfianzas y aprensiones, teniendo en poco todo lo del mundo, al ver convertido el elemento oscuro de su existencia en luz, en fulgurantes esplendores?

He aquí una ambición legítima. Pensad ahora lo que pasaba en el alma de Cromwell. En primer lugar, la consideración de los sufrimientos y persecuciones de la Iglesia de Dios; contemplar a los apóstoles de la verdad arrojados en inmundos calabozos, azotados, desorejados, sujetos a inicuos tormentos; la causa del Evangelio divino arrastrada por los suelos, convertida en ludibrio de los malvados; todo esto pesaba como losa de plomo sobre su alma. Largos años hubo de ver silencioso, postrado en oración, tan grandes iniquidades, sin alcanzársele remedio para evitarlas. Confiaba, sí, en un remedio venido providamente del cielo, ya que tan criminal, falsa e inicua conducta no podía durar siempre. Pero transcurridos doce años de angustiosa expectación, ved de qué modo asoma el crepúsculo de un nuevo día, cómo se agita y se estremece Inglaterra entera. Volveremos a tener un nuevo Parlamento, donde resonará la voz del Derecho y de la Justicia. De nuevo aparecerán en la tierra las esperanzas mejor fundadas. ¿Podría llamarse ilegítima la ambición de ser miembro de semejante Parlamento? Cromwell arrojó el arado y se presentó en él.

Allí, con inculta y torpe frase, lanzó explosiones entusiastas de pasión, manifestaciones de verdades evidentes, vistas por sus propios ojos, y en las que se advierte la sinceridad de sus profundas convicciones. Trabajó allí y luchó como hombre fuerte, como verdadero gigante, en un combate tumultuoso, entre el estruendo de los cañones, entre mil peligros, arrostrándolo todo con faz serena, sin volver atrás la vista, hasta obtener el triunfo de la causa y la completa dispersión de los un día formidables enemigos, transformando el crepúsculo de esperanza en clara luz de victora. Y si él se encontraba allí como el alma más fuerte de Inglaterra, como el héroe indiscutible de toda la nación, ¿qué hay que objetar a esto? ¿No parecía posible que la ley del Evangelio de Jesucristo pudiera establecerse por sí misma y reinar en el mundo?

La teocracia que John Knox pudo acariciar desde su púlpito, como el sueño de una imaginación devota, según frase del regente Murray, Cromwell, hombre práctico por excelencia, experimentado en los revueltos laberintos de la vida, atrevióse a considerarla como un hecho realizable. Los que ocupaban más altos puestos en la Iglesia de Jesucristo, los hombres más piadosos y más sabios, eran los llamados a gobernar la tierra, y así debía ser, en proporción bastante considerable. ¿No era *cierta* la verdad de Dios? Y siendo así, ¿no era aquello, en fuerza de su misma evidencia, lo que imprescindiblemente debía hacerse? A esto llamo yo intención noble, verdadero propósito; ¿acaso no es, en su dialecto propio, lo más noble que pudo concebir la cabeza del hombre o del estadista?

Proponerlo y sostenerlo era ya algo para un Knox, para un

Cromwell, con su gran experiencia y sentido práctico del mundo, y, a mi parecer, la Historia sólo esta vez lo demuestra en semejante grado. Considerámoslo como el más culminante punto del protestantismo, como la más heroica prueba que la fe en la Biblia estaba destinada a presentar en la tierra. Para comprenderlo como es debido, imaginad que a cualquiera de nosotros se le convenciese y demostrase de qué modo la justicia y el derecho pueden llegar a dominar victoriosamante sobre la maldad y la injusticia; que lo que al cielo pidiésemos como uno de los más altos bienes para nuestra patria y todos los demás pueblos fuese un hecho realizable.

Digamos ya en este punto que todo el ingenio y travesura de la zorruna inteligencia para descubrir hipócritas parécenos negocio digno de lástima. En Inglaterra hemos tenido, como estadista, únicamente éste, ya que es el único que se atrevió a concebir semejante designio. ¡Un hombre, sólo un hombre, en un período de quince siglos! ¡Y qué recibimiento le hicimos! No pasaban de centenares los que le ayudaban y seguían; en cambio, contábanse por millones sus enemigos. De haberle Inglaterra comprendido y ayudado eficazmente, nuestra patria habría sido un pueblo de *cristianos.* Y ahora la vemos empeñada todavía en la solución imposible de tan desperado problema; dado un mundo de bribones, educir una honradez combinada de todos ellos. Cuán difícil sea resolverlo, pueden decirlo, si quieren, los Consejos más altos de la magistratura, las Audiencias y demás tribunales, donde se pretende administrar justicia, hasta que, al fin, por la justa cólera del cielo, al par que por su bondad inmensa, llegan las cosas a estancarse, a inmovilizarse, a corromperse, y el problema a los ojos de todo el mundo preséntase «palpablemente» insoluble.

En cuanto a Cromwell y sus proyectos y propósitos, Hume y la falange que acacudilla me atajan aquí con la concesión de que Cromwell fue sincero al principio; pero que luego, y a medida que se desarrollaban los sucesos en torno suyo, de fanático sincero, gradualmente, convirtióse en hipócrita. Esta es la teoría hipocritofanática de David Hume aplicada después extensamente a Mahoma y a otros muchos. Pensad seriamente en esto, y algo se os alcanzará, aunque no todo. No se degrada de tan miserable modo el corazón sincero de los héroes. Cierto que el sol arroja impurezas y lo surcan manchas; pero no por eso se extingue su calor, no deja de ser sol, no se convierte en globo tenebroso de repente. Aventurémonos a decir que jamás sucedió tal cosa con la grande alma de un Cromwell. Repitámoslo: jamás. El hijo privilegiado de la Naturaleza, corazón de león, semejante a Anteo, saca su fuerza de su *contacto con la tierra,* su madre; separadle de ella, levantadle a las regiones de la hipocresía, de la inanidad, y desparecerá indudablemente toda su fuerza.

No he de asegurar ni alegaré que Cromwell fuese un hombre inmaculado, incapaz de incurrir en faltas ni en insinceridades. No era ningún *dilettante,* ni un profesor de perfecciones e inmaculadas

conductas. Era un Orson [1], rudo y selvático, que se abría paso por entre enormes dificultades, entre enmarañados abrojos, tropezando y cayendo no pocas veces. Faltas de insinceridad innúmeras, cometidas diariamente, a todas horas; pero no ignoradas de Dios y de él. Frecuentemente entoldaban el sol negros nubarrones; con todo, la oscuridad nunca era completa.

En el trance de la muerte, las palabras de Cromwell son las de un verdadero cristiano, de un hombre heroico; palabras entrecortadas, rezos interrumpidos a Dios, para que se digne juzgarle, no sólo a él, sino para que juzgue también *su causa.* Ya que no estaban los hombres en situación de hacerlo, júzguele él recta, pero también misericordiosamente. ¡Oh, qué palabras tan conmovedoras! Así, terminados ya sus trabajos y pecados, despídese de su cuerpo aquella alma, y se presenta ante el Tribunal Altísimo.

No seré yo quien llame hipócrita a ese hombre, ni payaso; ni diré que fuese su vida entera una farsa, una mera exhibición escénica; ni sus actos, los de un bufón, de un charlatán hambriento de los aplausos de la plebe canallesca. Salió de su oscuridad cuando ya comenzaba a encanecer, y ahora era considerado, respetado por todos los suyos; virtualmente, el rey de Inglaterra. ¿Hay en las carrozas y aparejos reales algo de que un hombre no pueda prescindir? ¿Por ventura es un placer verse rodeado de escribientes cargados de papeles y molestándoos a todas horas? Diocleciano prefirió un día plantar berzas, a los honores del Imperio Jorge Washington, un hombre no de los más inconmensurables, prefiere lo mismo. Esto es lo que debiera hacer todo hombre. Terminada la misión de rey, ¡basta de realeza!

Con todo, observemos cuán indispensable es un rey en todas las turbulencias y agitaciones de los hombres. En aquella misma guerra evidenciόse de un modo sorprendente lo que son los hombres cuando no tienen un jefe verdadero, y lo tienen los enemigos. La nación escocesa era casi toda, si no unánime, puritana; entusiasta y de una sola opinión a este respecto; no acontecía lo mismo en este otro extremo de Inglaterra. Pero allí no había un Cromwell que los guiase, sino trémulos y vacilantes diplomáticos, como Argyles [2], y otros por el estilo. Ninguno de ellos tenía un corazón capaz de albergar la verdad entera, ni suficiente esfuerzo para declararse abiertamente partidario de ella. No tenían jefe, y el desbaratado partido de los *cavaliers* en aquellas comarcas tenía uno. Montrose [3], noble y cumplido caballero, corazón animoso, espléndido: lo

---

[1] Personaje novelesco.

[2] El conde Archibaldo de Argyle fue un señor escocés, de la secta de los Independientes; amigo de Cromwell, tomó parte en la condenación de Carlos I, y fue decapitado después de la Restauración, en 1661.

[3] Montrose o Montross (J. Graham, conde y duque de), intrépido defensor de Carlos I, batió en 1645, a la cabeza de los realistas de Escocia y de Irlanda, a

que podríamos denominar al héroe *cavalier*. Atended ahora a esto: de una parte, súbditos sin rey; de otra, un rey sin vasallos. Los súbditos sin rey no pueden hacer nada; pero el rey sin vasallos puede hacer algo todavía. Montrose, con un puñado de irlandeses y de salvajes *highlanders*[1], cae como un alud sobre los disciplinados ejércitos de los puritanos; los derrota, una tras otra, cinco veces, y erígese, por corto tiempo, en dueño de Escocia. Un millón de hombres entusiastas, pero sin un verdadero hombre a su cabeza, fueron impotentes contra un hombre solo, pero un hombre verdadero. De todas las personas del bando puritano en aquella lucha, desde el principio hasta el fin, quizá el único hombre indispensable fue Cromwell. Ver, atreverse, decidir; columna firme en medio de aquellas inconsistentes nieblas; un rey entre todos ellos, aunque así no le llamasen.

En esta cuestión de Cromwell, la dificultad está aquí precisamente. Todos sus demás procedimientos han encontrado defensores, y generalmente están justificados; pero la disolución del *Parlamento Rabadilla*[2] y la asunción del Protectorado no se las perdona nadie. Había llegado a ser rey de Inglaterra, jefe supremo del partido victorioso en la nación; mas, a lo que parece, no podía prescindir de los aparejos de la realeza, y afirman que para obtenerlos vendió su alma al monarca del abismo. Veamos qué verdad puede haber en todo esto que hemos dicho.

Sometidas Inglaterra, Escocia, Irlanda, a los pies del Parlamento puritano, surgió naturalmente la cuestión práctica. ¿Qué haréis, de que manera gobernaréis ahora estas naciones que de tan maravilloso modo puso a vuestra disposición la Providencia? Aquellos cien supervivientes del Long-Parliament, congregados en representación de la suprema autoridad, no era posible que permaneciesen sentados allí toda la vida. ¿Qué vais a hacer? Cuestión es ésta a la que tal vez hallen respuesta fácil los tramadores teóricos de Constituciones; mas para un Cromwell, que consideraba como en realidad, era el lado práctico de las cosas, no podía darse problema de resolución más intrincada. Y seguía preguntando al Parlamento: «¿Qué decidiréis sobre esto? De modo que al Parlamento incumbía ahora la respuesta. No obstante, también los soldados, aunque no muy avenidos con la fórmula; ellos, que compraran la victoria al precio de su sangre, creían que a ellos les correspondía asimismo decir algo respecto a la materia. «Nosotros —dijeron— no podemos darnos por satisfechos con un trocito de papel después de haber tomado parte en todas las peleas, ni a cambio de ellas. Entendemos que la ley del Evangelio divino, a la que el Supremo Ser, sirviéndose de nuestro brazo,

---

los generales de Cromwell. Tratado como traidor después de la muerte del infortunado monarca, fue condenado a la horca y luego descuartizado.

[1] Montañeses.

[2] *Rump-Parliament*. Llamósele así porque lo componían los últimos restos que quedaron del Parlamento Largo *(Long-Parlament)*.

otorgó la victoria, tendrá que establecerse, o trabajará para que se establezca en esta tierra.»

«Por espacio de tres años —dice Cromwell— importunó esta cuestión los oídos del Parlamento, sin que se obtuviese respuesta alguna satisfactoria, como no fuese la de: "Charla, charla" [1]. Tal vez sea esto cosa propia de la naturaleza de los cuerpos parlamentarios en general; tal vez ningún otro Parlamento hubiese podido, en anáalogo caso, dar otra respuesta más satisfactoria que la de ¡charla!, ¡charla! Sin embargo, no hay duda que la cuestión tiene que resolverse. Vosotros, que en número de sesenta estáis aquí sentados y sois objeto, no sólo del odio, sino hasta del desprecio de toda la nación, que ya os llama desdeñosamente "Parlamento Rabadilla". no podréis continuar sentados aquí toda la vida. ¿Qué sucederá, o quién, en nombre de Dios, a todo esto? Parlamento libre, derecho electoral, fórmulas constitucionales, sea como fuere, ¡la cosa es un hecho hambriento que se nos echa encima, y que debemos satisfacer o ser devorados por él! ¿Y quiénes sois vosotros, que despotricáis sobre fórmulas constitucionales y derechos parlamentarios? Recordad que hubisteis de matar a vuestro rey y aplicar los expurgos del coronel Pride; que desterrasteis por la ley del más fuerte a cuantos se oponían al triunfo de vuestra causa. Cuanto queda de vosotros, que ahí estáis sentados, discutiendo, es el número de cincuenta o de sesenta qué os constituye. ¿Qué vamos a hacer? Decide de una vez, y no a guisa de fórmula, sino en forma de hecho tangible y que puede llevarse a vías de ejecución.»

Como contestó, por fin, aquella sombra de Parlamento, cosa es que permanece ignorada todavía. Godwin confiesa que, a pesar de toda su diligencia, no le fue posible descubrir nada. Lo probable es que aquella sombra de Parlamento no quisiese ni pudiese, aunque lo deseara, disolverse ni dispersarse; que cuando se ponía sobre el tapete aquel concreto dilema, ellos procurasen, por décima o vigésima vez, diferirlo, hasta dar al traste con la paciencia de Cromwell. Con todo, nosotros supondremos la hipótesis más favorable que jamás se haya aducido en favor del Parlamento, aunque opino que no es *verdadera.*

Con arreglo a esta versión, al llegar a su punto supremo la crisis, cuando se encontraban de una parte Cromwell y sus oficiales reunidos, y de la otra los cincuenta o sesenta rabadillas, comunicáronle de pronto a Cromwell la noticia de que el *Rump,* en su desesperación, contestaba de un modo singularísimo; de que en el colmo de su afección esplénica, y con la mira de tener cuando menos separado el ejército, aquellos cincuenta miembros trabajaban porque a toda prisa pasase un *bill* reformista, un Parlamento elegido por toda la nación, división igual en distritos electorales, sufragio libre y cuanto de esto deriva. La cosa era para ellos ciertamente indudable, pero harto problemática para los

[1] *Talk, talk.*

interesados. ¿*Bill* reformista y libertad de sufragio para todos los ingleses? Perfectamente; los realistas, aunque silenciosos, no están exterminados, y nos aventajan en número; la gran mayoría de la nación mostróse siempre indiferente a nuestra causa; mera espectadora, sometióse a ella como se hubiera sometido a cualquier otra. Por la fuerza y por el peso, no por el recuento de cabezas, formamos mayoría. Y ahora, con vuestras leyes y fórmulas reformistas, la causa entera, trabajosamente ganada con el filo de nuestras espadas, ¿se lanzará otra vez a los azares de nuevas tempestades? ¿Volverá a ser una mera esperanza, una probabilidad o, menos todavía, cuando no es una probabilidad, sino una certidumbre lo que hemos ganado con el favor de Dios y nuestras fuertes diestras? ¿Por qué si no la mantenemos aquí ahora?

Cromwell fuése derecho a aquellos miembros refractarios y les ordenó despejar sin más charladurías. ¿No podemos nosotros comprenderlo? John Milton, testigo presencial de todo, fue el único hombre que supo aplaudirle. La realidad barrió todas las fórmulas, e imagino que los más de los hombres que en Inglaterra eran verdaderas realidades verían y aprobarían la necesidad de proceder en aquella forma.

Así vemos que aquel hombre fuerte y audaz concitó contra sí todo género de fórmulas y lógicas superficialidades, y determinó apelar al hecho genuino de si se le quería o no soportar. Dignos son de observación los esfuerzos que hace por gobernar constitucionalmente, por hallar un Parlamento que le ayude, pero no lo alcanza. Su primer Parlamento, que se llamó Parlamento Barebones, no fue sino una *Convocación de notables.* De todas partes de Inglaterra, los jefes puritanos más influyentes, lo mismo de la milicia que del orden sacerdotal, nombran los hombres más eminentes y distinguidos por su reputación religiosa, por su influencia y amor a la verdadera causa. Aquellos hombres reuniéronse para formar un plan de gobierno. Sancionaron los hechos consumados y proveyeron para el porvenir como mejor supieron. Llamáronles despreciativamente el *Barebones Parliament*[1], alterando el nombre del hombre que le dio título, pues no parece que se llamase Barebone, sino Barbone, y era muy honrada persona.

No era aquel trabajo cosa de burlas ni juego de chiquillos, sino realidad muy seria y grave; un ensayo por parte de tan notables puritanos para ver hasta dónde la ley de Jesucristo podría llegar a serlo de Inglaterra. Había entre ellos gente de buen sentido, personas distinguidas, de reconocida piedad las más; pero no acertaron a idear plan alguno y disolviéronse, no sin procurar antes la reforma del alto tribunal de Justicia. Disolviéronse convencidos de su impotencia, y entregaron de nuevo su poder al lord general Cromwell para que hiciera con él lo que quisiera y pudiese.

[1] *Barebone*, esqueleto.

¿Cómo usará él ahora de este poder? El lord general Cromwell, comandante jefe de todas las fuerzas presentes y futuras, hállase, a consecuencia de tan singular coyuntura, sin ejemplo en la Historia, la única autoridad eficaz con que puede contar la nación inglesa; no puede contarse con nadie más que con Cromwell entre la anarquía e Inglaterra. Tal es el innegable hecho de su posición y la de la nación entonces.

¿Qué hará Cromwell de este poder? Tras madura deliberación, resuelve aceptar su responsabilidad. Formal y solemnemente, el público confiesa y dice en presencia de Dios y de los hombres: «Sí; el hecho es éste, y hará de él lo mejor que sepa y pueda.» Protectorado, instrumento de gobierno, éstos son los signos exteriores de la cosa; realizados y sancionados tal como lo permitieron las circunstancias, por los jueces y lo más notable del elemento oficial, el Consejo de todos los oficiales generales y demás personas de influencia y representación, y, por lo referente a la cosa en sí misma, un hecho innegable, habida cuenta del estado a que habían llegado las cosas.

O Cromwell o la anarquía; la alternativa no era otra. Podía o no aceptarlo la puritana Inglaterra; pero es muy cierto que la Inglaterra puritana, al aceptarlo, libróse del suicidio. Creo que el partido puritano, aunque rezongado inarticuladamente, aceptó, no obstante, agradecido, ese acto anómalo de Cromwell; en último resultado, él y ellos juntamente, lo hicieron bueno, y cada vez mejor, hasta lo último. Pero en su parlamentaria manera articulada, tuvieron siempre sus dificultades, y jamás supieron verdaderamente a qué atenerse en la materia.

El segundo Parlamento de Cromwell, o, por mejor decir, su primer Parlamento regular, elegido según las reglas trazadas en el Instrumento de Gobierno, reunióse y trabajó, pero se metió pronto en cuestiones interminables, referentes nada menos que a los *derechos* del protector, al protectorado y otras usurpaciones de menor cuantía; así, que el protector se vió en la necesidad de despedirle aprovechando la primera oportunidad legal. El final del discurso de Cromwell a aquellos hombres es notable por más de un concepto, tanto como el que dirigió a su tercer Parlamento por las mismas pedanterías y obstinaciones. Por más que, rudos y enrevesados, esos discursos eran muy severos y significativos. Compréndese que proceden de un hombre sincero, pero nada avezado a la oratoria; aquellos grandes o inorgánicos pensamientos suyos no estaba acostumbrado a expresarlos, sino más bien a ponerlos por obra. Era incapaz de definir aquellas explosiones, todo pensamiento y significación. Frecuentemente habla de partos providenciales; todo aquellos cambios, victorias y extraordinarios acontecimientos, no fueron preconcepciones ni artificios teatrales de los hombres: «Ni *míos* ni de hombre alguno; sólo los ciegos de entendimiento, los blasfemos seguirán llamándoles así.» Y así continúa, con énfasis y coraje, insistiendo una y otra vez sobre lo mismo con poderosas razones, como si un Cromwell, principal mantenedor en aquella lucha de gigantes con un mundo todo confusión en contra suya, lo hubiere previsto, representado y ejecutado

todo, ni más ni menos que si se tratase de una colección de títeres movidos por alambres.

«Jamás previó esto hombre alguno —dice— ningún hombre en aquellas circunstancias podía decir lo que traería el día siguiente; eran "partos providenciales"; el dedo de Dios nos condujo siempre hacia adelante hasta alcanzar las brillantes cimas del triunfo y enaltecer la causa suprema y la ley superior de estas naciones: vosotros, como Parlamento, pudisteis reuniros y decir de qué modo podía todo aquello organizarse, reducido a una práctica racional entre los negocios de los hombres. Deber vuestro era ayudar con vuestros consejos a la realización de esa grande obra. Tuvisteis para ello una oportunidad no concedida jamás a ningún otro Parlamento inglés. La ley de Jesucristo, ley de verdad y de justicia, pudo en cierto modo establecerse y ser declarada y reconocida por ley de esta tierra. Pero en vez de todo esto os habéis entregado a ociosas pedanterías, constitucionalismos, cavilaciones y preguntas interminables. ¿Y todo ello para qué? Para averiguar la existencia de la ley escrita de estar yo aquí en este sitio. A depender de vosotros, volveríamos a todos los embrollos y pasadas confusiones. ¿Por qué? Porque estoy yo aquí, a vuestra cabeza, no por voz del pregonero ni por firmas de escribanos y notarios, sino por voluntad de Dios, patentizada en los combates. Pasó esa grande oportunidad, y nadie es capaz de predecir cuándo se presentará otra igual. Perdisteis el tiempo entreteniéndoos con silogismos constitucionales, y la ley de Mammon, no la de Jesucristo, es y continúa siendo suprema ley de esta tierra. ¡Dios juzgue entre vosotros y nosotros!» Y termina diciéndoles: «Tomad vuestras fórmulas constitucionales y yo mis trabajos, mis propósitos, mis realidades y mis actos, y nombremos juez a Dios.»

He dicho que en los discursos impresos de Cromwell se ve cuán informes y embrollados eran. Tiéneseles generalmente por ambiguos, mañosos e ininteligibles adrede, como pronunciados por un hipócrita que procura ocultarse en una confusión y jerga jesuítica. No abundo en semejante opinión. Más bien parecen ofrecerme esos discursos los primeros vislumbres que jamás pudieron alcanzarse de la realidad de su autor y aun de la existencia de su personalidad. Podéis creer de buena fe que él pretende dar a conocer, significar algo; buscad diligentemente qué pueda ser eso y hallaréis un verdadero discurso aprisionado en aquellas groseras y tortuosas manifestaciones; comenzaréis a ver que era un hombre, no una quimera enigmática, increíble, ininteligible. Las historias y biografías que de Cromwell se han escrito por generaciones superficiales, escépticos e incapaces no ya de concebir, pero ni de comprender siquiera el alma de un hombre creyente, son oscuras en grado muy superior a los discursos de aquel grande hombre. A través de ellas sólo alcanzáis los espacios infinitos de la inanidad y las tinieblas. Celos y disputas, dice el mismo lord Clarendon; nuevas extravagancias y teorías caprichosas; esto fue lo que indujo al alma sobria de Cromwell a salir de su retiro, a bandonar el cuidado de su hacienda para arrostrar los

todo, ni más ni menos que si se tratase de una colección de títeres movidos por alambres.

«Jamás previó esto hombre alguno —dice— ningún hombre en aquellas circunstancias podía decir lo que traería el día siguiente; eran "partos providenciales"; el dedo de Dios nos condujo siempre hacia adelante hasta alcanzar las brillantes cimas del triunfo y enaltecer la causa suprema y la ley superior de estas naciones: vosotros, como Parlamento, pudisteis reuniros y decir de qué modo podía todo aquello organizarse, reducido a una práctica racional entre los negocios de los hombres. Deber vuestro era ayudar con vuestros consejos a la realización de esa grande obra. Tuvisteis para ello una oportunidad no concedida jamás a ningún otro Parlamento inglés. La ley de Jesucristo, ley de verdad y de justicia, pudo en cierto modo establecerse y ser declarada y reconocida por ley de esta tierra. Pero en vez de todo esto os habéis entregado a ociosas pedanterías, constitucionalismos, cavilaciones y preguntas interminables. ¿Y todo ello para qué? Para averiguar la existencia de la ley escrita de estar yo aquí en este sitio. A depender de vosotros, volveríamos a todos los embrollos y pasadas confusiones. ¿Por qué? Porque estoy yo aquí, a vuestra cabeza, no por voz del pregonero ni por firmas de escribanos y notarios, sino por voluntad de Dios, patentizada en los combates. Pasó esa grande oportunidad, y nadie es capaz de predecir cuándo se presentará otra igual. Perdisteis el tiempo entreteniéndoos con silogismos constitucionales, y la ley de Mammon, no la de Jesucristo, es y continúa siendo suprema ley de esta tierra. ¡Dios juzgue entre vosotros y nosotros!» Y termina diciéndoles: «Tomad vuestras fórmulas constitucionales y yo mis trabajos, mis propósitos, mis realidades y mis actos, y nombremos juez a Dios.»

He dicho que en los discursos impresos de Cromwell se ve cuán informes y embrollados eran. Tiéneseles generalmente por ambiguos, mañosos e ininteligibles adrede, como pronunciados por un hipócrita que procura ocultarse en una confusión y jerga jesuítica. No abundo en semejante opinión. Más bien parecen ofrecerme esos discursos los primeros vislumbres que jamás pudieron alcanzarse de la realidad de su autor y aun de la existencia de su personalidad. Podéis creer de buena fe que él pretende dar a conocer, significar algo; buscad diligentemente qué pueda ser eso y hallaréis un verdadero discurso aprisionado en aquellas groseras y tortuosas manifestaciones; comenzaréis a ver que era un hombre, no una quimera enigmática, increíble, ininteligible. Las historias y biografías que de Cromwell se han escrito por generaciones superficiales, escépticos e incapaces no ya de concebir, pero ni de comprender siquiera el alma de un hombre creyente, son oscuras en grado muy superior a los discursos de aquel grande hombre. A través de ellas sólo alcanzáis los espacios infinitos de la inanidad y las tinieblas. Celos y disputas, dice el mismo lord Clarendon; nuevas extravagancias y teorías caprichosas; esto fue lo que indujo al alma sobria de Cromwell a salir de su retiro, a bandonar el cuidado de su hacienda para arrostrar los

azares de cruel y sangrienta guerra contra el mejor de los reyes. Procurad, ante todo, averiguar si eso es cierto; el escepticismo podrá ser capaz de escribir con gran talento sobre la fe; pero en estas materias resulta *Ultra vires,* la ceguera explicando leyes de óptica.

En la imposibilidad de entenderse con los Parlamentos, no quedaba otro medio que el despotismo. Con este objeto se nombraron dictadores militares, cada cual con su distrito, a fin de refrenar a los realistas y demás enemigos, si no por acta de Parlamento, por ley de la espada. ¡Bien hace en callar la fórmula ante la realidad presente! «Yo continuaré protegiendo a los protestantes oprimidos de dentro y fuera, nombrando jueces justos, sabios administradores y respetando y amando a los verdaderos sacerdotes del Evangelio, y haré cuando sepa y pueda para que Inglaterra cristiana sea más poderosa que la Roma antigua, para que sea la Reina de la cristiandad protestante. Ya que no queréis ayudarme, yo solo haré esto, en tanto Dios me dé vida.»

«¿Por qué no dimitió y se retiró de nuevo a la oscuridad, ya que la ley no le reconocía?»; exclaman algunos. He aquí en lo que tropiezan. Ni para Cromwell ni para ningún hombre que razonase, era aquélla ocasión de dimitir. ¿Cuándo entregó el vencedor el fruto de la victoria al enemigo encarnizado? Es verdad que se han visto grandes ministros al frente de naciones poderosas: Pitt, Pombal, Choiseul, cuyas palabras era leyes, pero Cromwell era un ministro que no podía resignar el mando. ¿Qué más hubieran querido Carlos Estuardo y sus *cavaliers* para cortarle la cabeza, mantándole así a él y a la causa que representaba? No; en la situación de Cromwell no hay para los hombres retirada posible; la retirada es la muerte.

En verdad causa pena considerar a Cromwell en sus últimos días. Quéjase incesantemente de la pesada carga que la Providencia echó sobre sus hombros, y que debía sufrir hasta la muerte. El viejo coronel Hutchinson, su antiguo compañero de armas en los campos de batalla, fue a verle un día, muy contra su voluntad, para algunos asuntos importantes. Cromwell le acompaña hasta la puerta, dirigiéndole frases conciliadoras y tratándole con fraternal cariño; dícele cuánto le apesadumbra la mala interpretación que se da a sus intenciones y el verse abandonado de sus mejores amigos, de sus antiguos compañeros de armas, a quienes ama de todo corazón. Pero Hutchinson, abroquelado en su formulismo republicano, se va malhumorado sin prestar oídos. Y él le mira partir, abatida, ahora la fortaleza de su brazo por el largo y duro batallar, y encanecida la cabeza. Pienso también en su anciana madre, habitando con él en el mismo palacio, junto con toda la familia cristiana y ejemplarmente. La pobre mujer, no bien oía un tiro, tenía un susto mortal, creyendo que le habían matado al hijo. Este tenía que presentársele o lo menos una vez al día para tranquilizarla. ¿Qué había ganado aquel hombre con su encumbramiento? Hasta su hora postrera, su vida fue una perenne lucha. ¿Qué fue de su fama, de su ambición; qué lugar debía ocupar en la Historia? Su cadáver, cargado de cadenas, fue

expuesto a la expectación de las gentes en lo alto de un cadalso; su lugar en la Historia fué una página de ignominia, de difamación, de negra desdicha. Aún hoy, en este mismo sitio, ¿quién me asegura que no es un atrevimiento, una temeridad de nuestra parte, declarar, los primeros, a la faz del mundo entero, que aquel hombre no fue ningún malvado, ningún hipócrita, sino un hombre genuinamente verdadero?

¡Descanse en paz! Por ventura, pese a todos y contra todos ¿no fue él quien trabajó e hizo tanto por nosotros? Hoy avanzamos con sosiego y desembarazadamente por la senda que abrió con el trabajo de su heroica vida; hollamos in escrúpulo alguno las mismas cenizas de su cuerpo arrojado en aquel foso; nuestro desprecio, al pasar por encima de él, creo que está de más. ¡Dejad que descansen en paz las cenizas del héroe! El no apeló nunca al juicio de los hombres, ni éstos supieron tampoco juzgarle.

* * *

Precisamente un siglo y un día después de haber pasado a la Historia la cuestión puritana y lograr plausibles resultados en 1688, produjose una explosión mucho más profunda y difícil de sofocar; una explosión conocida de todos los mortales, y que, con el nombre de Revolución francesa, perdurará largos siglos en la memoria humana. Este es verdaderamente el tercer acto y final del protestantismo; la vuelta confusa y violenta del género humano a la realidad y al hecho en época en que moría en medio de imposturas y apariencias. De nuestro puritanismo inglés decimos nosotros que es el segundo acto. «Pues la Biblia es verdadera, atengámonos a la Biblia.» «En la Iglesia», dijo Lutero; «en la Iglesia y en el Estado», añadió Cromwell; «atengámonos a lo que es actualmente la verdad de Dios».

Los hombres tienen que vivir en la realidad, no en la apariencia. La Revolución francesa, o sea el tercer acto, puede muy bien llamarse el acto final, porque no es posible que los hombres desciendan más abajo de aquel *sansculotismo salvaje.* Vedles allí, sobre la más espantosa y desnuda realidad, sobre un hecho innegable hoy y en todas las épocas y circunstancias. Sobre aquella realidad necesitan evocar de nuevo y confiadamente. La explosión francesa, lo propio que la inglesa, tuvo su rey, sin pergamino notarial que le legalizara tampoco. Tenemos que dedicar todavía unos cuantos momentos a Napoleón, nuestro segundo rey moderno.

Napoleón no me parece, en modo alguno, un hombre tan grande como Cromwell. Sus colosales victorias, que llenaban todo Europa, mientras que las de Cromwell no traspasaron los límites de nuestra pequeña Inglaterra, hácenme el efecto de *zancos* donde se ve empinado el hombre; la estatura no aumenta por eso.

No encuentro en Napoleón la misma *sinceridad* que en Cromwell, sino mucho más inferior, ni la comunicación silenciosa, por espacio de largos años, con lo solemne e inanimado de este universo; la «comunión

con Dios», como él la llamaba, y la fuerza y la fe cifradas sólo en él; pensamiento *latente* y valor satisfecho de vivir así para esparcirse luego en centellas y llamas celestiales.

Napoleón vivía en un siglo que blasonaba de no creer en Dios ni en cosa alguna; para quien todo silencio, todo misterio era considerado como No-entidad. No tuvo por maestro la Biblia puritana, sino pobres y escépticas *enciclopedias.* Hasta aquí prevaleció el hombre, digno de premio por haber ido tan lejos. Su compacto, decidido y por todos conceptos articulado carácter, es en sí mismo tal vez pequeño comparado con el de nuestro grande, católico e inarticulado Cromwell. En lugar del profeta *mudo* que pugna por romper a hablar, tenemos una portentosa mixtura del charlatán. La noción de Hume respecto a lo de fanaticohipócrita se adapta mejor, en lo que pueda tener de cierto, al carácter de Napoleón que al de Cromwell, al de Mahoma y otros, dado que, considerada estrictamente, contenga algún asomo de verdad. Descúbrese en aquel hombre, desde el primer momento, un elemento de ambición censurable, más tarde le domina, y, al fin, le conduce a total ruina, la mismo a él que a su obra.

En tiempo de Napoleón llegó a ser proverbio la frase «falso como un boletín». Dado sobre esto las excusas que le parecen, ya que eran precisas para engañar al enemigo, mantener el ánimo del soldado y otras cosas que no son excusas. A ningún hombre le es permitida nunca la libertad de mentir, y para Napoleón, en último término, más le hubiera valido no mentir en ningún caso. Si el hombre tiene realmente algún propósito que alcance más allá de la hora y del día, y aun del *próximo,* ¿qué necesidad hay de promulgar mentiras? A la postre, éstas se descubren y se pagan caras. Nadie cree al hombre de quien se experimetó que mentía, aunque luego hable verdad y le importe ser creído. Todos tienen presente la voz del pastor gritando: «!Al lobo!», y era engaño. Una mentira es *no-thing*[1], *no-nada.* Con «nada» jamás haréis «algo»; es decir, sí, haréis una nonada, perdiendo el tiempo y el trabajo.

Con todo, Napoleón tenía una sinceridad. Distingamos entre lo que superficial y lo fundamental en la insinceridad. En medio de todos sus censurables embeleces, existe en él un sentimiento indestructible, institivo, por la realidad; mientras tuvo ésta por base, jamás dejó de edificar entre los hechos. Bourrienne, al hablar del viaje a Egipto, cuenta que sus *savants* argüían calurosamente cierta noche sobre la imposibilidad de que existiese Dios alguno, y lo probaban a entera satisfacción suya, con toda clase de argumentos silogísticos. Pero Napoleón, alzando los ojos a la estrellada bóveda, respondió: «Todo lo que decís es muy ingenioso; pero, *¿quién hizo* todo eso?» Lo mismo ocurre en la práctica;

[1] En inglés la palabra *nothing* significa «nada»; descomponiéndola en dos resulta la partícula negativa *no* y *thing,* que quiere decir «cosa», esto es, «no-cosa» o, como la glosa Carlyle, «no-nada».

como todo hombre destinado a grandes cosas o a conseguir victorias. Napoleón ve a través de todos los obstáculos el hecho práctico, y a él se dirige en línea recta. Su mayordomo enseñóle una vez con grandes elogios los nuevos tapices del paladio de las Tullerías, ponderándole lo poco que habían costado. Napoleón pidió unas tijeras y cortó una borla de una de las cortinas, se la guardó en el bolsillo y se fue sin decir palabra. A los pocos días, y en momento oportuno, se la mostró al asombrado funcionario. ¡Aquello no era oro, sino oropel! En Santa Elena sorprende aún el modo con que insiste en lo práctico y real. «¿A qué viene hablar y quejarse, y, sobre todo, reñir unos con otros? Esto no conduce a nada; es contraproducente y resulta siempre en vuestro propio daño. Callaos, ya que nada podéis hacer.» Este lenguaje es el que frecuentemente usa con aquellos pobres y descontentos servidores; en medio de aquel tumulto de querellas, permanece él como una columna silenciosa.

Teniendo esto en cuenta, no puede negarse que había en él lo que podemos llamar una fe, una fuerza genuina, llevada hasta sus últimos límites. Que aquella nueva y gigante democracia de que era demostración evidente la Revolución francesa, era asimismo un hecho irreducible capaz de resistir todas las fuerzas y prestigios de los antiguos poderes combinados, fue lo que Napoleón comprendió en un principio, entregándose a ella en cuerpo y alma. A esto llamamos *fe*. Pero ¿acaso no interpretó él perfectamente su oscuro significado? *La carrière ouverte aux talents*; la carrera abierta al talento. Las herramientas, al que sepa manejarlas. Esta es actualmente la verdad entera; esto incluye todo lo que pudo significar la Revolución francesa u otra cualquier revolución.

Durante el primer período fue Napoleón un verdadero demócrata. Sin embargo, en virtud de su misma naturaleza y también por el carácter de su profesión militar, sabía muy bien que la democracia, si algo significaba, no podía ser anarquía, a la que profesaba él un odio mortal. El 20 de junio de 1792, sentados él y Bourrienne a la mesa de un café, al mismo tiempo que pasaba la plebe amotinada, Napoleón daba rienda suelta a su disgusto contra las autoridades, que no osaban reprimir aquellos vergonzosos excesos. Crece su asombro al observar que no hay un hombre que mande a aquellos pobres suizos (20 de agosto); que, a tenerlo, es seguro que hubieran vencido.

Esa gran fe en la democracia, a la vez que su aborrecimiento por la anarquía, acompaña a Napoleón en medio de sus grandes victorias. Durante sus brillantes campañas de Italia, hasta la paz de Leoben, podría decirse que su inspiración continua fue: «¡Paso a la Revolución francesa; vindicación de su poder contra esos simulacros de ella!» Siente, además, y tiene derecho de sentirlo así, lo necesaria que es una autoridad robusta, ya que la revolución no puede prosperar sin ella; hay que refrenar a aquel monstruo devorador que, a falta de presa, roe sus mismas entrañas; domarlo de modo que el pensamiento intrínseco que le dio vida, prevalezca, se organice y viva la vida de los demás organismos,

no como elemento de destrucción tan sólo, sino de orden y progreso y de mancomunidad con las demás cosas *formadas*. ¿No es esto, por ventura, lo que él procuró lograr en parte como el verdadero propósito de su vida, lo que trató de hacer con victorias como las de Wagram, de Austelitz, corriendo de uno a otro triunfo?

Había en aquel hombre, además de la clarividencia, un alma para concebir y un corazón para ejecutar. Subió, naturalmente, hasta llegar a ser el verdadero soberano. Todos le veían y le consideraban como tal. Hasta los soldados, durante las marchas, decíanselo unos a otros: «Esos *avocats* charlatanes, en París no hacen nada, fuera de hablar. No es extraño que todo ande tan mal. ¿Habremos de ir allá nosotros y poner a nuestro *Petit Caporal?*» Y, en efecto, allí fueron a ponerle; ellos y Francia conjuntamente. Primer cónsul, emperador, triunfador de Europa entera, el pobre teniente de la *Fere*, sin necesidad de recurrir a ningún artificio de magia, podría considerarse como el más grande de todos los hombres que durante muchos siglos habían existido.

Pero, ya en este punto —así al menos opino—, el fatal elemento gárrulo que en él había dominóle del todo. Apostató de su antigua fe en los hechos; llegó a creer en apariencias, a trabajar por enlazarse nada menos que con las viejas dinastías austríacas, a solicitar el favor de los pontificados, el de carcomidos y falsos feudalismos que por falsos había tenido siempre, y, finalmente, llegó a pensar que él también podía fundar su dinastía, y que nunca quiso significar otra cosa la Revolución francesa. Aun los fantasmas de su propia fantasía tuvo por verdades inconcusas, entregado en cuerpo y alma a las ilusorias perspectivas de un fatal espejismo. ¡Cambio dolorosísimo, pero no menos cierto! Ya, de allí en adelante, fue incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso al tenerlo ante los ojos. ¡Tremendo castigo para el hombre que rechaza los nobles impulsos del corazón para entregarse a las viles y falsas sugestiones del egoísmo!

En este otro período fue su Dios la falsa ambición egoísta, y una vez entregado a su propio engaño, siguiéronse, naturalmente, unas a otras, las decepciones. ¡En qué abigarrado manto hubo de envolver aquel hombre su grande y propia realidad, creyendo acrecería con aquella mojiganga ridícula, que esto fue su aparatoso Concordato con el Papa para restaurar el catolicismo, a quien él creyó destruir por este medio, llamándole *la vaccine de la religion*, y sus deslumbradoras coronaciones y consagraciones en Notre-Dame por la vieja quimera de Roma, donde sólo faltaban, al decir de Augereau, para coronar todo aquel ceremonial pomposo, los quinientos mil soldados tendidos por los campos de batalla, para venir a parar en aquella vergonzosa farsa!

La inauguración de Olivero Cromwell fue por la espada y la Biblia, y podemos llamarla inauguración genuinamente *verdadera*. La espada y la Biblia conducíanlas delante de su persona sin acompañamiento de quimera alguna. ¿Acaso no eran éstos los verdaderos, los reales emblemas del puritanismo, su verdadera decoración e insignia? Había

usado de ambos de un modo muy efectivo, y ahora pretendía vivir y morir con ellos. Pero Napoleón se equivocó lamentablemente; creyó en exceso en la ligereza y frivolidad de los hombres; en el corazón humano no acertó a ver otro hecho fundamental que la frivolidad y el *hambre.* Este fue su error. Parecido a quien pretendiera edificar sobre una masa de vapores, cayó su edificio envuelto en ruinas.

Desgraciadamente, es muy cierto que existe en todos nosotros ese elemento gárrulo, capaz de adquirir consistencia a poco que la tentación arrecie. «¡No nos induzcas en tentación¡» Todo aquello donde este elemento entrase como ingrediente apreciable está irremisiblemente sentenciado a ser cosa efímera. Aun con apariencias de extraordinaria, no será sino muy pequeña. Así, pues, ¿a qué se redujeron todos los trabajos de Napoleón, pese al gran ruido que metieron? Una llamarada de pólvora extensamente desparramada, o bien así como un vasto incendio de secos zarzales. Durante una hora aparece el universo envuelto en humo y llamas, pero tan sólo una hora. Extínguese, por fin, y el universo, con sus viejos montes, con sus ríos, con sus estrellas arriba y su fértil suelo abajo, aparece de nuevo, y aquí continúa todavía.

El duque de Weimar decía siempre a sus amigos que no se desanimaran; que aquel napoleonismo era injusto, y que, como falso, no podía durar de ningún modo. Esta doctrina es verdadera. Cuanto más estrechase el yugo Napoleón sobre los pueblos, tanto más terrible sería el rebote contra él cualquier día. Tremendos son los intereses que se pagan por las injusticias. Atrévome a decir que más le hubiera valido perder su mejor parque de artillería, o ver su mejor regimiento ahogado en el mar, que haber fusilado a Palmer, aquel pobre librero alemán. No sólo fue un acto palpable de tiranía, una grande injusticia, sino un asesinato deliberado, que nadie podrá disculpar ni poniéndose cuatro capas de carmín en el rostro. Aquel acto y otros parecidos grabáronse hondamente en el corazón de todos los hombres; llameaba en sus ojos reprimido fuego cada vez que lo recordaban, y esperaban un momento propicio... Y ese momento llegó. Levantóse en masa Alemania.

La suma total de cuanto Napoleón llevó a cabo quedará reducida a sus actos justos, a lo que la madre Naturaleza sancione con sus propias leyes; a lo que de real había en él, pero a nada más. Todo lo demás fue humo, desolación, ruinas. *La carriere ouverte aux talents*; ese grande y verdadero mensaje, que necesita todavía articularse y cumplirse en todas sus partes, lo dejó él completamente desarticulado. Fue el corso un grande *esbozo*, un diseño rudo, sin labrar... Pero ¿acaso son otra cosa los grandes hombres? ¡Ah, sí; son instrumentos dejados en estado harto imperfecto!

Lástima da pensar en las nociones que tiene el mundo, cuando las manifiesta en Santa Elena. Siente, al parecer, natural sorpresa al considerar el rumbo que tomaron las cosas; sorpréndele verse allí, nuevo Prometeo, encadenado a aquella roca, y que el mundo siga todavía girando sobre su eje. Francia es grande, muy grande, y en el fondo,

Francia es él. La misma Inglaterra, dice, es por naturaleza una dependencia de Francia: «otra isla de Oléron francesa». Así era *por naturaleza,* por la naturaleza de Napoleón, y, no obstante, considerad el hecho. No puede comprenderle; le parece inconcebible que la realidad no haya correspondido al programa que él se había formulado, que Francia no fuese todopoderosa y que Francia no fuese él. ¡Qué extraordinaria falsedad de concepto es la de creer lo que *no es!* Aquella naturaleza italiana, de una pieza, clarividente, resuelta; aquella naturaleza fuerte y verdadera de que dispuso un día, disolvíase ahora en un pesado ambiente de fanfarronería francesa. No estaba el mundo dispuesto a que le tiranizasen y despedazasen, y a que se hiciese con sus despojos un pedestal para encumbrar en él a Napoleón y Francia. Los propósitos del mundo eran muy distintos de los que abrigaba el emperador, y el asombro de éste es inconcebible [1]. ¡Ah!, el camino seguido por él era muy distinto del que señala la Naturaleza. Divorciado de la realidad, tropieza y cae sin remisión en el vacío; no habrá para él salvación. Y cayó como jamás cayó hombre alguno, con el corazón roto, muriente... ¡Pobre Napoleón, instrumento grande, pero que se gastó pronto para quedar inservible...! ¡Nuestro último grande hombre!

Digo *nuestro* último en un doble sentido, porque ya es hora de que terminen estas largas peregrinaciones que a través de remotos tiempos y diferentes lugares hemos emprendido buscando héroes para estudiarlos. No debo negar que lo siento, porque experimentaba no sé qué placer mezclado de pena en la tarea a que doy término. Grande es el asunto, grave y vasto cual pocos; ya en este concepto decidí llamarle *Culto de los Héroes,* pues es materia que se interna, a lo que juzgo, muy adentro en el secreto de los caminos y de los más vitales intereses de la Humanidad en este mundo. Bien merece, pues, que se le estudie. Empleando en él seis meses, lo hubiéramos hecho mucho mejor que en estos seis días.

No estoy tampoco seguro de haber conseguido, como ofrecí, romper el terreno. Fue preciso roturarlo groseramente a fin de entrar pronto en materia. Con precipitadas sentencias, confusa y aisladamente proferidas, tal vez haya abusado de vuestra tolerancia. Remitamos, no obstante, al silencio, cuanto a tolerancia, ingenuidad, bondades y favores haga referencia. La hermosura, la ciencia, lo cortés, lo distinguido, buena parte de lo mejor que hay en Inglaterra, ha escuchado benévolamente mis toscas palabras. Con el agradecimiento que sale directamente del corazón os doy las gracias, y os digo: ¡El Supremo Bien esté con vosotros!

---

[1] Ocioso es observar que Carlyle, como buen inglés, juzga a Napoleón con exagerado apasionamiento. Complácese en hacer relucir todos sus defectos, aunque alardeando de rendir culto a la realidad y a la franqueza; pero no tiene la de confesar que en Inglaterra temieron siempre al «Capitán del siglo» y no sosegaron hasta verle enterrado.

Indice

Conferencia primera: El héroe considerado como divinidad. Odín. Paganismo..... *31*
Conferencia segunda: El héroe como profeta. Mahoma. El Islam..... *69*
Conferencia tercera: El héroe como poeta. Dante. Shakespeare..... *103*
Conferencia cuarta: El héroe como sacerdote. Lutero. La Reforma. Knox. Puritanismo. *137*
Conferencia quinta: El héroe como hombre de letras. Johnson. Rousseau. Burns..... *173*
Conferencia sexta: El héroe como rey. Cromwell. Napoleón. Revolucionarismo moderno. *211*

subsistir, y ni aun esto le era factible llevar a cabo, porque, a lo que se dice: «Por aquello de comer afuera, corría riesgo de morir de hambre en casa.»

Es un fenómeno, un enigma; un problema irresoluble para sus mismos adoradores. Si rendir tributo de reverencia, bien o mal, a los héroes, constituye una prueba del bien o malestar vital de una generación, ¿podría decirse de estas generaciones que fueran de superior calidad? Y, sin embargo, nuestros heroicos hombres literarios enseñan, gobiernan, son reyes, profetas, sacerdotes, o como queráis llamarlos; intrínsecamente, no hay medio de evitarlo. El mundo ha de obedecer al que en el mundo ve, piensa y oye. El mundo puede alterar la forma y la costumbre, y transformarlo de igual modo en floreciente y perenne primavera o en pavorosas tempestades y horribles huracanes, con indecible diferencia de provecho para el mundo. Su manera de ser está sujeta a oscilaciones y transformaciones; pero la esencia, la materia, no hay bajo el sol fuerza ni poder capaces de alterarla. ¡Luz, y cuando no, relámpagos! Elija el mundo. No estriba la cuestión en que llamemos dios a un Odín, profeta, sacerdote o lo que mejor os cuadre, sino en si creemos la palabra que nos dice. Si ésta es verdadera, estamos obligados a creerla, y, en consecuencia, ejecutarla, practicarla. El recibimiento que le hagamos o el nombre que le demos, punto es que esencialmente nos concierne. La verdad nueva, la más profunda revelación del secreto de este universo, es, en verdad, de la naturaleza de un mensaje de lo alto; necesariamente, por eso, debe ser obedecida.

Consagraré mi última observación a aquella parte más notable de la vida de Burns: su visita a Edimburgo. Muchas veces nos hemos figurado que su comportamiento allí pudo ser la más alta prueba que hubiera podido rendir de su mérito intrínseco y genuina fortaleza. Pero si bien lo reflexionamos, comprenderemos que jamás pudo elegirse carga alguna más pesada para probar las fuerzas de un hombre. ¡Y tan de improviso! Todos los *lionismos,* caprichos de la moda y ruina de tantos hombres, significaron poca cosa en comparación con éste. Fue como si Napoleón, desde teniente de Artillería en el regimiento de la Fere, se hubiese visto de repente, y no por grados, alzado al solio. En sus veintisiete años, Burns no es ya ni siquiera un rústico labrador, es un desdichado, casi un prófugo, dispuesto a huir a las Indias occidentales para evitar la deshonra de una cárcel. Campesino arruinado, ni aun es dueño de las siete libras anuales de gajes. Unos días más, y vedle en medio de la grandeza y de la hermosura, dando el brazo y llevando a la mesa a egregias damas y estrechando con su mano encallecida las preciosas y delicadas de deslumbradoras duquesas, cuajadas de joyas. Es el astro en que se fijan todas las miradas.

Durísima es a veces la adversidad para algunos hombres, y, con todo, para uno que soporte la prosperidad, se encuentran ciento que resisten y hacen frente a su hado adverso. Asómbrame la manera como afrontó Burns todo esto. Es difícil hallar otro hombre tan rudamente probado y

que tan poco se olvidara de sí mismo. Tranquilo, indiferente, ni avergonzado ni desvanecido, sin rudeza ni afectación, Burns conoce y siente que él es allí el hombre; que la categoría no es sino el sello real en la moneda; la celebridad, la luz del candil que muestra al hombre, pero que no le hará en lo más mínimo mejor, ni otro hombre; pero sí puede como no esté sobre aviso, transformarle en un momento en un hombre *peor*, en miserable vejiga hinchada, propensa a reventar por sobra de viento, con lo que venga a ser un *león muerto* para el que dícese «no hay esperanzan de resurrección»; peor que un perro vivo. Burns estuvo en esto admirable.

Pero, como ya antes dije, estos cazadores de leones fueron desdichadamente la causa de la ruina y muerte de Burns. Hiciéronle imposible la vida. Iban a su estancia, y con su curiosidad impedíanle el trabajo; no había para ellos lugar apartado. Jamás pudo conseguir que se olvidaran de su *lionismo,* por más que se lo propusiese; de nada sirvieron sus sinceros propósitos. Apodéranse el descontento y la tristeza de su espíritu; cae en la miseria, en los errores, en las faltas; aparécesele cada vez más desolada la vida; la salud, el carácter, la paz del espíritu; todo desaparece; reinan en torno suyo la soledad y el vacío. ¡Tristeza da pensarlo! Aquellos hombres iban sólo a *verle;* no les congregaba en casa del poeta ni la simpatía, ni el amor, ni el odio. Iban a divertirse un rato, y el héroe pagó aquellos caprichos con la vida.

Cuenta Richter que en la isla de Sumatra se produce una especie de mosca grande, que despide luz. Los indígenas suelen coger esos insectos luminosos y espetarlos en palos para que de noche alumbren el camino. De este modo, las personas principales pueden viajar en las horas de oscuridad iluminadas muy agradablemente. Y admiran mucho aquel sistema de alumbrado. ¡Mucha honra es ésta para la mosca luminosa...!; pero...

CONFERENCIA SEXTA

EL HEROE COMO REY

CROMWELL.—NAPOLEON

REVOLUCIONARISMO MODERNO

Viernes 22 de mayo de 1840.

Examinemos la última forma de heroísmo, la que llamamos realeza. Al jefe, al capitán, al superior, al que asume el mando, al que está por encima de los demás hombres; aquél a cuya voluntad deben estar subordinadas todas las otras y sometérsele lealmente, cifrando su bienestar en esa voluntaria sumisión; a ese hombre debe considerársele como el más importante entre los grandes hombres. Para nosotros representa prácticamente el compendio de las varias formas de heroísmo: maestro, sacerdote; todas las grandezas y dignidades que pueda nuestra fantasía sugerirnos como susceptibles de residir en un hombre; otras tantas se personifican y toman cuerpo en este que nos manda y nos da constante enseñanza; que a todas horas del día nos dice lo que debemos hacer. A este hombre se le llama *rex,* Regulador, *roi;* nuestro hombre inglés lo califica mejor todavía: *king, koennino,* que es como si dijéramos *can ning,* hombre capaz, idóneo, potente, sabio; todas las cualidades, en suma, de que un rey debe estar adornado.

Preséntase aquí numerosas consideraciones, rodeadas individualmente por graves, dudosas, hondas y aun insondables profundidades. De ellas, o por lo menos de gran parte, nos abstendremos de hablar por ahora. Así como Burke decía que el *Juicio por jurados* acaso fuese el alma de todo Gobierno, y que toda legislación, administración, debates parlamentarios, con todos los demás accesorios, no tienen otro objeto ni tendencia «que la de reunir en un lugar señalado doce hombres imparciales», del propio modo, y con más poderosas razones, podríamos decir que encontrar ese *hombre hábil,* y, luego de encontrado, investirlo con los «atributos de la habilidad», con el culto, la reverencia, los

símbolos del valor, del mérito, de la soberanía de toda dignidad, de toda realeza, o como quiera llamársele, de modo que halle amplio espacio donde moverse y proceder con arreglo a sus facultades, es una necesidad, bien o mal cumplida, de todo procedimiento social, sea el que fuere, en este mundo. Discursos electorales, mociones parlamentarias, proyectos reformistas, revoluciones francesas, en el fondo, significan una misma cosa, esto que decimos, o bien no significan nada. Buscad en cualquier país el hombre más capaz, el más hábil que en él resida; elevadle a la suprema dignidad, reverenciadle lealmente, y habréis conseguido para aquel país un Gobierno perfecto. Ni las urnas electorales, ni la elocuencia parlamentaria, ni las votaciones, ni los sufragios, ni los proyectos de constituciones, ni los recursos fueren del género que fueren, lo mejorarán en lo más mínimo. Decir de un hombre que es el más hábil, equivale a extenderle patente de recto corazón, de bondad, de justicia, de nobleza por excelencia; lo que ordene hacer será precisamente lo más sabio, lo más propio y conveniente que podríamos aprender; lo que de todos modos nos convendría hacer con verdadero y leal agradecimiento, ejecutarlo sin la menor sombra de recelo. Tanto el trabajo como la vida, en cuanto del Gobierno dependiese, estaría entonces perfectamente regulado, y sería aquel Gobierno el ideal de todas las Constituciones.

Desgraciadamente, no ignoramos que en la práctica nunca se incorporarán con exactitud los ideales. Estos permanecerán siempre a gran distancia de nosotros; por esto, por agradecimiento, debiera contentarnos una aproximación no muy lejana.

Ningún hombre procure, dice Schiller, ajustar a una escala excesivamente rigurosa los miserables productos de la realidad en este pobre mundo. Nunca juzgaremos discreto al hombre que de distinta manera piense; antes bien, le consideraremos entregado a los contrarios extremos de toda suerte de indiscreciones. No olvidemos, por otra parte, que los ideales existen, y que si no procuramos aproximárnoslos de uno o de otro modos, toda la obra se nos vendrá irremisiblemente encima. Esto es indudable. No hay albañil capaz de levantar una pared perfectamente perpendicular; matemáticamente, la cosa es imposible; al albañil le basta lograr cierto grado de perpendicularidad; luego, como trabajador concienzudo, termina su obra y la entrega a satisfacción. Pero si, a pesar de todo, llega a separase demasiado de la perpendicular, algo de lo absolutamente imprescindible, y, sobre todo, si llegase a prescindir de las cosas indispensables, como son el plomo y el nivel, y siguiese apilando ladrillos sobre ladrillos, según a mano le vinieren, sin hacer uso de aquellos necesarios instrumentos, entonces sí que se encontraría nuestro albañil en situación en extremo peligrosa. Si se ha olvidado de sí mismo, ahí está la ley de la gravitación para recordárselo terriblemente a costa suya: ¡desplómase la obra, y entre los montones de escombros perece el albañil aplastado!

Así en los antiguos como en los modernos tiempos, ésta es la historia